ALFAGUARA

# Ashley Audrain

## El rumor

Narrativa Internacional

Traducción de Carlos Jiménez Arribas

# Ashley Audrain

## El rumor

Traducción del inglés de Carlos Jiménez Arribas

ALFAGUARA

*Para todas las mamás que penden de un hilo.*
*Y para las que desean a toda costa ser madres.*

Lo que notaba cada vez más, en el matrimonio y en la maternidad,
era que vivir como mujer y vivir como feminista eran dos cosas distintas
y puede que irreconciliables.

Rachel Cusk, entrevista, *Globe and Mail*, 2012

Se lleva los dedos a la nariz y huele a la madre del niño mientras acostumbra la vista a la cocina a oscuras. En el reloj del horno dan las 23.56. El pecho. Lo nota muy tenso. ¿Le va a dar un infarto? ¿Es eso lo que se siente cuando te da un infarto? Tiene que moverse. Va de un lado para otro por la tarima de roble blanco y toca cosas: la palanca de la tostadora, el agarrador de acero inoxidable de la nevera, los plátanos en el frutero, maduros y fragantes. Objetos conocidos que lo bajen a tierra. Que lo traigan de vuelta.

Una ducha. Debería ducharse. Asciende por los escalones igual que un niño pequeño.

Evita mirarse en el espejo del baño.

Le pica la piel. Se la frota.

Cree que oye sirenas. ¿Serán sirenas?

Aferrado al mango de la ducha, aguza el oído. Nada.

En la cama. Tendría que estar en la cama. Y allí estaría si no hubiera pasado nada. Si esa hubiera sido otra noche cualquiera de junio. Se seca y deja la toalla en la percha detrás de la puerta, donde siempre. Toquetea el sesgo de la felpa, reconoce con los dedos el rizo del tejido como el que saca un muestrario en unos grandes almacenes, le tiemblan las manos presa de un miedo que no conoce.

El teléfono. Arrastra los pies por la casa a oscuras, busca dónde lo ha dejado: en el banco de la entrada, sobre la encimera de la cocina, en la mesita al pie de la escalera. El bolsillo del abrigo, ahí está, tirado en el suelo en la puerta de atrás, donde lo dejó cuando entró en casa. Sube con el teléfono a la primera planta, todavía le tiemblan las piernas, va hasta la puerta de la habitación de matrimonio.

No puede dormir ahí dentro.

Pasará la noche en el cuarto de invitados. Se echa despacio en la cama, nota el esmero con que han alisado las sábanas y

remetido las mantas, y deja el teléfono a un lado. Lo consumen las ganas de llamarla.

¿Qué le diría? ¿Que la echa de menos? ¿Que la necesita?

Demasiado tarde.

Pero se queda mirando el teléfono de todas formas, imagina el tono continuo de llamada mientras espera a que ella descuelgue. Y cierra los ojos y ve de nuevo al niño.

Un poco más tarde nota un temblor en el colchón. Alguien se ha echado con él en la cama. Espera el tacto de una mano. Pero nadie lo toca. Es una vibración. Y otra. Un destello de luz anaranjada hiende el aire de la habitación. Pasa el pulgar por el reflejo de su cara borrosa en la pantalla del teléfono para contestar.

La voz de ella, con dolorido acento. Ya lo ha oído antes.

«Ha sucedido algo terrible», dice esta vez.

## Septiembre
Jardín trasero de los Loverly

Hay algo animal en cómo se sopesan con la mirada los adultos de mediana edad mientras fingen camaradería en el jardín trasero de la casa más cara que hay en la calle. Los más atractivos acaparan a la multitud en su deriva. Han acudido para pasar la tarde con las familias vecinas, y por los niños, que juegan a algo paralelo, aunque los hombres se han puesto zapatos caros, las mujeres llevan accesorios con los que ni se acercan a los columpios y todos hablan engolando la voz.

Han encargado la comida y la bebida. Hay grandes cubos de acero llenos de cerveza helada, minihamburguesas en largas fuentes de madera y cucuruchos de papel repletos de patatas paja. Hay bolsas de chuches con galletas que tienen glaseado el nombre de cada niño en azúcar, y el celofán atado con gruesas cintas de satén.

Árboles ya crecidos jalonan la valla de atrás; están recién plantados, los han izado con grúa y han puesto cada uno en su sitio. No hay ni rastro de la desagradable calleja colindante ni de los yonquis realojados en un centro de rehabilitación a cuatro manzanas o las cloacas rebosantes de agua de lluvia. La hierba es de un color verde que llama la atención. Tienen riego artificial. La cocina da a un patio de hormigón pulido apuntalado con maceteros de boj estratégicamente dispuestos. Hay un cobertizo que en puridad no lo es: la puerta gira sobre su eje, tiene su propio sistema de iluminación.

Tres niños juegan siempre en ese jardín, son los de la casa imponente que han levantado en una parcela doble, lo nunca visto en un barrio del centro como aquel. Los mellizos de tres años, niño y niña, llevan un trajecito a juego a rayas y han dejado que la madre de tan atrevido hogar los peinara para atrás, con mimo, al agua. El hijo mayor, de diez años, insiste en ponerse el uniforme de gimnasia del año pasado, que lleva una mancha en la camiseta. ¿Chocolate o sangre?, pensarán

los invitados. Pero a Whitney la convenció su marido para evitar batallas perdidas quince minutos antes de que empezara la fiesta.

A las tres de la tarde ya se le han pasado las ganas de arrancarle la camiseta a su hijo y embutirlo en el polo azul celeste comprado para la ocasión. Se le ha pasado el estrés de anfitriona y nota satisfecha la euforia de ver que todo el mundo lo está pasando bien. Los ha dejado impresionados. Se ve en sus miradas, en cómo los amigos, sin decir nada, no pasan por alto esos detalles que ella no querría desapercibidos. Piensa en las fotos esparcidas por las redes sociales esa noche. Salpican el fragor las risas, y se ve colmada por el aire de alegría y buen humor.

Por ese ruido es por lo que Mara, la vecina de al lado, no viene a la fiesta. Le llegó al buzón la invitación de cartulina gruesa, un mes antes como a todo el mundo, y la tiró en el acto al contenedor de reciclaje. Sabe que los vecinos no quieren allí a gente como Albert y ella. Piensan que ya no tiene nada que ofrecer. Su sabiduría acumulada en décadas no les importa lo más mínimo a esas mujeres que creen que lo saben todo. Pero es igual. Le vale con lo que ve y lo que oye entre los listones de la valla mientras pone en orden su jardín, arranca los brotes de malas hierbas hasta que no puede más por las lumbares y se acerca la silla mohosa del patio. Ve algo en los pétalos primorosos de las hortensias. Sacude la ramita. Un avión de papel cae de morro a tierra. Otro que se le ha escapado. Encontró unos cuantos en el jardín la mañana del jueves. Se agacha para recogerlo y oye la voz de Whitney que flota por encima de las de los invitados cuando saluda a la pareja de enfrente.

Esa pareja, Rebecca y Ben, va derecha a hablar con la anfitriona nada más llegar; le llevan de regalo veinte minutos de su tiempo y una orquídea en un tiesto. Rebecca tiene que irse a trabajar. Ben ha venido para tener contenta a Rebecca, por él se habría quedado en casa. Guarda silencio mientras Rebecca y Whitney intercambian los cumplidos de rigor. Whitney enlaza zalamerías y preguntas, acaricia a Rebecca en la mano y luego en el hombro, y Rebecca se deja tocar,

encandilada como no suele estarlo nunca. Ojalá no las interrumpa nadie.

Ben tiene el pelo todavía mojado de la ducha, y huele igual que la mañana. Nota cómo lo mira Whitney mientras habla con su mujer. Con la mano en el bolsillo de atrás de los vaqueros blancos de Rebecca, Ben la atrae para sí. Rebecca cree que Ben no escucha lo que le está diciendo a una distraída Whitney, y ha dado en el clavo. Lo que hace es mirar el pañuelo de colores que el mago le pasa por el cuerpo a uno de los mellizos de Whitney, la niña, que suelta una risita nerviosa y tiene la mirada puesta en los simpáticos ojos de Ben. Su marido no se muestra muy sociable con los adultos, pero los niños están siempre encantados con él. Es el profe favorito. El tío juguetón. Es el entrenador de béisbol.

Desde la otra punta del jardín, Blair observa con qué sutileza se tocan Ben y Rebecca mientras escuchan la perorata de Whitney, como si hallaran todavía uno en el otro motivo de total contento. No tienen niños, y libres de esa carga, aún no les ha cambiado la vida para siempre como al resto de ellos. Se dirigen frases con sujeto, verbo y predicado y civilizada entonación. Puede que sigan follando una vez al día y lo disfruten. Se quedarán dormidos en la misma cama con brazos y piernas encajados en sus mutuas oquedades. Sin una almohada que haga de cuña para separar el lado de la cama de ella del de él y hacerse ilusiones de que el otro no está allí.

Blair ve que Whitney, su mejor amiga, termina con Rebecca y la va dejando atrás, en delicada búsqueda de la próxima conversación. Aiden, el hombre del vozarrón que duerme al otro lado de la almohada levantada a modo de barrera en la cama de Blair, se deja oír en una esquina del jardín. Tiene su audiencia, él siempre con su audiencia. Está a punto de rematar la anécdota que ella ya le ha oído antes, ha llamado la atención de Whitney al pasar, y Blair toma dolorosa conciencia de que a ella nadie la acompaña. Busca a Jacob, el marido de Whitney, pero ve que está con una pareja que no conoce. Una niña pequeña de apretadas trenzas se mete entre las piernas de la madre. Jacob señala el edificio, explica un detalle del tejado dibujando la forma con el dedo. Lleva la camiseta negra marca de la casa y pantalones negros de

algodón con los bajos remangados, calza zapatillas blancas de diseño, sin calcetines, y el pelo, las cejas, la montura de las gafas de sol escandinavas, todo es a un tiempo intenso y a la última, aunque él sea tan amable. Alza una mano en dirección a Blair. Hola. Ella se pone roja, la han pillado mirando. Es fácil quedarse mirando a Jacob. Vuelve otra vez a buscar a Whitney con la vista.

Whitney habla con varias madres del curso de su hijo, Xavier. Tienen un grupo de WhatsApp en el que Whitney casi nunca escribe porque no sabe qué responder a las preguntas sobre el programa del primer trimestre ni el menú de platos de cuchara en la comida, o a la fecha tope para encargar fotos de la clase. Aun así, le gusta estar en el grupo de WhatsApp. A veces mete baza con un emoticono cuando llega a la oficina a primera hora, se toma el tercer café del día y experimenta el placer de poder pensar en silencio: envía los pulgares en ristre, un corazón rojo, las gracias por ponerla al día. Nada que valga, y todo un poco socarrón. Whitney nota que las mujeres no le quitan los ojos de encima cuando se acerca a recibir a sus maridos, quienes dejan de hablar, se ponen firmes y la saludan.

Pero quien repara en Blair es Rebecca, y ahora les toca a ellas intercambiar cumplidos. A Blair solo se le ocurre hablar del tiempo, como siempre, del frío que hace ya por las tardes, y luego del horario agotador de Rebecca en el hospital, donde tiene que estar sin falta dentro de cuarenta y cinco minutos. Aunque a Rebecca le encanta ese horario tan duro. Las dos mujeres no tienen más en común que lo cerca que viven la una de la otra. Rebecca se ofrece como vademécum en cuestiones médicas cuando hace falta, responde a todos los mensajes de texto que le manda Blair sobre el nuevo sarpullido de su hija, la tos del perro, el picor de oídos o la caquita grisácea. Blair se puede pasar días y días con esas cosas, maravillada de que alguien lo tenga todo tan claro. Como llevar vaqueros blancos a una barbacoa con los vecinos.

A Rebecca se le van los ojos cada pocos segundos a la hija de Blair, de siete años. No puede dejar de mirarla. Dejar de

pensar cómo sería estar allí con su propia hija. Cede a la imaginación, y esa versión de su futuro crece y crece como el pañuelo que el mago se ha sacado del sombrero. La niña hace dibujos de tiza en el cemento del patio con los mellizos, que esperan turno para jugar con el conejo. Las dos mujeres se ponen a mirar a la hija de Blair, fingen las dos que les entusiasman los niños cuando no es cierto.

Se les une Whitney, que se ha servido otra copa, y Blair y Rebecca reviven. La anfitriona rodea con una mano el hombro de Blair y hace como que no le molestan las palmas de los mellizos, embadurnadas de tizas de colores. Qué monos están los tres juntos, ronronea Whitney, qué buena es Chloe con los pequeñines. Da un paso atrás apenas perceptible, temerosa de acabar con el vestido lleno de tiza.

Rebecca intenta imaginarse cómo será mostrar interés por ese tipo de cosas, ser la anfitriona, exhibirse ante la concurrencia. Le quedan tres minutos, y el cerebro no le va a parar en esos ciento ochenta segundos porque así se las gasta su cerebro. Comenta también el buen natural de Chloe mientras los segundos corren.

«Da gusto con ella» es la expresión que utiliza Rebecca. Blair sonríe y le quita importancia a la perfección de su hija, pero le levanta el ánimo como solo lo puede hacer ese tipo de cumplidos. Por muy a la ligera que se suelten.

El comentario lleva a Whitney a preguntar dónde andará el quebradero de cabeza que es su hijo. No lo localiza en el jardín. Blair dice que lo vio por última vez hará media hora, al pie de la valla de Mara, con la cara entre los listones. Nunca está donde tiene que estar. Whitney le ha advertido que tiene que portarse bien, jugar con los más pequeños, ser simpático. Solo por esta vez. Solo por ella. Debería estar ahí con todos. El mago ya casi ha acabado su número.

A lo mejor quiere estar a solas un momento. Blair lo pronuncia en voz baja, muy despacio, no sabe si ha hecho bien en decirlo o no.

Pues claro. Whitney dará con él.

¿Qué le cuesta hacer lo que le ha pedido? ¿No se puede parecer un poco a la niña de Blair? Piensa que siempre está de morros, que lo suyo raya en enfado crónico, que la gente le pregunta por el mal humor de su hijo cuando es que el chico es así. De caras largas. Huraño. Le hace falta un corte de pelo que él no consiente. Whitney recorre la casa a paso vivo llamándolo por su nombre. La despensa. El salón. El cuarto de juegos del sótano. No debería verse obligada a hacer eso en medio de una fiesta con más de cincuenta invitados en el jardín. ¿Se habrá escondido? ¿Habrá birlado el iPad otra vez? «¡Xavier!». ¿Es que tiene que sacarla de quicio siempre? Sube corriendo a la tercera planta, abre la puerta del cuarto del chico y allí está, tumbado en la cama, rodeado de las bolsas de chuches vacías de los niños. No falta ni una. Con toda la cara manchada de chocolate, y las sábanas también, está lamiendo el azúcar glasé pegado al envoltorio de una galleta con el nombre de otro niño.

—¡XAVIER! ¿QUÉ COJONES ESTÁS HACIENDO? —Se abalanza sobre él para arrancarle el celofán lamido de las manos, y el niño chilla y la rehúye—. ¿A TI QUÉ COÑO TE PASA?

Xavier arruga la cara, se le tuerce el labio de abajo como haría un niño mucho más pequeño que él. Lo que es ella no piensa consentir el berreo que viene a continuación y va en aumento, más bien le dan ganas de asestarle un bofetón.

—¡NO! —grita, y agarra del brazo al niño, que lloriquea y se deja caer al suelo, sin fuerza. No lo soporta cuando se pone así—. ¡LEVÁNTATE, CAPULLO!

Pero entonces le suelta el brazo. Porque se da cuenta de que ha cesado el jovial runrún abajo.

La fiesta ha quedado en silencio. Solo oye el feroz golpeteo de su corazón en los oídos. Y el retintín de sus propios gritos, venenosos, homicidas. El eco consabido de su ira. Enumera mentalmente los peores augurios. Y entonces se percata. La ventana abierta de par en par. La ha oído todo el mundo.

Cae de pura vergüenza al suelo. Al nido formado por las cintas de satén que envolvían los dulces, esparcidas, cortadas en las puntas como lengua de serpiente.

Entonces sabe lo que ha perdido.

# Nueve meses más tarde

# Capítulo 1
## Blair

Jueves por la mañana

Son las cinco y media de la madrugada de un jueves de junio. Blair Parks se toma el café a sorbitos y piensa en su marido separando los muslos de otra mujer, abriéndolos como alas de mariposa.

Se lo imagina oliéndola. Y probando a qué sabe después, mientras le pasa una y otra vez la lengua y la chupetea.

Blair se tapa la boca con la mano. Deja la taza encima de la mesa.

No puede dormir. Aunque esto, el regodeo en pensamientos obscenos, es algo que viene haciendo por las mañanas. No tiene nada de gratificante empezar el día así, pero la ayuda a aplacar una preocupación obsesiva y pasar a otra cosa. De lo contrario le absorbería el seso, y no puede consentirlo. Se quedaría mirando en las estanterías de la tienda los quitamanchas cuyos anuncios convierten a mujeres de mediana edad como ella en seres asexuados que han dejado de trabajar mientras se imagina la boca de una mujer más joven llena del semen de su marido.

Se pone otro café que ya no le va a saber tan bien como el primero y piensa en las ganas que tiene de algo más. De qué, no sabría decirlo. El problema no es solo el aburrimiento. O un anhelo melancólico. Ni su matrimonio formal de diez años con el reloj biológico de fondo para hacerlo todavía más irrelevante. ¿Es normal sentirse así? ¿Les pasa a otras mujeres de su edad?

Se le tensa el diafragma solo de pensar en contárselo a alguien. Más tenso de lo que ya está. Mejor tener bien alta la cabeza y enfrentarse al desafío de la hora. De esta y de la siguiente, no vaya nadie a pensar que es infeliz. Sabe que es mejor para todos si cunde la indiferencia. Si sigue adelante con paso firme y no gasta energía en pararse a pensar qué quiere en realidad. O qué siente en el fondo cuando suena el

despertador por la mañana.

La vulnerabilidad, lo sabe, es algo que se tiene que trabajar, algo que en teoría las mujeres tienen que ejercitar igual que un músculo. Eso les han contado los libros, los pódcast y los que dan charlas de motivación. Se esfuerza por admirar a las que admiten haberse equivocado y deciden, en voz alta, cambiar de rumbo. Pero ese tipo de catarsis no van con ella. No ve otra vida para sí misma. Y apechuga con la vergüenza de haberlo hecho todo tan mal.

Un café más tarde, chirrían los goznes de la puerta de la habitación de su hija en la planta de arriba. Oye pasitos en la tarima del pasillo. Al tirar de la cadena en el único baño que tienen, las tuberías zumban por toda la casa. Blair se pasa la mano por la cara cansada.

En un momento dado le vino bien echarle la culpa a Aiden por cómo se sentía. Ha sido un fiel receptor de su rabia. No hace más que echarle mierda encima y él no rebosa nunca. Pero para ella eso no cambia gran cosa: están casados y Blair no se plantea separarse. Desmantelarlo todo, ver cómo cambia. La percepción. El impacto en su hija, en el piso de arriba. No puede imaginárselo.

Corre el agua en el grifo del baño. Oye que Chloe abre el armario con espejo donde guardan los tres cepillos de dientes en un mismo vaso. Mete un panecillo en la tostadora para que desayune su hija. Antes ha sacado el queso de untar de la nevera, así estará a temperatura ambiente, como le gusta a la niña.

Para ir tirando, le vino bien echarle la culpa de su desdicha a un matrimonio que no funciona, hasta hace semana y media, cuando encontró un trocito de envoltorio en el bolsillo de los vaqueros de Aiden. Menos de un centímetro cuadrado. Basura, habría pensado cualquiera que tuviera que recogerlo del suelo del cuarto de lavar después de dar la vuelta a los pantalones para hacer la colada. Pero reconoció el borde ondulado del plástico. Y el color verde esmeralda. Idéntico al de los condones que ellos utilizaban hacía años. Desde que lo encontró, todas las mañanas abre el cajón donde lo guarda y se lo pone en la palma de la mano para darle vueltas a la cabeza.

Podría ser de muchas otras cosas. Una barrita de cereales.

Un caramelo de menta después de una comida de trabajo.

Pero, más que una prueba, lo que tiene es una intuición.

Una vez oyó que llamaban susurros a esos momentos que te vienen a decir que algo no encaja. Lo malo es que hay mujeres que no prestan atención a lo que les está diciendo la vida. No oyen los susurros hasta que no echan la vista atrás, a toro pasado. Se ciegan. Por las propias ganas de ver la verdad como se la imaginan.

Aunque es posible que solo sean paranoias suyas. El no tener nada que hacer y ponerse a pensar.

Oye los pasos de Chloe en la escalera y unta el queso con cuidado. Le vuelven a la mente los muslos bien abiertos de la mujer. Los dedos de Aiden abriéndose paso entre los carnosos labios lubricados. Qué bien la tratará cuando acaben. Puede que se ría con ella. A Blair se le pone el vello de punta en los brazos. Vuelve a pensar que Aiden no eyaculó la única noche que tuvieron relaciones sexuales el mes pasado. Y que mira más a menudo el teléfono.

Chloe casi ha llegado al último escalón. Blair cierra los muslos imaginados y junta las dos mitades del panecillo. Y entonces se vuelve y pone una sonrisa forzada para que, como todas las mañanas en la vida de su hija, la cara resplandeciente de su madre sea lo primero que ve Chloe.

# Capítulo 2
## Rebecca

Horas antes

El médico residente la pone en antecedentes mientras atraviesan a toda velocidad la doble puerta que lleva a urgencias y van arrancando chasquidos al suelo de resina con las zapatillas de deporte. Nota el aire húmedo de la calle antes de que los de la ambulancia entreguen la camilla a su equipo médico. Varón de diez años hallado inconsciente a las 11.50 de la noche. Todo apunta a que sufre un traumatismo craneoencefálico de primer grado a causa de una caída. No hay contusiones a primera vista. La enfermera da un paso atrás, Rebecca se pone los guantes azules con un sonoro chasquido y se da la vuelta para levantarle los párpados al paciente.

Pero aparta las manos. La cara del niño. Alza los ojos y mira a la enfermera, al otro lado de la camilla.

—Lo conozco. Se llama Xavier. Vive enfrente de mí.

—¿Quieres que…?

—No. —Sacude las piernas para ponerse a tono. Está a punto de empezar la función—. No me pasa nada, estoy bien. ¿Constantes vitales? Venga, manos a la obra.

Sujeta con firmeza el pequeño cuerpo al dar las órdenes, y en unos segundos da paso a la coreografía que lleva años ejecutando. Intubación. Vía. Tac urgente. Nunca está mucho tiempo con un niño en la camilla, pero cada minuto es crucial y metódico, hay que exprimir al máximo cada segundo y, aun así, al final, cuando se ha hecho todo lo que se puede hacer, ve esos minutos como un amasijo de tiempo que conduce a un resultado o a otro.

—Los padres, ¿están aquí? ¿Dónde están? —Se quita los guantes y los encesta en la papelera. Vuelve a mirar la cara grisácea de Xavier, la boca abierta por el aparatoso tubo que ella le ha metido dentro. Le aparta un mechón de pelo húmedo. El suelo en el que cayó todavía estará mojado de las

lluvias de ayer. Le toca la mejilla.

Cientos de padres la han esperado sentados en las sillas de plástico del hospital. Le preocupa a veces la facilidad que tiene para dar con las palabras. Pero nunca antes había conocido al paciente. Nunca lo había visto lavando el coche entre un montón de espuma ni había sabido que tenía una bicicleta azul cobalto con empuñaduras verde fosforito en el manillar. Jamás ha tenido que decirle a una amiga que es posible que su hijo no se recupere nunca.

En cuanto sale de la sala de reanimación le baja la adrenalina. Ve el reflejo del fluorescente en el suelo del pasillo y vuelve a ser dueña de sus sentidos: la llamada por megafonía al neumólogo, el chillido de un niño en la sala de espera, el antiséptico en el aire. Saca el teléfono del bolsillo. Quiere llamar a Ben, sentir la calma de su voz, pero ya estará dormido. Y Whitney la está esperando.

Rebecca llama a la puerta abierta del pequeño cuarto en el que han dejado a la madre. Sentada a una mesa redonda, mira la caja de ásperos pañuelos de papel cortesía del hospital. No alza los ojos.

—Lo siento mucho, Whitney.

Whitney niega despacio con la cabeza, como un robot bajo de batería. No dice nada. Rebecca toma asiento a su lado y le pone la mano encima. Lo hace, el tocar a los padres en la mano o en el hombro, para que las palabras que va a decir a continuación sean más personales, queden menos dentro de la rutina. Es parte del bagaje emocional que desde hace años ha ido creando para uso propio. No siempre le salió de dentro ser tan empática como ahora. Cuando era más joven, se le daban mejor otros aspectos del trabajo, cosas que podía evaluar a ciencia cierta, que daban la medida de su competencia. Cosas que podía demostrar.

Whitney cierra los ojos cuando va a abrir la boca, pero le sale un hilo de voz. Comienzos de palabras que ya no sabe cómo pronunciar.

—¿Me puedes contar qué ha pasado? —Rebecca espera que le repita las primeras informaciones: que fue a ver al niño antes de irse a dormir, que no estaba en la cama y encontró la ventana abierta. Cómo se asomó y lo vio abajo, tendido en la hierba. Que no tiene ni idea de qué pasó. «Venga, Whitney,

cuéntame exactamente eso».

Piensa en el jardín, en el rectángulo de hierba cortada al rape del que lo habrán levantado los de la ambulancia. Rebecca estuvo allí por última vez en septiembre, el día de la fiesta.

No quiere pensar en el enfado de Whitney aquella tarde. En el llanto que salía del cuarto del niño cuando su madre se puso a gritarle.

—Quiero hablar contigo del estado de Xavier —le dice.

Whitney se lleva una mano a la cara.

—Tú dime solo si se va a morir. —El chirrido en la voz la hace casi inaudible.

Rebecca busca con la suya la otra mano de Whitney. Tiene los dedos fríos, apretados en un puño. Whitney la retira, pero Rebecca sujeta con fuerza hasta que cede. A Rebecca la intimidan pocas cosas, pero vio algo en Whitney nada más conocerla. El brío, el refinamiento, la sagacidad en las palabras al hablar.

Fue una impresión que acabó pasándose con el tiempo, cuando sus vidas empezaron a girar despacio en la misma órbita. Se siente una muy próxima a alguien con quien comparte una cercanía tan física, con la cantidad de posibles coordenadas que hay en el planeta. Whitney y ella respiran el mismo aire en un pequeño rincón. Ve los cubos de basura los miércoles y sabe que podrían reciclar más cosas. Sabe que tiene obsesión con las compras, ve las pilas de paquetes en precario equilibrio a su puerta, de buenas tiendas, bolsas que le traen los mensajeros y recoge la niñera. Sabe que uno de los dos, Whitney o Jacob, no duerme bien. Rebecca ve la luz de la cocina encendida cuando vuelve a casa en plena noche. Ve las botellas de vino vacías en las bolsas de reciclaje de plástico azul.

La fiesta en el jardín no fue la única vez que oyó los gritos de Whitney. Atraviesan la gran cristalera de la fachada de la casa con el tono inconfundible de una madre que no aguanta más. Ha sentido desasosiego siempre que los ha oído, como le pasó en la barbacoa, vergüenza ajena de haber estado presente. No está segura de qué más ocurre en esa casa, pero esas elucubraciones le resultan incómodas. Es médica y se ocupa de los hechos. Con los hechos sí que está cómoda.

—Xavier tiene una lesión importante; nos preocupa la cabeza. Está en la uci, en coma inducido para darle descanso al cerebro. Los de cuidados intensivos te van a ir contando cómo evoluciona, ¿vale? Las primeras setenta y dos horas nos aportan mucha información en situaciones como esta. Sé que es duro de oír, Whitney, pero tienes que entender que cabe la posibilidad de que no recupere la conciencia.

Whitney no se inmuta.

Rebecca toma aliento para suavizar el tono.

—¿Lo entiendes?

Nota que empieza a temblarle la mano a Whitney y se le queda mirando la cara impoluta. El lustroso brillo de la frente. Las cejas depiladas con láser. La aparente perfección.

—¿Jacob está con los mellizos?

Whitney cierra los ojos y niega con la cabeza.

—En Londres. Por trabajo. La niñera vino enseguida. Pero tuve que esperarla… —Se le quiebra la voz—. No pude ir con él en la ambulancia.

Rebecca le dice a Whitney que la llevará a verlo ahora, que está intubado e hinchado. Que puede que eso la asuste, pero que no tiene dolores. Será otro médico el que la acompañe a partir de ese punto. Se abre la puerta automática detrás de ellas y Rebecca ve al volverse a una enfermera con dos policías.

Querrán hablar con Whitney; es el protocolo. Rebecca es consciente de que eso la incomoda, aunque sobre el papel las preguntas que le harán no la conciernen. Rebecca les dice que no con la cabeza: «Ahora no, por favor, todavía no», y lo que hace la enfermera es llevar a los agentes pasillo adelante.

—Hay estudios que demuestran que, en este estado, los pacientes saben cuándo está con ellos alguien de la familia. Puedes cogerle la mano y hablarle, lo que harías si estuviera despierto, ¿vale?

Whitney se pone de pie y agarra el borde de la sudadera con ambas manos. Deja que Rebecca la rodee con el brazo a modo de apoyo mientras van por el pasillo. Hasta que se pone tensa. Vuelve la cara para mirar a Rebecca y es la primera vez que sus ojos se encuentran.

—¿Es por esto por lo que no tienes niños?

Rebecca se queda parada. Sin saber qué decir. ¿Por esto?

¿Por el trabajo? ¿Por el hospital? ¿Por el temor constante a que algo vaya mal? ¿Por el dolor insoportable cuando así pasa?

Piensa en las horas que ha pasado en el suelo del cuarto de baño. En el modo en que se hundían las espirales sangrientas en las entrañas del retrete, en el baile de los hilillos de mucosidad. En la presión de la toalla en el regazo de camino al hospital.

¿Que por qué no tiene niños? Porque se le mueren todos en el vientre.

# Capítulo 3
## Blair

—Buenos días, niñita mía. ¿Qué tal has dormido?

Chloe desliza los brazos por la blanda cintura de Blair y la aprieta. Amanece cada mañana como si hubiera hecho tábula rasa. Blair arranca un plátano del frutero y se lo pone en el plato, junto con una de las madalenas que hizo ayer cuando estuvo toda la tarde lloviendo. Porque era miércoles, y eso es lo que hace los miércoles. Las madalenas, la ropa de cama, lavar el tambor de la lavadora con vinagre de limpieza y bicarbonato. A veces le parece que no ha evolucionado y le da vergüenza.

Chloe lame el queso que sobresale del panecillo y da su visto bueno con un gemido.

A saber si Aiden es consciente de la lista de tareas que tiene que hacer cada mañana. O del plan de trabajo que anota en el calendario de la cocina. A saber si será consciente siquiera de que hay que limpiar el tambor de una lavadora de once años. A lo mejor deja los trapos sucios en el lado de su cama esa noche, para que sepa por lo menos cómo huele una lavadora vieja.

Pero hoy es jueves. El cuarto de baño. Hay que devolver a la biblioteca los libros de Chloe. Blair se los metió en la mochila anoche, junto con la fiambrera, la ropa limpia de gimnasia y una nota diciéndole que la quiere, todo después de vaciar en el fregadero las migas y el montón de arena del parque que traía la mochila. Luego se tomó dos pastillas para la jaqueca y se acostó temprano. Aiden dijo que tenía que quedarse en el trabajo a preparar una presentación.

Ya se había ido al gimnasio cuando ella se levantó; ha debido de madrugar esa mañana. No recuerda sentirlo a su lado en la cama durante la noche. Pero hay veces que duerme en la habitación de invitados para no despertarla cuando vuelve a casa.

Le está quitando el envoltorio de papel a la madalena integral cuando se para a preguntarse si realmente ha vuelto a casa esa noche.

Mete un pedazo entre los dientes. Imagina que Aiden entra sigilosamente y le va a dar un beso a su hija dormida, con la boca manchada del flujo de otra mujer. No puede tragar la madalena. La escupe en la basura.

—El abrigo y los zapatos, Chloe, ¡que es hora de irse!

Es una niña buena, una niña inteligente, una hija única a la que le gusta la rutina y el pelo limpio y lo pide todo siempre por favor, aunque a Blair la agota estar pendiente de ella. O quizá es Blair la que necesita a toda costa estar pendiente de alguien. Se dio cuenta un día de que era la única persona capaz de hacer lo que hace por su hija y de mil amores. Por eso es por lo que lleva ocho años sin trabajar, desde que nació Chloe. Y por eso ha acabado así: con la sensación de ser un cero a la izquierda. Tiene cuarenta años, y a los cuarenta lo posible se ve cada vez más como algo que una deja atrás.

Blair despide a Chloe en la puerta con un beso, se vuelve y encara la casa vacía. La mayor parte de los días, Chloe va andando al colegio con su amigo Xavier, son cuatro manzanas. Blair tiene que convencerse a sí misma cada mañana de que ha llegado bien. Que no está en la parte trasera de la furgoneta de un maniaco. Si llaman por teléfono a media mañana, la asalta siempre la misma idea: es del colegio y su hija no ha llegado. Preocupaciones de madre para desocupar la mente.

Sube a la primera planta y pega la nariz a la loza cóncava del lavabo. Busca el olor a hierbabuena del dentífrico que habrá escupido Aiden, si es que ha estado en casa esa mañana. Queda solo un resto del de Chloe, sin flúor, con aroma a frutos del bosque. La toalla blanca cuelga seca detrás de la puerta. Aunque eso no es raro. Se ducha fuera de casa los días que va al gimnasio.

Todo tiene explicación si ella así lo desea.

Todo pone el grito en el cielo si así lo consiente.

Busca el espray con lejía debajo del lavabo y rocía los baldosines. Le lloran los ojos por los vapores, pero ella no para. Las preguntas la anestesian. ¿A quién se estará follando? ¿Y cómo se la follará? ¿Y dónde quedan para follar? Bajan

ríos de lejía por la pared. Parece que le diera más importancia a los detalles de la relación que a lo que la relación implica, y eso es irracional, ya lo sabe, pero el cerebro humano tiene el morbo de querer saber a toda costa lo peor de lo peor. No podemos aceptar la muerte de alguien hasta que no nos explican cómo, cuándo y dónde.

Aunque también es una forma de desviar la atención de la verdad, una verdad que da más miedo que la posible aventura y lo que esta implicaría: que no haría lo que se dice nada al respecto.

Que acallará los susurros y tirará el trozo de plástico. Se dirá a sí misma que Aiden está en el gimnasio y nada más, nada más que en una reunión cada vez que no coge el teléfono. Optará por vivir con ello, con el tintineo como un ruido de fondo que se escucha en sus vidas, porque no puede aceptar las consecuencias de la otra alternativa.

Y nadie tiene por qué saberlo.

Lo sola que se siente es humillante.

Tiene la mirada perdida en una mota de moho cuando Chloe le da un susto de muerte desde la planta baja.

—¡Mamá! ¡Xavi no está en casa!

—¿Cómo que no está en casa?

—No me abren la puerta, y he estado mucho rato llamando.

Blair vuela escaleras abajo, piensa en la hora, en que, si así están las cosas, Chloe llegará tarde al colegio.

Chloe hace poco que sabe leer las horas y arruga la cara al mirar el reloj de pulsera.

—¿Voy a llegar tarde al timbre?

—A lo mejor ha madrugado para ir a ajedrez y se ha olvidado de avisarte.

Pero no es normal. Whitney se habrá ido a trabajar a primera hora y Jacob está de viaje, aunque Louisa, la niñera, tendría que haber estado en casa, siempre está, es la que les marca el ritmo a esos chavales todo el santo día.

—Estamos en junio, mamá, ya no hay ajedrez. ¿Puedes mandarle un mensaje a Whitney y preguntarle dónde está Xavi?

—Vale, pero mejor nos ponemos en marcha. Yo te acompaño.

Manda el mensaje de texto al tiempo que mete los pies en

las zapatillas de deporte, antes aún de atarse los cordones. Luego avanza a paso firme por la acera, llena de contento: estaba en casa justo cuando hacía falta. Mira cuánto valgo. Mira cuánto me necesita todavía nuestra hija. Le gusta repetir mentalmente las cosas que quiere que oiga su marido.

Por la mañana, el tráfico de entrada al centro va como una caravana por la calle Harlow. Pasan los padres pastoreando a los niños pequeños hasta la guardería. Se oyen los gritos de los adolescentes a lomos de los ciclomotores. Los veinteañeros en bici esquivan los coches, rumbo a algún tipo de trabajo mal pagado en publicidad, como el que tenía ella. Hubo un tiempo en que esta parte ecléctica de la ciudad estaba llena de jóvenes familias portuguesas que no podían permitirse comprar la casa en otra zona. Ahora se la han vendido a gente que paga lo que nunca hubieran imaginado hace cincuenta años. Como Blair y Aiden, cuya hipoteca es tan alta que la cifra ya no parece de este mundo.

Pasan delante de las casas alineadas como colmillos de monstruo, torcidas, desiguales, las hay reformadas, de millones de dólares, empotradas entre derrengados edificios victorianos sin cuidar que languidecen con sus fachadas de ladrillo pintado. *Vogue* lo proclamó el barrio de moda en todo el mundo para los próximos años, algo que repetía la gente como si justificara el precio de dos millones de dólares por un pareado con el sótano carcomido y originales sanitarios de color verde oliva. Salen de la calle Harlow por la primera a la derecha, dejan atrás las panaderías a las que no ha perdonado el tiempo y las pocas tiendas en pie que importaban ropa de Lisboa. Los alquileres de renta antigua están llegando a su fin, y uno por uno los escaparates se han entregado al vil metal. Hoteles de una planta a tres dólares un café expreso. Floristerías kitsch, verdulerías para veganos, tiendas de ropita de niño con desorbitados precios. Blair trabaja en una dos días a la semana, turnos de cinco horas, y esta semana le toca hoy el segundo turno. Abrirá la tienda dentro de una hora. Le rinde cuentas a una veinteañera de nombre Jane que cubre costes con un préstamo de sus padres a fondo perdido. Venden gorritos de lino y juguetes de madera que les gustan más a los padres que a los hijos.

Jane trabajó en un campamento de verano y se cree que

sabe de niños, pero de lo que no sabe es de madres. Blair marca con un círculo en el catálogo la ropa que sí se va a vender, les enseña a los clientes que entran de la calle cosas que no sabían que les hacían falta. Se le ocurrió la idea de trabajar ahí mientras buscaba regalos para el cumpleaños de Chloe, pensó en lo mucho que disfrutaría cuidando del muestrario en los estantes. Las posibilidades que tenía la tienda de ofrecer una experiencia renovada a los clientes. Papel de envolver en lindos colores pastel y tonos mate con largas cintas caprichosas para los regalos. Escaparates temáticos y mesas ordenadas por colores. Grandes cestos llenos de artículos de temporada que las madres como ella compran por antojo. Era de esas veces en las que le salían las palabras sin pensar.

«Yo le echo una mano», se hallaba a sí misma respondiendo cuando le preguntaban los amigos por su trabajo, como si lo hiciera gratis.

«Seguro que te vendrá bien», fue la reacción de Aiden cuando Blair llegó a casa y notó que la invadía la culpa. Como una anciana en una residencia que se apunta todas las semanas al bingo.

Whitney la animó más, juntó las manos con un entusiasmo poco habitual. «¿No te parece fantástico? La suerte que tiene de contar con alguien de tu experiencia».

Blair abraza a Chloe a la puerta del colegio de primaria justo cuando suena la campana, aliviada de haber llegado a tiempo. Hasta que ve a un corro de madres de segundo curso que conoce. En plena conversación, una de ellas alza la vista y sus ojos se encuentran con los de Blair. No tiene más remedio que acercarse. Sacar fuerzas para saludarlas con una sonrisa.

Llevan tacones. Están recién peinadas. Sus abrigos van a la moda esa primavera. Una abogada, una psiquiatra, una vicepresidenta ejecutiva. Una de ellas ha perdido veinte kilos y se ha metido en el negocio inmobiliario después de estar una década sin trabajar. Lo llama el renacer de la edad madura, dice que nunca ha sido tan feliz. Hablan de que están en su apogeo y «asumen sus cuarenta años», les salen las palabras como el que flexiona un bíceps. Blair las analiza, prueba a imaginarse a sí misma viviendo pedazos de sus

vidas.

«¿Qué tal van las cosas?», preguntan siempre. Las cosas. A ella no tienen nada específico que preguntarle.

A lo máximo que llegan es a llevar a los niños a primera hora al colegio y presentarse voluntarias a algo de vez en cuando, no como Blair. Blair está ahí para recoger a su hija siempre, acompañarla los días que van a comer pizza, a todas las fiestas de cumpleaños, a todas las quedadas en las casas de los otros niños, a todos los conciertos, a todas las ferias de libros. No se pierde ni una puta reunión de la asociación de padres.

Al principio, implicarse tanto le pareció que era una noble decisión. Y el cuidado y la atención que le exigía la llenaba más que escribir el texto de un anuncio de chocolatinas o de detergente. No echaba de menos el bullicio del espacio abierto de la oficina como ella pensaba. No echaba de menos un armario para el que había que llevarse la percha, como de andar por casa, con un toque profesional. No recuerda que la colmara la práctica intelectual del trabajo, aunque sabe que antes sí. Hubo un tiempo en que le encantaba la mezcla de creatividad y marketing, dar con la frase perfecta, la idea que encaja. Se le había dado muy pero que muy bien. Tenía premios a cinco campañas que llevaban su firma. En ocasiones se había sentido un genio, su jefe había empleado esa palabra, se había puesto en pie en las reuniones de lluvia de ideas para garabatear la de Blair en el centro de la pizarra blanca y rodearla cinco veces con trazo de rotulador mientras ella se esforzaba a toda costa para que no se notara que estaba la mar de contenta.

Pero esa carrera ya no iba con ella, al menos desde que había dado a luz. Solo Chloe le parecía digna de su tiempo, su energía y su capacidad de concentración. Notaba que con la bebé le subía la adrenalina aquellos primeros meses. Le daba de mamar por la noche, se quedaba mirando las sombras y llegaba a preguntarse si alguna vez le volvería a importar una mierda la coletilla de un anuncio. En teoría tenía que quererlo todo. Y tenerlo todo. No debía permitir que la maternidad se interpusiera en su camino, en teoría. Pero no le cabía nada dentro que no fuera su hija.

En su día no le pareció un sacrificio. Dedicarse a la

maternidad y a la vida doméstica que ello conllevaba la había hecho feliz, al principio. Y Chloe sigue haciendo feliz a Blair. Es algo inconmensurable. Pero de la mano de Chloe han venido también los cambios en ella misma, en lo que vale y en su matrimonio, y de una manera tan lenta que han sido imperceptibles. Allí donde una vez creyó que la maternidad le había dado más de lo que nunca tuvo, ahora solo veía lo mucho que le había quitado. Ahora le cuesta conciliar el amor que le tiene a su hija con lo limitada que se ve por el privilegio de ser madre.

Por sentir eso es por lo que se odia a sí misma. Esas son las cosas que no le dirá nunca a nadie.

—Ojalá pudieras venirte —le dice una de las mujeres, echándose la mochila de marca al hombro.

Estaban hablando de un fin de semana de mamás en el campo, una casa rural en los Berkshires. Blair no suele salir sin Aiden y Chloe, pero cuando lo hace la absorbe la ansiedad de los preparativos, y después la libertad de estar lejos de ellos tiene un efecto embriagador. No sabe qué será peor. Las mujeres beberán demasiado vino, habrá cotilleo sobre los hijos de los otros, al comentar las noticias estarán de acuerdo en que es el espíritu cíclico de los tiempos. Hubo un tiempo en que Blair se sentía conectada a todo eso. Pero ahora se halla a años luz de lo que le interesa al resto de la gente. Volverá a casa echa una mierda, peor que estaba cuando salió.

—Ya, a mí también me encantaría. Pero tenemos algo ese sábado, un cumpleaños. Eso sí, la próxima.

Es la primera que deja la conversación, vuelve a decir alguna vaguedad, que espera un paquete por mensajería. Hoy no tiene ganas de seguir con la actuación, volver a ganarse su respeto una vez más. Ella, la que no trabaja y es madre de una sola hija, la mártir. A veces querría haber tenido más hijos para justificar lo poco que sucede en su vida aparte de eso.

Mira el teléfono de camino a casa, pero no hay respuesta de Whitney. Andará atareada. Haciendo las cosas que hacen los que trabajan, con la cabeza llena de soluciones a lo grande para los enormes problemas de una estratosfera que Blair no finge ya que conoce de primera mano.

Aunque Whitney siempre se esmera por responder a los mensajes de Blair en la corriente continua de conversación por la que van y vienen durante la semana. Preguntan la una por la otra, hacen planes para la próxima copa de vino. A Blair nunca le ha gustado el alcohol, pero es una forma de poder estar en contacto con Whitney. Nota que Whitney baja un poco de revoluciones cuando quedan al final del día, las dos juntas rodeadas de los niños. Ve que poco a poco se le relaja la expresión de la cara. Empieza a concentrarse más en lo que dice Blair en vez de estar en otra parte, hasta que al final el ruido de los niños ya no la irrita tanto. Es el vino, por supuesto que es el vino, pero a Blair le gustaría pensar que también es su compañía.

Aunque estar con ella tiene el efecto opuesto en Blair. Blair no se relaja, sino que se activa. La humilla pensar que Whitney pueda sospechar que es el aliciente semanal de Blair. Y, sin embargo, como no tiene gran cosa que contarle a Whitney, le da bombo a cualquier trivialidad. Luego se arrepiente, siempre. A Whitney no le importa quién escribió qué en un correo electrónico que desconcertó al tesorero de la asociación de padres ni lo que hizo Blair para distender la situación antes de que se cancelara toda la campaña de recaudación de fondos.

Es insignificante.

Pero Whitney hace con amabilidad como que no lo es. Le concede a Blair la dignidad de estar una hora escuchándola hablar de una puta venta de pasteles caseros que saca menos de doscientos dólares al año.

Aun así, a veces divaga y nota que Whitney la está analizando. Como si buscara un ingrediente que le faltase a ella. No sabría a ciencia cierta si es así o solo es algo que ella quiere creer. Pero hay momentos en los que diría que Whitney quiere saber qué se siente cuando a una le importa lo que le importa a Blair. Mirar a su propio hijo como hace Blair cuando mira a la suya. Saca pecho. Por lo menos tiene eso.

# Capítulo 4
## Mara

Mara Alvaro cruza las piernas a la altura de los tobillos y reclina la espalda en la silla plegable del porche delantero. Nota algo raro esa mañana de jueves. No respondieron cuando la hija de Blair llamó a la puerta de la vecina, ni siquiera salió la niñera, y está allí todos los días de la semana como un clavo.

Pero es que estas madres de ahora andan muy ocupadas, bien lo sabe. Mucho ir y venir y poca sustancia, viendo urgencia donde no la hay, se les va la vida en las prisas. No saben estar y punto. Ni sacan tiempo para pensar en lo que tienen delante de las narices.

Lo rápido que se pueden quedar sin nada.

Y tampoco entiende por qué Blair lleva esas mallas negras tan horrendas a todas horas, ni Whitney el pelo teñido de amarillo y esos trajes de hombre que se pone, cargada siempre con bolsos feísimos, sin nada de femenino. Es una pena cómo son ahora las mujeres.

Piensa en entrar en casa para darle un agua a las migas del plato del desayuno. También podría darse un agua ella y empezar el día, aunque es una rutina que se le ha hecho menos cuesta arriba estos años de atrás. De la última barra de Avon, el pintalabios de color rosa oscuro que se da desde hace décadas, hace nueve meses que ya no queda nada, y es la primera vez que no se ha tomado la molestia de comprar otra.

¿Qué más da a estas alturas? Tiene ochenta y dos años. A diferencia de sus vecinas, ya no le quedan amigas en el barrio. Están todas muertas o en una residencia, o las más afortunadas son una carga para sus hijos en las zonas caras de las afueras. Hubo un tiempo en que nada más abrir la puerta para recoger el periódico pegaba la hebra en el porche cuando pasaba alguna. Ahora se la traga tanta novedad: las

nuevas reformas de mal gusto, los coches nuevos relucientes aparcados en la calle, las nuevas familias jóvenes y el ruido que hacen, sus trastos, sus excesos. Quieren la vida de la gran ciudad, quieren sentirse importantes, pero hay un par de cosas que deben saber: van todos en la misma dirección, derechos al descalabro.

Cumplió con su deber de buena vecina con todas las familias según fueron llegando. Les llevó pasteles de Belém e hizo hincapié en el horario de recogida de basuras. Se ofreció varios meses a recogerles los paquetes y echarle un ojo a todo cuando se iban fuera. Ofrecía consejo si se les llenaban de hormigas las matas de peonías. Les acercaba *canja* casera en invierno. No dijo nada de la tercera planta innecesaria que ahora le tapaba el sol a su pequeño huerto ni de los dos años de contaminación acústica que tuvo que soportar con esa obra destinada a darse autobombo. Y el ruido incesante de los niños. Grito va y grito viene. Venga a dar portazos en la parte de atrás con esa tontería de puerta.

Fueron todos muy amables al principio, pese a las marcadas diferencias. Parecía que les interesaba de verdad saber cuánto tiempo llevaba viviendo en el barrio: «Huy, tiene que haber visto usted muchos cambios en la zona con el paso de los años», como si fuera cosa de maravilla. Nunca admitían que el cambio era precisamente el problema. No va nadie a misa a St. Helen, la iglesia portuguesa católica de la esquina. Los restos de una comunidad levantada a pulso por toda una generación de lo que fue su gente eran solo adefesios en lo que consideraban ya un barrio de su propiedad. Están esperando a acaparar las pocas casas que quedan en manos de gente mayor como ella. Se les hace la boca agua cuando ven que las últimas tiendas de comida de importación andan de capa caída. Quieren todos tener a un paso esa endemoniada cadena de cafeterías de la sirena.

Desde los primeros cumplidos de rigor, no ha vuelto nadie a interesarse por ella. Ni por su vida. Ni por cómo llegó allí. Los únicos que se preocupan de saludarla con la mano son sus hijos. Y Rebecca. Rebecca le cae bien. Una médica que hace un buen trabajo, y a mucha honra. Linda como ella sola.

Así que no hace falta maquillarse, ni hoy ni nunca. Mejor cambiar el apoyo en la silla, oír el restallido de la lona debajo

de ella.

—¡Mara!

—¡Lo tienes encima de la mesa, Albert! —responde ella también a gritos. Igual que siempre, querría añadir. Igual que todas las mañanas, caray. Le llega por la mosquitera de la ventana de la cocina a sus espaldas el arrastre de la silla por el ajado suelo de linóleo. No soporta verlo comer esa salchicha, volcado encima de un plato grasiento de comida que no le sienta bien, con lo delicado que tiene el corazón y el colesterol alto.

Mejor quedarse al fresco en la mañana de junio, seguir dándole vueltas a qué es lo que pasa.

Increíble lo que te enteras de la vida de la gente cuando eres más o menos invisible. Lo que no quieren que veas es lo que más los delata.

# Capítulo 5
## Whitney

### El hospital

No es tanta la desazón al verlo intubado como dijo Rebecca. La vía con el gotero, el tubo del respirador, el esparadrapo que tira con saña de la piel de su hijo. Ni siquiera cae en la cuenta de esos detalles. Es solo un muchacho. Su hijo. La hermosa cara, las mejillas que huelen siempre a aire fresco. Se siente aliviada al verlo ahí. Está en el mundo. Le soltó la mano a Rebecca y agarró rápidamente la del niño, y no se la ha soltado, todavía no.

El hospital donde dio a luz hace diez años está a ciento cincuenta kilómetros, en un edificio en el que no ha pensado hace mucho tiempo. ¿No eran las paredes de este mismo color, este verde enfermizo? ¿Y las cortinas no tenían estas mismas rayas de bastón de caramelo? El nacimiento de sus hijos es un recuerdo al que no acude con mucha frecuencia. No frecuenta el bulevar de la memoria con un nudo en la garganta. No es de las que guarda por guardar álbumes de fotos, no sabe cuánto han ido midiendo sus hijos ni conserva los dientecitos con las costras de sangre seca. No entabla conversación con otras mujeres para ver cuál supera a las otras en las labores de parto. No tiene tiempo para eso. No tiene tiempo para andarse con el tipo de detalles y medidas y minucias que, por lo visto, tanto les importan a otras mujeres.

Ella como madre no es así.

Aunque hay algo del nacimiento de Xavier que recuerda con nitidez: salió de ella en tres empujones. No hicieron falta más que tres empujones para separarlos el resto de sus vidas. Le parece absurdo pensar en eso ahora, como si tuviera derecho a ponerlo de nuevo dentro de ella con el mismo y denodado esfuerzo. Tres. Dos. Uno. Ya es suyo. Ella lo creó. Lo crio y alimentó. En teoría es capaz de protegerlo. Y lo quiere volver a tener dentro. Podría volver a hacerlo de nuevas, hacerlo de forma diferente. Empezar otra vez desde el

principio.

Dibuja su nombre con el dedo en el fino vello rubio que le cubre el antebrazo. La piel del codo parece cera en la que se cura el arañazo más reciente, hasta la fecha. La herida volverá a abrírsele en los próximos días. Siempre le sangra algo, él casi ni se da cuenta, y ella ve manchas de sangre en la mesa de la cocina, en la alfombrilla del baño.

Le pasa el dedo por el codo y luego por las cutículas rasgadas del pulgar derecho. Lo tiene rojo, como si se lo hubiera estado chupando. ¿Sigue haciendo eso por las noches? Le pondrá crema en las manos después de la ducha esta noche. Le dirá a Louisa que se vaya antes y será ella la que se encargue esta vez. Lo hará todo ella, una noche detrás de otra a partir de ahora, los cuentos y el segundo vaso de agua y las innumerables preguntas, y aprenderá a disfrutar ese espacio de tiempo.

Así ve las cosas esa mañana, como si fuera a haber ocasión de que su hijo se cayera de nuevo de un ciclomotor, de seguir con su rutina. Como si fuera a haber ocasión de encontrar la paciencia. Y la moderación.

«Cualquiera puede tener un accidente». Eso le dirán, aunque la gente no la crea acreedora de su compasión. Pero no, un accidente es un vaso de leche que se cae al suelo. Un niño pequeño con el labio partido por dar un mal paso.

Le preguntan si hay novedades sobre la llegada de su marido. No la creen capaz de responder a sus preguntas, de tomar decisiones como madre y tutora. Y quizá tengan razón.

Jacob. Mira el móvil para ver si ha vuelto a llamar. Le pesa el teléfono en la mano. ¿Siempre lo ha sentido así, como un ladrillo? Tiene un mensaje suyo. Está en lista de espera en Heathrow. Irá derecho al hospital en cuanto aterrice.

Viajará atrás en el tiempo.

Imagina que Jacob coge a su hijo en el momento en que cae. El peso del niño le arranca un gemido por el esfuerzo cuando el cuerpecillo aterriza en la cuna de sus brazos.

Le manda un mensaje: primero vete a ver a Sebastian y a Thea, asegúrate de que están con Louisa en buenas manos. Como es lógico, no le hará caso. Le suplicará al taxista que vaya más deprisa, que se salte los semáforos en rojo. Pero es que ella no está en condiciones de verlo. Bastará con que la

mire para que lo sepa todo. Está convencida.

No hace caso al aluvión de mensajes ni a la lucecita roja que marca veintisiete correos electrónicos. Pasan a ser veintiocho mientras se queda mirando. Tiene seis llamadas perdidas de sus compañeros de trabajo. El mundo despierta, arranca con horas que son facturables. Reuniones que parecen importantes.

El teléfono choca contra el suelo del hospital. Lo deja ahí.

Vuelve a aparecer Rebecca al otro lado de la cama.

Ella no levanta los ojos.

«¿Qué pasaría si yo no estuviera aquí?».

Eso le preguntó su hijo una tarde en el coche hará un par de meses. Tenían cita con el dentista para hacerle un empaste. En teoría lo iba a llevar Jacob, pero a última hora le ofrecieron un pase privado en una galería. Se podía decir que Whitney tenía la tarde libre.

«¿Que qué pasaría si no estuvieras aquí?», repitió ella como un loro, como hace cuando no quiere pensar la respuesta. Y se puso a pensar en una llamada que tenía que haber devuelto antes de salir de la oficina. Pensó en llamar desde la sala de espera mientras Xavier estaba en la silla del dentista. Se preguntó si tenía a mano el presupuesto que quería el cliente; lo buscaría entre los correos electrónicos cuando aparcara. «¿A qué te refieres? ¿Adónde estarías si no estuvieras en la tierra? Explícate un poco mejor, Xav». Y entonces: «Mierda».

Se le pasó la entrada al aparcamiento subterráneo.

Ahora no se acuerda de qué respondió él, si es que dijo algo.

Vuelve a dibujarle en el brazo el nombre, Xavier.

# Capítulo 6
## Rebecca

Es la tercera vez que examina los resultados de un paciente enviados por el laboratorio. No le gusta la sensación de andar distraída en el trabajo, pero se ha quedado bloqueada con lo de Xavier. Y con la conversación de unas horas antes en el pasillo, de madrugada, cuando Whitney le preguntó si por eso no tenía niños. Contestó algo que nunca antes había dicho en voz alta: «Lo que más querría en el mundo es tener un hijo».

Sintió que esas palabras la exponían mucho. No hubo manera de ocultar la desesperación en la voz. La intención era que Whitney supiera que seguía queriendo ser madre, aun sabiendo que podía acabar así, en una cama de la uci en el hospital. Quería recordarle que en aquel preciso instante, a las 2.08 de la madrugada de un jueves, todavía tenía a su hijo. Estaba vivo. Era suyo. Algo incómodo brilló en los ojos de Whitney antes de que parpadeara una sola vez, despacio, y mirara hacia las puertas dobles al final del pasillo. Pero entonces buscó otra vez la mano de Rebecca.

Normalmente, la fragilidad de la vida no es algo que Rebecca se permita tener en cuenta en el trabajo. Es un conocimiento de causa que no le aporta nada ahí. Mejor suponer que todos los niños que se cruzan en su camino vivirán y que ella solo es responsable de la fracción de tiempo que inaugurará el resto de sus largas vidas llenas de sentido.

Pero, si el niño no vive, ella será, a partir de ese momento, la persona que cambió la vida de la familia. Sus palabras —«Siento tener que decirles esto»— se grabarán a fuego en su memoria hasta el mismo día de su muerte. Se convertirá en parte de la historia de esa gente destrozada. Es una consecuencia del trabajo, y está acostumbrada. Es capaz de superarlo. Hoy, sin embargo, ha sido diferente. Mira la hora en el reloj de pulsera —las 9.18 de la mañana— y piensa si será demasiado pronto para llamar a la uci y que le den el

parte. La trabajadora social vendrá pronto a ver a Whitney, si es que no está ya con ella. Y volverá la policía. La enfermera se da cuenta de que Rebecca no está a lo que tiene que estar.

—Perdona que te lo pregunte otra vez, pero ¿hablaste con los padres? ¿Lo de que podría ser una cardiomiopatía?

Rebecca asiente y examina los papeles del alta que la enfermera le pone delante.

—Un encanto de niño. También llamé a los de guardia. Les hace falta un sacaleches, ¿puedes conseguir uno? ¿Qué más necesitas?

Se frota la parte alta de la frente, debajo del gorro con los colores del arcoíris, y da un toque al dispensador de gel sanitario para lavarse las manos. Tiene que despertar. Salir de esta de golpe.

Suele estar en su salsa en urgencias, el ritmo, lo desconocido, los casos que rotan sin parar. Puede pasar cualquier cosa en un turno de guardia, y se pregunta cómo hace la gente en casi todos los trabajos para levantarse de la cama por la mañana y enfrentarse a la monotonía que tienen garantizada. A pesar de todo, ella halla consuelo en su trabajo, el consuelo de la novedad. Niños nuevos, familias nuevas, problemas nuevos, y en la mayor parte de los casos ella sirve de ayuda, la mayor parte de las veces. Los que no están tan mal se van a casa, y el resto entra en el sistema en calidad de algo, va a las plantas de arriba con otros médicos, oncología, neurología, nefrología, donde quiera que acaben después de salir de la fila de boxes atestados, separados por cortinas, en los que ella lleva a cabo su tarea. Algunos puede que no vuelvan a salir del hospital, y cuando alberga esa sospecha se ve a sí misma repasando con la vista las pocas cosas que han traído de casa. Los pantalones de pijama llenos de bolitas, los osos de peluche a los que se aferran. Señales del final que los padres se llevarán, después, sin ellos.

Es raro que se entere de qué ha sido de esos niños, a no ser que se dé de bruces con uno de los padres en el aparcamiento o en la cola del café. Se ha hecho una experta en fingir que está ocupada con el teléfono mientras atraviesa el vestíbulo del hospital; no es tan fácil reconocerla cuando se quita el gorro y le cae el pelo oscuro y liso sobre los hombros. Se siente por ello culpable, pero así es capaz de abrir la doble

puerta batiente de urgencias y ponerse a trabajar.

Una enfermera la pone al día sobre la niña de dos años que espera en el box número 3. La fiebre no remite, presenta somnolencia, pérdida de apetito. Los padres ocupan sendos asientos a ambos lados de la camilla, no apartan la vista de su hija, concentrada en el iPad que tiene en el regazo. Enderezan la espalda cuando ella entra y Rebecca nota la amalgama de alivio y tensión: ha llegado la doctora, pero algo va mal. Rebecca examina la gráfica de la niña en el monitor y ahí salta: 19/5/2017. La fecha de nacimiento de la paciente. Hace tiempo que se lo espera. Toma aire de golpe y acerca el taburete de ruedas.

—¿Eres Lucy? Yo soy Rebecca. ¿Te importa si te examino mientras ves los dibujos? ¿Cuáles son, los de *Daniel Tigre*? —le coge la mano a la niña y pellizca con suavidad la piel para ver la hidratación, aprieta los diminutos lechos ungueales. Da la vuelta a la mano y palpa despacio la palma lisa y regordeta. Mete el fonendoscopio debajo de la chaquetita del pijama para auscultarle los pulmones. Piensa en el dormitorio que Ben pintó hace dos años. Piensa en lindas sábanas de flores para la cunita. Lleva la campana del fonendo al pecho de la niña y le ausculta el corazón. Piensa en la latencia del montón de células que Ben y ella oyeron en la primera ecografía de todas. La niña tiene ahora los ojos clavados en ella y no en la pantalla. Rebecca alcanza el oftalmoscopio de la pared y se acerca más a la niña. Mientras le examina la retina nota que le huele el aliento a mantequilla de cacahuete. Aparta el instrumento. La niña se fija en las partes de su cara, la nariz, puede que el rímel en las pestañas. Rebecca le palpa la nuca. Pasa los dedos por los finos rizos oscuros. Le toca el pequeño lóbulo de la oreja. La mejilla rolliza, cálida y suave. La barbillita.

La madre carraspea.

Rebecca se da la vuelta.

—Me gustaría hacerle un análisis de sangre, si les parece bien a los dos —dice mientras teclea en el ordenador. El nombre. La fecha de nacimiento. El parpadeo del cursor en la pantalla es hipnótico. Habría cumplido ahora los dos años, como esa niña. Habría sido perfecta.

# Capítulo 7
## Blair

Aiden había aparecido a los pies de Blair. Fue el año que los dos cumplieron treinta y uno, en la fiesta de un amigo común, metidos todos con calzador en el estudio en que vivía. Ella estaba a punto de irse. Y también estaba a punto de pisar un trozo de cristal de una botella rota. Aiden adelantó el brazo para detenerla, se hincó de rodillas, recogió la esquirla y la levantó del suelo en la palma de su ancha mano como un zapato de cristal.

Fue un poco una payasada, demasiado melodramático para el gusto de Blair. Pero cuando Aiden se puso de pie vio al tipo de hombre que no solía fijarse en ella. Lo notó en el acto. Por la sonrisita, la mirada de pillo, el metro noventa y tantos. Por cómo lo miraban todos a su alrededor.

Llegó a ansiar el subidón de que la buscara entre la gente, que le dedicara su atención, ser la que él quería. Hablaba alto, tenía la voz grave y sonora. Había notado el deseo de otros hombres antes, pero no como el de él. Al principio, la sociabilidad de Aiden la ponía vulnerable, como si alguien le hubiera arrancado la ropa en público. No estaba acostumbrada a tener tantas miradas encima cuando estaba con él, ni a su tamaño, al don de gentes que le salía de forma natural. Era magnético. Guapo sin ningún género de duda. La tocaba mucho. La sujetaba fuerte con el brazo y le acariciaba el hombro con el pulgar cuando hablaban con otra gente. Le gustaba ver que ese gesto de él llamaba la atención del resto. Veía cómo se daban cuenta, buscaba los ojos que saltaban para clavarse en ese contacto.

Había en Aiden cierta ternura cuando estaban solos, y ser la única conocedora de esa cara de él hacía que se sintiera especial. Cómo se demoraba en sus mimos los domingos por la mañana. El ruido que hacía cuando le besuqueaba la mejilla, una y otra vez, como si supiera a gloria, como si al

amor que le tenía le hiciera falta un eco. Los baños que se daban juntos, entre risitas y miembros entrelazados: casi no cabía en la bañera, el pelo mojado se le metía en los ojos.

«¿Eres feliz conmigo? ¿Es esto lo que quieres?». Se lo preguntaba siempre, quería asegurarse de estar a la altura de lo que ella esperaba de él. Jamás pensó que dejaría de importarle.

Cuando llamó a su madre para hablarle de Aiden, de que tenía un buen puesto en el departamento de ventas, de que le había enviado flores a la oficina por su cumpleaños, su madre no dijo nada. Blair se quedó mirando las veinticuatro rosas de color melocotón en el jarrón de plástico sucio de la cocina de personal y esperó a que hablara.

—¿Hola?

—Suena bien.

Bien. Su madre siempre respondía lo mismo. Qué bien, como las buenísimas notas que Blair sacó en el instituto. Qué bien, como la beca que le dieron para la universidad que había elegido como primera opción. Qué bien, como el primer apartamento que alquiló en la ciudad, toda orgullosa de poder permitírselo ella sola. Su madre esperaba cada vez menos a medida que pasaba el tiempo, perdía el interés, pero Blair tenía que recordarse a sí misma que no era por ella. Dijera lo que dijera, nada arrancaría una respuesta más animada de su madre. Tenía el cronómetro a cero. Por lo que respectaba a Blair, su madre ya no sentía nada.

Era distinta cuando Blair era niña, divertida, llena de vida. Trabajó tres días a la semana de secretaria en la correduría de seguros de su padre hasta que Blair tuvo ocho años. Los llevaba a ella y a su hermano pequeño a la oficina en verano, y allí hacían castillos debajo de las mesas y montaban en las sillas giratorias sin parar de dar vueltas hasta que acababan los tres mareados y no se tenían en pie. Le encantaba que el lápiz de labios de su madre oliera igual que la témpera del colegio. Le encantaba tocar sus largos collares de perlas cultivadas, oír el repiqueteo de las cuentas. Ponían la radio a todo volumen en el coche de vuelta a casa, y sentada atrás imitaba los movimientos que hacía su madre con los hombros en el asiento delantero.

Pero en algún punto a lo largo del camino fue como si su

madre se apocara despacio, sin dar un ruido. Dejó de trabajar y hablaba menos con ellos. Se agarrotó entre las manos de su padre.

Blair no fue consciente de la losa que el apagamiento de su madre le había puesto encima hasta que fue a la universidad y notó lo fácil que era respirar. Inventaba excusas para no volver a casa cuando se iban sus amigas. Había demasiada tensión para ella en aquel hogar. Ya por aquel entonces sus padres solo se comunicaban entre ellos a través de Blair, como si ya no reconocieran la voz del otro.

Blair se pregunta ahora, sentada detrás del mostrador de la tienda infantil, si Aiden y ella son muy distintos a sus padres. Si les espera eso. Tristeza de menú para cenar todas las noches.

Tiene la mirada perdida en la jirafa de dos metros que han sacado a un precio de 249 dólares cuando suena la campanilla de la puerta por primera vez esa mañana. Está a punto de poner algo parecido a una sonrisa forzada, pero el que entra es Aiden.

No pasa nunca a verla.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte. He acabado un desayuno de trabajo cerca de aquí, pensé venir a hacerte una visita.

Se acerca a la balda de los cochecitos de madera. Por detrás le recuerda al Aiden de hace diez años. Los anchos hombros. Se lo pasaban tan bien juntos. Viajes largos por carretera y clases de submarinismo en la piscina. Hacían playback con la música en el coche. Solían tener mono el uno del otro. ¿Adónde habían ido a parar esas ganas? ¿Era algo más que el hecho de ser padres? ¿Se había alejado Blair demasiado de quien solía ser?

Aiden coge un coche y la señala con él.

—¿Se venden bien estos?

—La verdad es que no.

Él suelta una risotada.

—Esta mañana has madrugado mucho para ir a trabajar.

—Suelo hacerlo, ¿no?

Ella alza las cejas. Ordena la pila de papeles de mensajería encima del mostrador. Se ha acostumbrado a tener los nervios a flor de piel cuando él está presente. Así están las cosas entre

ellos ahora. No se salen del guion. Van al grano. Ya no hablan de nada auténtico. Sus conversaciones son un intercambio de logística e información.

—¿Has desayunado en el Egg and Bean?

Él mueve afirmativamente la cabeza.

—Podía haberte traído un café. ¿Quieres que vaya a por uno?

Blair dice que no con la cabeza, aunque sí querría un café. La irrita tanta amabilidad. También la irrita lo fácil que es todo para él. Cuánto mejor sería, piensa, que trabajase un poco más por su familia. Que trabajase igual de duro que ella, venga a pensar, a complacer a los demás, a tenerlo todo planeado, a hacer mil cosas y volver a pensar. Ojalá también le diera vueltas la cabeza por las noches con las cosas que tiene que hacer al día siguiente para que sus vidas vayan viento en popa, como la seda.

¿Se habrá dado cuenta siquiera de eso? ¿De que todo va en apariencia como la seda? ¿De que no les faltan comida ni cuidados y hay champú en la ducha y sal en el salero y regalos el día de sus cumpleaños? ¿De que tienen una pastilla de Biodramina en la palma de la mano en cuanto empiezan los mareos con el movimiento? Eso es tarea suya. Su valor invisible. Ella vale más que los putos dieciséis dólares con cincuenta a la hora que le paga Jane.

Aiden vende software de seguridad a empresas del sector financiero, y aunque ella es capaz de regurgitar esa frase cuando alguien le pregunta sabe muy poco de lo que conlleva. Más que nada va a comisión, y eso significa que hay años que saca mucho dinero y otros que gana una cantidad que no es para tirar cohetes.

Así que hay que tener cuidado con el dinero. Él se queja de los pagos bimensuales de la tarjeta de crédito y, cuando lo hace, ella se pone hecha una furia. Dice cosas como: «¿Qué quieres, que la niña vaya al colegio con agujeros en los zapatos? ¿Tienes la más remota idea de cuánto cuesta una barra de pan? ¿Qué te has gastado hoy en tu comilona de la oficina? ¿Te crees que me hace mucha gracia apoquinar 134,36 dólares para que venga el técnico del lavavajillas? ¿Qué quieres, que diga que no cuando la invitan a los cumpleaños? ¿Que diga que no podemos permitirnos los

regalos?».

«¿Por qué estás siempre enfadada?», dice él con una pachorra que la pone de los nervios.

Aiden se pone a mirar el correo electrónico.

—¿Has venido a estar conmigo o con el teléfono? —Se odia a sí misma en cuanto salen las palabras de su boca, por cómo le salen.

Él pide perdón, deja el teléfono en el mostrador. Ella nota que las buenas intenciones que traía se van evaporando. Esto le suena, la oportunidad que él le brinda de que su buen humor se convierta en algo recíproco, que tenga cierta conexión con él, y lo mucho que le cuesta a ella. A saber hasta cuándo va a seguir poniéndole en bandeja ese buen humor.

—Tiene muy buena pinta la tienda —dice echando un vistazo, puede que para esquivar la mirada de ella. Puede que lo ponga nervioso.

El trocito de envoltorio le viene otra vez a la cabeza a Blair. No se le va así como así. ¿Habrá llegado a preguntarse si está tomando las debidas precauciones? ¿Habrá llegado a preguntarse cuándo lo descubrirá su mujer?

—Se lo diré a Jane.

Pero no lo hará. Si la tienda tiene buena pinta solo es gracias a ella. Ojalá la invadiera una sensación distinta. Ha tenido la oportunidad de sentirse cómoda con él, pero ese momento ya ha pasado. Suena la campanilla de la puerta y una mujer de más o menos la misma edad que Blair pasa revista a la tienda con la mirada y se abre camino hasta las estanterías del fondo. Blair carraspea para que Aiden vuelva a prestarle atención, aunque no la abandonan los pensamientos que la devoraban esa mañana. Se le acelera el corazón.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Él asiente y mira el reloj. Se le ha acabado la paciencia.

—¿Viniste anoche a casa?

Parece sorprendido. Pero no pillado en un renuncio. Eso la alivia por una décima de segundo.

—Pues claro. Dormí en la habitación de invitados. No quería despertarte.

Ella da la espalda al mostrador y se pone a recargar la

grapadora. Nunca obtiene la satisfacción que cree que va a lograr diciendo las cosas que la consumen viva. Siempre se siente peor.

Llega a pensar que a lo mejor se va de la tienda sin decir adiós. Pero se da la vuelta para encararlo y la está mirando, cruzado de brazos. Ha guardado el teléfono en el bolsillo.

—¿Sabes una cosa, Blair?, a veces me da la sensación de que quieres que te decepcione. Como si buscaras una razón para odiarme tanto como me odias.

Blair le chista para que baje la voz y nota que se está poniendo roja. Le podría decir que no es cierto. Podría defenderse.

Pero tiene algo de razón en lo que dice. Le gustaría que le cayera mejor, pero hay algo que lo impide. Y ahora tiene un resto de porquería al que se queda mirando cada mañana que la obliga a asumir lo débil que es realmente.

Quiere pedir perdón. Quiere decirle que se siente invisible. Y que ya no le importa. Que ya no sabe lo que es sentirse amada por él ni si con ser amada vale. Que no sabe cómo arreglar nada de lo que les pasa y sale adelante como puede.

No nota ningún alivio cuando él le da la espalda, solo le duele tanta tristeza. Él mira la puerta mientras dice:

—Estaré en casa a las seis para la cena, ¿vale?

¿Así termina todo? ¿Le debía algo más en ese preciso instante? ¿Por qué lo ha vuelto a hacer? Uno de estos días a lo mejor se pasa de la raya. Y la opción de seguir con ese matrimonio ya no será de ella.

Por el escaparate de la tienda lo ve alejarse, con las manos en los bolsillos, la mirada clavada en la acera. Hay veces que la mera presencia de él la lleva a odiarse a sí misma.

Cuando llega Jane veinte minutos más tarde, Blair le dice que no se encuentra bien.

Y es cierto. Siente verdadero malestar físico.

A mitad de camino por la calle Harlow, ve la casa vacía de Whitney en diagonal a la suya y decide que necesita algo que la anime. Lo único que se ha prometido a sí misma que no volverá a hacer. Pero no tiene más vicios que ese. Y siente que se le debe al menos uno.

Mete las manos en el bolso para buscar las llaves.

# Capítulo 8
## Mara

Por cómo Blair se queda parada un instante al final del camino de entrada de los Loverly, Mara llega a la conclusión de que está donde no debería estar. Pero ya lo ha hecho antes, eso de entrar en la casa de la vecina cuando no hay nadie, aprovechando que tiene llave.

Son casi las 11.30 de la mañana y no se ha visto un alma en esa casa desde la noche antes, cuando Whitney aparcó el coche después del trabajo, nada más dejar de llover. Mara no habló con nadie en todo el día ni nadie habló con ella, aparte de Albert y sus rezongos por la temperatura dentro de casa, el agrio olor de la nevera, el cuarto de hora de retraso del camión de la basura. Pero eso era más bien ruido de fondo que le llegaba apenas cuando iba por la casa y se cruzaba con su marido. Saludó a Whitney con la mano cuando se bajó del coche, intentó captar su atención. Solo había seis o siete escalones entre el coche y la puerta de la casa, pero la buena mujer no levantó ni un instante los ojos de esa memez de teléfono.

Hubo ruidos la noche anterior, claro que los hubo.

Pero eso no es tan raro cuando se vive en la ciudad.

Bien podría haber sido un sueño y nada más, algo de su pasado que venía a llamar a la puerta una y otra vez.

Mara tenía sueños vívidos de joven. No paraba de patalear toda la noche en la cama huyendo del diablo. Sus hermanas se ponían algodón en los oídos para que no las despertara Mara hablando en sueños. Por la mañana les contaba historias inverosímiles a sus hermanos, como si lo que le pasaba en sueños fuera real, y ellos le iban a su madre con el cuento de sus patrañas. Y por lo general lo eran. Pero, según se fue haciendo mayor, los sueños dejaron de ser solo fruto de su imaginación calenturienta.

Cuando tenía diecisiete años soñó con un apuesto Albert la noche antes de conocerlo. Apareció en casa de la familia de Mara con su padre, el técnico de la nevera. En teoría había ido de aprendiz, pero se pasó toda la hora en el pasillo, apoyado contra el papel pintado color lima, hablando a toda velocidad con Mara, sentada en el tercer escalón de la escalera con las piernas cruzadas en señal de recato. Vio que intentaba hacerse el simpático. Nunca antes había sentido el poder de poner a alguien nervioso. Lo vio dar golpes contra la pared con el nudillo del índice para recalcar sus frases, a veces un golpe, a veces dos. El joven de su sueño de la noche anterior hacía lo mismo. Mara había estado allí antes, viviendo ese momento con él.

La mañana después de quedarse embarazada, supo en cuanto despertó que había concebido. Llevaban un año casados y no hacía mucho que había empezado a rezar para que sucediera el milagro, pero soñó toda la noche con el bebé flotando en el azul de su vientre, envuelto en su forro blanco, suave y lechoso, como capas de nubes en el cielo.

Después de la cena le sirvió una copa a Albert y le dijo como si tal cosa que ya podía ir llamando a la agencia para reservar los pasajes. Él se incorporó de un salto y la volteó en brazos por la atestada cocina del apartamento, y ella tiró con los pies una pila de platos de cristal azul. La bajó al suelo, se hincó de rodillas y lloró con la cara hundida en su delantal mojado del agua de fregar mientras ella le apretaba los lóbulos de las orejas con los dedos.

Como la mayor parte de sus amigos que soñaban con una vida mejor, siempre decían que saldrían de Lisboa para asentarse en un sitio con más oportunidades. Mara insistía. Portugal solo tenía la agricultura, nada de economía ni de comercio, nada de industria que fuera a florecer. Lisboa daba la sensación de haber quedado atrás, lejos de la prosperidad del resto del mundo, oprimida por un gobierno opuesto al cambio. Albert no se planteaba estar un día sí y otro también reparando electrodomésticos, no había más que ver la anodina vida de su padre, así que consiguió un trabajo vendiendo útiles de pesca y superó las cuotas de venta de todo el año en tres meses. Mara sabía que se ganaría la vida decentemente en cualquier parte de Norteamérica si aprendía

inglés. Veían hordas de turistas ricos de vacaciones en sus playas. Sabían los dos que había otras vías.

Todo el mundo le decía a Albert que se fuera él solo a América, que encontrara trabajo e hiciera contactos primero, pero él nunca habría dejado a Mara y ella nunca lo habría dejado a él. Irían como una familia. Él había ahorrado la mayor parte de su salario, ella había eliminado gastos innecesarios, y hablaban prácticamente todas las noches de adónde irían, dejándose las cejas en los libros y mapas que sacaban de la biblioteca. La costa oeste de los Estados Unidos. Massachusetts. O Toronto. Se aprendían frases coloquiales en inglés, probándose el uno al otro hasta las tantas en cenas regadas con alcohol que acababan en la cama desnudos. Estaban preparados.

—¿Qué ha dicho el médico, que tienes que descansar mucho? Un niño. Un niño. —Albert se limpiaba la cara con el pañuelo, soltaba una risita, como si no acabara de creer su buena fortuna.

—Todavía no he ido al médico.

—Pero entonces ¿cómo lo sabes?

—Soñé con él anoche.

—¡Mara! —Echó la cabeza hacia atrás y se tapó los ojos—. Dios santo, mujer.

—Tú confía en mí, Albert —dijo ella, y le dio un beso en toda la coronilla.

Se decantaron por una zona en los márgenes de una gran ciudad donde oyeron que se estaban instalando los portugueses, el alquiler era barato y las casas estaban destartaladas, aunque había rumores de que las cosas iban a cambiar con la llegada de más familias, la gente traía a sus hermanos y parientes, iban a abrir un restaurante y una pescadería en la calle principal. Albert ya tenía el nivel de inglés suficiente para conseguir trabajo vendiendo máquinas de refrescos para una distribuidora estadounidense, y le dieron coche de empresa, un flamante Ford de color rojo. Le pidió a Mara que le sacara una foto con la cámara Kodak nueva, apoyado en el capó, y la mandó por correo a sus padres. Abrió una cuenta corriente y empezaron a ahorrar para comprarse la primera casa. Odiaban el frío y echaban de

menos a la familia, pero brotaba un aire de comunidad en el ambiente, asociaciones de la parroquia, una panadería en la que había cola los sábados por la mañana, ejemplares del *Correio Português* en el porche. A Mara le encantaba tener la oportunidad de practicar el inglés que había aprendido toda orgullosa, aunque en realidad no le hacía mucha falta en su nuevo barrio.

Todo iba como habían esperado, como habían planeado, hasta que Mara, embarazada casi de nueve meses, tuvo el primer sueño de gran viveza desde que había quedado encinta.

Supo que algo en el niño sería diferente.

Cuando trajo a su hijo al mundo dos semanas después, mientras Albert no paraba de un lado para otro por el pasillo, cerró los ojos a la espera del silencio. Un silencio ensordecedor. Pero el niño gritó. Frenético y rebosante de salud.

—Aquí está, un varón perfecto. —La voz del médico retumbó por encima del clamor de los pulmones del niño.

Ella levantó de golpe la cabeza para ver a su hijo, pero las enfermeras ya lo habían arropado y lo sacaban en brazos. Tenía que verlo con sus propios ojos para estar segura. Algo más tarde, tras mucho insistir, la llevaron en silla de ruedas por el pasillo hasta el nido, justo delante del lugar que su bebé ocupaba en la fila de cunitas de cristal. Desdobló la manta con cuidado. Puso la mano en el pecho rosáceo y dio gracias a Dios. Notó que había algo especial en el niño.

Albert llevaba en brazos todo orgulloso a Marcus a la iglesia de la esquina, exhibía a su hijo todos los domingos, como si nadie hubiera visto antes un bebé. Ponía el auricular del teléfono pegado a la orejita cuando llamaban sus padres para cantarle. Marcus era la mar de feliz cuando su padre lo sostenía por encima de la cabeza y lo llevaba volando por el cuarto. Compró un avión antiguo en una tienda de segunda mano y lo colgó en la habitación del bebé con hilo de pescar.

—Será piloto, Mara. Te apuesto lo que quieras.

Fueron pasando los meses de crecimiento sin nada que reseñar, y por eso el médico atenuó las preocupaciones de Mara en la revisión de los tres años. Marcus se expresaba cada vez menos verbalmente con todo el mundo menos con

ella. Le daban miedo los otros niños en el parque. Se tapaba los oídos cuando pasaba un camión de reparto, cuando se cerraba una puerta. No comía nada que tuviera líquido.

—Peculiaridades, señora Alvaro. Ya está. Las tenemos todos de pequeños, los hay que son más sensibles. Expóngalo a más niños, eso lo hará más duro. —El médico había abierto la puerta de la consulta al tiempo que hablaba—. Y procure relajarse delante de él. A los niños les afecta que su madre esté nerviosa.

Ni que fuera culpa de ella.

Se suponía que se le iba a pasar con el tiempo.

Un día, después de darle a Marcus el beso de buenas noches, sacó fuerzas para preguntarle a Albert si le preocupaba el niño. Por lo poco que hablaba con todo el mundo menos con ella. Lo nervioso que se ponía. Cómo se encerraba en sí mismo. Albert no sabía mucho de niños, pero los de la edad de Marcus que iban a la iglesia se subían a los bancos del fondo. Los padres tenían que chistarlos para que se estuvieran quietos en misa y darles el alto cuando salían corriendo por las abovedadas puertas en dirección a la carretera. Albert tenía que haberse dado cuenta de cómo su hijo se metía entre las faldas de su madre y escondía la cabeza en su cuello cada vez que alguien le hablaba.

Marcus nunca se iba con Albert.

Mara quería dinero para llevarlo a un especialista. Le daba vergüenza decirlo en voz alta. Porque antes de que respondiera ya sabía que le había dado alas a su preocupación delante de él. Esos ejemplos no admitían discusión. Él quería que su hijo fuera de una determinada manera, que brillara con luz propia en el centro de esa vida por la que tanto había trabajado, y ella le estaba diciendo ahora, con palabras que ya no podría retirar: nuestro hijo no es ese niño.

Albert salió a fumar un cigarrillo y regar el jardincito de la parte de atrás, que habían plantado juntos esa primavera con Marcus como mudo testigo debajo de una sombrilla, sin ningún interés en la tierra, las lombrices, los tiestos de plástico en los que venían los bulbos. Acababan de comprar la casa de la calle Harlow, una sola planta de ladrillo color canela en una parcela estrecha que Albert cubría de un extremo a otro en siete zancadas. Había instalado toldos de

aluminio a rayas amarillas y blancas en el porche y las ventanas principales. Pintó la verja baja de hierro del jardín delantero de un blanco inmaculado y cuidó con mimo el césped recién plantado. Ella lo estuvo mirando esa noche desde la ventana de su dormitorio: con una mano sostenía la manguera, con la otra se limpiaba las mejillas entre sacudidas de los hombros.

Mara llevaba a Marcus con ella a todas partes. A veces se hacía un ovillo en el suelo del coche y no quería salir. Otras, la cosa iba sobre ruedas hasta que oía algún ruido metálico o la peluquera se inclinaba hacia él para darle una piruleta. Se ponía tenso y abría mucho los ojos, como un animal salvaje. Es tímido, decían todos.

A los cinco años, solo le hablaba a ella en susurros.

Mara llegó a anhelar el cálido aliento en su oreja, el ruido que hacía el aire al pasar entre los dientes de su hijo.

—Dile a mami por qué no hablas con nadie más. ¿De qué tienes miedo?

—Es como si estuviera siempre en el teatro. —Se colgaba de la espalda de su madre, aferrado a sus hombros, nunca lejos de ella.

—¿En el teatro? ¿Qué quieres decir con eso?

—Como si todo el mundo me estuviera viendo. Pero no me acuerdo de lo que tengo que decir después. —Ahí estaba otra vez el aliento cálido—. Y se van a reír de mí.

La pasmaba lo inteligente que era, hablaba inglés y portugués de forma fluida, era capaz de hacer rompecabezas para adultos y memorizaba todos los países del mapa. Leía en voz baja en el regazo de Mara cuando Albert no estaba en casa para oírlo. Pero el colegio le costaba. Le podía la ansiedad y a veces no aguantaba todo el día. Los dolores de estómago y la diarrea provocaron algún accidente que otro. Los niños eran crueles.

Decidió que lo educaría ella en casa.

Llegó a ser parte de ella, más de lo que la mayoría de los niños lo eran de sus madres, aunque Mara no podía comparar con nada aquel apego tan fuera de lo común. No echaba nunca en falta un instante sin él pegado a sus faldas, nunca lo apartaba de sí con un gesto o una palabra, ni cuando se bañaba o iba al servicio. Vivía en ella como una capa más de

piel. No sonreía delante de nadie, solo con ella. Pero sabía que su hijo era feliz. Feliz a su lado.

La primavera en que Marcus tenía siete años, Albert se quedaba a trabajar hasta tarde casi toda la semana. Volvía a casa bien pasada la hora de acostarse de Marcus y despertaba antes de que se levantara. Los fines de semana buscaba alguna tarea fuera de casa. Mara tenía un calendario en un cajón de la cocina y marcaba con una equis los días en que Albert no veía en ningún momento a su hijo. Pasado un mes entero lleno de su airada tinta negra, después de cerciorarse de que su hijo dormía, fue a paso decidido al cuarto de estar. Le dio un golpetazo al mando de la televisión y arrojó el calendario en el regazo de su marido.

—Cuatro semanas. Llevas cuatro semanas sin echarle la vista encima. Es el mejor regalo que podías tener y te lo estás perdiendo todo de tu hijo.

Él clavó los ojos en la pantalla, por detrás de ella. Se quedó como petrificado.

—¿Qué ha cambiado en ti, Albert? ¿Qué te da derecho a ser tan infeliz?

La ponía de los nervios su silencio. Su modo tan fácil de pasar de todo. De su precioso hijo. De su sufrido matrimonio. Del peligroso punto en sus vidas al que se dirigían. A ella no le quedaba allí otra alternativa, no tenía dinero, ni familia ni opción alguna. Él no pestañeaba. Ella no sabía adónde iba su marido, cómo lograba sin más desaparecer de aquellas cuatro paredes, mientras ella no se podía permitir el lujo de dar un paso en falso, ni un solo minuto de sol a sol ni dejar nunca de estar ahí. Con ellos, por ellos, a pesar de ellos.

—No eres el hombre que creí que eras.

Mara mira ahora la casa de los Loverly.

—¿Qué haces todavía ahí fuera? —Albert ha abierto la puerta mosquitera, lleva el albornoz color burdeos y el olor a grasa perdura en el rizo de algodón.

—Nada. —Le hace señas para que se eche a un lado en la puerta y deje paso. La sorprende ver una salchicha en el plato. Nunca deja nada del desayuno.

—¿No tienes hambre hoy?

—Será que no —dice él de camino al dormitorio.

Mara limpia la encimera, mete el plato de su marido en el fregadero, le da un agua a la sartén. Querrá más café, seguro, así que tira a la basura el filtro empapado y pone otro. Saca el café molido de la lata con una cuchara. Llena el depósito de agua. Espera que borbotee; la cafetera no siempre funciona bien, veinte años debe de tener ya, pero él no cambia los electrodomésticos hasta que no está convencido de que el cacharro está en las últimas. Hace por recordar qué tenía que hacer esa mañana. La colada. Y recoger los aviones de papel de los matojos en el jardín de atrás, porque es jueves.

Albert vuelve a la cocina abrochándose los botones de la camisa, tiene los dedos que parecen salchichas. Ya casi no es capaz de cerrar el puño con la mano hinchada.

—Está puesta la cafetera —dice Mara—. Ven, yo te ayudo.

Refunfuña, pero deja que le abroche los dos últimos botones evitando mirarla. No se miran desde hace décadas, lo que se dice mirarse: ni mucho menos como hacían antes. A saber si él ve demasiadas cosas en los ojos vidriosos de ella, en el blanco largo tiempo apagado. O a lo mejor es que no ve lo suficiente. ¿Acaso deberían tener una vida más plena? ¿También él llora a veces por ese motivo? Él se aplasta las hebras de pelo de la coronilla y carraspea para aclarar la flema en la garganta. Se frota el pecho. Mete el faldón de la camisa dentro del pantalón y toma asiento junto a la mesa.

—¿Dónde está?

Ella desliza una taza vacía por la encimera en dirección a la máquina de café, señala la leche encima de la mesa y va escaleras abajo rumbo al sótano.

# Capítulo 9
## Blair

Mira otra vez el reloj para confirmar la hora cuando se acerca a la puerta de la casa de Whitney. Todavía no son las doce del mediodía. Whitney aún no le ha devuelto hoy los mensajes, pero sabe que Sebastian y Thea suelen ir a una actividad en la biblioteca con Louisa los jueves. Louisa anota el plan mensual para la familia en la cocina, y Blair le saca subrepticiamente una foto todos los meses.

El enorme ventanal de la fachada y el trazado sin tabiques hacen que Blair, desde su propio salón, tenga una vista diáfana de la casa de enfrente y su jardín trasero. Por lo menos hasta mediodía, cuando el sol da de pleno y le devuelve el cansino reflejo de su propia casa.

A veces, los fines de semana, ve a Jacob preparando el desayuno en la isla de cocina, con el pantalón del chándal un poco caído. Ha visto a Whitney abrazada a sus hombros desnudos mientras arranca fruta de sus dedos con la boca. Hubo una vez que le metió la mano en la entrepierna. Jacob apoyó la espátula en la encimera mientras ella le tocaba, a escasos centímetros de la plancha caliente, y los niños veían la televisión en la estancia contigua.

Esas cosas no pasan en su lado de la calle Harlow. Viviendo cerca de Whitney, Blair es consciente de la diferencia, y le duele. Aiden y ella viven en una casa que más parece una primera vivienda en una parcela estrecha. En teoría la iban a reformar hace cinco años. Su marido no sabe ni dónde guardan la sandwichera. A ella jamás se le ocurre tocarle en la cocina. No se le ocurre tocarle en ningún sitio.

Pero no querría para sí todo de la vida de Whitney. No le gustaría que la consumiera el trabajo, lejos de su hija, dividida en dos, siempre distraída. En busca del equilibrio que escapa a toda mujer. No parece que la idea del equilibrio se le pase siquiera a Whitney por la cabeza.

Con todo y con eso, Blair la envidia. Quiere sentirse como se siente Whitney consigo misma, quiere saber lo que es estar al nivel de esas mujeres. La satisfacción de haber tirado por donde hay que tirar siempre en la vida.

Le dieron la llave para que tuviera una copia en caso de emergencia.

Pero nunca hay emergencias.

Entra y teclea los números del código de seguridad. Cierra con llave, se da la vuelta y contempla la blancura absoluta del recibidor. Una enorme pintura abstracta domina el espacio, colgada en lo más alto con cables, como en las galerías. El revoltijo de acrílicos terrosos, apagados, le resulta igual de atractivo que el vómito, aunque haya fingido siempre lo opuesto. Respira hondo. Hay una frescura en el aire de esa casa que parece fabricada en serie, como un coche en un concesionario, como algo a lo que le acaban de quitar el envoltorio.

Se descalza y va hasta la cocina impoluta, con sus anchas losas de mármol negro, armarios sin tirador y cajones de cierre suave. No hay nada fuera de sitio. Ningún biberón en la encimera. Ni cucharas en el fregadero. Nada de esas manchas de grasa en las superficies que dejan los dedos untados de mantequilla de cacahuete. Louisa ha debido de pasarse a recoger los cacharros del desayuno. Del difusor de cerámica encima de la isla emana un aroma a menta y cítricos. Louisa vende aceites esenciales para sacarse un extra. Whitney dice que le dan dolor de cabeza.

Al lado del difusor está el correo, en una pila perfecta. Hojea los sobres. Hay una factura de una tarjeta de crédito que le habría encantado abrir. A veces se los lleva a casa, sabedora de que nadie los lee de todas formas. Un extracto de la compañía de seguros. Y la invitación para un evento comercial en unos grandes almacenes en los que Blair solo podría entrar a mirar.

Abre la puerta de acero inoxidable del frigorífico panelado. Louisa hace la compra los miércoles por la tarde. Los estantes están llenos, ordenados por el tipo de comida, luego por el tamaño del envase y después por la fecha de caducidad. Coge una manzana verde del cajón y prueba la acidez con tres mordiscos. La tira en el cubo de la basura orgánica y ve que

está vacío: no hay cereales hechos papilla ni rabos de fresas. Como si los niños no hubieran desayunado nada.

Pasa revista al pupitre empotrado al lado de la despensa. Es para que los niños hagan los deberes, aunque nunca ha visto a Xavier sentado ahí. Hay un portalápices lleno de pinturas de colores con la punta recién sacada para los mellizos. Le da un toque al ratón del ordenador, y en la pantalla negra aparece una página de inicio de sesión. Cuando les dio aquel consejo hace varias semanas, se arrepintió nada más salir las palabras de su boca.

«Por cierto, ¿tenéis todas las pantallas bloqueadas? ¿Habéis activado los controles parentales? Están ahora en esa edad, podrían encontrar cualquier cosa en internet».

Habla a menudo de cosas que tal vez no se le hayan pasado por la cabeza a Whitney. Medidas que solo tomaría una madre muy al tanto. Whitney no malgasta energía pensando que algo podría salir mal.

Vaya disgusto no poder ver el historial del buscador ni abrir el correo personal de Whitney. Le gusta saber qué cosas guarda Whitney aparte de la cuenta del trabajo que le lleva su secretaria. Una vez encontró la confirmación de un lifting de pecho del que Whitney no le había dicho nada. Pero lo que más disfruta son las conversaciones con sus amigas. Son superficiales y escritas aprisa. Esas mujeres no reciben el tiempo y la atención que Whitney le dedica a Blair.

Lleva viniendo algo más de un año, cada dos meses. Cuando está dentro, al pie de la escalera iluminada por la claraboya del techo, se para a preguntarse: ¿y si la pillan?, ¿y si alguien la ve por uno de los muchos ventanales y le pregunta después a Whitney? Los ojos de Mara la han seguido al cruzar la calle en bastantes ocasiones.

Tiene preparada una batería de respuestas.

Se moría de ganas de hacer pis, ha salido de casa, se ha cerrado la puerta y no tiene llave.

Creí que me había dejado el teléfono en tu cocina ayer.

Juraría que había oído la alarma de incendios de tu casa.

Todas verosímiles.

No siempre sube al tercer piso, donde están las habitaciones de Xavier y Sebastian. Allí no hay nada interesante, y le da más cargo de conciencia andar espiando

el cuarto de un niño. Pero hoy siente especial curiosidad, dada la situación de esa mañana. Abre primero la puerta de Xavier. Le da una bofetada de aire frío, lo cual es raro. La ventana está abierta. Casi pisa una mancha oscura que cubre la tarima. Café, por cómo huele. La salpicadura llega hasta la puerta y la pared. El asa de porcelana blanca está en el suelo, arrancada de la taza. Se le acelera el pulso al pensar en el enfado de Whitney si acabó arrojando el café desde el otro lado del cuarto. El edredón y la almohada también están en el suelo, hechos un guiñapo. Hay folios por todas partes, el lápiz y los rotuladores desperdigados, y una billetera vacía. En la mesilla han apilado unos aviones de papel, doblados y puestos unos encima de otros. Y entonces le llama la atención una mancha oscura: un garabato negro que ensucia la pared. Pintura. O puede que tinta. Nota entonces algo en el cuarto que la sobrecoge. Como si fuera testigo de lo que no debería ver.

Eso es algo que odia de su amiga, la frustración con sus hijos, aunque sabe que Whitney hace por atemperarse delante de Blair. Es incómodo oír el latigazo de su voz cuando les habla, ser testigo de su frustración. La amargura que deja en todos a su paso. A la propia Blair se le acelera el pulso cuando Xavier o los mellizos pierden un poco el control, algo normal en los niños, su energía se dispara, sus voces se alborotan, uno grita y otro llora y luego uno le echa la culpa al otro; y entonces Whitney se pone en pie, agarra un brazo y se lleva a un niño a rastras a otro cuarto con una fuerza que Blair jamás emplearía. No le gusta la idea de que Chloe presencie eso cuando va a jugar allí; da gracias por que esté casi siempre Louisa haciendo de parachoques.

Y luego, claro, está lo que pasó en septiembre en la fiesta del jardín.

Tal vez sería mejor irse, en vista de una mañana tan rara. Pero se detiene en la segunda planta, delante de la habitación de matrimonio de Whitney y Jacob. Abre despacio la puerta, nota la sensación mareante de estar haciendo algo que no debe.

Pasa los dedos por el papel de las paredes, de fibras vegetales gris acero. La ropa blanca está bien remetida al pie de la cama, aunque el lado en el que duerme Whitney sigue

revuelto. Qué raro: le ha oído decir a Louisa que las camas son lo primero que hace. Alisa la colcha, maravillada como siempre de lo suave que es al tacto. Pasa revista a la habitación, pero está ordenada, no hay nada más fuera de sitio.

En el vestidor, la ropa cuelga en perchas de madera dispuestas a tramos regulares. Hay tantas prendas en el guardarropa de Whitney que es difícil saber qué se habrá puesto ese día. Blair acaricia las chaquetas de lana y los bajos de los vestidos bien cortados. Las prendas de punto están dobladas una encima de otra, colocadas en las baldas a partir del blanco, como en un muestrario de colores.

La prenda favorita de Blair se ha caído de la percha y está arrebujada en el suelo. Un vestido corto de seda con encaje de flores azul marino, algo que jamás se le ocurriría tener en el armario. Se pone el vestido encima de la camiseta de algodón y las mallas y ata el cinturón.

El vestido se burla de ella en el espejo. Whitney está a los cuarenta mejor que nunca, aunque diera a luz a los mellizos hace cuatro años. Lleva ropa que le realza la espalda, las piernas largas y esbeltas, la piel suave y sin marcas. En comparación con ella, Blair tiene un aspecto juvenil, de pecosa sin encanto, con esos brazos que parecen flotadores desinflados. Le cuesta apartar los ojos de Whitney cuando están juntas, sobre todo si Whitney no la está mirando. Se ha hecho toda una experta en saborearla a sorbos presurosos y ávidos.

Vuelve a colgar el vestido en la percha.

Las cosas de Jacob son informales, de una sola gama de colores, poco variadas. Sus camisas ocupan el rincón más pequeño del vestidor y comparten espacio con los bolsos de Whitney. Saca una sudadera de grueso algodón negro y se la pasa por la mejilla. Le da más apuro tocar sus cosas que las de Whitney. No cree que la atracción que siente por él esté fuera de lugar, teniendo en cuenta cómo se sentiría cualquier mujer que viera a Jacob. Pero le atraen más las cosas de él en las que otras no se fijarían a primera vista. La barba de dos días que le define la mandíbula. El hoyuelo sutil solo en la mejilla izquierda. Que no hable mucho solo porque lo suyo es pensar.

Cuando toca las cosas de Jacob, le aflora a la piel la

traición, tanto a su marido como a su mejor amiga. Coge un par de slips blancos del cajón y se lo imagina empalmado, colmando la bolsa flácida de licra. La gotita que dejaría en el tejido. Se le van los ojos a la cesta de mimbre de la ropa sucia, tan bonita. Pero Louisa ya ha hecho la colada.

Abre el primer cajón de la parte del armario de Whitney. Los sujetadores están como nuevos, turgentes. Los tirantes siguen tensos; las copas, todavía intactas. Pone la mano en una de ellas, la nota firme, como si tocara un pecho de Whitney.

Las braguitas ocupan el segundo cajón, dobladas en cuadraditos, como en una caja de bombones. Son negras, de seda. Blair piensa en las que lleva ahora debajo de las mallas, que algún día fueron blancas, llenas de pelotillas.

Alarga la mano para abrir el tercer cajón, pasa por alto los pañuelos caros y las medias. Saca la bolsa para zapatos de color azul claro con los dos vibradores dentro. Uno es pequeño, rojo y firme y se enciende con un clic; el otro, dúctil, tiene distintas velocidades y frecuencias. Se los lleva a la nariz por turnos. A veces perdura el olor a Whitney en la goma suave y aterciopelada. A veces es el jabón de romero del baño principal.

Se queda mirando el más grande e imagina a Whitney arqueando la espalda al tiempo que se lo mete dentro. Echada en la cama de matrimonio mientras Jacob la mira desde la chaise longue al otro lado del dormitorio. Blair sabe que es algo que les gusta hacer. Se lo contó Whitney el verano anterior, cuando apenas les quedaba un culín de la segunda botella de vino. A Blair le encantó estar en posesión de una confesión así, un pensamiento tan excitante que le bullía en la mente cada vez que los veía juntos. Esperaba que Whitney le revelara más cosas, detalles desinhibidos sobre su sexualidad, pero es un tema que últimamente se les agota en las conversaciones. Como si Whitney supiera que ya ha contado demasiado, aunque, como es natural, la más remilgada es Blair. Ya casi no se ve a sí misma en la tesitura de tener relaciones sexuales con Aiden. Pero aquí, en el dormitorio de Whitney, le es muy fácil excitarse. Pasa el pulgar por la goma sedosa del vibrador más grande, luego mete los dos en la bolsa.

Entonces abre el cajón en el que Whitney guarda la lencería más atrevida. Saca el bodi de encaje azul marino, a juego con el vestido que se puso antes. Se fija en la abertura en la tela a la altura de la entrepierna. Mete por ahí los dedos, imagina a Jacob haciendo lo mismo y nota cómo le sube la temperatura. Se desviste antes de darse tiempo a cambiar de idea. Ya dentro del bodi, tira para arriba hasta encajárselo. El corte alto de las caderas le aprieta demasiado, y no tiene pecho suficiente para llenar las copas de aro.

Se tumba en la parte de los pies de la cama y busca la abertura del encaje con los dedos. Ya no recuerda cuándo fue la última vez que se sintió así. No se toca a menudo. Pero ahora piensa que Jacob y Whitney están con ella en la habitación. Piensa que Whitney observa cómo Jacob se acerca a Blair. La han invitado, le han pedido que haga eso por ellos. Está a su altura y se lo merece. Es deseable. Él la penetra.

Pasados unos segundos, endereza el cuerpo. Fija la vista en la lámpara de vidrio soplado del techo. El atrevimiento se va como ha venido. Se quita el bodi y lo guarda cuidadosamente en el cajón.

Cuando se lava las manos en el baño de la habitación, mientras nota el mármol cálido debajo de los pies, tiene delante de sí lo que vería Jacob. Le da la espalda a su propia imagen en el espejo, las endorfinas ya han desaparecido. No podría consentir que otro hombre metiera los dedos donde los acaba de meter ella. O la cara, entre el vello áspero y los pliegues flácidos. Hasta la intimidad de un beso le da asco. No sabe cuándo se ha producido ese cambio.

En el armario detrás del espejo, Blair pasa revista a los frascos de grueso cristal verde con productos para el cuidado de la piel. Leche limpiadora y exfoliante. Crema hidratante y reparadora. Loción para el contorno de ojos. Mascarilla rejuvenecedora. Bálsamo corporal reafirmante. Aceite regenerador.

Coge la caja de anticonceptivos. Vuelve a haber pastillas intactas en el blíster, se ha saltado varios días del mes. Hace unas semanas, Blair metió la pata y se lo comentó a Whitney sin darse cuenta. Estaban hablando de vasectomías, de que Jacob jamás se haría una.

—Pero ¿no te preocupa que se te olvide tomar la píldora?

Whitney la miró con curiosidad. Nunca le había dicho a Blair que tomara la píldora.

—Llevo tanto tiempo tomándola que no se me olvida nunca. —Fue lo que dijo, sin más.

Blair vuelve a dejar la caja en el armario.

Supositorios para las infecciones vaginales. Pomada para las infecciones vaginales. Desodorantes sin aluminio. Pasta de dientes para proteger el esmalte. Hilo dental. Crema para las hemorroides. Suavizante para el pelo.

Y el frasco naranja transparente que no tiene etiqueta. Quita el tapón blanco y vuelca las pastillas en la palma de la mano para contarlas. Solo quedan seis en total. Había veintitrés la última vez que estuvo, hace casi dos meses. Le gusta llevar la cuenta de cuándo le hace falta a Whitney tomárselas, aunque nunca le ha dicho a Blair que se las receta el médico. Blair buscó unas pastillas con forma de pentágono en internet y descubrió que eran Ativan. Para la ansiedad. El insomnio. Problemas para conciliar el sueño.

Baja la vista y contempla las baldosas de mármol bajo sus pies. Piensa en el café derramado en el suelo de la habitación de Xavier. ¿Le ha pasado algo a Whitney últimamente? ¿Algo que se le pueda haber escapado a ella? Hace por recordar las últimas veces que estuvieron juntas con los niños. No se han visto con la frecuencia de siempre, pero es que Whitney ha tenido cenas de trabajo y la han invitado a varios cócteles.

Posa los ojos en la bandeja de joyería fina que Whitney usa más a menudo y le sorprende ver que los anillos de boda están ahí, el diamante de talla esmeralda rodeado de baguettes y la alianza de oro macizo. Casi nunca se los quita, ni siquiera para dormir. Blair se los pone en el dedo anular de la mano derecha pero no le pasan de la segunda falange.

Entonces decide probarse la pulsera de pavé de diamantes. Mete la mano y admira su muñeca en varias posiciones, como si estuviera en el mostrador de una joyería. Eso lo hace siempre. El ritual no es para admirar las piezas, sino para sentirse una mujer diferente. Una mujer segura de sí misma que lleva cosas caras. Que se puede comprar cosas caras solo para ella. La deja de nuevo en la bandeja sin la delicadeza con la que la cogió de ahí.

Se viste y echa un vistazo al teléfono en la mesilla de

Whitney. Ve la hora en la pantalla y se da cuenta de que Louisa estará al llegar.

Pero hay un sitio que se le ha olvidado mirar. Toma asiento en la cama y abre el cajón de la mesilla. Tapones para los oídos. Espray para perfumar la almohada. Un cortacutículas. Lo típico. Desdobla una tarjeta de cumpleaños que había hecho Louisa, firmada por los niños. Xavier había escrito su nombre con la letra inclinada y un corazón en el puntito de la «i».

Deja a un lado la tarjeta y rebusca en el fondo del cajón por si se le ha pasado algo por alto. Nota una cosa que no estaba allí la última vez que inspeccionó el cajón. La saca para verla. Un saquito de satén rosa con algo dentro. Frío y metálico. Lo abre y deja caer el contenido en una mano.

Una llave. Le da la vuelta al llavero en la anilla plateada y entonces lo reconoce. Es el llavero de su marido, con las iniciales repujadas en el cuero. A. P.

# Capítulo 10
## Whitney

### El hospital

Whitney hace cálculos para saber qué día es en la vida de Xavier. La respuesta a la que llega es 3.680, después de estar un rato largo sumando números mentalmente al lado de la cama de su hijo en el hospital. Le gusta el alivio de las matemáticas. Repite el número en su cabeza una y otra vez para que no se le olvide: 3.680 días. ¿Cuántas veces ha sentido en sus carnes el peso de su hijo, en las caderas, en los brazos, en la espalda? 3.680 días. ¿Cuántas veces le ha dicho que lo quiere? Ese número importa. En las lápidas deberían grabar el número de días vividos y no las fechas, eso piensa; las fechas nada significan. Y luego se quita de la cabeza la imagen del granito húmedo y gris, un pensamiento traicionero. Susurra el número. Ahora quiere contar los días uno por uno. Notar el peso de 3.680 en la boca.

Uno, dos, tres…

Dos días después de que naciera Xavier lo llevaron a casa rodeado de cojines en el asiento del coche, con la delicadeza con la que uno maneja munición. Jacob quería que Whitney pasara el día en la cama con el bebé.

—Estoy bien, he dado a luz, no me han hecho una operación a corazón abierto.

Pero él insistió. Le llevó café con tostadas y un analgésico, y abrió las ventanas de par en par para que les diera el sol de primavera temprana a primera hora de la tarde.

Jacob envolvió al bebé en una manta, más que arroparlo parecía que lo estaba empaquetando, y lo puso con todo cuidado junto a ella antes de tumbarse en el otro lado de la cama. El bebé quedaba echado entre ellos dos, examinado como una rara especie. Apoyados en los codos, no paraban de mirarlo. Bostezó, el bostezo más diminuto del mundo, y ellos clavaron los ojos al unísono el uno en el otro. ¡Un bostezo!

Ella le tocaba el pelo apelmazado, el borde superior de las orejas. Jacob fue a por un vaso de agua para Whitney. Cuando volvió, la halló presa de un llanto inconsolable, sin saber por qué lloraba. Le sujetó la cabeza entre las manos y frotó sus sienes con los pulgares. Le dio un pañuelo de papel y asintió con la cabeza, aunque ella no había dicho nada. Todo había cambiado, y lo sabían.

Cuando Whitney dejó de llorar, un llanto que como vino se fue, él salió a hacer la compra para la cena. Entonces ella se acordó de un correo electrónico de su jefe que no había respondido. Se había puesto de parto dos semanas antes de salir de cuentas y no había dejado todo atado en el trabajo, aunque le habían prometido que nadie ocuparía su puesto. Directora de nivel superior, empresa especializada en capital humano. Entre ocho y doce meses para proponerles que la hicieran socia, ese era el plan. Y, si no funcionaba, se pondría por su cuenta.

Pero sabía cómo eran las cosas y no pensaba cogerse una baja muy larga. No estaría en casa meses enteros, temerosa de que le quitaran su cartera de clientes. Se quedaría más tranquila si seguía en la brecha, sabiendo que no le habían pisado el terreno. Se podía apañar teletrabajando para tenerlo todo controlado hasta el momento de volver a la oficina al cabo de unas semanas. Había empezado a entrevistar niñeras con Jacob, pero no habían encontrado a la persona indicada todavía. Las amigas que tenían niños le decían que no era realista. «Sí, eso pensábamos nosotras, que volveríamos enseguida al trabajo». Oía esa cantinela casi tanto como la otra: «Qué sorpresa, no sabía que quisieras tener hijos».

Y durante mucho tiempo ella tampoco lo supo. Pero poco después de cumplir los treinta parecía que en su entorno todo el mundo estaba embarazado. Hasta las amigas que habían hecho piña para no tener niños. A todos esos bebés recién hechos los trataban como a un gran logro, y eso la sorprendió, que se tomaran así la maternidad. Los aires que se daban de repente. Por esa época fue cuando empezó a notar lo del reloj biológico.

Eso, y que no quería tener que arrepentirse de no haber tenido hijos. Tomar la decisión fue muy sencillo cuando lo puso en esos términos. Y, desde luego, Jacob deseaba lo que

deseara ella.

Se levantó despacio de la cama y sacó el teléfono de la bolsa que había llevado al hospital. Estaba sin batería. Dio con el cargador y se encogió de dolor al ponerse en cuclillas para enchufarlo cerca de la cama, a la par que notaba cómo otro coágulo de sangre empapaba el algodón áspero entre sus piernas. Pensar por lo que había pasado su cuerpo era superior a sus fuerzas. No había querido saber, ni tocar ni sentir nada de todo ello. La enfermera le pidió que alargara la mano para tocar la coronilla del bebé a medida que salía, y solo de pensarlo le dieron ganas de desmayarse. «Le suplico que me lo saque de encima. Le pido solo que me cierre las piernas».

Se quedó mirando la pantalla en negro a la espera de que desapareciera la señal de la batería y se cargara la página de inicio. «Venga». La conocida punzada de angustia, las ganas de saber quién quería ponerse en contacto con ella y por qué. Se encendió la pantalla, ya estaba: la tranquilidad de tener el teléfono en la mano. Su sustento. La pantalla de inicio se llenó de mensajes, el número ascendió en el icono de entrada. Los avisos de noticias, uno detrás de otro. La satisfacción de tenerlo todo ahí, sin leer, sin abrir, la información como un artículo de consumo allí a sus pies.

Y entonces, de repente, se acordó del bebé.

El bebé. Tenía un bebé. Estaba ahí. Fuera de ella ya. Se sintió aún mejor de lo que esperaba. Iba todo sobre ruedas, así lo sentía.

Puso la mano sobre los pechos hinchados, cada vez más duros, como piedras, y luego volvió a mirar la pantalla. Se apartó del bebé para levantarse de la cama y encaró la brisa cálida del ventanal. Respondió al correo electrónico de su jefe. Respondió a otro correo. Recorrió el aluvión de textos con el dedo. Le mandó un mensaje a su secretaria para que constara que se había conectado. Pasó revista a las noticias y mandó otro mensaje a su numeroso grupo de amigas con una foto del hospital, una en la que no se le veían del todo los ojos inyectados en sangre y la cara hinchada.

¡Ya está aquí! Xavier Wesley James Loverly. 3 kilos y 175 gramos en la báscula. El bebé y la mamá ya están de vuelta en casa en la

cama, los dos muy bien, a la espera de la primera copa de champán.

Llegaron las respuestas a todo trapo, ding, ding, ding. Más correos. Más respuestas. Más preguntas a sus respuestas. ¿Le cuadraba ese presupuesto? ¿Qué tal si le enviaban la última versión de una propuesta? ¿Podría echar un vistazo rápido a un e-mail que habían redactado para enviar a un cliente? Tuvo cuidado para no dar respuestas más breves de lo habitual. La necesitaban. Tenía autoridad. Nada había cambiado. Comprobó el estado de sus acciones. Twitter. Fue pasando los titulares y leyó en diagonal un artículo sobre masculinidad tóxica. Volvió a ver si tenía correo.

—Ya he vuelto. ¿Qué tal está? —gritó Jacob desde el rellano de la escalera, sorprendiéndola.

Whitney clavó los ojos en el techo antes de volverse de nuevo hacia el bebé. Le abarcó con una mano toda la barriguita. Era algo cálido y latente. Jacob asomó la cabeza en el dormitorio. Por la cara que tenía, se diría que llevaba conteniendo la respiración desde que se había ido.

—¿Has estado todo el rato mirándolo?

—Todo el rato.

Mintió sin pensarlo siquiera. Nada debería haberla distraído del bebé, ni el trabajo ni nada. Lleva aquí solo unas horas, es un milagro, ¡míralo! ¿Cómo es posible que haya apartado los ojos de él? Whitney sonrió y lo dijo en alto.

—¡No puedo apartar los ojos de él!

Jacob tomó asiento en un lado de la cama. Se quitó las gafas y llevó la gruesa montura negra a los labios. Siempre llevaba el mismo tipo de camisa, tenía diez, y ella alargó la mano para tocar la manga negra de algodón, para acercarlo a ella. Hacía que se sintiera segura. Segura frente a sí misma. Y frente a todas las posibilidades que había de que los fallara a los dos.

—No dejaba de pensar mientras hacía la compra que este día no volverá jamás. Su segundo día de vida. Mira esa piel, lo fina y rosa que es. —Levantó la mano del bebé y le tocó las uñas apergaminadas. Ella no recordaba haber visto nunca a nadie en semejante estado de alborozo, y le dolía; quería sentir ella también lo que sentía Jacob. Ya se estaba perdiendo tantas cosas con esa máscara que le cubría la cara.

Jacob salió de la habitación y ella retiró el teléfono de la cama y lo dejó caer a un lado del colchón. Alargó entonces el brazo y lo empujó por debajo de la cama, fuera de todo alcance. Se dio la vuelta para mirar al bebé en su segundo día de vida. Esos ojos que eran apenas una rendija. Había leído en alguna parte que una madre debía mirar a su bebé con verdadero deleite, que eso lo nutría como la leche. Puso en ello todo su empeño. El bebé miró la cara que se abría ante él. Era suyo, y ella de él, uno del otro. Nunca antes había entendido eso de ser la dueña de un niño, ese egoísmo de los padres. Pero sí, ahora allí vivía un trozo de ella, ahí, delante de sus narices.

Alguien habla en ese momento a sus espaldas desde la puerta abierta de la habitación del hospital infantil, y es como el hilo musical en unos grandes almacenes. Una melodía familiar, la versión de una canción que puede que conozca. No presta atención a lo que dicen, hace como si esas preocupaciones, esos análisis, esas siglas en jerga médica fueran para otra madre. Asiente, responde a sus preguntas con pocas palabras, palabras que le harán la vida fácil. Que harán que se vayan todos. Lo que ella quiere es tocar de nuevo una a una las partes del cuerpo de su hijo.

Le pasa el dedo como un lápiz para trazar la forma de las cejas, la nariz, la mandíbula aparatosamente abierta, a lo largo del cuello hinchado, hasta las clavículas. No nota el esparadrapo, ni los tubos, la abrazadera, el plástico. Rodea con el dedo los hombros pequeños, la parte superior del delgado brazo, dibuja un círculo alrededor de los codos. Para a la altura del antebrazo y aprieta fuerte.

Le resulta tan conocida esa presión, sentir el hueso bajo la piel como una rama quebradiza al tacto… ¿Lo ha agarrado así a menudo? ¿Lo ha apretado con fuerza, tirando de él cuando no la escuchaba, cuando llevaba llamándolo cinco minutos para salir de casa? ¿Le ha hecho daño incluso al apretarlo cuando no la miraba mientras le hablaba, cuando le sacaba la lengua a su hermano pequeño en vez de hacerle caso a ella? ¿Le bajaba la rabia tan de golpe que le retorcía el brazo hasta que se quejaba, pero ni una décima de segundo más?

Y ahora le ha hecho algo mucho peor.

Se sujeta a la barandilla de la cama. Baja la sábana que le cubre el pecho y le da besitos por todo el torso, entre los cables y los parches, baja por el abdomen, sube por los costados, donde tanto le gustaba antes que le hicieran cosquillas. Se imagina que cada vez que posa en su piel los labios él se siente mejor. Que le quita el miedo y lo que le duele. Y entonces se lleva el antebrazo lleno de pecas a la mejilla y vuelve a oler la piel de su hijo.

# Capítulo 11
## Blair

El llavero de Aiden. Se lo queda mirando en la mano, luchando por sobreponerse al pánico. Regalo de sus suegros, con una billetera a juego. Lo tenía desde hacía años, para las llaves de la oficina. Aunque no sabe si es la misma llave que ahora tiene en la mano. Ni por qué la tendrá Whitney. Escondida en el fondo del cajón de su mesilla. En un saquito de satén rosa.

Le hace falta una explicación urgente y no da con ella. Se sienta en el suelo con la espalda apoyada en la cama. A su pesar, la invade el peso de lo que esa llave podría significar. Es imposible. Insondable.

Piensa en el envoltorio de plástico. En Whitney y en las muchas libertades que se toma. En que la ha evitado últimamente. En cómo la mira a veces, igual que si la estuviera estudiando. Poniendo a prueba la traición. Poniendo a prueba la culpa.

«Nunca se enterará. No tiene ni idea». Sabe con exactitud cómo podrían sonar esas palabras en la voz de su marido.

Le sube la temperatura, la humillación le da náuseas. Piensa en Chloe.

Se lleva las manos al pecho, a punto de estallarle. Se tumba de lado.

Quiere cerrar los ojos y no ver nada, solo un fundido en negro, pero ahora se le aparece la imagen de los muslos abiertos que su marido separa con las manos, y son los de Whitney. Imagina que es otro tipo de mujer, alguien que se salta los semáforos en rojo, irrumpe en la reunión del departamento de ventas de su marido. Exigiendo respuestas. Llamando una y otra vez a su amiga, una y otra vez hasta que por fin coge el teléfono. Sacando ropa del armario. Haciendo la maleta.

Pero nota que se encoge. Que le entra miedo.

Se aferra a una sola idea: ¿Whitney le haría eso a Jacob?

Sabe que es patético que no pueda decir lo mismo de su marido.

Podría vivir negándose a sí misma que lo sabía. Sabiéndolo solo en secreto, sin que tuviera por qué saberlo nadie. Si fuera cualquier otra menos Whitney.

Le vuelve el mareo, tiene que salir de esa casa a toda prisa. Pierde pie dos veces al bajar la escalera.

Puede ponerle fin a la situación esa misma noche, dejarse caer cuando Whitney vuelva del trabajo. Le propondrá que abran una botella de blanco como suelen hacer y, mientras sirve el vino, le preguntará como quien no quiere la cosa si ha visto una llave que perdió Aiden, porque le parece que se le cayó la última vez que estuvieron de visita. Le dará una explicación lógica y todos seguirán con sus vidas.

Va a tirar el envoltorio a la basura en cuanto vuelva a casa.

No le viene bien esta ansiedad rampante.

Tiene que deshacerse de ello.

Cierra con llave la puerta de los Loverly, se da la vuelta y ve a Ben, que la mira desde la otra acera. Le arde otra vez la boca con la acidez de estómago. Baja a paso ligero los escalones de la entrada mientras Ben camina hacia ella. Levanta un poco la mano, como si el buen hombre estuviera a punto de hacer algo y no quisiera pillarla desprevenida. Ella se para y traga la saliva que le arde en la boca.

—¿Todo bien, Blair?

—Sí, todo bien. ¿Por qué? —Con una mano se tapa los ojos del sol de mediodía. Ben parece aturdido. Vuelve la vista a la casa de los Loverly y niega con la cabeza, como si no se creyera lo que está a punto de decir.

Se detiene el tiempo.

Pensar en qué pueda ser lo que va a comunicarle tiene un efecto estimulante, la décima de segundo que dura el subidón de saber que algo malo ha pasado sin saber qué. Se pone una en lo peor. Un accidente de coche. Un aneurisma. Un homicidio. Pensamientos estrafalarios, aunque al final resulta que nunca es lo que ella piensa que es. No es la llave, no es la relación ilícita. Ni el café por el suelo en el cuarto de un niño. Y, sabiéndolo, se da el gusto de imaginarse a Whitney pasándolo mal por un momento. La jornada laboral

interrumpida. El dinero que no vale tanto. La trayectoria de una vida de logros que se escora un poco. La existencia simple de Blair no tiene tan mala pinta después de todo.

—Perdona, Blair, pero…, como estabas ahí, creía que lo sabías. —Coge aire—. Ha pasado algo terrible.

No llega a subir ni media escalera de su casa. Se apoya en los barrotes. Busca algo en lo que posar la vista. El punto en la pared en el que dejó huella la brocha. La lentejuela fucsia de la caja de manualidades de Chloe que se le pegó al calcetín. Un hilo suelto en el borde de la alfombra del pasillo.

Aiden se quedó muy callado cuando lo llamó por teléfono desde la acera para contarle lo de Xavier. No quería analizar cómo reaccionaba, el ritmo de su respiración, las pausas. Pero acabó parándose en esos detalles. Lo primero que le preguntó fue por Whitney.

—Tienes que ir al hospital para acompañarla —dijo—. Jacob está fuera, ¿no?

Whitney no había dicho antes que Jacob estuviera fuera. Pero los dos hombres eran amigos. Conocidos más bien. A lo mejor se lo había mencionado. O lo había visto salir para el aeropuerto.

—Déjame pensar un momento.

—Blair, no debería estar sola. Tienes que ir, son más de las doce del mediodía.

—Iré. Solo que… necesito tiempo para asimilarlo. Dios, ¿cómo se lo vamos a decir a Chloe?

Pero Aiden no le dio importancia a eso al parecer. Se lo veía preocupado por Whitney. Blair estuvo a punto de contarle en ese momento el estado en que encontró el cuarto de Xavier. El café derramado por el suelo. Pero se detuvo justo a tiempo. No le podía decir a su marido que había estado en casa de los Loverly.

Ojalá desapareciera la llave, ojalá nunca hubiera existido.

Se le pasa por la cabeza tirarla al estanque del parque. O a una fuente. Piensa en cómo se hundiría, quedaría camuflada entre las monedas que se arrojan para pedir deseos.

Le da mucha vergüenza pensar en lo que hizo antes de mirar en el cajón de la mesilla. En lo que se sentiría al tener un orgasmo en la cama de Whitney. Qué estúpida había sido

al imaginarse a sí misma en esa situación, después de lo que sabe ahora.

Endereza el cuerpo, agarrada al pasamanos.

No puede dejar que la domine la ansiedad.

Xavier se pondrá bien, saldrá de esta.

Solo es una llave, se dice a sí misma. Un trozo de metal.

Es solo su mente calenturienta y ociosa.

# Capítulo 12
## Rebecca

Son las doce y media cuando la enfermera a cargo del carrito de café señala a Rebecca con una taza en la mano. Ella le da las gracias, pero centra su atención en la pantalla del ordenador, quiere ver qué resultados del laboratorio están ya listos. Entre una ventana y otra nota un picor de ojos, aunque todavía le queda guardia hasta la noche. Normalmente aguanta más sin la necesidad de recostar la cabeza encima de la mesa. Ahora hay un tercer residente; una enfermera los está poniendo al día y Rebecca nota el alivio de contar con más ayuda. Tiene que despegar los párpados, luchar contra la fatiga que la inmoviliza y convencer al cerebro de que meta otra marcha. Aguantar una hora más, y luego otra, hasta que, de puro cansancio, haya acabado el turno. Toma un vaso de agua fría para despertarse y lo vuelve a llenar en el dispensador mientras una de las madres con las que se vio antes mete dos bolsas de leche recién sacada en la nevera de los pacientes.

Vuelve a llamar a la uci para ver cómo está Xavier. Ningún cambio. La madre sigue sin decir gran cosa, respuestas breves a la trabajadora social, al agente de policía: hablarán con el padre cuando llegue. Rebecca subirá al acabar el turno para ver si puede ayudarlos con Whitney, pero lo que ahora le hace falta es salir. Le dice a la enfermera que la localice con el busca si surge algo urgente.

Tiene apoyada la cadera contra la pesada puerta del hospital cuando alguien se dirige a ella a voces.

—¡Perdone! ¡Perdone! —Hay tensión en esa voz. Se da la vuelta y ve a una mujer con un bebé al hombro, dándole botecitos, como para evitar que se duerma—. ¿Por dónde se va a urgencias?

Rebecca empieza a darle indicaciones, pero la mujer está aturdida. Rebecca pide permiso para tocar al bebé y le pone

el dorso de la mano en la frente, pasa un dedo por la fontanela. Está bien, no tiene fiebre y parece hidratado. Le pone una mano a la mujer en el hombro y clava sus ojos en los suyos. Pero ve que está llorando, igual que el niño, y que intenta pasárselo a Rebecca.

—Se me cayó, se me cayó cuando bajaba las escaleras. Le ha pasado algo, lo sé.

La gente pasa más despacio, se queda mirando, hace como que no escucha. Rebecca coge al bebé, lo mira a los ojos, le palpa la nuca para ver si hay chichones. Busca a un voluntario con la mirada y ve a un adolescente con el chaleco verde del hospital repartiendo folletos. Rebecca le pide que lleve a la mujer a recepción. Y luego le devuelve el bebé y toca a la mujer en un brazo.

—Sé que tiene usted miedo, pero se va a poner bien. La sacaremos del apuro. Comprobaremos que su hijo está bien.

Le hará a la mujer las preguntas embarazosas más tarde. ¿A cargo de quién estaba el niño en ese momento? ¿Qué sucedió justo después? ¿Cuánto esperó antes de llevarlo al hospital? Se concentrará en los hechos. Laceraciones. Hinchazones. Fracturas. Nadie quiere llevar a su bebé a urgencias, pero ella tiene que asegurarse de que todo encaja, de que el bebé está a salvo, y se acabó. Se lo recuerda a sí misma cuando nota que está haciendo juicios de valor tan feos. Hacer ese tipo de juicios no es tarea suya.

Pero, en el caso de Whitney, ¿le ha hecho todas las preguntas que tenía que hacerle? ¿Tantas como le hará a esa otra mujer?

Anota mentalmente que tiene que hacer un seguimiento con el equipo de la uci. Asegurarse de que se han llevado a cabo todas las diligencias. Cuestión de protocolo, nada más.

Nota que el aire fresco le limpia el pecho, la extraña sensación de no querer volver a su puesto de inmediato. Hay otra cosa que tiene que hacer.

A veces lo hace en el box de reanimación si no hay mucho trabajo. O en el almacén detrás del quirófano en plena madrugada. Pero ahora coge el ascensor hasta los pasillos en penumbra del sótano, donde guardan la maquinaria que no usan en los hospitales viejos. Se decide por un cuarto al final del pasillo.

El miedo se apodera de ella en cuanto cierra la puerta. Miedo a lo que podría no encontrar. O a que entre alguien y la encuentre a ella allí. Aunque nota también cierta emoción y la esperanza del alivio por llegar, por muy fugaz que sea; ganará la incertidumbre, siempre gana.

Echada en la camilla, cierra los ojos mientras la máquina coge temperatura. Se baja un poco los pantalones del uniforme y vierte en el abdomen el gel frío. Coge la sonda y alarga la mano para inclinar la pantalla del Doppler y poder verlo desde donde se encuentra.

El montón de células tiene ya forma reconocible. Pies y dedos. Una cabeza. Un cerebro. Un cerebro que desarrollará la función de amarla a ella. El feto se contrae al notar la presión de la sonda transductora, mientras ella busca oír en la ecografía lo que la trajo al sótano. Y entonces lo siente. El latido del corazón. Deja que colme el cuarto hasta que parece más una sirena lejana y constante.

Y entonces aparta la mirada del monitor. No le gusta recordar la forma. Le conviene más soportar el paso de los días sabiendo que lo que le han confirmado que tiene dentro de su vientre pronto no seguirá allí. Materia que será expelida. Le queda al menos la certeza de saber que saldrá mal constantemente. Se encuentra más segura en ese ámbito.

Retira la gelatina de su piel y guarda el trapo en el bolsillo. Toma asiento en la camilla con un movimiento amplio de ambas piernas y mira el teléfono. Tiene varios mensajes en cadena de su marido. Ella le ha llamado antes para contarle lo de Xavier. «Dios mío», no hacía más que decir él. Ahora pregunta cómo se encuentra ella. Le dice que la quiere. Se esmeran en ser mejores personas. Intentan seguir con su vida. Vuelve a preguntarle por el viaje a Oregón. Quiere llevarla al valle de Willamette, recorrer las bodegas en bici. Sabe que ha sido un día duro en el hospital, pero ¿ha pedido por fin esos días libres en el trabajo, para mediados de otoño? Tiene que reservar los vuelos.

Ella sale de cuentas en octubre. Pero eso él no lo sabe.

Abre las fotos. Da con un álbum que ha creado.

Son fotos de mujeres que no conoce. Mujeres que ha tratado en urgencias en los últimos dos años. Las embarazadas cuyos partos ella cree que saldrán mal. Empezó

a sacar fotos sin saber qué estaba haciendo. Un clic rápido y silencioso desde un rincón mientras en teoría tenía que estar haciendo otra cosa, enviándole un correo a otro médico o consultando una dosis. Pasa las fotos en la pantalla. Algunas son de perfil, se muerden un labio, llevan una mano a la sien. Algunas están desenfocadas porque se estaban moviendo cuando las hizo. En otras, las mujeres la miran a los ojos. Todas están pálidas, cansadas, encorvadas. Ninguna es consciente de lo que Rebecca está haciendo.

Podrían despedirla por esa violación de la privacidad y se ha prometido a sí misma que las borrará. Pero por el momento necesita esas fotos, en caso de que su bebé también la abandone. En caso de que su útero no aguante, y le han dicho que lo más seguro es que pase eso. Las necesita para recordarse a sí misma que, por mucho que lo desee, ser madre es lo más tonto que una mujer puede querer ser. Que un amor así puede hacerle más daño del que cabría imaginar y sin vuelta atrás. Vapuleada como las mujeres de las fotos, como Whitney, tres plantas encima de ella. O hecha trizas en los largos años de maternidad; la sorda pena que siente la acompaña dondequiera que va.

Y aun así lo desea tanto. En algún momento de su vida se apoderaron de ella las ganas desesperadas de tener un hijo, tanto que le da miedo.

# Capítulo 13
## Whitney

Miércoles

Es la mañana antes de que monte guardia al lado de la cama de su hijo en el hospital. En la sala de conferencias con la espalda en la pared, Whitney hace como que se lo está pasando bien en la fiesta para celebrar el nacimiento del bebé de su persona de confianza, alguien que está inmediatamente por debajo de ella y ha pedido seis meses de baja por maternidad. Whitney aceptó la baja porque no quiere llevar la compañía como la llevan los hombres, en plan competición. Quiere dar su apoyo a las mujeres que trabajan para ella. Quiere caerles bien. Pero se llevó un chasco al ver que Lauren pedía tanto tiempo. Whitney pensaba que Lauren se parecía más a ella.

Pasan de mano en mano mullidos pijamas de recién nacido y mantitas vaporosas. Todavía quedan regalos por abrir y cruasanes en la mesa y cócteles de champán para todos menos para Lauren. Tiene a unos cuantos padres jóvenes en plantilla, pero Lauren será la primera madre después de Whitney, así que las mujeres hablan de bebés con mucho fervor pero poco conocimiento de causa, cuentan de una amiga que tiene mellizos y hacen colecho, de la hermana de una que dio a luz en la bañera. A Whitney no le gusta que los bebés y el matrimonio sean lo único que se celebre en la vida de una mujer. Se negó a que nadie le organizara una fiesta por el nacimiento de sus hijos. Alguien pasa una tarjeta para que todos dediquen buenos deseos y consejos, pero Whitney no tiene nada que decir, aunque es madre de tres niños. Nada que le apetezca escuchar a Lauren. Así que lo que hace es poner que la echará de menos.

Se retira a su mesa de trabajo para preparar la presentación de la mañana siguiente. Hacía cinco días que habían dado con la redacción final del memorándum para los inversores, y lo han ensayado todo palabra a palabra, han previsto posibles

preguntas y respuestas y llevan tres meses trabajando en ello. A Whitney le gusta esta parte del proceso, el perfeccionamiento. Los pequeños detalles, pero tan críticos. Practicar despacio la presentación oral, las palabras justas, los momentos de énfasis. Visualizar el éxito al final.

El resultado de la reunión es crucial para el futuro de la consultoría que ha consolidado a lo largo de los últimos siete años. Si le gana este pulso al banco, si logra el ambicioso encargo del cambio en la gestión de una fusión a nivel global, los ingresos de la empresa se cuadriplicarán con creces. Tendrán acceso a nuevos mercados. Abrirá una oficina en Londres. Atraerá al talento más puntero de la competencia. La consultoría estará en condiciones de asumir trabajo a un nivel más alto y ella tendría influencia para conservar parte de la propiedad de la empresa. Ascendería.

Quiere ese triunfo más de lo que ha querido nunca nada antes.

Está repasando por cuarta vez el presupuesto que proponen cuando Lauren llama a la puerta.

—¡Whitney! Eso ha sido de lo más generoso por tu parte, como siempre. Eres la mejor.

—Te lo mereces.

—¿Seguro que no quieres que venga a la reunión de mañana?

—Ni lo pienses. Estás oficialmente de baja. Ve a hacerte la pedicura o algo, disfruta del día antes de que llueva.

Whitney no entiende eso de equiparar el placer con una bajada de ritmo. Pero nota que el cuerpo de Lauren se relaja cuando la abraza para despedirse, el alivio que siente solo de pensar que deja atrás el trabajo. El marido de Lauren gana mucho dinero en el negocio inmobiliario de los locales comerciales, más de lo que Whitney le puede pagar a su mujer, aunque tiene el sueldo más alto de la plantilla. Puede que Lauren no vuelva a trabajar, Whitney lo sabe. Es más que probable que empuje al bebé por el canal de parto y se convenza, como casi todas las mujeres, de que dar es lo más importante que puede hacer. Su leche. Sus horas de sueño. Toda su valía. Cuanto más dé, más la alabarán. La madre abnegada. Fíjate lo buena que es con el bebé. Así empieza.

Whitney sabe que no todas las mujeres creen lo que ella:

que la independencia, en cualquiera de sus formas, es sustancial al poder. Que el mundo está dividido entre los que son envidiados y los que envidian. Tomó muy pronto la decisión de que no sería el tipo de persona que se limita a perpetuar la clase de poder con la que viven los más envidiados: no, sería uno de ellos. Y no hay decisión que tome que no sea una apuesta por seguir en lo más alto del escalafón.

Le quedaban pocas opciones si quería tener una vida distinta a la que le tocó vivir de pequeña. La injusticia brotaba a cada paso de los labios de su padre: las leyes eran injustas, el gobierno era injusto, el mundo era injusto. Pero Whitney no entendía por qué su padre no hacía nunca nada al respecto. Por qué no pensaba nunca en nada que mejorase las cosas. Trabajaba de temporero para el ayuntamiento, cortaba la hierba en las cunetas, echaba sal al pavimento, pero tenía mal las caderas y estaba de baja cada cierto tiempo.

«No insultes a tu padre», le dijo su madre dándole un manotazo cuando Whitney preguntó por qué no se buscaba otro trabajo, por qué no tenían más dinero. Luego la besó y le dio unos frotes en la cabeza, donde acababa de golpearla. Lo hacía a menudo, a la agresión la seguía el afecto, como si uno borrase la otra. «Somos gente corriente, Whitney, hacemos lo que podemos. Y algún día ya verás con tus propios ojos lo que es eso».

Lleva casi una década levantándose a las cuatro de la mañana. Una hora poco común. La hora a la que la despierta el torbellino de su mente, y de nada vale el fútil intento de volver a quedarse dormida. No sirve de nada darle pábulo al diálogo interior para que divague, errático, y cree problemas donde no los hay. De nada sirve el mero hecho de estar atareada: todo el mundo está atareado hoy en día. Lo que vale es concentrarse. En la satisfacción que da el control y en la productividad del trabajo lucrativo.

La mayor parte de los días sale de casa antes de que se despierten Jacob y los niños. Louisa llega a las seis menos cuarto para preparar el almuerzo del colegio y empezar con la rutina de la mañana. Whitney procura llegar a casa a tiempo de dar las buenas noches, o a la cena si Jacob está de viaje. Pero sabe lo que Jacob y Louisa no le cuentan: que todo va

sobre ruedas cuando no está ella.

No se pliega a los prejuicios sociales que hacen que tantas mujeres se sientan culpables. Evita pensar qué pasa en casa cuando no está. Para ella, es cuestión de saber qué se disfruta, y disfruta más del trabajo que del tiempo que pasa sin hacer nada con sus hijos. No halla esas horas nada gratificantes. No reconoce en sí misma el cálido cuerpo que encabeza sus rutinas, la persona que marca el paso de todo el mundo, responsable de los uniformes escolares, la ropa extra y el protector solar; el bombardeo de exigencias, el gimoteo, el cambio constante de opinión cuando ya ha hecho lo que ellos quieren, ha cedido con lo que quieren, les ha comprado lo que quieren.

Lo que necesita es tiempo de calidad con ellos, no tiempo malgastado. Breves momentos seleccionados.

Y luego está el tema de Xavier. El niño le añade a todo una tensión con la que Whitney no ha podido nunca. Tiene una frecuencia de onda que choca con la suya. En ocasiones nota la irritación casi como algo eléctrico, y no le gusta eso de sí misma. La descoloca la facilidad con que Xavier amenazar el control con el que ella se mueve. No sabe de dónde sale la ira. Ni por qué la nota siempre ahí, latente.

Los mellizos y ella se toleran más. Tiene una experiencia como madre distinta de la que tiene con Xavier: la camaradería entre ambos, la fijación que tiene cada uno con la cara regordeta y feliz del otro, el modo en que en apariencia se necesitan más el uno al otro que a ella. Whitney es para ellos la figura materna itinerante. La madre que no es Louisa. Nota, a veces, que aceptan sus limitaciones de una forma que Xavier no puede aceptar.

Quiere a sus tres hijos, claro que los quiere. Pero no siempre es lo mejor para ellos. Ni para ella son siempre ellos lo mejor.

Jacob la llama desde Londres, vuelven a interrumpir la concentración de Whitney en la hoja de cálculo. Son las tres de la tarde allí, pero no importa porque Jacob jamás se aclimata al horario local cuando está de viaje. Activa el altavoz. Se lo oye estresado, una vez más. Este año ha viajado mucho por motivos de trabajo, y esos viajes al extranjero lo llenan de ansiedad. Le habla de las obras de arte que le han

mostrado esa mañana, y ella lo escucha como suele hacerlo, es decir, con la mente en varias cosas a un tiempo, respondiendo a los correos que requieren solo unas líneas, mientras le da consejos que él no ha pedido.

—¿Me dejas que te interrumpa, cariño? Solo un segundo. ¿Por lo menos sacaste el tema de la exclusividad?

Es marchante de arte. Pero no tiene todas las cualidades del tratante de arte con éxito. Va a estar en Londres cuatro días explorando el mercado para sus clientes, que son personas acaudaladas sin el tiempo, el interés ni la disposición para encontrar sus propias obras de arte. Les cae bien Jacob porque es un intelectual, hijo de dos catedráticos de humanidades de Yale. A regañadientes, va a verlos a sus casas opulentas y bebe vinos envejecidos con mimo mientras desgrana para ellos lo que hay que saber sobre el mundo del arte contemporáneo, destila su tesis doctoral en charlas de noventa generosos y elocuentes minutos a cambio de una pieza única que podrán saborear los próximos cinco años.

Pero el dinero en el mundo del arte no lo da el conocimiento sobre el valor y las tendencias, como es su caso, ni ser capaz de citar de memoria los récords de ventas de las casas de subastas en Nueva York, como él hace. Lo dan el volumen de ventas y las comisiones de esas ventas, y a Jacob lo incomoda aprovecharse de ambos, pese a las amorosas ganas que pone Whitney en aconsejarlo.

Él lo sabe. Y no le importa. Los dos asumen que, en general, él se toma con humor las ganas que ella tiene de intervenir. Por mucha rabia que le dé a ella, Jacob no comparte el hambre de éxito, dinero y posición social que tiene su mujer. No lleva trabajando e invirtiendo desde los quince años como ella, no tiene el máster en dirección y administración de empresas que ella se ha sacado estudiando por las noches y los fines de semana, compaginándolo con su trabajo impecable de ejecutiva, y eso que el que de verdad se codea con la riqueza es él. Ella envidia la naturalidad con la que encaja en ese escalón de la sociedad, cómo lo criaron para un mundo con el que no quiere saber gran cosa. Cuenta con el privilegio de no tener que demostrar nada. En ese tipo de entorno, ella se vería obligada a fingir lo que no es. Y con más apuro del que jamás estaría dispuesta a admitir.

—¿Sabes qué te digo, Jacob? Que no puedes andarte con falsas modestias si quieres sacar tajada en ese ámbito tuyo. No te andes con melindres. Se trata de darse bombo, ¿no? Tienes que hacer propuestas más agresivas y tomar la delantera, o perderás su interés desde el minuto uno.

Whitney no se siente amenazada por el intelecto de Jacob, porque uno no toca poder cuando está rodeado de sus acólitos con una copa de vino en la mano. El poder lo dan los ingresos que una tiene. Radica en la seguridad económica de la que una goza. Cartera de inversiones bien forrada y un próspero negocio con ingresos de ocho cifras. Es su ambición lo que le ha dado a la familia la vida que lleva, lo que le permite a él pasearse por el recinto de una feria internacional cuatro días enteros y volver con las manos vacías, lleno de inspiración. Gracias a ella se han podido permitir tres hijos, una casa en una parcela doble, vacaciones varias veces al año, niñera a la carta o las solicitadas obras de arte que él mismo ha escogido para las paredes. No hay ni un solo detalle ordinario en todo ello, gracias a Whitney. Y, sin embargo, le gustaría que Jacob aportara más. Que le quitara algo de presión de encima por una vez.

Sabe que la mayor parte de la gente mira con malos ojos a una mujer como ella que persigue la riqueza con las mismas ganas que los hombres. Aunque no lo reconozcan. Que les choca ver a una mujer que quiere más dinero del que la sociedad cree que vale.

—Yo te recomiendo que te asegures primero de que Pearse se compromete a adelantar el treinta por ciento. Tienes que ser firme. Mucho más firme —le dice.

Su secretaria, Grace, acaba de entrar en el despacho, mueve los labios para decir algo y deja varias copias de la presentación encima de la mesa. Pega una nota al lado.

—Te tengo que dejar, pero llámame mañana, ¿vale?, si quieres que hablemos más tranquilos. La presentación debería acabar a mediodía.

—La presentación —dice él. Claro, no se ha olvidado de eso. Está deseando saber qué tal sale. Sabe que Whitney lo bordará.

Pero a veces a ella le gustaría saber si de verdad se alegra de sus éxitos tanto como dice. Si ha albergado la esperanza,

en un momento de debilidad, de que ella fracase, solo una vez. En ocasiones nota cierta tirantez en sus palabras, aunque sean justo las que se espera que diga.

—A ver si puedes volver a casa hoy a una hora razonable —dice él.

Ella no dice nada.

—A lo mejor no tenía que haber hecho este viaje.

Ella se pone tensa, va a abrir la puerta de la oficina.

—¿A santo de qué viene eso? ¿A qué te refieres?

Él guarda silencio.

No lo sabe. Se siente lejos. Echa de menos a los niños. Está cansado. No importa.

A ella no le gusta verlo así, alicaído, lleno de ansiedad.

Mira el pósit que ha dejado Grace. El nombre y el número de teléfono de la profesora de Xavier. No le dice nada a su marido. Dobla el papelito y lo mete en el bolsillo de la chaqueta. No quiere que esté rodando a su alrededor.

Le dice que no sea tonto. Que todo va bien. Los niños estarán bien.

Espera que él diga que tiene razón. Pero sigue callado. Y luego dice algo de un taxi, que tiene que salir a toda prisa. Ella le dice que lo quiere. Él no dice nada, se oye el portazo de un coche y ya no se oye nada más.

Cuando va a colgar, ve un mensaje de texto en la pantalla.

Qué pasa ☺ Sigue en pie lo de esta noche? A las 11?

Se reclina en el respaldo de la silla y desabrocha el botón dorado de la americana blanca. Hace un esfuerzo por descifrar el desasosiego de Jacob. No le gusta la sensación. Se da unos golpecitos con el teléfono en la barbilla. Toma aire de golpe antes de responder y luego desliza el dedo para eliminar la conversación.

# Capítulo 14
## Rebecca

Acaba de llegar al hueco de la escalera cuando activan por megafonía el código azul. Tercera planta. Habitación 3103. No está en el equipo de primera intervención, así que sigue consultando el correo electrónico al subir despacio las escaleras, con cuidado de no tropezar sin mirar los escalones, pero entonces cae en la cuenta: tercera planta.

Habitación 3103.

Intenta recordar en qué habitación está Xavier, es en la 31 y algo, ¿3108, 3111? Bracea en la subida, un tramo más de escaleras, y sale a la tercera planta. La habitación 3103, cómo le suena ese número, tiene que ser él. Casi se lleva por delante en el pasillo al equipo con el carro de paradas, pero da un salto para dejarles pasar y los sigue, avanzan con paso firme y tuercen a la derecha del control de enfermería. El pasillo de Xavier.

«No, no, no». Intenta detenerlos con el pensamiento, quedan unos cuantos metros para llegar a su habitación, pero ya aceleran el paso, casi están en la puerta, y Rebecca ve que está abierta. Se imagina a Whitney en un rincón, le dirán que tiene que irse, que salga mientras intentan volver a ponerle el corazón en marcha. La adelantan dos médicos, uno le da un codazo en la cadera, y Rebecca se detiene.

Es la habitación de al lado.

Se dobla en dos, lleva las manos a las rodillas. Nota tensa la garganta. Debería dejar la zona libre si no va a ayudar al equipo, piensa en cuanto recobra las fuerzas. Volverá más tarde para ver cómo se encuentra Xavier.

No parece ella misma.

Tiene que dormir unas horas, o cometerá un error que pagará caro.

Suele ir a contracorriente del tráfico cuando va y viene del

hospital al centro. Su vida fluye en sentido contrario al de la mayor parte de la gente, y lleva así mucho tiempo. Le gusta ver cómo se van acumulando coches en el carril opuesto. Le gusta volver a casa a acostarse cuando el resto del mundo todavía no ha acabado la jornada. No le haría falta apuntarse a las guardias tan a menudo, pero es una forma de tomar distancia de las rutinas que no están a su alcance. De esta manera, evita entrar por la puerta de casa y sentarse a cenar con Ben, los dos solos, en un escaño tapizado de tela lavable, resistente a las manchas. Pensado para familias con dedos pegajosos.

Los niños del hospital son otra cosa. Son niños que la necesitan y que, en ocasiones, puede curar. Es el hecho de que no la necesiten cuando sale del edificio lo que más le cuesta.

Ben ya no la necesita de la misma manera que antes. Puede que sea la evolución normal del matrimonio, el modo en que el amor inicial se funde en algo menos almibarado. Pero no se siente tan valiosa para él desde que hubo que dejar de echar la culpa de las pérdidas a la mala pata. Desde que se enteraron de que les había tocado en suerte un defecto de fábrica. Que ella, la máquina, estaba rota.

A Rebecca se le dan bien las estadísticas, el cálculo de probabilidades, los resultados que se pueden predecir con tratamientos. Pero son cosas que no funcionan con la biología reproductiva. No hay líneas rectas. Ben y ella no entran del todo en la casilla de probabilidad cero, pero todo apunta a que no tienen el viento a su favor. Aborto espontáneo recurrente. Tres años. Esperma modélico. Óvulos de treinta y siete años. Un útero inhóspito con un revestimiento endometrial que no es profuso. «Es que lo tienes un poco fino —le dijeron—. Nos gusta más engrosado». Su cuerpo no respondía como es debido. El lenguaje que emplean es el lenguaje del fracaso.

Se enfrenta a un problema de los que no tienen solución. «No lo sabemos» es la respuesta a casi todas sus preguntas, como si una laguna tan grande en el conocimiento médico fuera aceptable. El único tratamiento que le ofrecieron fue no someterse a tratamiento. Seguir intentándolo si querían, si podían soportar la decepción. Cuando el médico salió de la

consulta en la última cita, la enfermera, una mujer joven cuyo útero puede que estuviera repleto de óvulos buenos y pegajosos, un útero que Rebecca se imaginaba maduro como una fruta tropical, pronunció la palabra que menos querían oír: «milagro». Que en la consulta se veían milagros todos los días.

Pero Rebecca es científica. Nunca ha creído en el poder de la esperanza. No ha creído nunca en milagros.

El primer año como residente de pediatría, un médico de plantilla le dijo que lo mejor que podía hacer por los padres en el hospital era achicar el espacio entre sus expectativas y la realidad. En otras palabras, que la esperanza, eso que todos buscaban, no siempre era cosa buena. Y para Rebecca tenía todo el sentido del mundo. Llevaba trece años formándose para creer en la evidencia. Para tomar decisiones basadas en el conocimiento de cómo funciona el cuerpo. Pero lo que es de su cuerpo, justo ahora, no tiene casi ningún conocimiento.

Aparca en la calle, delante de la casa con cuatro dormitorios y tres baños y un cuarto para quitarse los zapatos nada más entrar, con percheros amarillo fosforito a la altura de los brazos de un niño. Le dieron la señal al constructor tres meses y medio después de su primer test positivo de embarazo. Por aquel entonces, gozaban del privilegio de la certeza.

Dentro, Ben le estará haciendo un sándwich, preparándole café recién hecho. Ha pedido una excedencia este año en el colegio, una decisión que sorprendió a todo el mundo, incluida Rebecca. Siempre le encantó la enseñanza. Le encantaban los niños. Trabajó varios años en el colegio de primaria a diez minutos de casa, una de las razones por las que se mudaron al barrio. Y estaban encantados con la mezcla incipiente de rentas y etnias, aunque en el colegio llevara la voz cantante un grupo de padres con muchos posibles que se implicaban demasiado en su funcionamiento.

Pero le hacía falta un descanso de la rutina diaria, de enseñar siempre el mismo temario un año detrás de otro. Tenía un amigo que había montado una empresa de tecnología, una aplicación para educar a los hijos desde casa, y buscaba un docente para asesorar a los padres a tiempo

completo. Todavía están pagando el préstamo que tuvo que pedir Rebecca para hacer la carrera de medicina, y Ben gana el doble que en el colegio. A él le encantó la idea de probar algo nuevo, así que aceptó el contrato de dieciocho meses, y teletrabaja la mayor parte del tiempo. También se quedó con el puesto de entrenador de un equipo de *softball* en un instituto a varias manzanas de casa, por hacerle un favor a un colega. Se lo notaba aliviado con el cambio.

Ella no sabe si en realidad dejó el colegio porque le costaba estar todo el día rodeado de niños. Si no se le habría hecho muy cuesta arriba el tener presente a diario lo que puede que ellos no tengan jamás.

Fue Ben el que quiso siempre tener hijos.

Lo conoció en una cita de última hora que le preparó una amiga del trabajo, alguien que creía que tenía que salir más, ponerse por una vez unos vaqueros monos con tacones. Había pasado casi un año desde la última relación, breve como lo habían sido todas: él estaba en el sector del plástico por dinero y le ocultaba que era fumador de cigarrillos electrónicos. Rebecca se mostró reacia, pero, cuando su amiga dijo que Ben era profesor, un buen tío de pies a cabeza, supuso que nada malo tenía quedar para cenar con él. Al llegar al restaurante, la sorprendió cuando se levantó para tenderle la mano. Era alto y estaba en forma, parecía más serio que en la foto que le había enseñado su amiga, en la que posaba sin camisa en el embarcadero de un lago.

A Rebecca le gustó en el acto. La encandiló con la manera en que se tocaba el labio de arriba con un nudillo cuando se reía. Hablaba de sus alumnos de séptimo con el orgullo de un padre. Pero lo que quería sobre todo era hablar de ella. Lo que le gustaba y lo que no, los sitios que conocía y adónde quería ir. Cuándo salía a correr. Cuándo iba al trabajo. Su tema de investigación. Su infancia, esa niñez con madre soltera y problemas económicos, el empeño materno en que su hija triunfara en la vida.

Y luego, cuando despejaron la mesa, después de reír bien alto y molestar a los otros comensales, cuando ya habían tenido unos cuantos minutos para mirarse el uno al otro sin decir nada, él le pidió una última copa al camarero y le preguntó a Rebecca: «¿Quieres tener hijos?».

Ella no se dio cuenta de que tenía la copa vacía hasta que no se la llevó a los labios. La volvió a dejar en la mesa, consciente de que pasaban los segundos.

«Creo que sí». Y luego, para reafirmarse, volvió a intentarlo: «Sí, quiero tenerlos».

Él bajó la vista, se llevó otra vez el nudillo a la boca al sonreír. Le habían dado la respuesta que estaba esperando. Todo se desenvolvía entre ellos exactamente como él quería, Rebecca lo veía claro.

Ella tenía treinta y tres años. Siempre había estado segura de lo que quería y de lo que no quería, pero la maternidad le parecía un tema de debate para otras personas. No para ella. La idea no tenía nada de emocionante. Había sido la manzana de la discordia muchos años entre ella y su madre, que deseaba ser abuela a toda costa. Quería que Rebecca experimentara el amor materno que ella había conocido. Y aunque Rebecca se sentía en deuda con su madre, y no podía soportar la idea de decepcionarla, jamás se había imaginado su vida con un hijo.

Iba echa unas pascuas esa noche mientras caminaba de vuelta a su apartamento, contenta de haber dicho esas palabras en alto delante de Ben. Algo había empezado a cambiar. Notaba que algo la sobrepasaba, iba más allá de sí misma. A lo mejor, pensó, las ganas de ser madre llevaban tiempo dentro de ella y no había querido escucharse. Había predominado la ambición, la ciencia la obsesionaba. El conocimiento infinito que intentaba absorber, la cantidad de horas que tenía que trabajar. ¡Si hubiera sabido lo que tanto tiempo latía debajo de todo ello!

Pensó en su madre, sola. En el paso de los años. Y en la forma que había tenido Ben de besarla fuera del restaurante, como si fuera algo más que un beso, como si abriera una posibilidad. A veces así empezaba el amor. Ella lo llamó desde casa para decirle que había llegado sin contratiempos, y hablaron todavía dos horas más.

Año y medio más tarde ya estaban casados, en una pequeña ceremonia en familia en la casa de campo en la que Ben se había criado con sus dos hermanos y su hermana. La madre de Rebecca la acompañó del brazo desde el porche, recién pintado de blanco, hasta el altar de balas de heno apiladas y

cubos de ordeño colmados de cientos de girasoles. Se habló mucho, después, de los niños que algún día se sumarían a los nueve que ya tenía la familia. Rebecca se había quedado mirando a los sobrinos y sobrinas de Ben, que corrían unos detrás de otros entre la alta hierba, bañados por la luz rojiza del sol de primera hora de la tarde aquel septiembre, y al darse la vuelta vio a su madre mirando también. Su madre no había podido darle todo, pero la había llevado hasta allí, hasta ese momento. Hecha toda una mujer, respetada y bien protegida. Una vida que ella no había podido tener.

Ben salía en ese momento al porche y se quedó plantado al lado de su suegra. Le pasó el vigoroso brazo por unos hombros que habían soportado una carga inimaginable para ellos y le susurró algo que arrancó una sonrisa a la mujer. Se volvieron para mirar a los niños en la hierba. Ben le guiñó un ojo a Rebecca, y ella esbozó una sonrisa entre los pómulos doloridos de toda la dicha del día. Se habría quitado los zapatos de satén de sendos puntapiés y habría salido corriendo descalza por el campo con él si se lo hubiera pedido, hasta mancharse de tierra el bajo del vestido, echándole una carrera al sol que ya se hundía.

En algún punto entre aquellos orígenes y ahora, Rebecca mudó su falta de interés en la maternidad por una obsesión que no acaba de descifrar en palabras. Le daba mucho respeto, y luego dejó de dárselo. No quería tener un hijo, hasta que tener un hijo se convirtió en lo único que le hacía falta.

Y, aun así, se pasa la mayor parte del tiempo recriminándose por ser presa de esas mismas ganas. Diría que la desesperación es su mayor debilidad. No da con la disciplina necesaria para salir de ahí, pese a lo mucho que es capaz de concentrarse en el resto de sí misma. En las otras ideas que le vienen a la cabeza.

Cuando entra por la puerta ve el ordenador portátil de Ben abierto en la mesa del comedor; los auriculares, al lado. La llama desde la cocina.

La atrae para sí y frota con el pulgar la marca roja de la frente que le ha dejado el gorro del uniforme, un poco

apretado. Es el gesto de un padre o de una madre cuando le limpia el kétchup a un hijo en la comisura de los labios. Su matrimonio tiene una energía enmudecida ya. Él se preocupa por las horas de sueño de ella, el dolor en el puente de los pies, si come bien cuando está en el trabajo. Desliza un plato y un café desde el otro lado de la mesa y toma asiento, espera a que también ella se siente. Tiene la barbilla en una mano y el codo encima de la mesa.

—¿Qué tal está?

—Ahí va, hora a hora, pero no parece que mejore todavía. Cuanto más tiempo esté en coma, menos posibilidades hay de que se recupere. Me mandarán un mensaje si hay alguna novedad.

—Joder. —Ben niega con la cabeza, no acaba de hacerse a la idea.

—Ya, tampoco yo me creía que fuera él esta mañana. A ver, son cosas que pasan todos los días, pero justo en la acera de enfrente, una familia que conocemos. Es… es horrible.

—Espera, te traigo un poco de agua.

Lo ve moverse por la cocina. Las muestras de preocupación, el esfuerzo constante por cuidar de ella. Como si quisiera convencerse de que le basta con los mimos que le dedica a ella y no al bebé. Como si quisiera acallar el resentimiento que acabará imperando.

Ella sabe que quiere amarla. Pero el amor puede cambiar. El amor está basado en una idea sobre quién es la otra persona, y ella ya no es del todo esa idea.

—¿Por qué no sales a correr? —dice él. Antes Rebecca se pasaba la vida corriendo. Hacía kilómetros después de un turno largo, se sacudía lo que aún no se había quitado de encima con el uniforme del hospital, las dudas de cómo había llevado un caso, la insidiosa preocupación de haberle dado el alta a un niño a destiempo.

—A lo mejor salgo —dice. Se lleva el agua a los labios. Él se da la vuelta para secarse las manos en un paño de cocina. Exagera el gesto más de lo necesario.

Ahora le habla de los días que tiene que pedir en el trabajo para ir a Oregón. Ella promete que lo arreglará.

Él le pregunta si no quiere el café.

Rebecca mira la taza intacta. Dice que se ha tomado uno de

más en el hospital.

Ya le sale bien esto de mentirle con soltura. Como si no fueran realmente sus palabras. Como si la falta de sinceridad no contase, porque habrá ocurrido en el «antes». Y todo saldrá mejor en el «después». Solo le preocupa el después.

Sube a acostarse y activa la alarma del teléfono. Le quedan menos de tres horas antes de volver. En el dormitorio, se quita unos pantalones que le tiran de la cintura. Y luego aguza el oído para asegurarse de que los pasos de él suenan todavía en la planta baja. Levanta la camiseta y se mira el abdomen en el espejo de detrás de la puerta. Nunca había llegado a los ciento veintinueve días. Le quedan semanas, puede que solo una, antes de que se le note y no pueda ocultarlo.

Él ya no puede con el diminuto tamaño de su esperanza. Pero Rebecca no puede vivir sin ella.

# Capítulo 15
Whitney

El hospital

Se mete la punta de su dedo índice entre los dientes y mordisquea la uña hasta que arranca el borde fino. Aguanta la media luna entre la lengua y el cielo del paladar. Toca la piel rosácea de la yema recién expuesta, sin saber si él nota su tacto, su presencia, si la ha oído decir cuánto lo siente.

Tiene solo diez años y está más que familiarizada con él. Es parte de ella. Pero están casi en ese punto en el que empiezan los cambios. Desde el instante en que dio a luz, su hijo ha ido creciendo hasta alejarse más cada día, y pronto lo sentirá físicamente ausente, como un niño pequeño que deja de buscar cobijo en el afectuoso gesto de una madre. Pronto la querrá menos de lo que en su día la quiso. Y luego, no demasiado después, empezará a notar lo poco que le importa a su hijo. Lo verá más incómodo cuando ella esté presente que cuando no esté. Y al final no la tendrá por gran cosa ni pensará mucho en ella. Solo se tocarán para decirse hola con premura, un toquecito amable a modo de adiós en los vigorosos hombros de un hombre.

¿No funciona así la cosa con los hijos varones?

Si vive. Si no recuerda qué pasó.

Le pasa el dedo por debajo de los ojos, como si tuviera que enjugarle las lágrimas. Pone la mano encima del respirador que le tapa la boca. Se imagina que es ella la que le llena de aire los pulmones, que solo ella puede salvarlo.

Entonces le viene a la mente la risa de su hijo. Imagina que levanta los pómulos, el rictus de la mandíbula, mas no le llega el ruido que hace. ¿Es una risa aguda? ¿Cómo es posible que no recuerde cómo se ríe? ¿Jacob sí se acordaría? ¿O Louisa?

¿Se ríe alguna vez cuando está delante de su madre?

No recuerda que se riera mucho de pequeña ella tampoco. Solo se acuerda de las risas en el televisor de los vecinos, al otro lado de la pared. Su padre daba golpes de vez en cuando

para que el tipo del apartamento de al lado bajara el volumen, su madre se quejaba de que eran peores los golpes que el ruido de la televisión, y entonces su padre decía que si no le gustaba ya sabía dónde tenía la puerta, aunque todos daban por sentado que jamás haría tal cosa.

Pero Whitney sabía que su madre guardaba un billete de autobús solo de ida escondido en el bolsillo interior del abrigo. Válido para cualquier día de la semana, sin límite de fecha, derecho a la terminal nacional, a tres horas de viaje. Oye todavía la conversación, y aún siente alivio al acordarse de lo predecible que era todo: cómo se hundía en el sillón su padre, la mueca de dolor por culpa de la cadera que le había arrebatado su sustento. Y cómo ponía a su madre entre la espada y la pared soltando fuego por la boca. Tarareaba una canción de Johnny Cash para calmarse, nada más que eso. Pero no recuerda a ninguno de ellos riendo.

O sea, que no, que puede que no se rían lo bastante en el hogar de los Loverly, por lo menos cuando Whitney está en casa. Cuando ella está en casa, le suena mucho el teléfono, y hay muchas órdenes, y muchas lágrimas cuando no se comportan como es debido. No queda mucho margen para la espontaneidad. No hay tiempo.

Le da por pensar en la última vez que jugó con él, al LEGO o algún juego de mesa o el ajedrez, o con una de esas cosas de plástico que dan vueltas y él colecciona y de cuyo nombre no se acuerda.

La verdad es que a Whitney no le gusta mucho jugar. En realidad lo odia. No hay nada de productividad en el juego. Odia los cubos de plástico llenos de juguetes y odia sentarse en el suelo. Odia tener que hacer el ruido de un coche, imitar el rugido de un puma. Odia lo prosaico. Odia tener que aparentar desenfado, alegría y sorpresa cuando no se siente así. Odia tener que fingir que le interesan cosas que no son reales.

«¿Juegas conmigo? ¿Cuándo vas a jugar conmigo? ¿Podemos jugar después de la cena? ¿Puedes construir algo conmigo?». Whitney tiene que cerrar los ojos y prepararse para el gimoteo, el pataleo, cuando les dice: «Lo siento, pero ahora no puedo. Tengo muchas cosas que hacer».

¿Es que siempre tiene algo que hacer o es más bien que

siempre encuentra algo que hacer? Piensa en la agenda del móvil. Ese calendario atestado y de colores por el que vive o muere. Ni Xavier ni los mellizos tienen un color asignado. No hay color asignado al juego.

¿Se han tumbado alguna vez juntos al sol a mirar las nubes? ¿Se han inventado historias juntos, canciones tontas, tontas palabras? ¿Conocen la clase de deleite inigualable que se les supone?

No es Whitney ese tipo de madre.

Una madre como Blair. Que ha tomado decisiones distintas a las suyas.

Le coge la mano a Xavier y vuelve a llevarse sus uñas a los labios. Una vez lo amenazó, como quien no quiere la cosa, con frotarle los dedos con cebolla cada mañana si seguía mordiéndose las uñas sin parar, algo que solía decirle su madre a ella. No le vino con las excusas de siempre. Solo le pidió que por favor no siguiera con eso. Que a veces no hallaba más consuelo que morderse las uñas.

«¿Consuelo de qué?». Pero él no supo qué responder. Lo dejó en paz. Ella sabe lo que es eso, hacer algo que no debes porque te da lo que necesitas. Una sensación de alivio. Una sensación de control.

Hay un médico ahora en la habitación. No puede oír a esa persona, no puede fingir que sabe qué le está contando. Quiere decirle que se calle, taparse los oídos. «Váyase, váyase, váyase». Huele el desinfectante. Y luego el látex. Le aprieta la mano flácida a Xavier para asegurarse de que sigue allí, que hay tejidos y músculos y huesos. Que no es un recuerdo en su memoria.

Memoria. El médico dice esa palabra justo cuando ella la está pensando. La memoria de Xavier. Traumatismo. Le han hecho algún tipo de escáner. Inflamación. Las palabras «placa», y «cráneo», y «riego sanguíneo». Un fárrago de números con decimales.

Abre bien los ojos para verlo. Ha oído a otras madres decir que son capaces de vislumbrar por momentos el aspecto que tendrá su hijo cuando sea mayor, que ciertas expresiones las llevan a dar un salto en el tiempo. Eso le pasa, a veces, con los mellizos. Pero Whitney no piensa nunca así en Xavier. Con él, nunca va más allá de la hora, el día, el niño que es en ese

mismo instante. Un niño que pide, que quiere, que reta. La pone lo que se dice al límite.

# Capítulo 16
Septiembre

El jardín de los Loverly

No le es ajeno el escozor en la garganta, pero no puede tragar saliva y hacer como que se le pasa: es de pura vergüenza esta vez, amarga y espesa vergüenza. Whitney se levanta del suelo de la habitación y mira a Xavier, que la está mirando a ella. Vuelven los dos la vista a la ventana abierta que da a la fiesta en el jardín. Ella se lleva las manos a los pechos, como si se sintiera expuesta, como si alguien le hubiera arrancado la ropa y la hubiera dejado desnuda. Le quema la cara, su cerebro va revisando las opciones que podrían mejorar la situación.

Podría fingir que su hijo estaba a punto de tragarse algo tóxico.

O encerrarse en su dormitorio el resto de la tarde.

Puede decir que está mala.

Pero sabe que tiene que enfrentarse a un jardín lleno de gente que acaba de oír cómo salía a relucir la parte más monstruosa de ella. Habrán abierto mucho los ojos, sentido que se les encogía el corazón ante semejante despliegue de cólera. Verán que se le nota la humillación en la cara roja. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué regaña tanto a su hijo? Por unas galletas, por unas miserables galletas. Solo es un niño.

Puede decir que ha sido el alcohol. Una copa de más. Todos tienen una copa en la mano.

Pero no bastará para explicar lo que ha hecho.

Pasa de la furia al remordimiento. Pone las palmas de las manos a ambos lados de la cara de Xavier, hecha un poema. Nota un mareo cuando se le empieza a pasar el subidón de ira que tan bien conoce.

—Lo siento. No quería gritarte. Te puedes quedar aquí en tu cuarto.

Pero lo que quiere decir es «no bajes al jardín. No lo pongas peor de lo que ya está».

Cierra la puerta al salir.

No siente las piernas de camino a la cocina. Lo mejor es solucionarlo cuanto antes. Tú puedes, tú puedes. Buscará a Blair; Blair hará como que no ha pasado nada. Blair seguirá con la fiesta, como si Whitney no tuviera de qué avergonzarse. Ve que Jacob viene hacia ella, desconcertado, con la cara roja, y ella le sonríe, da lo mejor de sí. Le toca el brazo a su marido, lo nota tenso. Dice que todo está bien y que luego hablarán, sigue en dirección al jardín, y el vestido largo de seda flota en su estela con una elegancia que ella desmerece.

Fuera, nota que apartan la vista, los invitados evitan la incomodidad de mirarla. Se han retomado las conversaciones poco a poco, pero cohibidas. Ella misma se pasma del bochorno que siente. Pisa los arcoíris que la hija de Blair ha dibujado en el patio, y es como si no pudiera mover ni un pie. Sabe que tiene que decirle algo a alguien, pero no ve a Blair. Necesita a Blair. Blair puede cambiar la situación a mejor. Vuelve la cabeza y ve a tres madres del colegio que esbozan una sonrisa forzada. Se estremece.

—Lo siento en el alma. Xavi está sometido a mucha presión últimamente. Problemas de salud mental. No voy a entrar en eso ahora, pero estamos preocupados. —Hace una pausa. Tiene que darles algo más—. Está viendo a un especialista.

No es verdad, pero podría hacer que su ataque de rabia fuera justificado. Incluso necesario si se imaginan lo peor. Pensarán que su hijo tenía algo peligroso entre las manos. Pensarán que se iba a autolesionar con ese algo peligroso. Entenderán la explosión de ira; en el contexto de la preocupación de Whitney, se harán cargo. Por favor, haceos cargo.

Y así es, por lo visto. Hablan todas a la vez. Pues claro. Lo entendemos. No te disculpes.

Pesan los segundos como si fueran minutos. Y entonces:

—Estábamos hablando de los planes del ayuntamiento para hacer unos columpios nuevos, ¿tú crees que…?

Blair la está observando ahora, y Whitney la mira solo de soslayo, como intimidada por esa mirada. Blair ha oído la mentira sobre Xavier. Está agachada con los niños, para

ocultar el disgusto que tiene, y le duelen las rodillas, pero no piensa ponerse en pie. Le atusa la coleta a su hija, le pasa los dedos por el brazo a Sebastian para arrancarle una risita. Se ve a sí misma subiendo las escaleras para ver cómo está Xavier, animarlo un poco, pero a Whitney no le gustará eso. Lo que hace por fin es levantarse, interrumpir muy educada el corro de mujeres y ofrecerse a recoger los platos de papel, los vasos de papel. ¿Le puede recordar Whitney dónde están las bolsas de la basura?

Whitney agradece el respiro que con toda intención le da Blair, que sabe de sobra que las bolsas están debajo del fregadero. Whitney se agacha para recoger a Thea del suelo y la besa juguetona tres, cinco, siete veces. Le da una voltereta y la niña ríe. Espera que todo el mundo lo esté observando. Lo vuelve a hacer. Thea quiere que venga Zags, así llaman los mellizos a Xavier. Zags está arriba, cariño, dice Whitney, y la deja en el suelo. Le pregunta a Blair en voz baja si se pueden quedar Aiden y ella cuando todo el mundo se haya ido. Seguro que a Aiden le apetece otra copa, así se animan un poquillo. Cabe la posibilidad de que a Blair todo esto le haya cortado el rollo, pero dice que claro. Claro, les encantará quedarse, y, sin más, hacen como que no ha pasado nada.

Pero las otras mujeres hablarán, como si ellas nunca les hubieran dado cuatro voces a sus hijos.

«A ver, todas perdemos un poco la paciencia, pero pobre niño».

Volverán a revivirlo cuando hablen en privado, lo mal que lo pasaron en ese momento, lo poco que esperaban algo tan terrible. Hasta emplearán la palabra «aterrador». Porque Whitney es el tipo de madre que a otras mujeres les gusta pillar en un renuncio.

Whitney lo sabe. Cuando la juzgan por sus prioridades, por lo general puede con ello, porque la juzgan desde la envidia. Pero esa tarde, en su propio y hermoso terreno de juego, al perder el control, le ha quitado peso a la envidia, y eso la humillará cada vez que piense en ello.

Esa tarde Blair nota perfectamente cómo Whitney toma conciencia. Nunca ha visto a Whitney en una posición tan

débil y le revuelve un poco el cuerpo. Las otras madres se retiran palmo a palmo, hablan de recoger a sus retoños. Miran la hora en el teléfono. Blair quiere ponérselo fácil a Whitney, y a ella misma, así que habla de lo bien que ha estado el mago. Lo bien que se lo están pasando todos. Lo ricos que están los aperitivos. Puede pasar por alto las transgresiones maternales de su amiga con facilidad pasmosa. Se muestra halagüeña y optimista, y puede que hasta tome otra copa.

Pero Whitney está pasando revista a los invitados, el catálogo de todas las personas que han oído cómo se le iba la pinza. Las caras que la consumirán por dentro las próximas semanas o el tiempo que tarde en disiparse tanta vergüenza.

Asiente a lo que dice Blair, busca con la mirada detrás de ella, en el fondo del jardín, a Aiden, a una mujer que se ríe con lo que sea que él le está contando. Mira hacia la valla, ve moverse a Mara por entre los barrotes, y luego alza la vista hasta la habitación de su hijo, a la ventana abierta de par en par, donde le parece que acaba de asomarse. Da un respingo cuando Jacob le pone una mano en el hombro.

Hay algo en el bote que ha dado Whitney cuando su marido le ha tocado el hombro que pone nerviosa a Blair, y entonces oye la voz juguetona de Aiden detrás de ella. Se le encienden las mejillas mientras trata de sondear el humor de su marido. Hasta que, al otro lado de la valla, se cierra de un portazo un poco fuerte la puerta de atrás de Mara, como si la vecina ya hubiera oído bastante. Whitney y Blair se miran. Después de la fiesta, esos pocos segundos tan tensos se les pasarán de nuevo por la cabeza, pero ninguna de las dos comprenderá por qué. Ni muchos meses más tarde, un miércoles por la noche en junio, cuando todo empiece a estallar de puertas para dentro.

Dos horas más tarde hay menos gente en el jardín, a casi todos los niños se los han llevado a acostar a rastras, y a Whitney se le ha bajado tanto el vestido que Blair le ve el canalillo. En algún momento de la tarde se ha quitado el sujetador, y los pezones asoman bajo la seda. Lleva los pies

descalzos también, las sandalias están tiradas por el césped. Blair se ajusta la sencilla camisa de algodón que lleva puesta. Es nueva, le brilla todavía el blanco. Estira el dobladillo de los pantalones cortos plisados color verde oliva que compró con la camisa. Le recuerdan, a estas alturas de la tarde, a algo que se pondría su madre. Han abierto el tequila reposado, y, aunque a ella no le gusta, es Jacob quien le ofrece el vaso, así que lo acepta.

Aiden y Jacob las siguen por el jardín, y Whitney le dice a Aiden que tome asiento y pide a Jacob que suba la música. Cuando este vuelve, chocan los vasos con sal en los bordes y los hombres se ponen a hablar, otra vez, de lo lluvioso que ha sido el verano, de los niveles de agua en los Grandes Lagos, hasta que Whitney, ajena a la conversación, saca a bailar a Blair.

Blair dice que no, está rígida y ofrece resistencia, la fiesta la ha agotado, y queda todavía gente. Solo de pensar en salir a bailar se pone más roja que con el tequila. Odia bailar y Whitney lo sabe. Odia lo torpe y ridícula que se la ve bailando. Odia que la crean una aguafiestas por decir que no. Se pone roja, le suben los calores por el cuello.

Pero a Whitney no se le puede decir que no. La música parece sacada de una discoteca en una playa de Miami. Blair ve cómo se mueve Whitney y hace lo que puede por no pensar demasiado en las evoluciones de su propio cuerpo. Aquello empieza a funcionar. Nota una forma extraña de libertad, una sensación de estar pasándoselo bien que no le es conocida. Y luego algo parecido al orgullo. Es un alivio tener más alcohol a mano, da otro sorbito. Levanta los brazos por encima de la cabeza como ha visto hacer a otros, los deja sueltos, los bambolea, ladea el cuello para un lado y para otro con la mirada perdida. Es capaz todavía de sorprenderse a sí misma. Capaz de sentirse viva todavía.

Luego Jacob se pone en pie, Blair llega a pensar por un momento que también va a bailar con ellas, y vacila, empieza a perder el paso. Pero Jacob solo acaricia las caderas de Whitney y pasa de largo en dirección a la cocina. Blair busca las manos de Whitney, vuelve a copiar sus movimientos y nota que recupera la confianza. Busca con la mirada a Aiden, que está sentado con las piernas cruzadas, mirándolas, y tiene

una mano en el tobillo. Esto le gustará, ver a la estirada de su mujer pasándoselo bien por una vez en la vida. Verá que es capaz de soltarse la melena. Que es divertida. A lo mejor se excita un poco. Blair frunce los labios para ponerle morritos. Piensa que podrían tener relaciones sexuales esa noche. Podría ser ella la que diera pie por una vez. Meter la mano en sus calzoncillos mientras él se lava los dientes. Nota el flujo entre las piernas y vuelve a sorprenderse a sí misma. Levanta de nuevo la vista para buscar los ojos de Aiden.

Pero su marido no la mira. Tiene esos ojos vidriosos que Blair ya ha visto antes. Hambrientos. Aiden clava los ojos en el cuerpo de Whitney, en sus senos y en el escote de la espalda. Se repasa el labio de abajo con la lengua. Blair deja de moverse. Le quema el tequila en el pecho. No está donde tiene que estar: nunca lo está.

# Capítulo 17
## Rebecca

La despierta de la siesta el ruido de la televisión en el piso de abajo. Le lleva unos segundos darse cuenta de que todavía es por la tarde, de que sigue de guardia. Le viene a la cabeza la imagen de Xavier en urgencias. Ben está viendo el partido de béisbol de la noche anterior; da palmas y gritos, olvida, con la emoción de las bases llenas, que ella duerme arriba.

—Venga, venga, ¡sí señor!

Se habrá puesto la gorra de los Yankees con la visera para atrás. Estará tomando una cerveza light. Ella se sentará de un salto a su lado en el sofá y apoyará la cabeza en su regazo otros veinte minutos antes de volver al hospital para las últimas horas de la guardia.

Pero primero coge el iPad del suelo y hace clic en la dirección del foro que tiene guardado en favoritos. Todavía no se ha dado el capricho, en este embarazo no. Va a la página del mes en que sale de cuentas, octubre, bello y despejado octubre, y empieza a pasar los mensajes con el dedo. Los selfis en sujetador y braguitas que registran todos los cambios del cuerpo, las preguntas sobre el color, el olor y la textura de la secreción, todo la fascina y la avergüenza y la emociona, como los otros miles de veces que se dio el capricho. No va a caer tan bajo como para regodearse en los detalles, pero se regalará cinco minutos, solo hoy.

Oye de nuevo a Ben dar palmas cuando baja las escaleras más tarde. Le toca el cuello por detrás del sofá y él pega un brinco.

—Te has despertado. ¿Está muy alto el partido? Una entrada más y me pongo a trabajar, tengo que hacer unas llamadas a última hora de la tarde.

Levanta los brazos en dirección a ella, quiere abrazarla. Ella piensa en cómo sería pasar un bebé a esos brazos, bien saciado y somnoliento. Toma asiento a su lado, mete la

cabeza en su regazo, bañada por el brillo de la pantalla. Él le pone una mano en el costado, encima de la cadera, y ella se tensa: si pasara la mano por delante, podría notar la hinchazón de la cintura al atraerla para sí. Pero ya casi nunca la toca ahí después de todo lo que ha pasado.

—Hay que dejar de intentarlo —le había dicho él. Estaban sentados a los pies de la cama cinco meses atrás. Él le cogía las manos y toqueteaba los anillos en su dedo, los anillos que él le había regalado. Tenía voz de cansado. No se encontraba a gusto pensando así. Ella negó con la cabeza, no: no iban a tener semejante conversación en ese momento. No, no iban a tener nunca esa conversación.

—¿Lo dices en serio?

—Me parece que ya no puedo seguir con esto.

—¿Seguir con qué? ¡Eres tú el que lo quieres, Ben! Siempre has querido que tengamos un hijo.

En teoría tenían que querer los dos lo mismo. El mismo futuro, la misma casa, la misma familia. Ella se llevó la mano de él a la boca para asegurarse de que Ben pudiera sentir que estaba justo allí, a su lado, los labios de la esposa que él amaba. Él le miraba los dedos de los pies. No podía ser que lo hubiera dicho en serio.

—Es demasiado duro. Para los dos —dijo él con un tono neutro en la voz al principio—. Tenemos que aceptar que es algo que no nos va a pasar. No podemos seguir así, engendrando bebés y perdiéndolos. Tantas ganas y luego los chascos, una vez detrás de otra. ¿Y por cuánto tiempo más? ¿Cuándo parará esto, en qué número? ¿El seis? ¿El diez? ¿El quince? Uno de nosotros tiene que tomar la decisión, o nos vamos a acabar destruyendo el uno al otro. ¿No sientes que ya está pasando?

—Lo que sucede es que tienes miedo, Ben. Te rindes porque tienes miedo. ¿Qué te parece si esperamos un poco esta vez? Podemos descansar este mes, te sentirás mejor después.

Ella quería a toda costa que él le notara la desesperación en la voz. Pero él guardó silencio demasiado tiempo, y luego negó despacio con la cabeza.

—¿O sea, que… ya está? —le preguntó, incrédula—. ¿Nada de bebés? ¿Así como suena?

Él dijo que lo sentía, que la quería. Que necesitaba que ella lo entendiera. Quedó en silencio mientras dejaba que la abrazara. Pero ella lo odiaba.

Otra mujer se hubiera sentido aliviada. O le habría dado puñetazos en el pecho. Podría haber gritado que no le tocaba decidirlo a él. Podría haberlo convencido de que no abandonaran la esperanza. Hablarle de las historias que contaban en el foro, de las mujeres que se pasaban años y años intentándolo, les decían que era imposible, y entonces sucedía. Magia, parecía cosa de magia; y, si nada menos que ella podía llegar a creer eso, ¿no iba a poder él? La palabra «milagro» la rodea, flota por los pasillos del hospital, la susurran en la clínica de reproducción asistida, y todo el mundo dice que hay milagros todos los días, así que ¿dónde está el suyo?

Podría suplicarle, parece que sea la única opción que queda.

Pero Rebecca no sabe si se refería a algo más cuando dijo: «Es algo que no nos va a pasar». A nosotros. Porque se refería a que no iba a pasar por culpa de ella. Él tenía que aceptar que había elegido una vida con material defectuoso. Las sobrinas y sobrinos que iba a ver cuatro veces al año atravesando el país, el cuarto de los niños que ya había pintado en un color de nombre «calamina». Él quería niños al principio más que ella. ¿Y ahora se estaba echando atrás? ¿Ahora que la esperanza se vendía más cara? ¿Ahora que la obsesión y la desesperación la habían consumido hasta dejarla para el arrastre? Era algo que tendría que haberla enfurecido, pero solo le metió el miedo en el cuerpo. Quédate conmigo, pensó. No me dejes. Le daba vergüenza caer tan bajo, pero es lo que había.

Qué lejos estaban de la imagen de esos hermanitos que se perseguían por el prado en la casa de campo de los padres de él. Lejos de llenar el cuarto a la entrada de la casa de impermeables y botas embarradas.

Así que ella asintió con palabras que casi no podía pronunciar. Dejarían de intentarlo. Lo que él decía tenía su lógica, y la parte racional del cerebro de ella, en la que confiaba el resto del día, podía aceptarlo. Pero estaba temblando en los brazos de él.

La derrota no fue un respiro, acarreó un dolor atroz. Rebecca lloraba en silencio, enterraba la cara en la almohada siempre que estaba sola en la habitación. Casi no sacaba fuerzas para contestar cuando llamaba su madre por teléfono. Cumplía con andar plomizo sus turnos en el hospital, se sentía más estéril que nunca, aunque nada había cambiado en teoría. No era consciente de haber estado albergando tanta esperanza.

Los días que siguieron, Ben fue la mar de tierno con ella. La mimaba con un trato exquisito. Pero luego fue como si hallara una especie de despreocupación por un tiempo. Alivio es lo que sería, hasta que fueron pasando las semanas y de nuevo se pudo cortar el vacío. Ella, por su parte, jamás sintió nada parecido al consuelo. Se halló a sí misma evitándolo cuando lo tenía cerca, yéndose a otra habitación, poniéndose los auriculares aunque no estuviera escuchando nada. Volvió a correr otra vez solo para salir de casa, aunque cada paso en el asfalto era como un puñetazo que le recordaba el quebrado cuerpo en el que vivía.

Tres semanas más tarde, después de notar el sordo dolor de un ovario al expulsar un óvulo tal y como hacía cada veintinueve días —cumpliendo con una regularidad que se le antojaba casi cruel—, ya no pudo más. Lo buscó a tientas bajo la manta en el sofá mientras pasaban los créditos en la pantalla del televisor. Volvió a entregarse a él con toda su voracidad. A él, y no a su esperma, por primera vez en mucho tiempo. No tenían relaciones sexuales desde que él había dicho que no lo intentaran más.

—No estoy ovulando —susurró ella para darle confianza. Y luego, con más ternura y convicción—: Lo que pasa es que te deseo. Te necesito.

Lo apretó fuerte por las caderas contra ella cuando él se corría.

Un día antes de hacerse la prueba para confirmar lo que ya sabía, le preguntó por última vez. Un tiro a la desesperada para cambiar lo que ya no tenía remedio.

—¿Sigues pensando lo mismo, que es mejor no seguir intentándolo?

Él la atrajo para sí, encajó la barbilla en su hombro. Ella notaba cómo se le hundía el pecho, expulsó todo el aire antes

de hablar.

—No puedo pasar por eso otra vez, Rebecca. Guardo duelo ya por ese futuro. Estoy pasando página. Y tú tienes que pasar página también.

Se oye un golpe, otra pelota fuera del campo, y Rebecca da un vuelco cuando Ben aplaude, les habla a los jugadores como si estuviera en la línea de fondo. Pasada la euforia, retuerce un mechón del pelo de ella con el dedo índice. Se inclina, le besa la cabeza y quita los anuncios con el mando.

Se lo dirá esta noche. Mañana hará cinco días más de lo que aguantó con el bebé dentro la primera vez. Nunca antes ha tenido que admitir una mentira. Y puede que esto sea más que una mentira. Puede que el desenlace lo convierta en una traición impensable, imperdonable.

Ella, la doctora Rebecca Parry, se ha disociado de la mujer irracional que lleva cuatro meses ocultándole el embarazo a su marido. Que no se lo contó porque bien pronto pasaría a ser una mentira sin importancia. Pero ahora esa otra mujer, la que iba con toda certeza a perder el niño, que solo había estado ocultando algo del tamaño de un guisante, y luego de una mora, de una uva, de una ciruela, ha encontrado por fin de nuevo la esperanza, y las mentiras ya no son mentirijillas. Son misiles. «Tengo que decirte algo, Ben. Escucha, por favor, lo que te voy a decir. Puede que esta vez sea la definitiva. Esto nos lo podría dar todo».

Un *hit*. Ben saca molla con el brazo, le da un traguito a la cerveza. Y luego se recuesta en el sofá, tranquilo. El portátil está cerrado encima de la mesa. Se pone el sol por detrás de la casa y el salón queda ahora en penumbra. Ha refrescado. Se lo encuentra aquí más a menudo por las tardes, dormido en el sofá cuando ella llega a casa.

Sabe que él no sobrevivirá a otra pérdida.

Pero no está segura de que sobrevivan como matrimonio sin un bebé.

Puede que sea la hora de un milagro. Puede que ella sea la que los salve.

Brilla su teléfono encima de la mesa. Un mensaje de los compañeros de la uci.

Empeora el estado de Xavier. La madre sigue sin hablar.
¿Nos ayudas?

# Capítulo 18
## Blair

Da vueltas por la cocina pensando qué le puede llevar a Whitney al hospital. Se ha quedado bloqueada los últimos veinte minutos, desde que Rebecca llamó para pedirle a Blair si podía ir. Mira la casa de los Loverly al otro lado de la calle, pero no puede volver allí a recoger las cosas de Whitney, ahora no. Lo que hace es subir y echar a la bolsa el único jersey de cachemir que tiene, un regalo de Whitney que siempre le pareció demasiado bueno para ponerse. Un cepillo de dientes de viaje. El cargador del móvil.

Mete con cuidado todo en la bolsa con una idea en la cabeza: me han mentido. Se han reído de ella. Pero ahora Whitney la necesita. Vuelve a llamarla, aunque no ha cogido el teléfono en todo el día.

Xavier. Parece imposible que esté inconsciente. Se sienta en la cama y abraza la bolsa de lona, le duele el pecho. Quiere ver a Chloe. Quiere correr al colegio y sacarla a rastras de la clase y ponerla a salvo de todo. Se preocupa, se preocupa todo el rato, y he aquí la razón. Las cosas malas ocurren. Cuando Blair alarga un brazo para sujetar a un niño dentro del coche, les grita en plena calle que vayan por la acera, pregunta si el pollo ha quedado poco hecho en la barbacoa, Whitney sacude las manos en el aire como si bajara el ritmo de una orquesta. «Deja de preocuparte tanto». Como si la preocupación de Blair fuera un defecto y no el estado natural de la maternidad. Una emoción echada a perder. Una cualidad que no vale para nada en absoluto.

En el hospital, Whitney no estará bloqueada por ideas catastrofistas, se habrá puesto al mando de la situación, exigiendo a los médicos que salven a su hijo sin atender a razones. Whitney es la fuerte, la que controla, la que consigue lo que quiere cueste lo que cueste.

Esta última idea la descoloca. Blair cierra la cremallera de

la bolsa con dedos temblorosos.

Ahora mismo lo que tiene que hacer es priorizar. Hacer caso a Rebecca e ir al hospital.

Cuando sale de casa, Mara la llama desde su porche.

—Lo siento, Mara, me tengo que ir, llego tarde. —Blair habla y echa a trotar, casi ni vuelve la cabeza de camino al coche aparcado en la calle.

Whitney y Aiden follando. El engaño es casi inconcebible. Casi.

Vale ya de pensar en eso, se dice mientras arranca el coche. No es el momento. No tenía que haber estado fisgando, eso para empezar.

No tenía que haber visto la taza de café estampada contra el suelo de la habitación de Xavier.

O ese blíster al que le faltaban tantas pastillas.

La fiesta de septiembre en el jardín no es la única vez que ha visto a Whitney perder los nervios con Xavier. A lo mejor discutieron, o se le fue la mano. Una no calcula en pleno ataque de ira.

Lo que nos lleva a todos a mentir cuando hay mucho en juego.

Aunque, claro, también hay accidentes.

Hace unas semanas Blair fue al jardín de los Loverly para buscar a Chloe a la hora de cenar. Whitney acababa de llegar a casa de la oficina. Se quedaron las dos un rato hablando, Whitney con los tacones en la mano. A Blair le gustaban esas ocasiones que le brindaba el día a día de conectar con el ritmo de Whitney.

Le preguntó por las vacaciones que Jacob y ella estaban planeando en una isla del Caribe de la que nunca había oído hablar, aunque Whitney se refería a la isla como si fuera un destino secreto. Blair se quedaba con ganas de más detalles, Whitney no soltaba prenda: cuánto les costaba, qué tipo de habitación, si iban a volar en primera clase. Pero ponía buen cuidado en dominar su curiosidad. No quería airear las diferencias que había entre ellas.

Con un oído seguía atenta a Chloe, que estaba dentro, jugando en el piso de arriba con Xavier. Saltaban encima de la cama en la habitación del chico, chillaban y los ataques de risitas llegaban flotando hasta el jardín.

La cama estaba debajo de la ventana.

Blair quería interrumpir a Whitney, pedirle que parara la conversación un momento para poder decirle a Chloe que tuviera cuidado al lado de la ventana abierta, pero Chloe se asomó y gritó, con medio cuerpo fuera:

—¡Oye, mamá! Ven a ver nuestros ejercicios de gimnasia.

—Casi le sale el salto mortal, ¡increíble! —dijo Xavi asomando la cabeza y los hombros al lado de Chloe.

—¡METEOS DENTRO! ¡TENED CUIDADO!

Un segundo más tarde, Blair se puso roja al notar el pánico en su propia voz, la forma desesperada de mover el brazo.

Se lo había dicho a Whitney muchas veces: lo peligroso que era poner una cama debajo de la ventana de la tercera planta sin una triste persiana de por medio. ¿Es que Whitney no lo veía? Dijo que le buscaría remedio, pondría un cerrojo, aunque Blair jamás la había visto ocuparse de nada parecido. Las cosas se arreglaban como por sí solas en aquella casa. Whitney tenía siempre a mano a Jacob, que daba a todas horas con la solución a los problemas domésticos, mientras que Aiden ni veía siquiera los problemas. No había listas de tareas ni tardes enteras haciendo recados para que la cosa siguiera adelante. Whitney era una directora de orquesta: Blair, una currante.

Whitney apenas había levantado la vista hacia la ventana.

—¡Ciérrala, Xavi! —Pero lo decía sin ganas, quitándole hierro—. No te preocupes, Blair. Sabe que debe tener cuidado.

Y luego se puso a mirar el móvil que tenía en la mano y había sonado. Un correo electrónico que estaba esperando. Blair miraba la cara de Whitney, concentrada en la pantalla. A veces era como si los niños no estuvieran allí. Solo cuando la irritaban lo bastante y tenía que saltar.

Blair aprieta las mandíbulas; ahora no le puede preguntar a Whitney lo de la llave. Pero tal vez sería legítimo preguntarse, dadas las circunstancias, cómo se puede caer un niño por la ventana de un tercer piso en plena noche.

# Capítulo 19
## Whitney

### El hospital

Una voz detrás de ella dice que hay buenas noticias: por fin viene alguien en camino para estar con ella, llegará dentro de diez minutos.

Oye el nombre de Blair y no le suena demasiado bien.

No se trataron gran cosa el primer año que vivieron en la calle Harlow, aparte de algún hola apresurado y mecánico cuando coincidía que estaban las dos fuera a un tiempo. Se mudaron al barrio con un mes de diferencia la una de la otra, los Loverly a la magnífica casa que habían tardado dieciocho meses en construir, los Park al pareado para reformar de enfrente. Xavier y Chloe eran muy pequeños y todavía era pronto para que hicieran verdaderas migas.

Cuando los mellizos tenían dos años, Jacob agarró una gripe malísima y tuvo que estar tres días en la cama, nada le asentaba el cuerpo. Louisa dejó de acudir; entonces vivía con su abuela, que estaba pachucha, y no podía arriesgarse a llevar gérmenes a casa. Whitney se había apañado más o menos bien hasta ese momento, se recuperaba de la cesárea y trabajaba desde la cama, con un mellizo colgado de un pecho las más de las veces. Pensaba darles de mamar seis semanas. No podía hacer lo mismo que con Xavier, que le pedía el pecho por la noche mucho tiempo después de nacer. Quería volver a trabajar. Quería alejarse de sus hijos, que se le multiplicaban. Ella misma había albergado sus dudas a la hora de quedarse embarazada otra vez, pero Jacob tenía razón en que un hermanito, uno nada más, le vendría bien a Xavier, y podían permitirse ayuda en casa esta vez.

Whitney hizo lo posible por no pensar en el agobio de unos mellizos en cuanto se lo dijo el médico; para ella era más un concepto que dos niños extra. Y, además, miel sobre hojuelas, porque le permitían dividirse con toda naturalidad como madre y distraer su atención entre uno y otro, no como había

pasado con Xavier.

Un día a media mañana, después de dos noches sin dormir, Whitney se dio cuenta de que algo no marchaba como es debido, que los bebés le hacían mucho daño al mamar y ellos también se dolían. Tenía los pechos dilatados, dos grifos rebosantes que no soltaban ni gota. Los mellizos llevaban horas berreando y Sebastian tenía un poco de fiebre. Jacob había llevado a Xavier al colegio y había vuelto a meterse en la cama; tenía su lado lleno de sudor.

Llamó a Louisa dispuesta a suplicarle, pero le saltó el buzón de voz.

Le dolía la cara de cansancio, la mandíbula. Tres niños eran demasiado. Quería dar uno en adopción, quería ir empujando el carrito hasta la otra punta de la ciudad, donde el cemento se topaba con el lago oscuro. Pero apenas podía dar un paso sin una mueca de dolor, le supuraba todavía la incisión aunque no era lógico, los mellizos solo se calmaban más de cuarenta segundos seguidos al aire libre, por lo visto. Había contado esos segundos. Logró meterlos en el cochecito doble y los paseó arriba y abajo por el mismo tramo de manzana, de una señal de stop a otra, mientras notaba cómo le ardía el corte entre las piernas. Torcía el gesto cuando la camisa le daba contra unos pezones que parecían nervios recién aflorados a la superficie.

Para pasar ese tiempo agónico, se imaginaba cómo sería dormir. Despertarse por la mañana y pensar solo en ella misma. Liberarse. Podía abandonar a sus hijos. Pero seguirían existiendo. La perseguirían hasta en sueños como si fueran fantasmas. Jamás se quitaría de encima ese peso, por muy rápido que corriera, por muchos días o años que tardara en volver, si es que volvía.

Pensó en vomitar en la acera misma, limpiarse la boca con la manga y tumbarse en plena calzada para cerrar los ojos, dejando que algún perro se comiera el estropicio a lametazos.

No se fijó en la mujer de la casa de enfrente que venía andando a su encuentro hasta que no oyó que la llamaba, dos y hasta tres veces.

—Perdone, ¿es que no se llama usted así?

No recordaba que hubiera habido presentaciones. La niñita no soltaba la mano de la madre y se resguardaba detrás de

ella, muy tímida.

—¿Le molesta el jaleo que están armando? —dijo Whitney—. Lo siento.

La mujer rio.

—¡Para nada! Bien recuerdo yo esos días. Mira, Chloe, ¿a que son preciosos? Tenía ganas de conocerlos. —Levantó a su hija del suelo, la sostuvo contra la cadera y Whitney bajó un poco la manta a Thea para que pudieran verle la cara congestionada por el berrinche.

—¡Anda! —La mujer miró con más detenimiento—. El blanco de la lengua. ¿Tienen aftas?

¿Aftas?, pensó Whitney. ¿Qué palabra es esa? ¿Está en su sano juicio esta mujer?

—¿No sabe lo que son? Mi hija las tuvo, tiene que darles un medicamento para las llagas.

Quedaron las tres mirando la cara roja a más no poder de los bebés. Whitney no se veía con energía para meterlos en un coche y llevarlos al médico justo ahora. No se veía con energía ni para volver andando a la puerta de su casa.

—Por cierto, me llamo Blair. ¿Me permite? —Blair dejó a su hija en el suelo, alcanzó una mantita de la cesta inferior del carrito y se la echó al hombro. Luego sacó a Thea y la envolvió con cuidado para mecerla—. Huy, así, pequeñina. A veces se portan mejor cuando no huelen a la madre. ¿Ves, Chloe? A los bebés les gusta que les den botecitos así.

Whitney no era una llorona, pero se llevó la mano a la cara y no le quedó energía para detener las lágrimas. Estaba cabreada consigo misma por caer tan pronto en la desesperación. Era una incompetente. Una inútil. Ya tendría que estar acostumbrada, era su segunda vez, nada menos que una mujer de treinta y seis años, privilegiada donde las haya, que rinde a tope y cuenta con ayuda al alcance de la mano. Lo malo no era que no supiera lo que tenía que hacer. Era que no quería hacerlo. Ya no los quería más.

—¿Sabes qué te digo? —Blair le quitaba importancia a lo que iba a decir—. Que no tenemos planes esta mañana. Nos encantaría ayudar, si a ti te parece bien.

Blair durmió a Thea e insistió en pasear a los bebés una hora mientras Whitney entraba en casa a descansar un poco. Podía parecer una locura fiarse de una extraña con los recién

nacidos, entregarle un bote de leche en polvo y dos biberones y listo. Sabía que a Jacob no le gustaría, pero aquella mujer era madre y vivía enfrente de su casa. Y parecía de lo más amable. Lo de preocuparse no iba con Whitney. Si por ella fuera, que esa mujer mandara los bebés a la luna en una nave espacial. Ya no aguantaba más. Se echó en el sofá del salón con la chaqueta y las zapatillas de correr puestas. Durmió cuatro horas, hasta que oyó la voz de Jacob preguntando por los mellizos.

Al día siguiente le dio tanta vergüenza que no se acababa de creer lo que había hecho. Le mandó a Blair un ramo de flores de doscientos dólares. Blair se pasó esa misma tarde a darle las gracias y ver qué tal estaba. El médico había confirmado por la mañana que eran aftas; Blair le dio algún consejo para meterles la dosis entera a los bebés debajo de la escurridiza lengua. Whitney se fijó en cómo los estudiaba con verdadero interés, la bondad con que entrecerraba los ojos. Tenía un aire sereno y relajado con su flequillo espartano, la casaca caqui y las zapatillas de tela blanca. Le hablaba a su niñita con gran paciencia, le hacía preguntas con sujeto, verbo y predicado; se agachaba para quedar a su nivel, esperando atentamente la respuesta de la cría. Sin retórica ni prisa. Whitney podía ponerlo en práctica con Xavier, pensó. Podría hacer sus pausas, quedarse escuchando, poner en ello verdadero empeño. Como hacía esa nueva amiga.

Whitney no había tenido nunca amigas mamás como tienen otras mujeres. Con Xavier no le dio tiempo. Sentía la punzada de dolor que siente quien se sabe ajena a esas reuniones sociales cuando iba a una comida de negocios y veía a las mamás en la mesa de al lado, con su copita de vino y sus ensaladas, mientras los bebés, del tiempo de Xavier, dormían en las sillitas a sus pies.

Y allí estaba Blair ahora, ansiosa aparentemente por buscar la compañía de Whitney. Tenía su gracia aquello de ser vecinas, lo sencillo y bien que sentaba. Lo sencilla que era Blair y lo bien que sentaba estar con ella. Una llamada de atención, ahí mismo, enfrente de su casa, para pararse a pensar qué podía ser eso de la maternidad. A Whitney le hacía mucha ilusión la idea de que fueran amigas.

—¿Puedo pasarme mañana para ayudarte? No me importa,

de verdad. No tengo nada pendiente.

Pero Jacob se estaba poniendo bien y Louisa volvería pronto.

—¿Qué te parece si nos tomamos un vino y ya está? Tu hija puede jugar con Xavier al salir de clase.

—Nos encantaría. —Blair cogió a Sebastian en brazos y se puso de rodillas para que Chloe le dejara agarrarle el dedo—. Qué mamá más maja tienes, ¡eres un niño con suerte! —dijo.

Whitney le dedicó una sonrisa. Y luego se dio la vuelta.

Aquello de suerte no tenía nada.

# Capítulo 20
## Blair

Blair está sola en el vestíbulo del hospital con dos cafés para llevar en la mano, esperando a Rebecca, que le ha mandado un mensaje para quedar allí a esa hora. Está nerviosa porque va a ver a Whitney. Tendrá que consolarla y darle confianza. Tendrá que dejar a un lado lo que sabe por el bien de Xavier. Se espera ayuda de ella, y madre e hijo la necesitan.

Rebecca aparece doblando una esquina, se frota las manos con gesto brusco. Transmite una sensación de autoridad con la bata blanca reluciente y las tarjetas que penden de una cinta alrededor del cuello. Le parece raro verla fuera de la calle Harlow. Blair apoya los cafés en una mesa baja y las dos se abrazan.

—Tenía que haberte traído uno a ti también. No caí.

—No, no; no quiero nada. —Rebecca le pone una mano en el hombro—. Lo siento mucho, sé que os lleváis las dos muy bien. Por lo que parece, la cosa no mejora. Me acaban de decir que ahora les preocupa la tensión. Xavier sigue sin responder a ningún estímulo.

—¿Sabes algo más de lo que pasó?

—Todavía no. Solo que se cayó entre las ocho, cuando se acostó, y la media noche, hora en que lo encontró Whitney.

—Dios, cuesta imaginarse un accidente así. En su propia casa —dice Blair, y niega con la cabeza. No sabe si esa es la palabra que emplean: «accidente». Está atenta a la reacción de Rebecca, pero esta se limita a asentir con un gesto. Y luego le indica a Blair que la acompañe.

No dice nada en el ascensor de camino a la uci, va mirando el teléfono. Entonces, sin levantar la vista:

—Blair, sé que sois buenas amigas, por eso me gustaría preguntarte si Whitney estaba bien últimamente. En general, quiero decir. ¿Algo que te preocupara, algo que se saliese de

lo normal?

Blair dice que no con un gesto, fija la vista en el panel luminoso del techo. Un lío, un lío con su marido, eso sí que sería motivo de preocupación.

—Nada que se me ocurra. —Vuelve a negar—. ¿Por qué?

—Porque está como en otro mundo. No habla con nadie. —Rebecca la mira, luego desliza una de las tarjetas para abrir la puerta—. Aunque puede darse el caso en tal estado de shock. Creo que tenerte por aquí nos va a ayudar.

Habla despacio con el médico en el control y apunta el nombre de Blair en el registro. Blair aprieta fuerte los vasos de plástico y se derrama algo de espuma que le cae en las manos. Se había convencido de que Xavier estaría bien, que saldría de esta, pero todo está mucho más en el aire ahora. Mira las puertas cerradas, pasillo adelante, mientras Rebecca le abrocha un pase para visitas en el dobladillo de la sudadera. A Blair nada de esto le parece real. Que estén en la unidad de cuidados intensivos en el ala de pediatría. Que Xavier ocupe una de esas habitaciones. Toma asiento en la fila de sillas color canela y espera.

Son cientos de horas las que tiene que haber pasado con los Loverly y sus hijos los años que lleva viviendo en la calle Harlow. El tiempo muerto colma la vida en familia, el trajín diario hace que una participe del ritmo que rige la vida de otra persona. Lo que pide la familia las noches que toca pizza, el tono de llamada de los teléfonos, cómo funciona la aldaba en el lateral de la valla. Los pijamas favoritos de los niños. He ahí lo que hace que su amistad con Whitney sea tan especial: el conocimiento de la rutina, lo cómodo que es ser testigo de la vida interior de cada uno.

Por eso es todavía más grave lo de Whitney y Aiden. Se le llenan los ojos de lágrimas.

Abre el teléfono y pasa fotos de Xavier y Chloe, los dos juntos. De la merienda que prepararon Whitney y ella para el cumpleaños de los mellizos, todos con la boca manchada de zumo de uva. La última vez que Xavier fue a su casa se llevó el ajedrez. Y Blair volvió a constatar que estaba perdiendo el brillo de cuando era más pequeño. Qué huraño se ha vuelto, había pensado mientras lo veía preparar el tablero y las piezas.

—¿Te gusta jugar conmigo a esto?

La hundió notar el escepticismo en su voz.

—¡Ay, Xavi, pues claro! Me lo paso fenomenal contigo de profesor.

El chico estuvo un momento pensando si lo decía en serio, luego sonrió solo cuando la vio sonreír a ella. Blair pensó entonces cómo se vería a sí mismo. Cómo hacía su familia que se viera. Él montó las piezas con todo cuidado. Despacio. Dilatando el tiempo que pasaba con ella.

Tres avisos de mensaje en el teléfono que tiene en la mano.

¿Qué tal está Whitney?

¿Se sabe algo más de X?

¿Te encuentras bien?

Blair mira el primer mensaje de Aiden y se le revuelven las tripas. Tiene que ocuparse de cosas prácticas para no perder la concentración.

Comprobará el estado del vuelo de Jacob.

Se ofrecerá para llamar a quien haga falta.

Le pedirá a una enfermera que monte una cama auxiliar para que Whitney duerma un poco.

Volverá en coche a casa a por una manta suavecita y una almohada de plumas; tenía que haber pensado en eso antes.

—Gracias por venir —dice Rebecca, y a Blair le da un sobresalto.

—Pues claro, es lo menos que puedo hacer. Ben me ha dicho que fuiste tú quien atendió a Xavier cuando lo trajo la ambulancia.

Rebecca cruza los brazos.

—Sí, me quedé helada al verlo.

—Seguro que también para Ben es duro. Creo que había hecho muy buenas migas con Xavier últimamente —dice Blair. Rebecca parece turbada—. Lo digo por las horas que pasaban jugando a la pelota en el jardín.

—Cierto, así es. —Pero Rebecca pone cara de que no se había parado a pensarlo—. Ven, te llevaré a la habitación.

A Whitney se le ha rizado el pelo de la nuca por la lluvia de la noche anterior. Es la primera vez que Blair se percata de ello. Le lleva un pequeño espacio de tiempo apartar la vista de su amiga y mirar a Xavier en la cama.

Comparada con todo el aparataje médico, su cabeza es pequeña y frágil. El crío parece un experimento. Tiene la cara abotargada y gris, le brillan los párpados y los labios, cubiertos por una gruesa capa de vaselina. Un esparadrapo marrón le cubre el puente de la nariz, fijando un amasijo de sondas transparentes. Flota una atmósfera cargada y aséptica y, aunque la habitación está en penumbra, la ilumina la luz tenue de una lámpara encima de la cabeza del enfermo. Hay un pitido constante. En alguna parte dentro de él quedan gotas condensadas en el interior del tubo de respiración. Se palpa cierta calma y cierto caos a la vez, hay docenas de enchufes, cajas de guantes, carteles informativos en las paredes, hay bolsas de líquido colgando de la cama y del gotero. Hay un carrito con material, cánulas y jeringas con etiquetas pegadas, envases de agua esterilizada, toallitas húmedas, pinzas. Líneas luminosas de color naranja y rojo serpentean por el monitor como el tráfico en una ciudad de noche.

Whitney no se mueve. Sostiene la mano de su hijo entre las suyas. Con las largas piernas cruzadas, se le ven los pies, en sendas sandalias. Tiene los dedos amoratados y Blair sabe que no soporta el frío. Podría haberle traído calcetines. Nota, detrás de ella, que Rebecca sale de la habitación.

—Whit —dice Blair con voz queda. Pero Whitney no se mueve. Es como si no la oyera—. Whit… —Vuelve a intentarlo.

Le toca la espalda. Whitney está temblando, o a lo mejor es que tirita. Blair le echa sobre los hombros la rebeca que ha traído. Arregla las mangas para que caigan con estilo. Como querría Whitney. Le pone las manos encima de los hombros e inclina la cabeza, sus caras quedan muy cerca. Se tocan sus mejillas. Whitney no lleva perfume, huele un poco a rancio.

Cuando se aparta para mirarla a la cara, ve que tiene los labios secos y agrietados. Protector de labios, piensa Blair. Protector de labios y calcetines. Eso le traerá mañana.

Protector de labios, calcetines, su almohada. Loción. La loción para la cara tan buena que tiene en el armario del baño y huele a rosas.

Blair mira al suelo. El teléfono de Whitney está tirado boca abajo, olvidado entre las patas de la silla. Piensa en los mensajes que le ha mandado esta mañana y ella no ha leído, donde le preguntaba por el estado de Xavier. En todos los correos electrónicos que tendrá del trabajo. Todo el mundo buscándola.

Esa no es la mujer que esperaba encontrar allí, a cargo de todo, pidiendo una segunda opinión a los médicos, mirando en internet para corroborar lo que dicen. Parece vacía por dentro.

Llega un borboteo de donde está postrado Xavier, y Blair toma aire bruscamente sin poder evitarlo. Pero Whitney no se inmuta. No la ha visto nunca tan callada y quieta. Siempre se está moviendo, ocupada con algo o con alguien, o ideando algo nuevo.

¿No será que está rezando, pidiéndole a una instancia más alta que salve a su hijo? Blair tampoco es religiosa, pero estaría haciendo precisamente eso si fuera Chloe la que estuviera en la cama. Lo mal que lo debe de estar pasando la pobre Whitney. Le pone otra vez la mano en el hombro.

Pero Whitney la evita. Se echa para delante en la silla, apartada de Blair. Blair contiene la respiración cuando Whitney niega con la cabeza.

—Ya lo sé, Whit. Siento mucho lo que ha pasado. Estoy que no me lo creo —dice con un hilo de voz; no quiere echarse a llorar otra vez.

Pero Whitney vuelve a negar con la cabeza.

—No, no… no puedes estar aquí.

Blair se queda de piedra. Pasea la vista por la habitación.

—¿Quieres que… me vaya?

Whitney se lleva las manos a ambos lados de la cabeza, haciendo de escudo contra lo que no sea su hijo. Y luego asiente. Inspira a través de la mucosidad de la garganta, exhala despacio por la boca. No quiere que Blair esté allí. Ni siquiera se digna a mirarla.

—Vale. —A Blair le tiembla la voz. Le cuesta admitirlo. Le cuesta aceptar lo que eso implica—. Si hay algo que pueda

hacer…

—Vete, por favor.

Blair se da la vuelta y encara la puerta. Son íntimas amigas, amigas fieles. Los rumores tan feos que irán de boca en boca, las conclusiones que todo el mundo sacará por su cuenta sobre qué le pasó a Xavier. ¿Es que Whitney no la necesita? ¿A quién más tiene Whitney?

Y, sin embargo, en un momento como este, le costaría mirar a Blair a los ojos si se está follando a su marido. Si la mera presencia de Blair a su lado le recuerda lo horrible que es como persona. No es digna del milagro que tanta falta le hace en este momento.

Rebecca la llama desde el pasillo cuando ve que sale, pero Blair se aleja caminando cada vez más rápido, hasta que alcanza al trote los ascensores. Lo que mejor se le da es fingir.

# Capítulo 21
## Whitney

Miércoles

Está en la oficina, al teléfono fijo, cuando la llama la profesora de Xavier al móvil una vez más. Y otra. La incomoda tanta urgencia. Pone al cliente en espera y contesta rápidamente.

—No es nada serio, Whitney, tranquila, pero Xavier no está teniendo una buena semana.

Whitney se pone de pie; va de un lado para otro por la oficina mientras la lluvia empieza a dar con fuerza en los cristales. Una buena semana. ¿Y eso qué significa? Apenas estamos a miércoles. Tuvo un control de matemáticas el día anterior. Estuvo repasando con Louisa. Whitney lo encontró bien cuando llegó a casa por la noche, en su línea, con el cansancio acumulado del día, gruñón. No dijo nada de que lo estuviera pasando mal. Louisa no lo ha mentado.

—Cada vez está más callado, participa muy poco en clase. Y ha habido un incidente en el recreo esta mañana, insultos de otros chicos, burlas o algo así. El tipo de cosas que no toleramos, te lo puedo asegurar.

Whitney le pregunta qué chicos. Ahora le entra calor, nota que se le encoge el estómago, afloja la americana a la altura de las axilas. Pero la profesora no le puede decir qué chicos fueron. Lo que sí hace es asegurarle a Whitney que se habló con ellos. Se solucionó el problema.

—Como las vacaciones de verano empiezan dentro de unas semanas, quería animarte a que procuraras reforzar la amistad de Xavier con sus compañeros de clase. Búscale algún amiguito para jugar este verano. Así podrá empezar fuerte el próximo curso, socialmente hablando, se entiende. Te puedo mandar los nombres de algunos padres y madres…

Pero no, Whitney no quiere los nombres de más padres. No quiere las críticas apenas veladas de la profesora. Entiende perfectamente lo que le está diciendo esa mujer: tu hijo no

tiene amigos. Es un fracasado. Queda poco tiempo para darles la vuelta a las cosas. ¿Se cree acaso que Whitney no lo sabe? ¿Cree acaso que no ve lo que le pasa a su hijo? Es su hijo. Y ella su madre.

Nota un nudo en la garganta. No quiere que la voz delate su emoción. Este colegio público de mierda en el que tanto insistió Jacob, ya sabía ella que se le quedaría corto a su hijo. Es un colegio que no tiene que rendir cuentas delante de nadie. Xavier se merece lo mejor. Le buscará uno privado para septiembre, uno con niños más majos; se pondrá al teléfono mañana a primera hora de la tarde, pedirá favores a quien haga falta y donará lo que tenga que donar. Solo por las notas no podrá entrar, pero ya se encargará ella de que lo acepten como sea.

Le da las gracias a la profesora. Le dice lo mucho que valora que haya llamado. Lo que quiere ahora mismo es montarse en el coche y sacarlo de esa clase, apartarlo de esos putos críos. Se imagina a las chicas riéndose de él en la cafetería porque come con la boca abierta: se lo ha contado él mismo, que a veces lo señalan con el dedo y se ponen a susurrar, y que no sabe por qué. Le ha dicho un millar de veces que cierre la boca cuando mastica. Le parte el alma pensar que se están riendo de él. Que hacen como que les da asco.

«Los nombres de algunos padres y madres». Echa la vista atrás, hasta la barbacoa de septiembre. Bien pocas noticias ha tenido de las otras madres del colegio desde entonces. De los cotilleos en los grupos de WhatsApp de los que la han echado. Cómo le escuece eso. Pensaba que la invitarían a algo en algún momento, que alguna daría un paso para acercarse a ella. Pero lo único que ha habido es silencio.

Y luego piensa en lo que le ha dicho Jacob hace unas horas. Que no tendría que haberse ido a Londres. Como si ella no bastase. Su marido no verbaliza lo que piensa de ella a menudo, pero lo piensa. Lo ve en su gélido silencio cuando ella pierde la paciencia con los niños, cómo los atrae y protege sus cabezas con los brazos mientras la ve pasar, como si en esos momentos pensara que ojalá no estuviera allí con ellos.

Como si pensara que no se puede uno fiar de ella.

Debería, para curarse en salud, cancelar el plan de esa noche.

Da un golpetazo con el teléfono encima de la mesa.

Sin entrar en su despacho, desde la puerta, Grace alza dos dedos. Dos minutos para la última reunión de la tarde. Whitney recoge la agenda de papel, la electrónica, el teléfono. La pantalla tiene una grieta, atraviesa la foto de Jacob y los niños que sacó el año pasado en la playa. Los trajes de baño a rayas y a juego. El pelo rizado lleno de sal. Lo deja encima de la mesa. No pensará por ahora más en su familia.

# Capítulo 22
## Mara

Mara ha llegado a ser una experta en eso de leer los labios. Es el arte de los solitarios. Pero es que Ben le daba la espalda mientras hablaba con Blair en el camino de entrada unas horas antes, justo cuando ella salía de casa de los Loverly. Y se tapaba la boca con la mano. De pura conmoción, por lo visto. Algo pasa en casa de los vecinos y la llena de orgullo saber que no andaba desencaminada en sus sospechas toda la mañana. Qué pena haberse perdido la salida de Rebecca unas horas antes. Oyó el coche, pero le estaba haciendo un tentempié a Albert: es lo que tiene.

Debería salir una hora a dar una vuelta o se pasará todo el día reconcomiéndose. Traerse unas patatas para la cena y darles a las piernas un meneíto. Lo que pasa es que si sale se puede perder más cosas, y no es que vaya a venir nadie luego a ponerla al día. Mejor quedarse. Acabará la colada en el sótano y luego saldrá al porche a verlos a todos volver a casa.

Piensa, mientras dobla la ropa, en una época de su vida en la que estaba atada al hogar de otra manera. Atada a la familia y sus necesidades. Se pasó años como un árbitro de boxeo en un ring con oponentes en desigual combate. Solo uno de ellos sabía soltar puñetazos, por mucho que nunca fueran golpes físicos. Aunque, en cierto sentido, eso casi era peor. Era mucho más difícil proteger a su hijo de las palabras de Albert. Del efecto que tenían en Marcus. Eso sí, ella lo intentaba.

No logra recordar ahora cómo se sentía con el ahogo de tanta responsabilidad. Tanta y tanta obligación sin término. Se lleva la mano al cuello, piensa que había veces que le costaba hasta respirar. Le dolía el pecho. Tira de un pliegue de piel flácida que le parece mentira que sea suyo.

También entonces salía a sentarse al porche, cuando ya no podía aguantar más. Entrada bien la noche, mientras ellos

dormían, se arrebujaba cómodamente con la bata de estar en casa y encendía uno de los cigarrillos de Albert. Había algo en la primera calada que le daba una especie de venia. Se podía regodear en la parte más fea de sí misma, la parte a la que no podía enfrentarse cuando el dulce aliento de su hijo le hacía cosquillas en el oído, o cuando olía los restos de natillas en las comisuras de su boquita. Nunca mentía cuando les hablaba a otras de la bendita suerte que tenía al haber traído al mundo a un hijo así. Cómo la encandilaba. La completaba como ser.

Pero había otra verdad que ardía en lo más hondo de todos esos años, y era la verdad que nunca pronunciaba en alto: que sentía ira. Y resentimiento. Por tener un hijo que tiraba demasiado de ella. Por el tipo de madre en que la convertía. Nota un ahogo ahora cuando lo piensa. El agotamiento de llevar eso a cuestas un día detrás de otro, mermando la resistencia de la que dependía para sobrevivir, mientras daba y amaba y ponía el oído atento a la desesperada para escuchar su voz, igual que el viento silba entre los árboles.

Dejó de mirar a Albert a los ojos por aquel entonces. La horrorizaba lo que pudiera ver en ella de sí mismo. A diferencia de él, no le cupo el lujo de endurecerse como una piedra.

El amor que sentía por Marcus la podía llevar hasta a ponerse de hinojos. Y así fue, más de una noche, allí mismo en el porche, sobre las tablas de pino barnizadas. Había noches en que el amor y la ira y la injusticia le dolían tanto que hubiera jurado que alguien la apretaba del cuello con las manos. Ella era la que sentía por todos. Jamás se permitía el respiro de las lágrimas.

Sube ahora a paso lento la escalera del sótano con el cesto de ropa doblada apoyado en una cadera dolorida. Hace un esfuerzo para plantarlo en la encimera cuando alcanza el último escalón, y entonces se da cuenta de que la cafetera no está en su sitio. Aunque huele mucho a café. Se da la vuelta. Albert está tumbado en el suelo de linóleo, tiene los pantalones empapados de una mancha marrón.

Mara se agacha y le levanta un poco la cabeza. Está consciente, pero la mira sin verla. Lo abofetea suavemente, no

sabe qué hacer. El torso parece muy rígido. Mueve los dedos nerviosa para buscar algo, para hacer algo, pero no se le ocurre qué. Va a rastras al teléfono en la habitación de al lado.

—Una ambulancia, para mi marido, está tumbado en el suelo de la cocina, no puede hablar.

Casi no entiende lo que le está diciendo la operadora, que se quede con él, que vigile si respira, pero el pánico se apodera de ella y no sabe qué más tiene que hacer. Deja el auricular encima de la mesilla y regresa con él.

—Albert, ¿me oyes? Está en camino una ambulancia, no sé qué hacer.

Moja un paño y le limpia el sudor de la frente. Vuelve a agacharse a su lado, le arden las rodillas artríticas, le levanta la cabeza y la apoya en su regazo. Oye una voz en el auricular en el cuarto contiguo, pero es tan débil que no la distingue. Hace por pensar si han pasado minutos o segundos desde que llamó a emergencias; por recordar, antes de que llegue la ambulancia, si la puerta de la calle estará cerrada con llave. ¿Podrán subir una camilla por la escalera y meterla por el marco de la puerta? ¿Cabrá? ¿Lo podrán sacar a la calle ellos solos?

Ahora Albert tiene más cerrados los párpados. Mara pone una mano encima de su boca, un dedo debajo de la nariz, y no está segura de notar nada. No está segura.

La mente le va a saltos, del ruido del auricular descolgado al peso de la cabeza de Albert en su regazo o el olor del café. No volverá nunca a poner la cafetera. Cierra los ojos y no los vuelve a abrir hasta que oye las sirenas. Mira la puerta y espera que pase algo. Llaman antes de abrir y cruje el suelo por el peso de sus pasos, se le vienen encima las enormes botas negras. Se escurre lejos de Albert, avanza como una babosa hasta un rincón del suelo de la cocina. No sabe qué responder a sus preguntas. Le cortan la camisa con unas tijeras y le pegan electrodos a la piel. Ella piensa que hará trapos para la limpieza con sus jirones, como con toda la ropa que ya no vale. Los retales de franela absorberán el líquido derramado cuando se hayan ido.

Parece que estén horas volcados encima de él. Y luego minutos. Hay una calma en la cocina que no acaba de

entender, lo poco que desordenan. Es todo casi mecánico. Toman asiento en el suelo cuando terminan. Uno pregunta si hay alguien más en la casa. Ella dice que no con la cabeza. No hay nadie.

—¿Tiene usted a alguien que pueda ayudarla ahora, algún hijo…?

—No —dice Mara—, familia no tengo.

—¿A lo mejor una vecina?

Niega con la cabeza.

Se juntan y no oye lo que dicen. Uno parece que quiere convencer al otro de qué hacer a continuación, señala a Mara en el suelo, busca algo con la mirada por la cocina. De repente, a ella le da mucha vergüenza, como si olfatearan lo sola que está. Como si, al ver la encimera manchada, la mesa con solo dos sillas, la puerta del frigorífico sin imanes ni fotos, vieran lo triste que es su vida juntos. El otro sale fuera, va hablando por la radio que lleva en el pecho. El primero de ellos se arrodilla al lado de Mara, hecha un guiñapo contra los cajones de la cocina.

—No podemos hacer nada más, lo siento —le dice con los guantes todavía puestos, mientras se limpia el sudor de la frente con el antebrazo. Mara asiente. La ayuda a sentarse en una silla—. Podemos llamar al médico forense, pero luego habrá que arreglarlo todo con la funeraria que usted quiera. Tendrán que venir a llevarse a su marido. Y a lo mejor tardan. Puede que todo el día. —Vuelve a pasear la vista por la cocina, el estropicio en el suelo—. O podemos llevarlo al hospital, lo más seguro que al Sinaí. Allí se ocuparán de todo. En teoría no deberíamos encargarnos de llevarlo… pero si le sirve de ayuda…

El médico forense. Con Albert allí, mojado, manchado, enfriándose en el suelo de la cocina. No sabe si le taparán con algo en caso de que lo dejen ahí. Si volverá a la vida. Si empezará a dar olor. Si todo esto ha pasado de verdad.

Dice que mejor será lo del hospital.

—Me parece que yo me quedo.

Vuelve el otro con la camilla, que entra bien por la puerta, y ya están atando correas y moviendo palancas. No ve cómo se lo llevan. Se sienta a la mesa de la cocina y espera oír las sirenas que se alejan, pero ahora no las encienden. Estaba

aquí, estaba vivo, hace apenas treinta y cinco, cuarenta minutos. Sigue el zumbido del frigorífico. La ventana de la cocina está abierta y entran flotando los ecos de la ciudad. Albert se ha ido, y ella es la única testigo de ese final, y parece todo de lo más normal y corriente.

Nada que ver con el día que perdió a su hijo.

# Capítulo 23
## Rebecca

Se queda a la puerta de la habitación de Xavier, ve a Whitney con su hijo y no sabe por qué Blair ha salido tan aprisa. Leo, un enfermero que suele trabajar con ella en urgencias, está esta semana cubriendo la uci. Casi ha acabado ya el turno. Lo tiene allí al lado, se está frotando las manos con gel hidroalcohólico. Le cae bien Leo. La primera vez que se quedó embarazada, él se dio cuenta de que dejaba enfriar los cafés que le traía.

Cuando volvió al trabajo dos días después de la primera pérdida, con almohadillas en el sujetador para absorber el agüilla que soltaban sus pezones, la saludó al inicio de su turno como venía haciendo desde hacía semanas: «¿Qué tal os encontráis el bebé y tú?». Rebecca acertó solo a negar con la cabeza mientras metía la contraseña en el ordenador. No, por favor, no me preguntes eso. No, que el bebé ya no está entre nosotros.

Hizo lo que pudo para no arrugar la frente. Pero le pareció que no se lo iba a poner más difícil. Que lo había entendido a la primera. Él le puso una mano entre los omóplatos y se aseguró de que no tuviera que volver a dar explicaciones sobre lo que había pasado. Nadie le dijo ni una palabra. Leo había preguntado con la mejor intención.

Puede que los compañeros de trabajo se dieran cuenta de su estado en las gestaciones que siguieron, pero nadie dijo nada, así que ¿cómo iba a decirlo ella? «¿Que qué tal estoy hoy? Bien. Solo que ayer estaba embarazada y ahora no. ¿Tú qué tal?». La norma de los tres primeros meses de silencio se lleva por delante las palabras para expresar ese tipo de pérdida. Había que hacer que fueran embarazos sin importancia, así la gente a su alrededor no tenía que sentirse incómoda.

Ahora, a la puerta de la habitación de Xavier, Leo le dice

que ha oído que el avión de Jacob aterrizará en breve.

—¿Creen que es posible que se haya tirado?

Ha dicho la última palabra con un hilo de voz. Tirado. Caído. Perdido el equilibrio. Rebecca no sabe qué creen. Ya no está en el equipo de los que lo cuidan, así que guarda las distancias, aunque también ha decidido no averiguar nada más. Sí que es verdad que tiene diez años y que los niños sufren más accidentes fatales de lo que nadie querría pensar. Pero los padres también mienten. Se protegen porque creen que han aprendido la lección y no lo van a hacer más.

Los chillidos, los gritos que le han llegado de esa casa. Y el que Jacob estuviera fuera esa noche. A saber si los policías en el pasillo de urgencias habrían aceptado volver más tarde si la madre blanca con la cabeza entre las manos hubiera tenido otra pinta. Y no la de ir por ahí derrochando toda suerte de privilegios. Aunque fuera Rebecca la que levantó un dedo pidiéndole mesura a la enfermera, la que puso cara de pena para que los agentes se limitaran a asentir y alejarse por el pasillo. Decir que sí, que podían volver más tarde, que no había problema.

—Yo creo que fue solo un accidente —le dice a Leo—. Un niño que no podía dormir y puso a prueba los límites de la gravedad. —Y eso había sido, muy posiblemente. No tiene razones de peso para pensar de otra manera.

Llama a Ben de camino a urgencias. No hay mejoría, le dice. No le llega nada bueno por parte del equipo médico. Whitney sigue sin hablar. Como si ya estuviera en pleno duelo. Rebecca lleva más de una década en esto y todavía sigue sin entender cómo lo hacen los padres.

—¿Ben? ¿Estás ahí? —No sabe si ha perdido cobertura. No ha dicho nada.

—Sí, sí, aquí estoy.

También piensa en eso, en que no tienen hijos. Siempre lo piensa. Nunca le ha preguntado: «¿No se te pasa por la cabeza todos los días? ¿Miras para otro lado cuando cruzas los columpios del parque? ¿Oyes el eco de mi llanto, en el suelo de la ducha, mientras esperas que se caliente el agua de la tetera todas las mañanas?».

Él le dice que la quiere.

Ella dice que tiene que colgar.

# Capítulo 24
## Blair

Retumba la voz de Aiden cuando llama a Chloe desde la puerta de la calle, pero ella ya se había levantado de un salto de la silla nada más oír el cierre. Blair le calienta el plato a su marido, la salsa ya estará pastosa y ella disimula la irritación. Están pasando cosas más importantes que una cena echada a perder. Ha mirado el teléfono cada pocos minutos, deseando tener noticias de Xavier. O un mensaje de Whitney pidiendo perdón, dando una explicación por cómo la ha echado, una distinta a la que reconcome a Blair por dentro.

La llave está arriba en el cajón de la mesilla, le pesa encima de su cabeza.

Tiene que dejar todo a un lado las próximas horas, aunque solo sea por Chloe y la tarde que ha de pasar con ella. Se le da la mar de bien correr un velo sobre ese conflicto interno, seguir con la rutina mientras piensa que Aiden es lo peor. Da por sentado que ni se acordará de la visita de esa mañana a la tienda. Por lo general, su marido cambia de tercio muy fácilmente.

Pero ahora casi ni la mira a los ojos, centra toda su atención en Chloe. Se han puesto los dos de acuerdo en que no le dirán a su hija dónde está Xavier hoy, ya lo harán por la mañana, a la espera de que haya más información. Acribilla a Chloe a preguntas sobre su día en el colegio. Les encanta esa energía que sacan el uno del otro. «Y luego… Y luego…». Chloe siempre quiere contarle algo más. Y a él le encanta hacer acopio de ese entusiasmo sin término que le brinda su hija. Le encanta la parte fácil del asunto.

Chloe empieza a toser y Aiden aparta la silla de la mesa.

—Tranquila, papi te va a traer un poco de agua —dice.

Blair, de pie justo al lado del fregadero, nota cómo se acerca y la esquiva, cambia de mano el vaso de plástico, alcanza el grifo. Deja correr el agua hasta que está fría, como

le gusta a Chloe.

Fueron a México el pasado marzo. No pudieron coger los tres asientos juntos en el avión, así que Blair se sentó con Chloe en la fila detrás de Aiden.

Blair la tuvo dos horas entretenida jugando a las cartas y al veo veo. Cuando quedaban treinta minutos, Chloe preguntó si podía sentarse con Aiden. Cambiaron de asiento y por fin Blair pudo cerrar los ojos. La despertó al rato la voz risueña de Aiden detrás de ella: «Aquí tienes, cariño. Papi se ocupa, ¿a que sí?».

Blair pensó en la azafata, en cómo metería la minipizza en el microondas para llevársela luego al asiento y pasar la tarjeta de Aiden por el datáfono. Le hubiera encantado darse la vuelta de repente y asomar la cabeza entre los dos asientos. «No, tú nunca te has ocupado de ella. Te echaste una buena siesta, estuviste jugando al póquer en el móvil y te limitaste a hacer tu maletita de ruedas. No la cuidas. ¡Yo sí! Yo soy la que lo hace todo. ¡Y ahora vas y le pides una puta pizza del menú de a bordo!».

Pero se limita a mirar su reflejo en la pantalla negra del asiento de delante. Nunca merece la pena el disgusto. Oyó un pódcast de un terapeuta que decía que nuestra pareja debería tener un efecto de calma en nuestro sistema nervioso. Nunca dejó de pensarlo: ella, que de solo ver a su marido ya contiene la respiración.

Ahora Chloe se bebe el agua ya tibia en la mesa de la cocina. Blair le pone a él el plato de la cena en el tapete individual, delante de sus narices.

—Mamá, ¿es que no le vas a decir hola a papá? —Chloe cambia el tono de voz.

Blair se lo toma como un rapapolvo. Pasó años viendo cómo su madre le plantaba la cena de pollo frío a su padre delante de las narices. Se masticaba la tensión cada noche con esos golpetazos.

—¡Pues claro! —Sonríe. Agacha la cabeza para besar a Aiden en los labios rígidos—. ¿Cómo fue el día, cariño?

—Fantástico. —Ni siquiera la mira. Acerca la silla a la mesa y sonríe a Chloe por toda aclaración. La niña no le quita los ojos de encima a Blair. Luego siguen a lo suyo padre e hija.

Blair ordena la encimera y escucha.

No quiere ni oír hablar de una vida en la que no los oiga a los dos de fondo. Chloe se ríe de otra manera cuando Aiden está en casa. Canta más. Se pone más tontina.

Pasa de puntillas a otra escena que podría ser su futuro. La mochila para pasar la noche fuera que le hace a Chloe. El ruido de Aiden al llamar a la puerta del apartamento cuando va a recoger a la niña. Tener que verle la ropa nueva, el corte de pelo nuevo. Tener que darse de bruces con la felicidad que ha hallado sin ella, allí, enmarcado por la puerta del sórdido apartamento de Blair. El cerrojo doble que ponen las mujeres cuando saben que nadie las protege. El rosario abrumador de la soledad crónica, el ensordecedor silencio de horas y horas ella sola aunque no quiera estarlo. Que le huela distinto la ropa a Chloe cuando vuelve de casa de él. Las comedidas respuestas que da su hija a sus indiscretas preguntas. Qué pensará la gente de ella. Lo apocada que llegará a sentirse.

No sabe si estará menos cabreada que ahora.

La llaman. Quieren contarle un chiste que se les acaba de ocurrir. Y luego Chloe pide helado con virutas.

Blair pone el cucharón debajo del grifo de agua caliente y oye cómo negocian el número de veces que jugarán al ahorcado antes de irse a la cama. El vapor de agua vela la ventana encima del fregadero. Mete el helado con esmero en el cucurucho. Le echa encima las virutas.

La boca de su marido en el pezón de Whitney. Cómo se excitará cuando le vea el ribete oscuro del ano mientras se la folla por detrás. Que no quieran separarse cuando sea hora de irse cada uno a su casa. Que sientan más pena que culpa al ver a Blair con los vaqueros dados de sí. Los pechos colgantes bajo la camiseta. Su no enterarse de nada.

Le da el cucurucho a Chloe y luego le prepara otro a Aiden.

Cuando va a guardar el helado en el congelador se fija en el móvil de Aiden en la encimera. Les da la espalda.

Se le acelera el corazón cada vez que introduce la contraseña. Ahí siempre lo pasa mal. Choca el miedo con el ansia de saber. No quiere descubrir nada que luego tenga que olvidar que ha descubierto. No quiere que sea este el último segundo en el antes de sus vidas. Da miedo, y también engancha, que no se pueda convencer a sí misma de no

hacerlo.

Pasa el dedo con rapidez, busca el nombre de Whitney en los mensajes enviados, y luego en el correo electrónico, los chats y las llamadas recientes. La estará llamando, le escribirá mensajes para ver si está bien. Aunque no hay nada, solo inocua cháchara con los amigos.

Deja el teléfono otra vez en la encimera y levanta un poco los brazos para airear las axilas empapadas. El alivio funciona como anestésico, por ahora.

Chloe la llama. Que Blair tiene que estar con ellos. Le toca a ella jugar.

Vuelve a intentarlo: de pie detrás de Aiden, le pone las manos en los hombros. Él tira de ella y quedan sus cabezas a la misma altura. Frota su cara contra la de ella y Blair nota cómo le rasca la barba de un día en la mejilla, huele los restos de loción para el afeitado. Él levanta el cucurucho, se lo ofrece. Ella ve cómo los mira Chloe. Casi con suspicacia. Blair le da un lametón al helado.

¿Verá Chloe los cimientos debajo de la grieta en su matrimonio? ¿Despertará un día y ya no se sentirá igual de segura que ha estado los últimos siete años? Blair piensa en su corazón, aún no echado a perder, impresionable. No le puede hacer eso a su hija. Daría cualquier cosa por no tener que hacerlo. Le debe más y asumirá todos los costes.

Caben las dos cosas a un tiempo: el resentimiento y la comodidad. La desesperación y tantísimo amor. Le da un besito a Aiden en la comisura de la boca. Y otro. Ve la cara de contento que tiene su hija y luego baja la vista para jugar al ahorcado.

# Capítulo 25
## Rebecca

Son solo las siete de la tarde pero tiene que encontrar un sitio para echarse. Nota la tensión en la espalda y eso que solo lleva unas horas de pie. Cualquier dolorcito la pone nerviosa ahora. «Sal de aquí, sal de aquí». Hace saber al residente de su turno que volverá al cabo de veinte minutos. Busca el cuartito para descanso de la guardia.

Rebecca la ve a veces cuando cierra los ojos. La primera. Era del tamaño de una granada, según el ecógrafo, la semana que la dejó, aunque parecía más grande en sus manos. Los miden en el útero desde la coronilla hasta el culito, como si las piernecillas del bebé, completamente formadas hueso a hueso, con sus diez diminutos dedos, no importaran todavía. Piensa en la toalla de mano en la que la envolvió, manchada del maquillaje que se había quitado de la cara horas antes, al acabar un turno de diecinueve. Lo que era sentir que el bebé saliese de ella. La sensación física del bulto que la atravesaba. Se aferra como a un clavo ardiendo a esa sensación.

No habían decidido todavía el nombre. Y nada le pareció ya adecuado después de verla. Es duro elegir un nombre que amas y nunca llegarás a pronunciar.

No se puede permitir la debilidad de pensar en eso ahora, en pleno turno en el hospital.

Pero es lo que tienen los abortos espontáneos. No es algo que pase, nada que haya pasado y luego acabe. Un aborto espontáneo sigue y sigue pasando, sigue a una mujer a través de los días y los sueños, y logrará tener momentos de felicidad cuando lo olvide unos instantes, momentos en los que el cerebro todavía sienta la satisfacción de tener ese bebé, hasta que caiga en la cuenta de que ese bebé ya no es suyo, que lleva sin serlo días o incluso semanas. Habrá sangre que empape sus sábanas y olores que no reconozca. Habrá visitas al médico en las que le metan dentro objetos punzantes, para

asegurarse de que lo ha escupido todo, porque, si no, lo que quede de esa vida podría matarla. Pensará en sí misma como en un recipiente que solo vale para expulsar, que nunca más volverá a sentir placer cuando la penetren.

Rebecca se echó en la cama después de que sucediera la primera vez y solo alcanzó a sentir el ardor de la ira dentro. Le habían robado lo que casi dieciocho semanas había creído que era suyo. No supo lo mucho que quería tener a esa niña hasta que no pudo tenerla. Pero no había nadie a quien gritárselo a la cara, a quien convencer para que le dieran lo que le debían. Y cuando la ira dio paso a la tristeza, solo pudo pensar en su madre. Lo insoportablemente duro que sería decirle que había perdido el bebé.

Ben quedó destrozado, pero luego fue optimista. Mala suerte, lo llamó la primera vez, casi con desenfado. Volveremos a intentarlo. Como si repitiera el golpe en una partida de golf.

El segundo feto cayó en la taza del retrete entre un amasijo de viscosidades. Rebecca estaba soñando que los miembros del niño colgaban de ella en el pasillo oscuro de un pabellón de maternidad cuando el dolor de las contracciones la despertó. Aumentaron los calambres las horas que siguieron, y se quedó hecha un ovillo en la ducha, en camisón, hasta que notó que era la hora.

Acabó tumbada en las baldosas frías del suelo, empapada, hasta que Ben entró al baño y la llevó de nuevo a la cama. Le pidió que no tirara de la cadena y él dijo que no con la cabeza, que no tiraría.

Cuando se quedó dormido, Rebecca sacó el feto con las manos del agua rosácea del retrete. Parecía que tuviera un pececito en la palma. Tocó con el dedo aquel viscoso embrión de vida. Lo metió en una bolsa de plástico para envolver sándwiches, lo guardó debajo del lavabo, entre un montón de rollos de papel higiénico, y esperó, sin pegar ojo, hasta que fuera de día. Esa semana tenía turno de mañana. Tomó una ducha y se vistió, y en cuanto vio que salía el sol llevó la bolsa al ralo jardín de su casa nueva, el jardín que en teoría debían llenar de triciclos y cubos y palas de arena. Cavó un hoyo lo más hondo que pudo al lado de la valla de pino, de listones que tenían todavía el color crudo de la madera y

olían a bosque, y allí metió la bolsa con el feto dentro. Lo cubrió de tierra, la compactó bien y se fue en coche a trabajar, con las manos manchadas al volante del Prius. Se las lavó a restregones en la pila de acero inoxidable de un quirófano vacío nada más llegar al hospital.

El tercero la abandonó en el baño de personal, una noche que estaba muy atareada, en el mismo punto de la gestación que el segundo. Fue rápido, como un retortijón, como si se le acostumbrara ya el cuerpo a deshacerse de cualquier vida que no fuera la suya. Había manchado el día anterior, pero los calambres fueron tan leves que se convenció a sí misma de que sería la espalda cansada o un músculo contracturado. Estuvo dos horas, puede que tres, pensando que no habría mayor contratiempo.

Envolvió la masa informe en papel higiénico dentro de una bolsa hermética que sacó del almacén y la metió en el bolsillo de la bata blanca. Volvió al control de enfermería para ver dónde hacía falta. Box número 11. Corrió la cortina, pero no fue capaz de sonreír.

—A ver, cuénteme —dijo, y se puso el fonendoscopio en un oído—. ¿Cuándo empezó la fiebre?

De camino a casa esa mañana, paró en el aparcamiento de la clínica de reproducción asistida y esperó a que abrieran. Le harían pruebas al feto. No salía ninguna anomalía genética en los resultados. Aquella vida tuvo una oportunidad, solo que no dentro de ella. En casa, fue derecha al jardín de la parte de atrás y contempló el punto en el que había enterrado al primero.

Ben la vio entrar por la puerta de atrás y le preguntó qué hacía allí. Ella no respondió. Fue a la nevera, sacó el pan de molde y agarró el primer cubierto que vio. Se esforzaba por extender la mantequilla de almendras con un tenedor e iba calculando fechas mentalmente para ver cuándo podía quedarse embarazada otra vez. Podía volver a ovular dentro de quince días, cabía dentro de lo posible, se haría un test diario con el kit de ovulación. Los días que van de cada pérdida al momento en que puede volver a intentarlo se le hacen largos, vacíos. Carecen de significado para ella.

Ben le preguntó una segunda vez qué hacía fuera. Ella se limitó a negar con la cabeza. Y luego negó otra vez. Quería

borrar de un plumazo las fechas que había marcado en el calendario, una vez más, como una tonta: el final de septiembre, cuando llegaría el niño, y ya haría fresquito y podrían salir de paseo. Diciembre, cuando pasarían las vacaciones en la granja, recorriendo los campos nevados junto a los primos con el bebé atado al pecho como un fardo. Febrero, cuando volvería poco a poco al trabajo, tres días a la semana, puede que cuatro. Julio, momento en que se irían por primera vez de vacaciones en familia, a la playa con su madre. Largas siestas debajo de la sombrilla con la abuela. Y a mojar los piececillos regordetes en la bajamar.

Ben la apartó de la encimera y le quitó el tenedor de la mano.

—¿Es por el bebé?

No sacaba fuerzas para responder, aunque él lo sabía. Lloró en silencio escondiendo la cara en el cuello de Rebecca, pero ella no podía llorar con él. Estaba vacía de toda emoción.

La cuarta vez que se quedó embarazada, Ben se limitó a asentir con la cabeza cuando ella le enseñó la tira. Ya no había sitio para gozosos milagros. Solo para la vida en peligro, cada día en el filo de una espada. Rebecca suplicaba que el tiempo pasara más rápido.

Faltaban doce días para llegar a las dieciocho semanas cuando vio la mancha en el papel higiénico. Le dieron cita para un legrado a una semana vista, lo antes que podían darle, y durante esos cinco días le dolió el pecho y el cansancio la consumió por dentro. Su cuerpo estaba hecho un lío, o a lo mejor era que no lograba pasar página.

Quería que se lo sacaran, no pensaba otra cosa mientras esperaba. Estaba deseando sentir la aguja de la vía en la mano, la felicidad del estado de inconsciencia en el quirófano. El resquicio de los ojos irreconocibles entre el gorro y la mascarilla, el frío acero de los instrumentos, las luces cegadoras, el olor punzante del yodo. Que le rasparan del todo hasta la última célula inviable. El alivio de no tener que ver esta vez lo que había estado criando en sus entrañas.

—Qué tranquila estás —le había dicho Ben en voz baja, mientras cambiaba de apoyo en el asiento en la sala de espera del preoperatorio. Se refería a que no estaba llorando, como solía ser el caso. Como la mujer sentada dos filas por delante

de ellos—. Imagino que, como eres médica, estás acostumbrada a todo esto.

Pero no. Era porque se había puesto a prueba para aguantar el desengaño una y otra vez con tal de estar preparada. Ya había vivido el momento exacto en el que se encontraban.

Se había limitado a asentir. Sí, mi corazón frío y clínico está acostumbrado a esto.

No le apetecía hablar de ello, lo que quería era gritarlo a los cuatro vientos. Mas no tenía adónde ir, ningún espacio vacío que pudiera albergar tanta ira.

Ben estuvo muy callado los días que siguieron a las tres pérdidas. No preguntó nunca qué había sido de los bebés que la abandonaron. Y por eso no tenía que llevar la cuenta mentalmente como sí la llevaba ella: uno en su propio jardín de atrás, dos en los contenedores de residuos del hospital, y otro en el último cajón de su mesilla, en una bolsa de plástico del crematorio.

Los fetos se habían perdido. Como perdida estaba la idea que de sí misma tenía cuando crecían en su interior. La de una madre. Una persona nueva. Amaba a esa mujer: era la mujer que ella quería ser.

# Capítulo 26
Septiembre

El jardín trasero de los Loverly

Aiden aparta los ojos un instante de los pechos de Whitney cuando baila y los posa en el cubo de hielo que Jacob deja encima de la mesa. Blair tiene la autoestima por los suelos. Se mueve despacio y su cuerpo exhala aire. Se escabulle sin dar la espalda, busca el sofá del jardín y carraspea. Odia eso de él, que esté mirando siempre a las mujeres atractivas como la miraba a ella antes, puede que imaginándoselas desnudas. El muy gorrino. Estira el cuello y busca con la vista a Chloe y a Xavier, a ver si así pasa pronto la humillación que luce en la cara. Le suben las lágrimas a los ojos.

Es como si Aiden adivinara su estado de ánimo. Le pide por señas que vaya con él: ven aquí, anda, siéntate en mis rodillas. Como si fueran adolescentes. Como si estuvieran enamorados. Como si a quien quisiera follarse fuera a Blair. Pues que te den. Quiere decirlo en alto. Pero Jacob y Whitney también están mirándola, así que se acerca a su marido como debe ser. Le pasa un brazo rígido por el cuello y piensa en lo mucho que lo odia. Ojalá no le afloren del todo las lágrimas.

Y entonces una mujer en la que Blair ya se había fijado antes, alta y de ágiles andares, con unas gafas de sol grandes hasta decir basta y pantalones cortos que parecen braguitas, se acerca a preguntar a Whitney y a Jacob que quién les ha hecho el catering. Le pareció que Aiden tomaba nota de la presencia de esa mujer cuando entró en el jardín antes, como un perro que olisquea el aire: alzada la barbilla, la cabeza un poco ladeada, con la vista puesta en otra parte. ¿Es ella la única que ve siempre las ganas dibujadas en la cara de su marido?

Pero así es como vivía Blair en lo que tocaba a su matrimonio. Ojo avizor. Se acostumbró a ver el peligro dondequiera que mirase. «Estás exagerando —le decía él—. Se te está yendo la cabeza».

«No soy tu padre».

Whitney rebosa encanto y se deshace en atenciones con la mujer, que es la novia de un compañero de facultad de Jacob. No viven por la zona y eso molesta a Blair, verlos infiltrados en una barbacoa del vecindario, que se hayan quedado hasta tan tarde. Le da la sensación de que se han autoinvitado. La novia es joven, va hecha un pincel y habla a voces, puede que lleve demasiado brillo en el maquillaje, puede que sea hasta brillantina. El tipo de maquillaje que le gustaría a Chloe. Blair se siente un poco superior a ella. Por lo visto, también a Jacob lo incomoda —le ha dado la espalda a la novia de su amigo— y Blair disfruta de esa afinidad, de ese rechazo físico de una onda chabacana que ninguno de los dos soporta.

Blair presta atención a lo que están hablando pero ni por esas logra distraerse de la ira que siente contra el hombre cuyo regazo ocupa. Le quema la garganta. Le pican los ojos. Lo que quiere es darle un puñetazo a Aiden en pleno rostro, en la jeta bien rasurada y masajeada con loción de afeitado; lo que quiere es patearle el escroto una y mil veces.

Él hace ademán de rozarle la espalda y ella la arquea para evitar el contacto.

—No me toques.

Él no le pregunta qué pasa.

Blair vuelve a buscar a Chloe con la mirada. Ahora está en la valla con Xavier, que por fin ha salido de su cuarto. Hablan con Mara. La vecina les tiende violetas entre los postes para que Chloe se las ponga en el pelo. En circunstancias normales, Blair terciaría, se metería en la conversación, dejaría que saliese a la luz lo mucho que sabe ella de niños. Pero no se levanta.

Piensa en lo que Rebecca les contó a Whitney y a ella hace dos horas, justo antes de dejar la fiesta. Señaló el jardín de Mara, se acercó a ellas y bajó la voz.

—¿Es que no viene la vecina? —preguntó.

—La supera lo de este lado de la valla, con tanto niño y tanto ruido. Y la diversión —dijo Whitney.

Blair soltó una risotada.

—No tardará en vender la casa, ¿no creéis?

Pero Rebecca se limitó a torcer la boca y mirar para otro lado, luego apuró el vaso de agua. Blair se había fijado antes

en cómo miraba los corros de madres, mientras los camareros les llenaban las copas de vino, más vino.

—Yo no sé lo que sabéis de Mara. Pero Albert y ella tuvieron un hijo. Lo criaron ahí, en esa casa. Murió muy joven, según tengo entendido. —Rebecca hace una pausa, luego dice—: Apenas un adolescente.

Blair miró a Whitney. No lo sabían. Whitney guardó silencio, pero Blair vio cómo le cambiaba la cara cuando buscaba con la mirada el jardín de Mara.

—¿Sabes qué pasó?

Rebecca dijo que no con la cabeza.

—No lo ha contado nunca.

—Joder —dijo Blair con un hilo de voz—. ¿Y no quisieron después volverse a Portugal?

—Le pregunté si volvería algún día. Fueron los únicos de la familia que emigraron aquí —dijo Rebecca—. Vivirían muy bien en su país con el dinero que sacasen de vender la casa. Supongo que hay demasiados recuerdos del hijo que los atan aquí. Puede ser duro dejarlos atrás.

Whitney, que tenía respuesta para todo y llevaba toda la tarde a mil revoluciones, solo alcanzó a llevarse una mano a la clavícula. Blair le tocó el hombro.

—Ahora la miras con otra cara, ¿eh? —dijo Rebecca.

Blair no supo si las estaba juzgando. Pues claro que se hacían cargo del sufrimiento de Mara, aunque no se sentaran a charlar con ella en el porche como hacía Rebecca. Whitney y ella eran madres, pensó Blair. Rebecca no podía entenderlo como ellas.

Mara ya no está en la valla, y Chloe, sentada en la hierba, trenza tallos de flores para hacer una corona. Blair se levanta del regazo de Aiden y mira a su hija, sin saber si debería haberse acercado a la valla a saludar. Decir hola, qué menos.

—Oye, ¿estás bien? —Whitney le pone una copa en la mano, pero Blair ya no puede beber más. La tirará por el lavabo cuando Whitney no la vea; dará con el control remoto de los altavoces instalados en el jardín y bajará el volumen de esa endiablada música; los mellizos tendrían que estar en la cama. Ojalá Whitney se pusiera un sujetador. Blair no puede con esa morriña que le entra cuando está a veinte metros de

la puerta de su casa. Quiere que Aiden salga de ese jardín. Quiere que arregle la cañería del cuarto de la lavadora y limpie la parrilla de la barbacoa y luego se siente con Chloe para hacer los deberes que le quedan antes de ir a acostarse. Quiere volver a ver al tipo sanote que había en él. Para que la apacigüe.

Blair no ha respondido a la pregunta de Whitney, pero Whitney hace como que no importa. Blair se da la vuelta para buscar a la mujer, la de las mejillas brillantes, y paladear la sensación de dominancia a la que siente que tiene derecho jugando en casa. Pero antes ve que Aiden y Jacob están juntos y miran los dos a la mujer. Miran cómo desliza el dedo por el dobladillo de los diminutos pantalones cortos y aparta el tejido vaquero de la cuñita entre los prietos carrillos redondos de su culo. Deja el dedo ahí, dentro de los pantalones cortos, un demorado segundo, un centímetro de más que no puede pasar desapercibido. Aiden cambia de postura, se vuelve un poco, y Blair ya no puede leerle los labios, pero Jacob ríe el comentario subido de tono que ha hecho su marido, sea el que sea.

Blair mira para otro lado. Algo hay en ese instante que le está diciendo, de manera racional, serena: este matrimonio se va a acabar. Y entonces piensa en cómo se sentiría si Aiden muriera. Cuánto la aliviaría que se fuera para siempre, y no solo que saliera de su vida.

# Capítulo 27
Mara

La puerta de la calle sigue abierta, como la dejaron los de la ambulancia, y desde el porche oye el teléfono que vuelve a sonar en el salón. La luz tiene ahora un brillo velado, el sol está más bajo. Llevan todo el día llamándola. Del hospital, supone, o de la morgue. Querrán que tome decisiones y es posible que le pidan dinero. Piensa en la cartera de Albert, en el banco, en qué hacer a partir de ese momento. Querrán que vaya a recoger su ropa mojada. El reloj. ¿Cuánto más puede esperar? ¿Qué hace la gente cuando no tiene a quién llamar?

Lleva horas allí fuera, sin acabar de decidirse a saber qué se siente estando sola. No repara en Ben hasta que no lo tiene justo delante.

—¿Cómo está? —pregunta, y sin esperar respuesta—: Quizá no sepa usted lo que ha pasado.

«¿Con el cuerpo de mi marido? —piensa ella—. ¿Con su alma? ¿Sigo creyendo acaso en las puertas del cielo?». Pero qué va, habla de los vecinos. Del chico. Dice que tuvo un accidente la noche anterior. Habla de Rebecca, que está trabajando, y no sé qué del padre, que viene en avión desde Londres, y algo de una operación de neurocirugía. No tiene ni idea de que Albert ha muerto. De que se lo ha llevado la ambulancia hoy. La muerte de su marido duró apenas una fracción de tiempo y se puede eliminar con la goma de un lápiz. Mara se limita a asentir. Piensa en lo pequeña que se quedó la cocina con la camilla dentro, como una casa de muñecas. Y luego es como si a Ben se lo llevara el viento, flotara desde el porche hasta su propia casa. No recuerda qué le ha dicho al vecino.

Pobre niño.

Y entonces cae en la cuenta de que se le ha olvidado mirar en el jardín esa mañana por si había más aviones, aunque estarán empapados por el relente. A ver si no se le olvida

mirar, para ella tiene su importancia.

Levanta las manos, se las mira. Están temblando.

Lo que quiere es bajar al sótano. Estar en la antigua habitación de Marcus.

Tira del cordón de la lamparita de noche. Él la dejaba siempre encendida, aunque ella le decía que la apagara, por la factura de la luz. Pero a ella le gustaba bajar cuando ya había conciliado el sueño, para estudiar su cara mientras dormía. A veces duerme aquí cuando no puede pegar ojo por la noche y su cabeza no para de dar vueltas pensando en él. Se imagina lo que sería tener allí al lado la cara de un hijo de sesenta y un años.

Le montó la habitación en el sótano cuando cumplió los trece años, con la esperanza de que algo de distancia física con Albert le aliviara un poco la ansiedad. Albert ni llegó a ver el cuarto. No hacía más que zapatear en el piso de arriba, y cada uno de sus pasos era un redoble de tambor que le aceleraba a su hijo el ritmo cardiaco mientras leía tebeos debajo de las mantas. Los aviones de juguete siguen encima de la cómoda; el color azul cielo, en las paredes. Nunca sacó la ropa de los cajones. Hay una caja en el armario con sus cosas favoritas. Pequeños tesoros, una pelota de gomas elásticas, un libro de los Hardy Boys, *El gran misterio en el aeropuerto*. Había un avión a escala en la caja, pero fue lo único que tiró después de muchos años.

De pequeño le encantaban los aviones y le preguntaba a Mara todos los días cuándo montaría en uno. Para su décimo cumpleaños, Mara decidió que irían en avión a Portugal, aunque costaba un ojo de la cara. Llevaba años albergando esa idea en la cabeza, pero si se iban a gastar tal dineral quería estar segura de que ya tenía edad para recordarlo. Más que preguntarle a Albert, lo que hizo fue recordarle que sus padres se hacían mayores, que la madre de él tenía un cáncer incurable… Sabía que al planteárselo así aceptaría a regañadientes.

Un día dejó la factura de la agencia de viajes encima de la mesa a la hora de la cena, al lado del plato de jamón asado, con un número para llamar a la mañana siguiente. Albert dobló la factura, se la metió en el bolsillo de atrás del pantalón y dijo que ya se encargaba él.

Mara llenó una maleta entera de regalos para las dos familias. Le encargó al sastre en su misma calle una americana para Albert porque sabía que querría estar elegante delante de los suyos. Pero no quiso ni siquiera probársela. Ella lo notaba reacio al viaje, y sabía que no tenía nada que ver con el dinero de los vuelos. No le habría costado tanto contarle a la familia que su hijo no era como el resto: es igual que los otros niños pero solo habla con su madre. Tiene ansiedad.

No le pasaba nada, no había nada que arreglar, nada que sanar ni que ocultar.

Una vez oyó sin querer que Albert empleaba la palabra «lento» mientras hablaba en voz baja con su hermana mayor por teléfono. Mara no sabía si había dado él solo con esa palabra o se la había oído a alguien, pero fuera como fuese no era en absoluto un término preciso. Era una palabra que describía el tráfico en hora punta, no a su hijo, tan sensible y perceptivo. Nadie oía las cosas que el niño le susurraba a ella, así que no sabían nada de él. No tenían ni idea.

Pero a Mara ya le traía sin cuidado lo que Albert pensara de Marcus. Le traía sin cuidado lo que pensara nadie. Estaba deseando montarlo en un avión. Su hijo no había deseado nunca nada con tantas ganas y a Mara le encantaba verlo tan lleno de emoción.

La mañana del sábado que iban a volar se levantó pronto para lavarse y ponerse los rulos en el pelo. Envolvió un regalito que le había comprado a su hijo para el viaje, su propio avión de American Airlines, una maqueta con el nombre en el lateral. Le encantaría. Se lo puso al lado del plato de cereales y fue a vestirse mientras Albert dormía. Poco antes de las nueve, tocó a su marido en el hombro y le dijo que era hora de levantarse y afeitarse; que el taxi llegaría al cabo de media hora y él ni siquiera había hecho la maleta; que iba a despertar al niño para que fuera desayunando. Albert se dio la vuelta y dijo que volviera a echar las cortinas.

—Pero tenemos que estar en el aeropuerto antes de las…

Nada más decirlo supo que no subirían a ese avión. No estaba ni siquiera segura de que Albert hubiera comprado los billetes. Su marido había cambiado de opinión. No podía con aquel viaje de vuelta a casa.

Cuando se levantó una hora más tarde, la encontró sentada a la mesa de la cocina tomando café, esperándolo. Su hijo estaba enfurruñado en el cuarto de al lado, jugando con su avión. Se había echado a llorar cuando ella le dijo que no había viaje, preguntó si había algún problema con los motores a reacción, porque no se le pasaba por la cabeza ningún otro motivo para que no pudieran subir a ese avión.

—Ahora vas y los llamas a todos, Albert —le soltó con un siseo en la voz—. Les cuentas por qué no vamos.

Él ni siquiera mintió. Ni se dignó a buscar alguna excusa.

Luego, ese mismo día, entró en casa dando tumbos cuando volvió por la tarde y rompió el cristal de la puerta de un codazo. Mara no le preguntó dónde había estado. Nunca lo había visto tan borracho. Marcus estaba en el salón, haciendo un puzle en el suelo. Ella se levantó para ayudarlo, llevarlo hasta el dormitorio y cerrar la puerta. Tuvo un presentimiento. Entonces Albert la apartó con el brazo y la dejó atrás.

Le soltó improperios de borracho a su hijo a la cara, clavó la nariz roja y ofuscada en la tierna mejilla de Marcus, le empapó el cuello frágil con su fétida saliva. Palabras que Mara no quería volver a oír en su vida. Palabras que no le quedó otra que convencerse de que nunca habían sido siquiera dichas.

Llevó corriendo a su hijo a su cuarto y lo abrazó con todas sus fuerzas para que dejara de temblar. Albert los siguió, ocupando con su cuerpo el vano de la puerta. Ella le tapó los oídos a su hijo y le suplicó a su marido que se fuera.

—Vaya dos, como niñitas susurrándose al oído todo el santo día. Eso es lo que has hecho de él, Mara. Le has arruinado la vida.

A la mañana siguiente, su hijo se negaba a hablar. Mara acercó la oreja a su boca, le frotó la espalda, lo engatusó para que le dijera qué quería de desayuno.

—Estará todo el día fuera, nos quedamos solitos tú y yo. Dile a mamá: ¿estás bien?

Pero Mara sabía que no estaba bien, que ya no lo estaría. Se había prohibido a sí misma pensar siquiera que pudiera llegar ese día. Supo entonces que lo había oído hablar por última vez. Marcus se limitó a negar con la cabeza. No le susurró ni

una palabrita, nunca jamás.

# Capítulo 28
Whitney

Miércoles

Ha llamado a Jacob tres veces de vuelta en coche a casa, mientras remitía la lluvia. Sabe que seguirá despierto, aunque no coge el teléfono. Aparca en el camino de entrada. Está a punto de abrir la puerta cuando ve por el retrovisor a Blair, que mete una bolsa de basura en el cubo al lado de su casa. Pero Blair no levanta la vista, no ve las luces rojas en el coche de Whitney.

Es un alivio que Blair no la vea esa noche entrar en casa. Whitney tiene la cabeza ocupada con demasiadas cosas. La presentación de mañana en el trabajo. Los problemas de Xavier en el colegio. Pero Blair ha dejado abierta la puerta de la calle, será que tiene que sacar también la bolsa de reciclaje. Whitney espera.

El tiempo que pasa con Blair le suele proporcionar cierto alivio. Blair la baja a tierra. Es como leche tibia. La ayuda a cumplir con el mínimo de horas que debe pasar pensando como una madre. Solo que a veces estar con ella hace que Whitney sienta una envidia tremenda. Ese efecto tiene Blair sobre ella. Lo poco que cuesta disfrutar de Chloe, su amor sin fisuras. A veces le parece que Xavier es un regalo de alguien que no sabe muy bien a quién se lo está regalando; un regalo para ella que no tiene nada que ver con ella. De esa manera se le parte el corazón a veces, cuando no la entienden.

Todavía dentro del coche, apaga el motor y observa la casa de Blair por el retrovisor, esperando a que acabe con las bolsas de basura y vuelva a meterse en casa. Piensa en lo que le dijo la semana anterior. Sobre Aiden y lo poco que se ven últimamente. Blair suele lanzar el tema del matrimonio como un cebo, como con ganas de hablar de ello: pero no pican. Es un empeño inútil. Aunque Whitney suele decir algo para que no sospeche nada.

Sabe que Blair habla con la boca pequeña, juega con la

incomodidad de compartir los problemas maritales y luego siempre recula. Alcanza cierto bienestar así, con la posibilidad de ser casi sincera con Whitney sin tener que lamentarse. Quiere que se hagan confidencias. Aunque no que Whitney la vea tal como es.

La puerta se abre más y vuelve a salir Blair con la bolsa del reciclaje. Levanta la tapa del cubo y aprieta las que hay dentro para hacer espacio. Whitney pone buen cuidado en no tocar nada para que las luces de posición no la delaten.

Blair ha cambiado en estos cuatro años. Se han hecho buenas amigas en muy poco tiempo, Whitney no recuerda una amistad así con nadie desde que salió de la facultad, hay mayor cercanía que con el grupo de mujeres de punta en blanco con el que se relaciona profesionalmente. Y ya no tiene contacto con las madres del colegio, no desde septiembre. Pero en esos cuatro años ha visto cómo se encogía Blair. Ve la forma que tiene Blair de mirar su casa, tan bien puesta, la avidez con que contempla su relación con Jacob. Y, sinceramente, no quiere perder esa dinámica de poder entre ellas. Es ella quien lleva la delantera en su relación de amistad con Blair, como en casi todas las facetas de su vida. Aunque no la llene de orgullo reconocerlo, necesita esa amistad.

Otro tipo de amiga tal vez invitara a Blair a sincerarse. «¿Seguro que no hay nada que te preocupe? ¿Va todo bien con Aiden?». Otro tipo de amiga tal vez le pusiera una mano en la rodilla antes de asegurarle que podía contarle lo que fuera.

Decir que todas las mujeres de su edad llegan a un punto en el que se dan cuenta de que ya no quieren lo que querían antes, aunque sea tarde. Lo admitan o no.

Pero a Whitney no le cabe tamaña obligación en la apretada agenda que es su vida.

Y hay cosas más peliagudas.

Cosas que la propia Whitney ha complicado.

Cambia de apoyo en el asiento, vuelve a llamar a Jacob. Buzón de voz. Le escribe un mensaje. Quiere que su marido sepa que está en casa. Quiere dejarle mejor sabor de boca. Tranquilizarlo.

Blair aprieta la tapa encima del cubo unas cuantas veces.

Entra en casa, cierra la puerta, y Whitney está a salvo.

En el recibidor, cuelga la gabardina y aguza el oído para saber dónde están los niños y Louisa. Se les ha hecho tarde para acostarse, sobre todo a los mellizos. Quiere silencio, quiere espacio para pensar. Quiere niños con sueño y en pijama. Pero tardan apenas unos segundos en rodearla, le llenan la pierna de manos y la cara de terrones de tierra, le hablan de rodillas magulladas que a ella le parecen ilesas. Louisa los llama, pero no quieren saber nada de Louisa, esta noche quieren que Whitney se les entregue por completo, que diga cosas como: «¡Mira qué bien!» y «¡Qué valiente eres!» y «Sí, ¡es clavado a un tetradáctilo!». Pero Whitney piensa en cómo sería vivir en una casa vacía. En la reunión del día siguiente. En los planes que tiene para esa noche. Podría cancelarlos. Debería.

Xavier entra en la cocina con los calcetines medio a rastras.

—Esos calcetines están sucísimos, haz el favor de quitártelos.

No le hace ni caso. Whitney se agacha para quitárselos, pero su hijo no levanta los pies, y cuando le sujeta un tobillo él suelta un ruido como de animal, un gimoteo, como si lo hubieran herido. Le arranca los calcetines de un tirón. Uno de ellos tiene un agujero, y los tira a la basura.

—¿Qué haces? ¡Los calcetines son míos!

Whitney tensa los músculos del pecho.

—¿Qué tal en el colegio?

—¿Sabes que se te ha roto el teléfono?

Ella se lo quita de las manos y ve que Jacob ha leído el último mensaje. Pero no ha contestado. No ha llamado. Lo suelta en la encimera. Le quita el papel de envolver al plato que le ha guardado Louisa. Nota la proximidad de los mellizos en la moqueta blanca del salón contiguo, donde en teoría no deberían estar con las manos pringosas de cera azul.

—¿Ha pasado algo en el colegio que me quieras contar?

Xavier coge de nuevo el teléfono, mete una uña en la raja del cristal.

—¿Podemos jugar al ajedrez antes de acostarme?

Whitney querría saber dónde está Louisa.

—Esta noche no.

—¡Por favor!

—Xavier. Es tarde.
—¿Cuándo va a volver papá? Echo de menos a papá.
—Tardará todavía dos días.
—Vale, pues entonces jugaré con Lou.
—Te he dicho que es tarde, tienes que ir a acostarte.
—Pero ella sí quiere jugar al ajedrez conmigo.
—Xavier.
—Me ha dicho que sí, que sí quería.
—Lo dice por cumplir.
—No, no lo dice por eso.
—Sí, sí que lo dice por eso.
—Por lo menos ella se porta bien conmigo.
—Y yo también, pero es tarde.
—No, tú no. Tú no te portas bien conmigo —le sale un mohín en la voz. Whitney alza la vista y lo ve aguantándose las ganas de llorar—. A ti no te caigo bien.

Whitney habría preferido que gritara, sin poder contenerse, que la odiaba. Habría preferido que se hubiera cogido una rabieta, como si tuviera tres años. Es la ternura en la expresión de su cara cuando pronuncia esas palabras —«A ti no te caigo bien»— lo que le encoge el corazón. Piensa en la conversación telefónica con su profesora. En cómo cambia un niño para siempre según lo traten.

—Xavi, cariño, ven aquí. —Le pone una mano en la nuca para acercarlo a su pecho.

Pero entonces él planta la palma de la mano en el estómago de ella para apartarla. La aparta de sí y la empuja contra el tirador de la puerta de la nevera. Y luego se vuelve y barre con el brazo todo lo que hay en la isla de cocina. Cae al suelo el frutero de cristal, las naranjas ruedan como canicas. Patea un plátano y sale la pulpa por la piel abierta. Le da un pisotón con el pie descalzo y salpica un pegote sobre la pernera del pantalón de su madre.

Whitney adelanta los brazos para sujetarlo, el instinto le bulle en la sangre como un gas inflamable. Él la esquiva.

—¡Ven aquí ahora mismo! —Se lanza para cogerle del brazo, pero el chico es más rápido que ella y ahora lo tiene enfrente, al otro lado de la isla. Whitney nota cómo le sube la rabia a la garganta—. ¡Te lo advierto!

Pero ahora tiene a Sebastian a sus pies, que llora temeroso

y se abraza a la pierna embadurnada de plátano. Lo levanta del suelo y se lo aprieta contra el acelerado corazón. Le atusa el pelo. Lo besa.

—No me gusta que le grites a Zags —gime el niño, y Whitney nota el golpe de su húmedo aliento—. Papá dice que ya basta de gritos.

Xavier la fulmina con la mirada y sale de la cocina llamando a Louisa. Una Louisa que lo habrá oído todo desde el comedor y estará pensando que Whitney acaba de llegar a casa, que no lleva con ellos horas y horas, que no se ha ganado el derecho a sentirse abrumada por su mera presencia. Thea llora en el suelo, despatarrada, y levanta los bracitos para que Whitney la coja.

El resentimiento se le agarrota en los hombros, asciende y le atenaza el cuello. No puede estar con los niños. Que no le pidan eso esta noche. Deja a su hijo en el suelo, pero él no se suelta, tiene los dedos y los brazos tensos como escarpias. Le separa los deditos sin que el niño cese en su llanto. En cuanto sale, Thea la llama otra vez. Sube a su habitación con el ordenador portátil, lejos de todos ellos.

# Capítulo 29
## Blair

Aiden asoma la cabeza en el cuarto de Chloe mientras Blair le lee a la niña el cuento de antes de irse a dormir.

—Voy a salir un rato, ¿vale?

Blair vuelve a mirar la página. Dentro de ella todo se pone en guardia, como si hubiera una amenaza en la habitación en vez de su marido.

—¿Adónde vas, papá?

—Salgo a ver a gente del trabajo, cariño. Hoy ha sido el último día de mi amigo Lin.

La niña vuelve a acurrucarse en brazos de Blair. Espera a que Blair siga leyendo, pero Blair no puede. ¿Cómo tiene el cuajo de salir de copas en una noche así, con el hijo de sus amigos en la uci? Piensa en la ducha que acaba de darse, en la loción de afeitado cuyo olor le llega. A lo mejor no se va ni de copas. Blair no sabe si Jacob habrá llegado ya al hospital. O si Whitney estará sola, esperando a que Aiden se reúna allí con ella.

Piensa que está loca. ¿O será acaso un susurro que le habla al oído? Se imagina a sí misma echando la vista atrás, contemplando ese instante, avergonzada de ser tan tonta.

Aiden sigue en el vano de la puerta. Espera que ella le diga: «Pásatelo bien. No tardes, ¿vale?». Pero solo le salen las palabras que tiene delante, en la página. Hasta que él la interrumpe.

—¿Estaréis bien? Lo siento, ya sé que no es el mejor momento para… —Señala a Chloe con un gesto del mentón —. Avísame si se sabe algo, ¿vale?

Ella fija la vista en el libro.

Cuando oyen que se cierra la puerta de la calle, Chloe levanta los ojos y la mira.

—¿Estás enfadada con papá?

—¿Enfadada? Pues claro que no, ¿por qué?

—Siempre estás enfadada con papá. Ya no lo quieres.

Blair finge sorpresa con la boca abierta.

—¡Chloe! Eso no es verdad y lo sabes. Quiero mucho a papá. Es mi persona favorita, después de ti.

Chloe aparta la mirada y vuelve a ojear la página.

—Vale, si tú lo dices.

—Cariño. Todo va la mar de bien. Haz el favor de no preocuparte.

Pero se lee el escepticismo en la carita de Chloe. La niña lo sabe. Y Blair acaba de decirle que no tiene razón. Que su intuición no vale, no cuando incomoda a los otros. No, cariño, nosotras fingimos. Así son las cosas en la vida de una mujer.

Blair traga saliva y busca por dónde iba en la página.

Estas decisiones que ha tomado —este matrimonio, esta hija, esta vida— las ha tomado igual que las toma todo el mundo. Como una promesa. Creyendo que era una mujer distinta a su madre. Que ella sí sería feliz.

Cuando Blair tenía once años, fue a casa de sus abuelos con su padre un sábado de verano. Su madre no había querido ir con ellos, pero a Blair no le importó; le gustaba ir a los sitios sola con su padre. Cuando salían de casa, su madre estaba en la cocina sacando las bandejas del horno y sumergiéndolas en el fregadero. Blair se dio cuenta de que enjugaba sus ojos con la manga porque tenía las manos enfundadas en guantes amarillos que olían a limón, o eso decían. Las manchas negras en la camisa podían ser del tizne de la parrilla. O a lo mejor estaba llorando. Blair pasó a su lado a toda prisa y le dijo adiós desde la puerta.

A escasa distancia de la pequeña casa de los abuelos, cuando iban de regreso, su padre paró la ranchera a la puerta de un edificio de apartamentos que solo tenía tres plantas y una fachada de ladrillo color mostaza. Una mujer gritó, asomada a una ventanita cuadrada, que bajaría en un santiamén. Su padre dejó el motor en marcha y dijo que no tocara nada. La mujer abrió la puerta del edificio y entonces él desapareció.

Blair se mordía las uñas esperándolo. Desabrochó el cinturón de seguridad, se tumbó en el escay caliente del asiento trasero y fingió que estaba desnuda en el camarote de

un velero. Con Ian Mackenzie, su compañero del colegio, que tenía la sobrehumana virtud, se diría, de adivinar lo que ella estaba pensando. Metió la mano entre las piernas y se tocó por encima de las braguitas.

Su padre entró de sopetón y el coche dio una sacudida. Sacó el mechero y echó el humo contra la imagen de sí mismo reflejada en el espejo retrovisor.

—Ven a sentarte delante si quieres.

Nunca dejaba que se sentara delante. Su padre olía un poco a la laca de su tía, pero ese no era el apartamento de su tía.

Media hora más tarde le entraron ganas de hacer pis, pero no quería pedirle a su padre que parara para buscar un baño. No había dicho nada en todo el trayecto. Pero entonces:

—Tu madre es una mujer buena. Lo sabes, ¿no? —Su voz sonaba distinta. Blair tenía que ver cómo movía los labios para cerciorarse de que esas palabras salían por su boca—. Aguanta mucho. Más de lo que tendría que aguantar.

Sorbió el aire por la nariz. Así que ella hizo lo mismo, para quitar hierro al asunto. Como hacía la gente a todas horas. Como si Blair no se hubiera dado cuenta de que su padre estaba llorando.

Tenía calor, mucho calor, y bajó el cristal de la ventanilla. Quería estar en casa con su madre. La mujer buena. Quería comer queso fundido sentada a la mesa de la cocina, mientras su madre hacía un guiso y oía una repetición de la telenovela *The Young and the Restless*, a todo volumen en la habitación de al lado. Quería tumbarse en la moqueta del cuarto de invitados para mirar el pie derecho de su madre dándole al pedal de la máquina de coser debajo del tablero.

Pero cuando llegaron a casa, estar cerca de su madre no era como ella había querido. No le apetecía ser amable con ella. No quería tener todavía en la nariz el olor de la laca de aquella otra mujer.

—¿Por qué no has venido a casa de la abuela? —le preguntó.

Su madre soltó un suspiro. Había cerrado la puerta del horno de golpe.

—Huy, pues no sé.

Le había dado la espalda. Dejó los guantes del horno en la encimera de formica y se quedó allí de pie hasta que oyeron

que tiraban de la cadena al fondo del pasillo. El padre de Blair entró en la cocina abrochándose el cinturón. Acercó la boca al cuello de su madre y la sujetó con fuerza por los hombros. Mi dulce pastelillo, siempre la llamaba así, aunque ella odiara los pasteles. Odiaba las cosas con demasiado azúcar. Él dijo que la cena olía bien. Dijo que tenía hambre. Blair vio lo tensa que se ponía su madre. La vio apartar la cabeza para alejarse de él y cerrar despacio los ojos.

La buena mujer.

# Capítulo 30
Whitney

El hospital

En su sueño, Jacob está más joven y se afana por parar la alarma contra incendios. Subido a una silla en la cocina de su primera casa, como un número circense, toquetea los botones en el techo para apagar el ruido y que el niño no se despierte de la siesta antes de tiempo. Ella le dice con un hilo de voz que se dé prisa. Le quedan por hacer todavía muchas cosas. Tantas cosas que tiene que acabar antes de tener otra vez al niño encima, chupando de ella, poniéndola a prueba. Zarandea la silla a la que se ha subido él. Huele a pasta de dientes.

Y entonces se despierta.

Abre los ojos en la silla del hospital y no ve ninguna franja de luz en el contorno de la persiana que está mirando. Debe de haber anochecido. Hay una enfermera que le limpia la boca a Xavier con una esponja de color verde y otra que repone el medicamento intravenoso en la bomba de infusión. O las bombas, con sus pitidos. Puede que haya tres, puede que haya diez, puede que haya cincuenta. No piensa mirarlas. Hace como que la enfermera no está ahí y se fija una vez más en la mano de Xavier. Tiene la piel caliente, de los fluidos que le corren por la vena. Un esparadrapo de color marrón sujeta el tubo diminuto, y el olor le recuerda las vendas que le ponían de pequeña en el colegio, la sensación pegajosa en la piel que le duraba semanas.

Se había portado bien la tarde del miércoles, antes de tirar el frutero al suelo de la cocina. Había veces que no le gustaba su hijo. Veces que pensaba que ojalá fuera otra clase de niño. Le cuesta decir exactamente cómo, o qué le gustaría cambiar de él, o cuándo empezó a sentirse así. Pero él percibió ese rechazo.

Hay un abrigo en la silla de enfrente que no estaba ahí antes.

Se da cuenta de que es el abrigo de su marido. Está aquí.

Mete la cabeza entre las piernas. Alguien le pone una batea de plástico debajo de la cara, y escupe jugos gástricos hasta que le dan arcadas. No echa nada. Le dan un paño húmedo para la barbilla que huele a antiséptico.

Nota que Jacob entra en la habitación, cierra los ojos cuando él le toca la nuca. Piensa que le ha fallado. Siempre supo que le fallaría.

—Estás despierta.

Pero está tan cansada. Levanta la cabeza y, dejándose envolver por la voz conocida, tiene por primera vez la sensación de que puede que sobreviva a aquello. Aunque es una sensación que se va tal y como ha venido. Espera que él la regañe. Que le rompa algo en la cabeza, que lo merece. Que le patee el cráneo. Para que se le parta en dos, le corra la sangre por la frente, entre los ojos, un río por el puente de la nariz. Quiere que sea violento con ella, solo una vez. Quiere saber lo que se siente.

Se lo suplica en silencio.

Pero, claro, él nunca le haría daño. La adora. La necesita. La abraza con cuidado, como si fuera ella el ser delicado al borde de la muerte y no su hijo. Y sí, puede que lo sea. Nota el aliento cálido de Jacob en el cuello, huele a café, y luego la humedad de sus mocos y sus lágrimas, siente las sacudidas de su pecho en la espalda. Levanta una mano para tocarle el pelo y le parece que le llega algo del olor a cerrado del avión en su camisa.

Cuando Jacob deja de llorar, va hasta la otra silla y se sienta enfrente de ella. Da contra la barra de la cama con la alianza al alargar la mano para asir la de Xavier, y el ruido la sobresalta: se mira ella el dedo, donde no luce los diamantes que él le regaló hace trece años y que reflejarían ahora los destellos de las máquinas en la piel pálida del niño.

Whitney siempre duerme con los anillos puestos, pero se los quitó la noche del miércoles.

No tuvo ni un segundo para pensar en algo tan obvio antes de salir corriendo hacia el hospital para ver si su hijo estaba vivo.

No sabe si su marido se dará cuenta.

No sabe si estará pensando en la ventana del dormitorio. Si

ha habido siquiera una fracción de segundo en la que él creyese que no se trataba más que de una inocente hoja de cristal abierta, un niño insomne, inquieto, la inmensa mala fortuna de un accidente doméstico.

Él le ha pedido que no grite tanto. Ya se lo ha dicho antes: «Whitney, si tú te oyeras. ¿Tú sabes lo malo que es eso para los niños?». Pero la trata con suma delicadeza, como si fuera el único que ve lo delicada que es su mujer. Lo cerca que se encuentra siempre de perder los nervios.

No sabe qué le preguntará su marido, de qué puede acusarla, pero justo en ese momento él dice:

—Lo siento. —No se le sostiene la cabeza sobre los hombros, esconde la barbilla en el pecho como si quisiera también desaparecer dentro de sí mismo—. No hago más que pensar que si hubiera estado yo aquí…

Si hubiera estado él aquí, nada habría pasado. Xavier habría estado a salvo. No es eso lo que quiere decir exactamente. Pero es un hecho que ella estaba allí y él no. Y es un hecho que la vida de su hijo se apaga en una cama de hospital. Que quedan horas para el final, no meses ni décadas.

Whitney piensa en lo que Xavier escribió en la pared.

Piensa en lo que pasó justo antes de que su hijo cayera por la ventana.

Y ahí es donde le dan de nuevo las arcadas.

# Capítulo 31
Rebecca

No es ella misma cuando atiende a los últimos pacientes que ve. Le queda poca energía. Todo parece distante.

«Perdone, ¿me puede decir otra vez qué medicación toma la niña?».

«¿Me puede recordar una vez más el historial médico de su hijo?».

Es por Xavier. Es por Whitney. Es por Blair, que salió con cajas destempladas, pero sobre todo es por la conversación que tendrá con Ben cuando llegue a casa. Podría esperar, volver a dejarlo para unos días más tarde. Pero sabe que hay algo en toda tragedia que le puede cambiar a una persona el punto de vista. Puede que, en plena crisis, a él le salga de dentro perdonarla por lo que ha hecho. Está ya de más de dieciocho semanas. A solo seis semanas de que el bebé sea viable y un médico pueda luchar para salvarlo. Hay por fin motivo para la esperanza. Y hasta para la gratitud. Los vecinos, tendrá que recordarle a su marido, rezan para que su hijo viva.

Compra un par de zapatillas en la tienda de regalos antes de que cierren. La doctora Menlo, que lleva el caso de Xavier, sale de la habitación cuando llega Rebecca para dárselas a Whitney. Le dice a Rebecca que le preocupa lo profundo del coma. Puede que el cerebro esté más dañado de lo que pensaban. Las posibilidades de recuperación disminuyen hora a hora a falta de indicios positivos. Esperarán a que pase la noche para ver si mejoran las cosas y entonces lo más seguro es que tengan que intervenirlo.

Rebecca da unos golpecitos en la puerta de la habitación. Abre Jacob y se abrazan.

—Lo siento. Lo siento tanto —dice ella.

Jacob dice que le da vueltas la cabeza. Se le ha ocurrido otra pregunta para la doctora Menlo. Le pide a Rebecca que

se siente con Whitney mientras él va a buscar a la médica.

Whitney no se ha movido de donde lleva sentada desde la mañana. Rebecca deja las zapatillas en el suelo cerca de sus pies y se sienta al otro lado de la cama de Xavier. Piensa en ese hueco del que le habló un médico cuando ella era residente, el espacio que media entre las expectativas y la realidad. Un hueco que se estrecha más y más cuando a los padres solo les cabe esperar. Pronto no quedará ningún espacio para la esperanza.

La bomba de infusión empieza a pitar, se ha acabado el antibiótico. Rebecca la pone en silencio y nota otra vez las mariposas en el estómago.

—Estoy embarazada.

No quiere decirle eso a una madre que está perdiendo a su hijo, pero las palabras le salen solas por la boca. Admitirlo es como intercambiar vulnerabilidades. Ha tenido acceso a tantas confidencias en la intimidad de esa habitación.

—Fui a hacerme un análisis el otro día y la enfermera que estaba rellenando el informe me preguntó cuántas veces he estado embarazada. Levanté la mano. Cinco dedos. Cinco veces. —Rebecca hace una pausa. Se echa para adelante con los ojos fijos en Xavier—. Y entonces me preguntó cuántos hijos tenía. Vi cómo ponía el cero en la casilla y pensé: toma ya, como el marcador al final del partido, 5-0.

Ve que Whitney le amasa los nudillos a su hijo igual que si fueran de arcilla.

—A la gente le encanta decir que hay muchas formas de ser madre. Como si eso sirviera de consuelo a mujeres como yo. —Rebecca se pone de pie. Toca el pie de Xavier debajo de las mantas—. Antes me lo preguntaste tú, que por qué no había tenido hijos. Solo quería que lo supieras.

Oye cómo Whitney inhala, largo y tendido, y luego:

—Rebecca… —Hace una pausa y por fin levanta la vista—. Lo siento.

Es la primera vez en tres años que alguien ha dicho eso y solo eso, que lo siente. Sin consejos, sin lugares comunes, y no esperaba que la confirmación de algo así de sencillo la conmoviera tanto. Carraspea y señala a Xavier.

—Espero que paséis bien la noche. Mañana llamaré para ver cómo se encuentra.

Jacob vuelve a la habitación y le hace señas a Rebecca para que salga. Dice que si puede ir a la cafetería con él; quiere que Whitney por fin coma algo.

De camino a la planta baja, Rebecca reitera lo que ya sabe que le ha dicho la doctora Menlo y poco más. Parece que Jacob lo entiende, aunque quiere que se lo explique ella otra vez. Le pide que lo repita, como para que todo coincida. Se toca la montura de las gafas, está pensando, le está preguntando por posibles desenlaces y Rebecca se siente incómoda.

Pide un sándwich para Whitney y un café para él y se sientan en un banco del vestíbulo.

—No duerme muy bien, se despierta a veces. Lo encontramos caminando sonámbulo una vez cuando tenía cinco o seis años.

Intenta razonar lo irrazonable. Rebecca ve cómo se vacía el vestíbulo, el personal se va, cada uno con su familia. Hay padres en zapatillas que no tienen hambre y buscan la cafetería con paso indeciso, miran los menús y vuelven con las manos vacías.

—Me hicieron un par de preguntas nada más llegar —dice Jacob, aturdido—. Sobre Xavier, que cómo se abre la ventana. —Hace un gesto con la mano, como si estuviera abriéndola, se esfuerza por recordar—. También había una asistente social, dijo que solo era el protocolo. Que tenía que asegurarse de que no hay razón para temer por la seguridad de Xavier en casa. —Da golpecitos con el dedo en la tapa de plástico del café—. Ya solo lo que eso implica, pensar que mi mujer… Me pone enfermo. Pues claro que está seguro con ella. Con nosotros.

—Pues claro —repite Rebecca. A lo mejor solo está pensando en la ventana, a qué distancia está del suelo, el cerrojo que nunca instalaron.

—¿Y ahora qué? ¿Nos van a catalogar en algún tipo de sistema ya para siempre? ¿Así funciona la cosa? A ver, las heridas deberían demostrar que lo que pasó fue que perdió el equilibrio y cayó, a lo mejor estaba todo un poco resbaladizo por la lluvia. Pueden verlo por el golpe en la cabeza y medir la altura y todo eso, ¿no? Los médicos deberían ser capaces de determinar ese tipo de cosas, no es más que física. No

tienen ningún derecho a cuestionar nada. Y es lo que les he dicho. Somos una buena familia, buena gente.

Rebecca asiente. No sabe si Jacob ha tenido en cuenta la posibilidad de que Xavier despierte y recuerde qué pasó. Puede haber problemas de memoria a corto plazo por la herida de la cabeza y la pérdida de oxígeno: pero le puede volver. Jacob está mirando al suelo. Se le abre la boca. Quiere decir algo más, pero duda. Ella debería sonsacárselo: «Jacob, si te ves en la necesidad de contar lo que crees que podría haber pasado, aquí me tienes». Rebecca traga saliva, carraspea. Pero él levanta la bolsa marrón con apatía.

—Debería volver a la habitación. A ver si consigo que se coma esto. Sigue sin querer moverse de su lado. Se niega en redondo. No sé ni siquiera si ha ido al lavabo.

Se incorporan al flujo de gente que cruza el vestíbulo andando y Jacob guarda silencio. Ella aprieta por él el botón del ascensor.

—¿Cómo están los mellizos?

—Les he dicho que nos vamos de viaje con Xavier unos días. Pedí a Louisa que se los llevara a su apartamento hasta el fin de semana. A saber si la policía se va a presentar en casa, vi de refilón la cinta amarilla que… —Jacob lo deja ahí. Se separa de Rebecca, mira en la dirección opuesta—. No hago más que torturarme pensando en qué diré si tengo que contarles que Zags ya no está, si las cosas…

—Tú concéntrate en el momento —dice, y le toca el brazo—. Si hay algo que Ben y yo podamos hacer para ayudarte, no tienes más que decirlo.

Se le queda mal cuerpo cuando lo ve subir en el ascensor de cristal. Que haya pensado en la escena de un crimen. Pero es que ha sufrido una conmoción, no rige bien. Y ella tampoco. Quiere irse a casa. Con Ben. Su marido le ha mandado un mensaje mientras ella estaba sentada con Whitney. Quería saber si había alguna novedad. Lo llama por teléfono de camino a urgencias para recoger sus cosas.

—Hay demasiada inflamación. Pero no le van a hacer gran cosa esta noche. Ahora mismo lo que toca es esperar, aunque no sé…

—Dios.

Rebecca desliza la tarjeta de identificación.

—Ya ha llegado Jacob. Cogió un vuelo desde Heathrow esta mañana.

—¿Y Whitney?

—Se niega a hablar y a comer nada. No quiere dejar a Xavier ni un segundo solo. Es normal, lo encontró inconsciente en el jardín. Ha sido un trauma para ella.

Dice que dentro de un rato lo verá en casa. Piensa en lo que Blair le ha dicho, que Ben jugaba a la pelota con Xavier. Su marido evita toda referencia a los niños cuando está ella, no quiere recordarle lo mucho que ansía un hijo para pasar tiempo con él. Ni todo a lo que ha renunciado al estar casado con ella.

Tiene que decírselo esta misma noche.

Cuando empuja la puerta de doble hoja de la entrada, después de despedirse de la enfermera en ingresos y quitarse el busca de la solapa para borrar los mensajes, piensa en Whitney otra vez y en su abatimiento. Cómo tira de ella hasta hundirla. Y luego, como una bofetada, lo entiende, lo ve claro: un cristal que acaba de hacerse añicos, millones de diminutas esquirlas que todavía no han caído al suelo, ese punto en el que Whitney se encuentra ahora, donde una aguanta con desesperación a que llegue lo inevitable.

# Capítulo 32
Rebecca

Levanta la cabeza del volante y Ben está allí, debajo de la luz amarilla de la farola, sonriendo hacia la ventanilla del coche, siempre llena de polvo por culpa del aparcamiento subterráneo del hospital. Ella ya está en casa y tiene libres las próximas cuarenta y ocho horas, y él no sabe lo que está a punto de contarle. Abre la puerta y la espera para abrazarla.

—¿Estás bien?

Ella asiente.

En la cocina, ve que le ha preparado la cena a última hora, pero no le apetece comer. Lo que hace es subir a ducharse, y deja que el agua alcance la máxima temperatura antes de meterse debajo del chorro. Casi ni se ha mojado del todo cuando oye que él llama, nota cómo la puerta absorbe el vapor de agua al abrirse. Ve moverse su figura borrosa al otro lado de la condensación del cristal.

—¿Me puedo apuntar, ducharme contigo?

—Solo tardaré un minuto. —Le da la espalda a la mampara.

—Tienes que estar hecha polvo.

La adrenalina le recorre todo el cuerpo. No puede permitir que vea el cambio en sus pezones, la forma tan obvia que tienen.

—Le conté a Mara lo que había pasado. Llevaba todo el día en el porche.

—¿Le preguntaste si oyó algo?

—La vi en estado de shock. No daba pie con bola, la pobre —dice.

Rebecca ve su figura que se acerca a la ducha. Se da la vuelta.

—¿Qué posibilidades hay de que se ponga bien?

—Pues tienen que ver mejoría pronto, si no, lo más probable es que no se recupere del todo. —No suaviza la verdad con topicazos como haría otra persona. Pero podría

pasar cualquier cosa. Los niños son muy resistentes. Y la de milagros que se ven en pediatría—. Por lo visto los han interrogado.

—¿La policía?

—Cuestión de rutina. Más bien necesitan saber si el niño muere. Porque, si es así, tienen que tratarlo de forma diferente… —Se aclara el pelo, todavía de espaldas. Baja la vista y se mira el cuerpo, sin saber qué diría él si la viera ahora. Si saliera justo en ese momento, llevara la mano de él a su vientre mojado y cálido y la sostuviera allí. Si podría ocultar las ganas que ella sabe que todavía alberga. Y que esconde por ella—. Blair me ha dicho que Xavier y tú jugáis a la pelota.

—Un par de veces, sí.

Cierra el grifo. A ella le había parecido que Blair lo comentaba como algo habitual, pero la gente es así, sueltan lo que se imaginan sin atender a los hechos. Tiene que agarrar una toalla para taparse. Pero él esperará que salga como suele hacerlo, que se seque al aire mientras hablan y se dé crema hidratante.

Saca una mano. Con la otra sujeta la mampara, aprieta fuerte. No sabe si él le tomará el pelo: «¿A qué viene hoy tanto recato?». Rebecca sigue hablando. Lo de jugar a la pelota.

—¿Pensabas que me haría daño saber que jugabas a la pelota con ese niño?

Él guarda silencio. Y entonces:

—Quería entrar en el equipo de *softball*, así que le di algunos consejos. Al final no llegó a presentarse a las pruebas, yo creo que sabía que no estaba preparado. Me sentía mal, pero hubiera sido peor herirlo en su orgullo. En fin —dice con un suspiro—. No fue nada.

Ella tiene un guante de béisbol diminuto en el fondo de su armario. Fue un día a la tienda en la que trabaja Blair, poco antes de la hora de cerrar, a comprar un regalo para el bebé de una enfermera. Tenía las manos llenas de cosas prácticas, pijamitas y mantas, cuando vio una cesta con guantes para niños, cada uno con su pelotita de béisbol de esponja cosida a la palma. Se había hecho el test de embarazo el día anterior. No se le había ocurrido cómo contárselo a Ben hasta ese

momento. Blair lo envolvió con mimo con el resto del regalo, pero Rebecca lo sacó de la bolsa cuando llegó a casa y lo puso en la almohada de Ben. Luego, esa misma noche, dejó que fuera a acostarse antes que ella. Tenía el guante en la mano y la miraba.

«¿En serio?». Tiró de ella desde la cama y rieron como no han vuelto a reír. Hace solo tres años, pero en su memoria le parece que eran adolescentes. A punto de caramelo, y el subidón de estar siempre cachondos.

Ya no está en el baño cuando sale de la ducha.

# Capítulo 33
Rebecca

Está una hora dando vueltas en la cama antes de levantarse con cuidado para no despertar a Ben. Son las tres de la mañana. Hace demasiado calor dentro de casa. Ya en la cocina, baja la rueda del termostato y se sirve un vaso de agua a oscuras. Tiene a Xavier en la cabeza. Coge el anorak de Ben del gancho detrás de la puerta y se calza sus zapatillas de correr.

El coche de Jacob está ahora en el camino de entrada. Se arrebuja en el anorak y cruza a paso rápido la calle hasta la acera de los Loverly, con los cordones de las zapatillas a rastras. Corre el pasador de la verja y contrae instintivamente los hombros al oír el ruido metálico. La puerta pesa más de lo que ella pensaba, y alarga la mano para sujetarla antes de que dé contra la valla.

Camina despacio por un lateral de la casa hasta el jardín.

No sabe muy bien a qué ha venido, por qué comete semejante allanamiento. No esperaba sentirse así de intrusa. Hay nubes que tapan la luna esta noche, y pasa la vista por el césped oscuro. Enciende la linterna del móvil para inspeccionar la hierba, como si fuera a hallar la huella del cuerpo de Xavier entre las briznas. Hay unas líneas poco profundas que atraviesan como rodadas el punto en que se encuentra, puede que de la camilla de la ambulancia. Hay una pelota de fútbol contra la valla. Hay un cono de juguete de color naranja. Un avión de papel mojado en el césped. Y en el suelo de cemento, justo al lado de la puerta de atrás de la casa, un vaso volcado.

Lo recoge y se lo lleva a la nariz, sabiendo a qué va a oler.

Da unos pasos atrás y para la vista en el tercer piso, la ventana del dormitorio. Con ese campo visual, da un pasito a la derecha hasta quedar en el punto en que es probable que cayera Xavier. La altura es impresionante desde ahí.

¿Sabe un niño de diez años cuánto puede saltar sin matarse? ¿Le da para entender lo que su cuerpo es o no es capaz de hacer? ¿Cualquier niño? ¿Cómo puede el organismo humano crear otra vida, regenerar decenas de millones de sus propias células en cuestión de segundos, y aun así ser de tan precaria fragilidad? ¿Cómo puede haberse pasado décadas yendo y viniendo a trabajar, día a día, sin dejar que tamaña discrepancia la consumiera por dentro, tal y como la consume ahora?

Baja la barbilla, observa la cocina a través de las puertas de cristal. Ve su mudo reflejo, con los puños cerrados a la altura del pecho, y el leve aleteo del anorak. Más abajo crece la vida en ella, y fija la vista en ese punto. Siente una extraña conexión con Whitney. Puede que sea algo maternal. ¿Qué la ha atraído aquí?

Oye voces en la calle, y luego cómo se cierra la puerta de un coche y un motor que se aleja. Sale del jardín con la capucha puesta y la cabeza gacha. Ve cerrarse la puerta de la casa de Blair y una luz que se enciende. A través de las cortinas entreabiertas, distingue la sala de estar y a Aiden de pie con el teléfono en la mano, moviendo a toda prisa los pulgares. Luego se quita la camisa y se deja caer en el sofá.

En la planta de arriba, ya en su propia casa, nota que Ben está despierto en cuanto entra al dormitorio. Se mete entre las sábanas, pegándose a él.

—He oído la puerta —dice.

—Sí, he ido al jardín de los Loverly. Para ver dónde cayó.

Espera a que le pregunte por qué, pero no dice nada.

—Me parece que quiso hacerse daño. Puede que quisiera demostrar algo. O a lo mejor ya no quería vivir más. No creo que fuera un accidente doméstico. —Nada más decirlo, Rebecca cae en la cuenta de lo que eso significa y se incorpora en el lecho. Es una intuición. Mete la mano debajo de las sábanas y se palpa el vientre—. No tengo pruebas, nada en lo que basarme, pero me da esa sensación cuando estoy en el hospital con ella y con Xavier. Hay como una… tristeza infinita que la embarga, como si hubiera algo que no se atreve a decir. Algo más allá de la culpa o el arrepentimiento. —Se frota la frente y le viene todo el cansancio de golpe—. No sé si tiene sentido esto que digo.

Él se tumba boca arriba y ella hace lo mismo. Le coge la mano a su marido y besa sus nudillos. Él se pone encima y le besa el cuello, la cata, succiona su piel fría. Ya se le ha puesto dura al tenerla debajo. Hace mucho que no se desean tanto, más allá de todo calendario, pruebas de embarazo y análisis.

Algo ha cambiado esta noche. Ella deja que la posea, con el cuerpo oculto entre las sombras. Empieza a salir del bucle de la mente, aunque vuelve a pensar en la hierba que alojó el cuerpo de Xavier. Cómo le temblaba la mano a Whitney cuando la tuvo entre las suyas. Su propio útero averiado. Sus mentiras. Los ciento treinta días que hará mañana. La sensación de la sangre entre las piernas. Nota a Ben dentro de ella ahora, la está colmando. Piensa en las varillas que le meten dentro en la clínica, lo hondo que la penetran. El dolor que la lleva a arquear la espalda en la mesa de exploración, los gemidos que se ve obligada a silenciar. Se nota húmeda entonces, húmeda de verdad, y vuelve el pánico. Pero él la tiene bien sujeta por los hombros, y lo siente respirar con un bufido y los dientes apretados. Contiene el aliento cada vez que él la penetra, más fuerte que nunca. Como si estuviera enfadado. Y ella solo puede pensar en el pene embadurnado en su sangre, en las sábanas empapadas de rojo debajo de ellos. En lo que supondrá para ella el estropicio.

Le pone las manos en el pecho y lo aparta. Él sale de su cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunta Ben a la vez que recupera el aliento.

Ella arruga la cara al notar cómo le cae encima su sudor.

Palpa el interior de sus muslos, pegajosos, y se lleva los dedos a la nariz en la habitación a oscuras, busca el olor metálico que tan bien conoce. Nota cómo él se echa a su lado.

No le ha pasado nada. Está bien. No hay sangre. Da media vuelta en la cama para acercarse a él y sus manos se buscan, se abrazan. Ella tenía la mente en otra parte, pero él también.

Tiene por fuerza que creer que estarán bien.

Él se pone de lado, ella se arrima. Quiere notar el calor de esa espalda contra su vientre florecido, creer en lo que están llegando a ser.

# Capítulo 34
## Whitney

Hace siete meses

Whitney se sienta a su mesa de trabajo y lee el boletín de evaluación continua de Xavier correspondiente al mes de octubre. Louisa lo encontró en la mochila del chico y le mandó una foto.

Por debajo de la media. Por debajo de la media. Por debajo de la media. En casi todas las líneas del boletín. Necesita ayuda para completar las tareas. Hay que estar encima de él todos los días. No cumple con los objetivos. Y tal vez lo peor: falta de motivación. No se toma en serio el trabajo.

Nada de ello la sorprende. Le están pagando clases particulares. Le dejan jugar en el equipo de ajedrez con los chicos mayores, para darle confianza. Sobresaliente en matemáticas, en pensamiento abstracto, en reconocimiento de patrones. Suspenso en todo lo demás.

Ella lo sabe, pero le da náuseas verlo escrito en un papel. Tiene que ser más dura con él, diga lo que diga Jacob, que lo defiende. Su marido está preocupado porque ella hace de menos a Xavier, lo critica demasiado delante de la gente. Y puede que tenga razón, puede que ella exagere las deficiencias de su hijo porque la ayuda a controlar las expectativas que tiene puestas en él. Y si no, mira. Mira estas notas. Esta es la prueba. Whitney siente que se le acaba el tiempo que tiene para moldear a Xavier y hacer de él el niño que ella quiere que sea, y no el que es.

Está a punto de salir cuando entra Grace y le pregunta si ha visto el correo electrónico. No lo ha abierto, pero nota, por cómo Grace habla en voz baja y se aferra al canto de la puerta, que leerlo no la va a poner nada contenta.

Y así es. Le llega en copia oculta y es breve y formal. Han echado a una clienta de su compañía de telecomunicaciones. Y, si una clienta acaba en la calle, el equipo de Whitney va detrás. Había una propuesta para contratarlos a largo plazo

con medio millón de dólares encima de la mesa de su clienta, quien le dijo a Whitney que lo firmarían al final del año en curso. Whitney supo entonces que tanta dilación no era normal y que había algo detrás. Esa compañía ha sido el nombre de mayor prestigio de su cartera de clientes en los últimos cuatro años, solo con eso se amortiza el sueldo de un equipazo de gente a su cargo. Whitney no puede pasar sin esa empresa.

Se queda mirando el correo electrónico y piensa a quién más puede llamar en esa corporación, con quién tiene buena relación. Quién reemplazará a la clienta en ese puesto. Puede que quede todavía margen si toma la delantera. Podría solicitar una reunión y recalcar lo mucho que han hecho por ellos, presentarles un proyecto modificado y menos ambicioso y bajar la tarifa. Repasa los e-mails para dar con un director al que conoció una vez en una cena benéfica, un baboso que tiraba para atrás y cuyo nombre no recuerda, cuando la propia clienta le manda un correo, dirigido solo a ella.

Lo siente mucho. Ojalá hubiera acabado todo de otra forma para la empresa de Whitney, pero es que le han dicho que cancelaban todos los contratos de consultorías. Los de personal seguirán en contacto con ella. «Quedemos a comer después de las vacaciones», apunta.

«Que te den por culo». A Whitney no se le ocurre otra cosa y se lo dice a la pantalla, aunque sabe que debería ser más fina, contestarle y decir que lo siente, que ponga la vista en cosas de mayor calado, darle las gracias por los cientos de miles de dólares en emolumentos. Pero lo que es aquí y ahora, deja que la ira se lleve el gato al agua.

Estas frustraciones —su hijo que va fatal en el colegio, haber perdido a su clienta más lucrativa— son las excusas a las que recurrirá luego, en ese espacio de tiempo en el que tendrá necesidad de ello.

Le manda la foto de las notas a Jacob, que duerme esa noche en Manhattan por la inauguración de una galería. No añade ningún comentario.

Cuando aparca en el camino de entrada ve a los niños por los ventanales de la fachada principal. Los mellizos persiguen a Xavier por el salón, respingan encima de la mesa de cristal, tan cara, y Thea tiene algo oscuro en la mano, puede que

pastel de chocolate. A saber si es que Louisa ya no puede más. Debería entrar, dejar que la buena mujer se fuera a casa. Pero una sensación incómoda le sube por la columna vertebral y le atenaza el cuello, y es la constatación de lo que la espera: «Mamá, ¡baja a la cocina! ¡Tengo hambre! ¡Sebastian me ha pegado! ¡Límpiame el culito! ¡Zags no me quiere dar chuches!».

No se ve capaz. Lo que hará será quedarse en el coche y mirar el teléfono. Pone el motor en punto muerto, y entonces ve una figura por el retrovisor: es Blair. Blair, que logra hacer que el trabajo desaparezca. Blair, que cree que su hijo, el de los muchos humos y las malas notas, es especial. Blair, que seguro que se apunta a una copa o dos de vino. Enseguida se anima, como si le hubieran dado a un interruptor. Sale del coche, dice que estaba justo pensando en ella. Chloe está detrás de su madre, busca a Xavier.

—Entra a buscarlo, Chloe. Están corriendo por toda la casa, con Louisa detrás. —Whitney nunca va a casa de Blair. Pero hoy mira la acera de enfrente, piensa en el caos que la espera detrás de la puerta de su propia casa y dice—: ¿Te importa si vamos a tu casa hoy?

Abren una botella de una bodega de la zona de la que Whitney no ha oído hablar, y no está fría, pero Blair no tiene más alcohol en casa. Whitney pasea la vista por la sala de estar y no recuerda cuándo fue la última vez que estuvo allí. Hay algo cuco y acogedor en la casa de Blair. Las fundas del sofá y el sillón a juego. La tele en un viejo banco de madera que la propia Blair pintó a la tiza. El delicado algodón de las cortinas, casi como sábanas de niño, tan finas que se ve lo que hay detrás.

Va hasta las estanterías que Blair ha decorado a su gusto con libros ordenados horizontalmente por el color, fotografías dispuestas con todo el cuidado en marcos de oro rosa, pequeñas plantas carnosas en sus macetitas. Coge una foto de Chloe, Aiden y Blair, puede que del último verano. Blair y Chloe tienen las mismas pecas, son igual de monas. Sus cabezas se tocan, y el pelo les cae de manera que no se ve dónde acaba el de Blair y empieza el de Chloe. Aiden está detrás en esa foto, bronceado, sonriente. Parece diez, quince

años más joven de la edad que tiene. Hay algo en él. Le hace pensar que no tiene pinta de encajar mucho allí. Con ellas, en ese instante de la foto.

—Le he echado un poco de hielo. —Blair está detrás de ella ahora, le acerca una copa, se queda mirando la misma fotografía un instante de más. No dice nada. Se vuelve y encara la sala, pide perdón por un desorden que no es tal.

Whitney insiste en que la casa tiene un aspecto estupendo, se ve fenomenal. Coge otra fotografía, esta vez de los padres de Blair, y prueba a buscar el parecido en las narices, en el contorno de las caras, la postura que tienen, los dos con una mano en el cuello de un caballo que mira fijamente a la cámara.

—De tu madre no hablas mucho —dice Whitney—. ¿Cómo es?

—¿Mi madre? Pues… —Busca con la mirada el ángulo en el que la pared se junta con el techo, como si no le hubieran preguntado nunca nada semejante—. Es muy sencilla. Le gusta coser. Ve muchas telenovelas.

A Whitney no le queda más remedio que echarse a reír.

—¿Y ya está? Ay Dios, espero que a mis hijos se les ocurra algo mejor que eso algún día. ¿Qué clase de mujer es? ¿De qué pie cojea?

Blair se tapa la cara con la mano, también se ríe.

—Pues es así como… no sé. Vacía. —Acaba la risa. Da un sorbo a la copa.

—¿En qué sentido?

—Hubo algo que cambió en ella en un momento dado, cuando yo tenía ocho o nueve años me parece. Antes tenía menos preocupaciones, era más feliz. Nos matábamos a cosquillas y ese tipo de cosas. Pero pasó que al final mi padre y ella dejaron de hablarse y la cosa se puso un poco… tensa. —Aparta la mirada de Whitney—. Es posible que mi padre tuviera a alguien más… —Lo deja ahí, dice que no con la cabeza. Carraspea y endereza la espalda en el asiento. Whitney espera, pero a Blair se la ve rígida. No va a contar nada más.

—Yo creo que mi madre estuvo pensando en dejarnos cuando éramos pequeños. Dejar a mi padre, eso seguro, pero también a nosotros, sus hijos —dice Whitney, y pasa el dedo

por el borde de la copa. No le ha contado eso a nadie antes.

—Lo siento mucho.

—No, qué va… si te digo la verdad, ojalá nos hubiera dejado.

—Pero Whit, eso habría sido traumático. Te habría cambiado la vida para siempre.

—Y la de ella también. Mientras que ahora, con setenta años, no puede casi moverse. Parece que tenga veinte años más. ¿Sabes que sigue viviendo en el mismo apartamento en el que nos criamos? Se niega a salir de ahí. Puede que esté esperando a que mi padre muera.

—Sí, pero mírate ahora. Y la vida que tienes comparada con aquella infancia. Ya sé que no te ayudó mucho, pero, al quedarse, algo te dio, ¿no? Ese tipo de estabilidad le imprime su sello a la vida de una persona, y es para bien.

Whitney vuelve a negar con la cabeza. No quiere contarle a Blair cómo le hablaba su padre a su madre. A veces no sabía si su madre no lo prefería así, dolido y sin trabajo, para que no fuera detrás de ella diciéndole guarradas al oído. Casi ni se tenía en pie.

—No, estaba atrapada, ciñéndose siempre al guion —dijo Whitney—. Siempre lo supe. Llevaba siempre un billete de autobús escondido en el bolsillo, como si fuera a salir de la tienda de ultramarinos cualquier día y no parar hasta llegar a la estación.

—No me cabe en la cabeza que alguien quiera dejar a su familia de esa manera.

—Pero el sacrificio de la maternidad no es para todo el mundo, ¿o sí? Cambia quién eres en la vida. Es una decisión irrevocable que te altera por completo. Nos quería, lo sé. Yo se lo notaba. Pero seguro que soñaba despierta pensando en quién podría ser sin el lastre de nosotros como una losa. No es fácil para todo el mundo. Por mucho que creas que es lo que has querido.

Blair alza las cejas y pasea la vista por la sala de estar.

—Lo pillo. Pero elegimos ser madres sabiendo lo que tiene de abnegación, ¿no? Ellos van primero, aunque nos cueste. Procuramos tomar las decisiones adecuadas, caiga quien caiga. Y al final resulta que nos sale gente boyante y feliz que hace el bien por el mundo. En resumidas cuentas, eso es lo

más importante. Yo no pido más.

«¿Estás de coña? —piensa Whitney—. ¿Por ese camino vamos?». Como si fuera un exceso querer algo más para una misma. Como si tuvieran que cumplir con la cota de abnegación y solo entonces, después de colocarlos y tenerlos contentos, pudieran ellas ser algo más.

—Claro, todas las madres quieren que sus hijos sean felices. Lo que quiero decir es que es casi imposible que una mujer no se deje la vida en el intento. Es como… una muerte voluntaria en cierto sentido.

Pero Blair no dice nada. Y entonces el silencio se vuelve opresivo.

—En fin, sea como sea, no es para debiluchas, joder, ¿a que no? —Whitney da un sorbo y exagera el gesto, como si quisiera rebajar tanta tensión.

Blair la imita, pero le sale una risa forzada y ronca; alcanza la botella para rellenar las copas. Whitney sabe que ahora va a cambiar de conversación. Hablará de los planes que tienen para pasar la nochebuena, la fondue que harán con los niños, las zapatillas de estar en casa a juego que ha encargado para todos.

Sin embargo, Blair guarda silencio. Se sienta en postura de yogui.

—¿Qué tal las notas de Chloe? —Whitney sabe que querrá que se lo pregunte.

—Todas bien —dice Blair, pero se le endurece el gesto. Chloe va maravillosamente bien en todo—. ¿Y Xavi?

—Pues no tan bien. A ver, este curso le hemos puesto un profesor particular, pero… no sé.

—Las clases particulares tardarán en dar fruto, pero funcionarán. Xavi lo sacará con la debida ayuda. Y un poco de paciencia. Se lo ve tan capaz. Es muy buen chico.

Como si fuera la experta. Como si hubiera que convencer a Whitney del potencial de su hijo. Como si Blair pudiera hacer por él lo que su madre no puede.

Whitney se quiere ir. Nota ya el efecto del vino y tiene hambre, quiere mirar el teléfono, que se había asegurado de dejar en el bolso.

—Bueno, hablando de todo un poco, ya es hora de que vaya en auxilio de Louisa. Te mando a Chloe a casa.

—Sí, Aiden llegará en cualquier momento.

Se abrazan y, cuando Whitney se separa, le coge la mano a Blair.

—¿Va todo bien?

—Pues claro —dice Blair después de un breve silencio.

Pero Whitney no sabe si quedarse, después de todo. Le podría decir que la entiende mejor de lo que ella cree. Que ojalá Blair tuviera su propia versión del billete de autobús de su madre escondido en algún bolsillo por ahí. Una alternativa. Pero Blair jamás se habría comprado un billete de autobús. Ni se le habría pasado por la cabeza.

La verdad te hará libre, piensa Whitney desde la puerta de la calle, viendo cómo Blair enjuaga las copas en el fregadero. Y la mentira te hará sufrir.

Sale a la calle con los zapatos de tacón en la mano y nota el cemento frío a través de las medias de nailon. Oye que se cierra la puerta de un coche detrás de ella.

—Te he oído decirle a tu hijo que no salga a la calle descalzo.

Ella se da la vuelta. Él sonríe.

Pese al aturdimiento del alcohol, es capaz todavía de reconocer ese instante que puede a continuación decantarse de un lado u otro. Que se tambalea en el filo de la deshonra pero que no incrimina todavía. Palabras, es solo un intercambio de palabras. Unos segundos. Nada por lo que sentirse culpable aún. Nada que una madre no debiera hacer.

—Al final no nos tomamos nunca esa copa, ¿verdad? Deberíamos, algún día, ya sabes, cuando quieras.

La mirada a la casa de ella. A la de él.

Ahí podía haber quedado la cosa, en algo que alguien dice y nunca pasa a mayores. El mero hecho de proponerlo, la posibilidad, como el billete de autobús en el bolsillo del abrigo de su madre.

# Capítulo 35
Blair

Viernes

Son las siete menos cuarto de la mañana del día después del accidente de Xavier, pero él no es lo primero en lo que ha pensado Blair nada más despertar. Cierra de golpe las puertas de los armarios de la cocina y cacharrea con los platos en el fregadero. Es un periodo de gracia muy generoso. Lleva una hora bullendo por dentro. Chloe alza la vista de la sopa de letras que está haciendo en la mesa de la cocina mientras se acaba el desayuno. Blair cierra la siguiente puerta del armario más despacio.

Aiden está todavía en el sofá de la sala de estar, y Chloe lo llama para que vaya a la cocina.

—¿Papá? Mamá quiere que te levantes ya.

Él entra sin prisa en la cocina y se sirve un vaso de agua.

—Buenos días, queridas. —Le revuelve el pelo a Chloe y señala una palabra en la página—. Furiosa. F-U-R-I-O-S-A.

—¿Dónde? —Chloe acerca la vista y Aiden sonríe a Blair con una mueca cómplice, pero ella se aparta. Su marido se pone detrás de ella y le planta una mano en el hombro. Quiere aplacarla. Luego se prepara un café y ella huele el alcohol que lleva en el cuerpo.

Cuando se quedó dormida a las dos de la mañana, él todavía no había vuelto. Blair le mandó varios mensajes. Dónde estás. Es tarde. Dónde estás. El coche de Jacob estaba aparcado delante de la casa a las once de la noche, o sea, que Whitney estaría sola en el hospital. Blair se torturó a sí misma dándose a especulaciones. Metió la cabeza debajo de la almohada y suplicó y suplicó que dejara de darle vueltas.

Ya no puede seguir así.

—Vamos arriba. —Es lo único que alcanza a decirle.

Se sienta en un extremo de la cama y espera a que suba. Aiden teme que se comporte como la esposa fuera de sí, que vomite la ira que le reserva solo a él. Ella piensa cuánto debe

decir. Hasta dónde llegar. Lo único que tiene es la esquina de un envoltorio y una llave. Y horas y horas poniéndose en lo peor. Solo eso.

No hay ningún plan ni idea de qué hacer a continuación si él dice: sí, es una llave que le di de mi oficina, donde follamos; es el envoltorio del condón que me puse. Ya no puedo seguir mintiéndote. ¿Acabamos con esto ya?

Él se echa en la cama al lado de ella y le pone una mano en la espalda.

—Quieres que me disculpe, y te lo debo. Siento haber llegado tan tarde.

—¿Dónde estuviste?

—Tenía que haberte llamado. Fuimos a casa de Lin después del pub y sacó las fichas de póquer. No me di cuenta de lo tarde que se hacía. —Le frota la zona lumbar con suavidad.

—No respondiste a ninguno de mis mensajes

—No saqué el móvil, los vi cuando salí de su casa. Lo siento.

Le mira las manos, las tiene ahora encima del pecho, como si fuera a echarse una siestecita. Piensa a quién habrán tocado esas manos. Lo fácil que le resulta mentir a la gente.

Baja a la sala de estar a recoger los pantalones que él dejó en el suelo. Mete la mano en todos los bolsillos. Las tarjetas de crédito, las llaves del coche, el móvil. No hay ningún tíquet del pub. Mete la contraseña en su teléfono y pasa revista a los mensajes. No hay nada de la noche anterior. Ni siquiera los mensajes desaforados que Blair le envió. Los ha borrado.

Nunca antes había borrado nada. La cadena de mensajes es como un apéndice de su matrimonio. Un registro del transcurso de sus días. Ella siempre está ahí, en lo alto de la pantalla. Es lo primero que él ve.

Parece que está dormido cuando vuelve al dormitorio.

—¿Por qué has borrado todos mis mensajes?

—Pero ¿qué haces?

—Contéstame.

—No tengo ni idea, los borré, sin más.

—¿Para que nadie los viera?

—No eran lo que se dice mensajes bonitos. En el último me mandabas a tomar por el culo. ¿Pensabas que los iba a

guardar?

Ella va hasta la cómoda y saca la llave. La pone en la palma de la mano y la acerca para que él la vea.

—Esa llave es mía. ¿De dónde la has sacado?

Adelanta un brazo para quitársela, pero ella cierra el puño. Le nota algo en la voz a su marido, una paciencia distinta que ella no espera, el esfuerzo por conservar la calma. Blair vuelve a ponerse en guardia. No va a poder dar marcha atrás. Piensa en Chloe en el piso de abajo haciendo la sopa de letras. Puede llevarla al colegio y luego separar la ropa sucia por colores. Puede sacar la carne picada del congelador para la cena. El día puede seguir su curso, todo puede seguir intacto.

Pero lo que dice es:

—La tenía Whitney.

—Whitney, ¿por qué? —Se incorpora y apoya el peso en un codo. Frota el mentón sin afeitar. Tiene los ojos inyectados en sangre.

—Dime tú por qué.

Entonces se ríe. Apoya la espalda en la cama. Se está burlando de Blair y sus preocupaciones. En teoría, ella debería sentirse ahora como una estúpida.

—A lo mejor se la encontró en el gimnasio. Me parece que la perdí allí. Yo qué sé. La detective eres tú, pregúntale.

A Blair le late el corazón a cien cuando él atenúa la luz del cuarto.

—Ya no va a ese gimnasio. ¿Por qué no dártela si de verdad se la encontró?

—No sé adónde quieres ir a parar, Blair. ¿Será que se le olvidó? Es la llave de la puerta de atrás de mi despacho. Pero, en fin, ya no vale, tuvieron que cambiar la cerradura porque la perdí.

Sale del dormitorio y abre el grifo de la ducha.

Ella lo sigue. Quiere salir corriendo de casa y dejarlo ahí con Chloe, con los platos del desayuno, con la nevera vacía, las pilas de ropa sucia, el aburrimiento, la rutina. Con el nudo en el estómago que lleva semanas atenazándola, desde que encontró el trozo de envoltorio del condón. Quiere que él sienta lo que es ahogarse en todo eso. Quiere arrebatarle la parsimonia con la que anda por la vida, la calma que siempre

tiene tan a mano. Quiere arrancar la cortina de la ducha de los endebles ganchos de plástico, darle a tope al grifo del agua caliente y que lo escalde, meter la mano en su vello púbico y arrancárselo de cuajo.

Aparta la cortina de un tirón.

—¿Me estás engañando con otra?

Le late todo el cuerpo, a la espera. A la espera.

# Capítulo 36
Rebecca

Despierta por la mañana cuando nota que el colchón se mueve a su lado. Tiene libres los próximos dos días. Espera en la cama hasta que huele el café que Ben está preparando. Cuando baja a la cocina, se arrebuja en la bata, apoyada en la encimera, y ve cómo él saca cosas del frigorífico para el desayuno. No sabe si estará pensando en lo de anoche, en cómo ella lo apartó. ¿Le parecería que estaba protegiendo algo? ¿Le daría que pensar?

—Ben.

Él levanta la vista, sonríe. Pregunta cómo quiere los huevos.

—Estoy embarazada.

Ben dirige la mirada hacia la huevera que acaba de abrir.

Con cada segundo que guarda silencio es como si se alejara más y más de ella. Aunque no se mueva. Ojalá estampara un huevo contra el suelo. Todo el cartón. Y le dijera que está loca. Cualquier cosa menos el silencio.

—Más de dieciocho semanas. Cinco días más de lo que habíamos aguantado antes.

Ella quiere decir que también tiene miedo. Que a veces se siente como un monstruo que lanza fetos contra la pared para ver cuál queda pegado, pero que hasta allí han llegado: funciona esta vez. Quiere decir que lo siente pero es lo que tenía que hacer.

—Dijiste que estarías pendiente, que no siempre hacía falta condón. —Pone las yemas de los dedos en la encimera—. Esto no era…

—Necesito que tú también lo desees, igual que yo.

—No se trata de lo que yo desee —dice él con una dureza que la sobresalta—. Se trata de lo que podamos superar. ¡Y tú no aceptas eso! Ya no… ya no eres tú misma.

—Hay una posibilidad. Hay esperanza.

Nota cascada la voz cuando dice la palabra «esperanza» y se siente más vulnerable que nunca ante él. Más que en las horas juntos en salas de espera y las noches en el suelo de baldosas frías, mientras él la ayudaba a limpiarse la sangre. Está cansada de tener tanto aguante. De ser racional como debe ser un médico. A tomar por culo las estadísticas de las que forma parte. A tomar por culo las probabilidades de que todo salga bien. Sí, es ciencia, es biología, es cuestión de células. Una de dos, o su cuerpo es capaz de albergar una vida o no. Pero también es una mujer que quiere sentir cómo se retuerce y pesa en su pecho desnudo su propio recién nacido. Quiere saber qué se siente cuando a una la consume su amor de madre. Verse en los gestos del niño un día y admirarse de que esa exquisita criatura le pertenezca. Cree que se le debe esa oportunidad, con independencia de lo racional, juicioso o posible.

Ben exhala largo y tendido, pero ella no quiere seguir en la misma habitación que él, no si es incapaz de mirarla a la cara y decir lo que ella necesita oír. Espera.

Y luego le da la espalda y sube despacio las escaleras, entra en el cuarto que pintó hace tres años, con suma atención, amorosamente, mientras pensaba cómo sería su hijo. Echa de menos a la primera bebé que tuvo en sus brazos, aunque no sepa quién es. No conoce la voz de su hija ni sabe qué se siente al ser vista por ella. O amada por ella. Es algo indefinido. Etéreo. El cuarto está vacío, a la espera. Y Rebecca se tumba en el suelo de tarima para ver cómo la luz de la mañana cambia el color de las paredes.

# Capítulo 37
Blair

Aiden no abre los ojos. Ladea la cara para que le dé el chorrillo de la vieja alcachofa de la ducha. Ya ha tenido bastante por hoy. La va a mandar a paseo. Ni siquiera le va a dar el gusto de negarlo con sus propias palabras.

—¿Me oyes…?

—Sí, ¡ya te he oído! Y la respuesta es que no. ¡Hostia puta!, ¿cómo te atreves siquiera a preguntarlo? —Tira de la cortina para cerrarla. Ella se queda mirando las manchas de moho que no ha sido capaz de quitar. Espera a que él lo diga: «No me eches encima las movidas de tu padre. Yo no haría lo que hizo él». Pero no lo dice.

Va a la habitación de Chloe. Alisa las mantas en la cama y las remete debajo del colchón, recoge el camisón del suelo. Está cansada de todo, de todas las emociones, de todos los pensamientos. De ver en qué se ha convertido. Escucha cómo se detiene el agua en las cañerías, el chapoteo de los pies mojados en el suelo limpio del baño. Quiere que venga a buscarla. Que alargue un brazo para que ella se meta ahí. Que lo niegue una vez más y haga lo que tenga que hacer para que no se sienta así de mal.

Piensa en cómo le temblaban las manos cuando estaban delante del altar. En las moras que cogían de camino a casa de sus padres cuando Chloe tenía tres años, las manchas moradas en los dedos que duraban días. En el vapor que llena la segunda planta cuando se ducha con la puerta abierta, haciendo que a todos se les encrespe el pelo. En el olor de su piel impregnado en las almohadas, incluso cuando ha cambiado las fundas. En lo dulce que le prepara el café por las mañanas, doble de azúcar, demasiada leche. He ahí lo poco reseñable de una digna vida juntos, la vida que una vez pensaron que sería suficiente.

No sabe muy bien qué significa haberse enfrentado por fin

a él. Haber soltado un roedor rabioso de su jaula y, aunque ya no tiene el traqueteo de la amenaza entre las manos, sigue vivo en alguna parte. Volverá.

Necesita que se lo expliquen todo. Con pelos y señales. Pero ahora mismo no se lo puede preguntar a Whitney.

—¿Por qué lloras?

Blair no ha oído los pasos. Da la espalda a la puerta para que Chloe no le vea la cara.

—Vuelve a la cocina —dice en tono cortante.

—Es que…

—Chloe, ¡déjame sola un minuto! Vete, haz el favor.

Pero Chloe no se va. Abraza a Blair por la cintura y la aprieta fuerte. Blair piensa en la primera vez que vio a su madre y le pareció pequeña. Triste. Débil.

—Pero, mami, ¿por qué lloras?

—No lloro, estoy bien. Bien. Vamos a terminar la sopa de letras antes de irte al colegio. —Blair se seca la cara y sonríe. Tira una almohada en forma de arcoíris encima de la cama y le da un cachete a Chloe en el culo. Le recoge el pelo, lo ata con una goma y, con lo que le da de sí el hilo de voz que le sale, dice—: ¿Todo bien? Vámonos.

Pero mientras baja trotando ve que Chloe se ha quedado parada en lo alto de las escaleras, mirándola.

Aiden entra en la cocina cuando Blair está ayudando a su hija a buscar la palabra «jánuca». Evita mirar a su marido a los ojos mientras mete debajo del chorro del agua la cuchara que él ha utilizado antes, cierra el cartón de leche que dejó abierto, limpia las gotas en la encimera derramadas por su descuido.

Luego se sienta a la mesa y sube a Chloe a sus rodillas. Tienen que contarle lo de Xavier antes de que llegue al colegio y empiecen las habladurías. Aprieta el pechito de Chloe con la mano para notar cómo palpita y huele la mezcla de sudor y tierra del parque acumulada el día anterior. Recuerda cuando le cabía su sedosa cabeza en la palma de la mano, el peso de un pomelo, y el consuelo y la promesa que alberga todavía la vida de un recién nacido. Entonces Chloe se aparta.

Menos mal que no ha sido ella.

—¿Vais a decirme qué pasa? ¿Con Xavi?

Aiden toma asiento y le acaricia la mejilla.

—Xavi ha tenido un accidente —dice—. Una mala caída desde la ventana de su habitación el miércoles por la noche. Va a estar en el hospital un tiempo hasta que se ponga mejor.

—¡Ay! —Chloe guarda silencio. Mira a Blair—. Pero ¿cómo se cayó?

—No estamos seguros. Era de noche, ya tarde, así que nadie sabe qué pasó.

—¡Ay! —dice otra vez. Esconde la barbilla y se mira el regazo.

Blair la acerca para sí y la abraza fuerte. No quería contárselo. No quería que se preocupase.

—¿Se va a poner bien? ¿Lo van a curar?

—Pues claro que sí, cariño. Todo va a salir bien, ¿vale? —Blair le besa la cabeza, Aiden la mira a ella. Blair le devuelve la mirada para que no diga nada más.

—¿Por eso estabas llorando?

Blair no mira a Aiden. Dice que sí con la cabeza.

—¿Podemos mandarle una carta? Y le damos un avión que se dejó aquí… Es su favorito, así que querrá jugar con él en el hospital.

—Qué buena amiga eres, Chloe. —Blair la besa—. ¿Por qué no te vistes y vamos a comprar una tarjeta bonita antes de ir al colegio? Si salimos ahora nos da tiempo.

Aiden suspira muy alto cuando la niña sale de la cocina. Blair se levanta y no para quieta.

—¿Han dicho algo más esta mañana? —pregunta su marido con sorprendente sangre fría después de cómo se ha enfrentado a él.

—Nada.

No le ha hablado de la reacción de Whitney en el hospital el día anterior. Solo que lo llevaba lo mejor que podía. Que le había subido algo de comer. Aiden hojea el periódico, pero no se detiene en ninguna sección. Lo deja encima de la mesa y da un sorbito al café. Blair se apoya en la encimera y lo observa. Sigue dándole vueltas al asunto.

Él se acerca y le besa la cabeza, le rodea el cuello con un brazo. Posa allí los labios un instante. Pasemos de esas tonterías, sentencia. Qué bien se le da eso, hacer como que

perdona.

Pero esta mañana todo parece distinto. Ella se fija en cómo gravita a su alrededor, observa la rápida dilatación y el hundimiento de su pecho. Le pone a Blair más café, luego se sirve él, y el silencio pesa en el aire. Se rasca la mandíbula, una línea que ella conoce de memoria. Se frota el cuello, ese cuello del que se ha colgado tantas veces. Hay partes físicas de él que casi parecen suyas, y, aunque ya no la atrae como solía, es más, la mayor parte de los días ni siquiera le gusta, se siente posesiva con él. Es su mandíbula. Es su cuello. Su marido que silba.

Puede que solo estén en mitad de un matrimonio que se hunde, presas de sentimientos encontrados.

Él sube a la planta de arriba, se prepara para ir al trabajo. Ella espera a Chloe y echa un último vistazo a la casa, la mesa que nadie ha recogido en la cocina, las almohadas apretujadas en el sofá, donde Aiden ha pasado la noche.

Piensa en una noche al principio de su relación. Salieron a cenar después del trabajo. Todavía tenían de qué hablar, historias y cosas favoritas y sitios que querían conocer juntos. Recuerda que pensó, mientras lo escuchaba, que ya no sabía lo que era sentirse sola. Dejó atrás la envidia que les tenía a esas amigas treintañeras que una por una habían buscado abrigo en sus propias relaciones y sabían que tenían un futuro por delante. Por fin había hallado ese futuro para ella. No había que tenerle miedo a no contar con las cosas que había ansiado con tanto ahínco: un hijo. Un hogar. Una buena vida. Su carrera ya estaba en marcha y no iba a dejarla. Había alcanzado la mayoría de edad en los noventa —¡las chicas al poder!— y una mujer tenía derecho a quererlo todo, a serlo todo. Y ella estaba decidida a lograrlo, a diferencia de su madre.

Cuando el camarero se llevó los platos, Aiden le buscó la rodilla con la mano debajo de la mesa. Ella pensó en cuánto le había dolido depilarse con cera el día de antes. En las relaciones sexuales que tendrían esa noche. Había pedido una cena ligera. Alargó la mano por debajo de la mesa y los dos rozaron sus uñas, sus nudillos. Él le había preguntado qué quería hacer al día siguiente.

—Huy, no sé, hacer un poco de compra, ir a yoga y

ponerme al día con el trabajo atrasado.

—¿Qué te parece si miramos sitios? —dijo él.

—¿Sitios?

—Una casa. Juntos.

Él se rio de la sorpresa de ella, de su regocijo. Levantó la copa hacia ella, y ella alzó la suya para brindar. Tenía la sensación de que le había tocado algo en suerte. ¿Le había tocado él? ¿Una vida que tenía toda la pinta de ser feliz? Entonces comprendió por qué Aiden había pedido champán. Se sintió eufórica. Y enamorada. Y aliviada luego. Y entonces empezó a hacer estrías con el tenedor en la mousse de chocolate que mediaba entre ellos encima de la mesa.

Sugirió barrios que podrían permitirse con los dos sueldos juntos. Y el número de habitaciones. Él decía que sí a medida que ella hablaba, pero, cuando Blair levantó la vista, Aiden la tenía fija en algo más allá de ella, arrobado. Ella lamió el chocolate del tenedor y lo sostuvo en alto, miró los dientes del cubierto hasta que la imagen de él, detrás, se hizo borrosa. No quería darse la vuelta para ver qué estaba mirando él. Pero no tenía otro remedio. La mujer, encantada, le contaba algo a su amiga con la mano haciendo de pantalla y luego volvía a mirar de reojo a Aiden. Pero entonces se topó con Blair, que rápidamente lo encaró a él. Aiden carraspeó. Rebañó la última cucharada de postre y dijo:

—Mañana pues. Tengo visitas concertadas a las diez.

En ese instante ella comprendió algo de él que no había querido ver. Pero la gente corre sus riesgos cuando desea algo con muchas ganas. Hay cosas que aprenden a pasar por alto. Era solo una mirada. Ella lo amaba. Él era el hombre de su vida, o al menos el que ella había elegido. Ya había decidido pasar la vida a su lado. Había llegado hasta allí ya.

# Capítulo 38
## Blair

Ya en la calle, ve a Mara en el porche en camisón. Chloe la saluda con la mano al pasar por delante en su patinete, pero a Blair le extraña que no esté vestida todavía, es raro. Le pide a Chloe que espere, cruza al trote la calle, abre la puerta oxidada de hierro y entra en el jardín de la vecina.

—¿Habéis oído Albert y tú lo que les ha pasado a los Loverly? ¿El miércoles por la noche? —A Blair le da el sol en los ojos y pone la mano de visera para ver a Mara.

—Sí —dice Mara. Blair espera a que diga algo más, siempre hay más. Sigue la mirada de Mara, que busca el camino de entrada de los Loverly. Allí está el coche de Jacob, pero con las cortinas echadas la casa parece sin vida. La vecina tiene la boca sellada.

—Vale, bueno… —Blair da unos pasos atrás y, por una vez en la vida, Mara no dice nada para que la conversación siga fluyendo—. Ya te avisaremos si hay noticias.

Aprieta el paso para alcanzar el patinete de Chloe, cruzan la calle Harlow hacia poniente en dirección a la tienda. Es el típico día de primavera que aviva el optimismo de la gente y los lleva como en volandas, pero a Blair no hay quien le quite el peso del cemento en el estómago. Es por Xavier. Pero también por culpa de la llave de la que no puede pedirle explicaciones a Whitney. Y por el modo en que Aiden ha dado portazo al asunto.

No le convence nada de nada.

Se detienen en el semáforo. La pregunta le sale por la boca aun antes de pararse a pensarlo.

—Chloe, te tengo que preguntar una cosa. ¿Alguna vez has visto a Whitney enfadarse con Xavi cuando yo no estaba allí? Enfadarse mucho mucho, quiero decir.

Es como si traicionara a su mejor amiga. Algo que no tiene vuelta atrás. La culpa cede un poco y queda un resquicio por

el que quiere oír algo que incrimine a Whitney. Algo que no tendrá más remedio que contar a su vez a otra persona.

Mira fijamente la acera mientras Chloe piensa.

—No sé.

—¿De verdad no lo sabes o es que no me lo quieres decir?

Chloe da unos golpecitos en la acera con la puntera de la zapatilla. Piensa un poco más.

—Pues nunca la he visto enfadarse mucho mucho. Solo una vez, en la fiesta del jardín. Y el día que dejamos las galletas.

Fueron a casa de los Loverly en Nochebuena con una lata de galletas recién horneadas. Chloe quería dejarla en la mesa del recibidor para darles una sorpresa, había escrito una nota para los duendes de Papá Noel y la pegó a la tapa. Entró en silencio y entonces se volvió para mirar a Blair con los ojos muy abiertos. Blair también lo oyó. El grito de un niño que venía de alguna parte de la casa, el rugido de la voz de Whitney. Y un golpe muy fuerte contra el suelo. Y luego un portazo. Y luego el llanto.

Blair tiró de Chloe para sacarla de allí, cerró la puerta sin hacer ruido y dejó las galletas en el felpudo. El miedo que sintió la dejó paralizada, como la tarde de la barbacoa, asomada a algo demasiado íntimo. Quiso no haberlo oído. Cuando llegaron a casa, fue al sofá y tiró de Chloe para que se sentara a su lado. Le recordó que a veces los adultos perdían la paciencia. «Pero tú no haces eso —dijo Chloe—. Tú nunca das miedo». Blair dijo que todo el mundo tenía un mal día. Y luego se lo repitió a sí misma mentalmente hasta convencerse.

Ahora Chloe no levanta la vista de la acera. Blair sabe que no es sincera con ella. Sabe leer perfectamente a su hija, conoce al dedillo todas sus expresiones, todos sus gestos, y sabe que oculta algo, que está haciendo lo que cree que debe hacer una niña buena.

En la tienda, mientras Chloe elige una tarjeta para Xavier, fulmina con la vista el estante de los preservativos al fondo, cerca del mostrador de la farmacia. No recuerda que antes hubiera tanta variedad. Más sabores y texturas y geles lubricantes, un mundo que a ella le viene ya grande. Imagina que alguien desenrolla la goma tensa por la polla de Aiden.

Saca el trocito de envoltorio del bolsillo. Va abriendo una

por una las cajas de la marca que compraba Aiden. Busca el mismo tono de verde, el borde ondulado, pero solo encuentra una joya parecida de color ciruela. Saca una ristra de condones de la caja y los compara con el pedacito que ha traído. El peso y la textura son idénticos. La esquinita que se encontró tiene las mismas medidas.

Podría entrar en la página web de la marca para ver toda su línea de productos. Podría preguntarle a una empleada si tienen más en el almacén. ¿Y luego qué? Se quedará bloqueada en ese punto en el que lleva meses. Buscando más pruebas y luego buscando más excusas.

Se topa con Chloe, quien no acaba de decidirse por ninguna de las tarjetas de buenos deseos que tiene entre las manos. Quiere irse sin comprar ninguna. Está asimilando lo que le ha pasado a Xavier. Blair se agacha para estar a su altura y le sujeta las mejillas con las manos.

—Oye, cariño, ¿estás bien? Dime, ¿cómo te encuentras?

Chloe arruga la carita y Blair sabe que a continuación vendrán las lágrimas.

—Me quiero ir a casa. No quiero ir al colegio hoy.

—Siento que no te encuentres bien. Y lo entiendo, de veras. Es lo más normal del mundo sentirse así, es tu amigo. Solo quieres que se ponga bien, ¿a que sí?

Chloe llora en el pecho de su madre y procura no hacer ruido. Blair cierra los ojos. No tenían que habérselo dicho aún, sobre todo cuando hay tantas cosas que no saben.

—Es que ya no es mi amigo. —Se separa de Blair y hace un esfuerzo por recobrar el aliento entre un sollozo y otro—. Le dije cosas muy malas el miércoles en el recreo. Muy malas, mamá, se puso a llorar delante de todos. Y entonces Hayden Ross le tiró una barrita de cereales a la cara. Ojalá lo hubiera ayudado. Pero me reí, mamá, me reí con los otros, y entonces se escondió en el baño. Iba a pedirle perdón ayer cuando fuéramos al colegio, y ahora ya no puedo.

—Ay, Chloe. Ven aquí.

Aprieta la cabeza de Chloe contra su pecho y entonces cae en la cuenta. El miércoles. Justo antes del accidente. Xavier adora a Chloe. Es la única amiga de verdad que tiene, aunque él es uno de tantos para la niña. Seguro que quedó destrozado.

Aunque no es momento de regañarla. Lo que hace es decirle que no llore, y acerca los labios a la oreja de Chloe:

—Tú no te preocupes por eso ahora, ¿vale? —La besa. Le enjuga las lágrimas y la coge de la mano—. Vamos a pagar y te llevo al colegio.

—¿Le puedes dar la tarjeta y el avión? ¿Y decirle que siento haber dicho que a nadie le importaría que se muriese que lo que tenía que hacer era desaparecer?

Que a nadie le importaría si se muriese. Desaparecer. Las palabras se pliegan en la mente de Blair, se pliegan y se vuelven a plegar, hasta que son diminutas en sus manos. Levanta la vista, ve los lienzos de papel de envolver desplegados delante de ella y los carretes de cintas en espiral para adornar regalos, y solo ve una cosa. A Xavier, él solo, asomado a la ventana de su habitación. Y lo poco que le importaría morirse a él también.

# Capítulo 39
## Whitney

### El hospital

Aparece su teléfono delante de ella, en la mano de Jacob. Ha vuelto a la habitación, huele a pasta dentífrica. Se ha cambiado de ropa. Debe de ser ya por la mañana. Dice algo de su secretaria, le ha mandado tres mensajes a Whitney, pero tiene la pantalla bloqueada, Jacob no se los puede leer. ¿Quiere comprobarlo ella misma? ¿Quiere que Jacob llame a la oficina? La reunión, había una reunión importante esa mañana, ¿no? Se ofrece a decirles lo que le ha pasado a Xavier, que Whitney no podrá ir a trabajar en unos días. Ella no responde, no quiere pensar en el trabajo. Jacob espera. No sabe muy bien qué quiere su mujer. Y toma la decisión por ella. Dice que saldrá un momento a llamar a Grace, que no tardará.

Pero entonces ella le arrebata el teléfono. Succiona el aire estancado de la habitación, aunque no le colma los pulmones como ella quisiera. Agarra el teléfono con todas sus fuerzas, lo que quiere es que Jacob recule, que salga de la habitación. Porque Grace nunca manda mensajes, solo correos electrónicos.

Es otra persona la que está en su agenda bajo el nombre de Grace.

Le pide a Jacob que vaya a la cafetería y le suba un sándwich. Dice que a lo mejor al final le ha entrado algo de hambre. Lo dice forzando un poco la voz; él guarda silencio unos instantes. Y luego busca la cartera por la habitación, dice que menos mal que le ha vuelto el apetito, aunque ella sabe que no la cree.

Cuando Jacob ya está fuera, desbloquea la pantalla y lee los tres mensajes.

Perdóname. Por todo.

Necesito verte otra vez.

Me parece que está a punto de descubrirlo.

# Capítulo 40
## Rebecca

Sigue tumbada en el suelo del cuarto del bebé. Tiene ansias de algo que al principio no reconoce y que luego la abruma por lo obvio que es. Quiere ver a su madre.

La voz de su madre suena potente y esperanzadora al otro lado de la línea cuando Rebecca le pregunta si puede ir a verla más tarde esa misma mañana. Debería verla más a menudo y lo ha evitado. Estar con ella le recuerda a Rebecca la relación que puede que no tenga nunca. Mejor hablar siempre de otras cosas, de política, del trabajo, de la comunidad de propietarios con la que su madre se reúne, aunque sepa que las dos tienen bien presente el tema de la fertilidad.

Antes de salir, saca una de las agendas de bolsillo del cajón de la mesilla. No es muy gruesa y está ajada por el tiempo, tiene casi su misma edad, un obsequio del banco en el que su madre abrió la primera cuenta de ahorros. En apretada letra, dentro de los cuadraditos del calendario, su madre apuntaba lo que hacían juntas cada día. Fuimos a la exposición permanente del museo, gratis. Práctica de lectura de las letras «A» y «M». Sumas con el ábaco nuevo (¡dos dólares en el rastrillo!). Jornada de puertas abiertas en el colegio de preescolar. Según pasaban los años, las casillas de las agendas parecían más bien el guion de la vida de otra familia: no la de la madre soltera pobre y su contestataria hija. Tercer examen de piano, ¡aprobado! Campeonato nacional de debate para niños. Solicitud de préstamo para la universidad. Primer día de clase en Columbia. ¡LO LOGRÓ!

Miles de cuadraditos en dieciocho agendas de bolsillo, la compulsión de llevar un registro minucioso de todo lo que hacía Rebecca. Su madre se las entregó en una caja de cartón cuando se licenció en medicina y algunas las guarda en la mesilla. Rebecca las atesoraba como lo que eran para ella:

actos de amor, pruebas del empeño de su madre en lograr para Rebecca la vida que ella no pudo tener. Aunque los cuadraditos también venían a cuantificar algo: lo mucho que le habían dado en la vida.

Y ahora, por fin, tal vez ella pudiera darle a su madre un nieto.

Se le ocurre una idea en la ducha. Le dará el último de los diarios y señalará el cuadrado que ella ha rellenado: el día que sale de cuentas.

Su madre sacará lustre a las horas que pase con ella en su cocina.

Para a comprar unas peonías en el mercado y luego cruza la ciudad antes de incorporarse a la autopista. Lleva el teléfono en el asiento del copiloto, al lado de la agenda, y lo mira de vez en cuando para ver si Ben ha escrito. Se hace a la idea de que estará en casa cuando ella vuelva por la tarde, sentado a la mesa de la cocina, dispuesto a hablar. Dispuesto a perdonarla. Volverá a encontrar motivo para la esperanza cuando vea crecer al bebé dentro de su mujer. Será un espacio de tiempo que apenas si recordarán en el futuro. Todo habrá cambiado.

Enciende la radio y nota que por fin se relaja.

Cuarenta minutos después toma la salida más cercana a la casa de su madre. Cambia de apoyo en el asiento y va bajando la velocidad antes de llegar a los primeros semáforos. Le dan calor los vaqueros, piensa que tenía que haberse puesto un vestido, está sudando aunque ha encendido el aire acondicionado. Baja la ventanilla del coche y ladea la cabeza para respirar el aire fresco de la primavera. No sabe si parar a comprar unos cafés. Vuelve a cambiar el apoyo en el asiento en el siguiente semáforo y se hace más evidente esta vez: algo caliente le moja las braguitas. Baja la mano para separar el tejido vaquero de la ingle. Pensar en lo más obvio la llena de ansiedad. Pero siempre está al borde del pánico, siempre a la espera de acabar derrotada otra vez. Vuelve a poner la mente en la calle delante de ella, en el disco en verde. Toca los suaves pétalos de las peonías en el asiento del copiloto.

Aparca en el Starbucks y busca la cartera dentro del bolso. Vuelve a apoderarse de ella el pánico, y eso la saca de quicio. Levanta el culo del asiento, mete los dedos en las braguitas y

entonces busca el flujo transparente que la calme.

Le entra un mareo.

Tiene los dedos rojos y pegajosos.

# Capítulo 41
Whitney

El hospital

Revive en su cabeza la noche del miércoles en un bucle sin término. Una y otra vez. Le sube la vergüenza por la garganta como un gusano y le dan ganas de vomitar solo de pensar en lo que ha hecho.

Louisa se despidió hasta el día siguiente y Whitney preparó un café para estar despierta. Tenía pensado mandar un mensaje y cancelar la cita. Mejor concentrarse en la reunión del día siguiente. Pero luego entró en el cuarto de Xavier para ver qué estaba haciendo.

Vio que se movía inquieto en sueños y luego pestañeaba con fuerza, como si no estuviera dormido. Por eso lo llamó por su nombre. Y una segunda vez en tono más firme. Quería que pidiera perdón por cómo se había puesto en la cocina. Quería acabar con mejor sabor de boca. Quería abrazarlo.

Su hijo se dio la vuelta, apoyó los codos y dejó que se le acostumbrara la vista a la luz del pasillo. Y luego miró la pared a los pies de la cama, debajo de los pósteres de coches de carreras antiguos. Era como si estuviera leyendo algo.

Ella ladeó la cabeza para ver qué era lo que miraba.

Lo había escrito en la pared en letras grandes, con caligrafía esmerada, nítida, y el espesor de la tinta parecía brea.

El rotulador negro estaba en el suelo.

Ahora se separa de su pecho para verlo a la luz de las pantallas, la boca abierta, la piel grisácea y mortecina. Ni un movimiento. Ni un parpadeo. «¿Qué pasaría si yo no estuviera aquí?», le preguntó su hijo hace unos meses, de vuelta a casa en el coche.

Y ahora no lo está. Se le vuelve a tensar el pecho, tiene que apretarse con las manos para que la tensión remita. Está tan vacía. Le parece que todos sus pensamientos acaban

detenidos, embarrados.

A saber qué será lo primero que piense si despierta y ella está allí, en pie delante de él, moviendo los labios. De qué se acordará. «Estoy aquí —dirá ella—, llevo aquí todo el rato, en ningún momento, nunca te he dejado».

Se lo imagina volviendo la cara para otro lado. Buscando a su padre con los ojos por toda la habitación.

Le falta el aire. Inspira hondo buscándolo. Jacob volverá con el sándwich en cualquier momento. Un Jacob al que ha mentido y que la abandonará. Que puede que no la deje nunca más ver a sus hijos. Los perderá a todos. Imagina lo que Xavier le dirá a su padre si vive, si alcanza a hablar, si le salen las palabras que piensa. Si tiene siquiera la capacidad de pensar.

No han estado hablando de otra cosa todos a su alrededor: de sus funciones cognitivas, de su capacidad mental si despierta. Han dicho cosas sobre la presión que le está pulverizando el cerebro que ella se niega a asumir. Puede que no sea el mismo Xavier, puede que no tenga una vida fácil, y será por culpa de ella. Siempre ha dejado mucho que desear como madre, y seguirá siendo así, hasta cuando más la necesite. No se ve capaz. Volverá a fallarle.

Le pone una mano en la boca, cubre la intersección de tubos. Le tiemblan los dedos cuando recorre el principal hasta la pieza flexible en forma de acordeón sujeta al respirador que lo mantiene vivo. Mira la puerta. No hay nadie.

Algo se apodera de ella. Un pensamiento que finalmente le augura algo de alivio, y quiere agarrarse a ello, no dejar que se le escape, de lo desesperada que está. Se alecciona a sí misma. Hazlo. Nadie se va a enterar. Es lo mejor para él.

Le ha arruinado la vida a su hijo. Ya se la había arruinado bastante antes del miércoles por la noche.

Cierra los ojos y aprieta el tubo entre los dedos.

Le corta el aire.

# Capítulo 42
Rebecca

Está tan desesperada que deja que la mente vague a su antojo. La sangre podría provenir de otra parte. De la placenta. Un desgarro. Podría ser solo ese pequeño manchado, y luego dejar de sangrar. Lleva la mano en alto mientras conduce, no quiere tocar nada. Ni deja de volver la vista de la carretera a sus dedos.

Lo ha leído en los foros de embarazo una y otra vez. Otras mujeres han sangrado y están bien. Se aferra a eso y acelera de vuelta a casa. Si la para la policía, les dirá que se vayan a tomar por culo. Les enseñará los dedos llenos de sangre. Nunca antes se había sentido así de temeraria. Acelera más todavía.

No nota el pánico hasta que no se desvía por la calle Harlow, ahí se desvanece toda falsa ilusión. Pone el coche en punto muerto y golpea el volante. Vuelve a meter los dedos en las braguitas y nota que hay más sangre fresca.

Todavía no han empezado las contracciones, pero sabe que no tardará en sentir el primer y lento tirón.

Lo único que ve es el bebé morado y translúcido que ha de salir de ella. La cabeza y el cuerpo ya guardarán proporción. Habrá cordón umbilical. Un esbozo de cejas y pestañas. No quiere volver a tenerlo en la mano, en el suelo del cuarto de baño.

Pero hay que elegir entre el suelo del baño o urgencias. Donde casos como el suyo no son la prioridad. Dejarán que se retuerza de dolor, que sangre en una sala de espera hasta que haya cama libre, y entonces un residente sin experiencia en abortos espontáneos le hará preguntas a cámara lenta sobre su historial médico familiar, y si se ha puesto esta inyección o aquella otra. Y más tarde, si hay suerte, la ingresarán en la unidad de parto, donde verá enormes barrigas enfundadas en batas del color de un huevo de petirrojo, pasillo arriba y

pasillo abajo, a paso inseguro y entre largas y profundas inhalaciones. Puede que allí le den cama, y en el cuarto de al lado oirá la risa histérica de su vecina al conocer a su nuevo bebé, entre los berridos de la criatura y su propio silencio en esa habitación vacía.

—¿Estás bien?

Le llega lejana la voz de Mara, al otro lado de la ventanilla del coche. Rebecca intenta levantarse del asiento pero no puede tenerse en pie. Mara le pone una mano en la espalda, le mete la cabeza entre las piernas.

—Respira hondo. Así se pasa.

Rebecca se huele, la mezcla de sudor y sangre. Una mancha oscura se extiende ahora por la tela vaquera.

—¿Tu bebé? —pregunta Mara. Se pellizca los labios, espera que Rebecca se lo confirme. Es la forma que tiene Mara de decirlo: «Tu bebé». Eso le da vigencia a lo que tiene dentro.

Rebecca cierra los ojos con fuerza y asiente. Mara la ayuda a ponerse en pie, la acompaña hasta los escalones de su puerta. Rebecca se da cuenta de que la vecina sigue en camisón.

—Tu marido no está en casa —dice Mara. La palabra «marido» suena hostil en su boca. Rebasa con la mirada a Rebecca y busca por el pasillo la cocina en la parte de atrás de la casa. Hay cierta aprensión en Mara que incomoda un poco a Rebecca.

—Estaré bien, Mara, te puedes ir ya. He pasado por esto antes.

—Ya lo sé, pobrecita.

Mara sostiene el mentón de Rebecca entre los dedos de la mano, y esa ternura la desmorona. Cierra los ojos y caen las lágrimas. Deja a Mara fuera y sube despacio al baño de arriba. Luego se sienta en el retrete, mira entre las piernas y ve cómo el hilillo carmesí se abre paso en el agua como una voluta de humo.

# Capítulo 43
## Whitney

### El hospital

Aguanta la respiración y gime, piensa: «No, no, no», pero lo está haciendo, está esperando a que suene el pitido y entre alguien a quitarle la mano del tubo de oxígeno. A salvarlo de su madre.

Empieza a contar. Pasan lentos los números. Se funden unos con otros en su cabeza.

Esta es la única opción. Se nota a un paso del alivio, se apresura para llegar a su altura, casi ha llegado ya.

—¿Va todo bien?

Whitney exhala el aire con un espasmo y suelta el tubo. Se mira la mano.

La enfermera tira de la cadenita para encender el panel de luz encima del cabecero y pasa rápidamente al otro lado de la cama. Whitney dice que no con la cabeza y busca las palabras.

—Me parece que algo no funcionaba, iba a arreglarlo.

—Está bien —dice la enfermera, pero pasa revista a los tubos, las conexiones, mira el monitor y le ajusta la pinza del pulsioxímetro a Xavier en el dedo. A Whitney le da vueltas la cabeza, no sabe si la van a sacar de ahí, si la van a arrestar. Tendrían que arrestarla. No es seguro dejarlo con ella, nunca lo fue.

Le dan tales temblores que está convencida de que la enfermera se va a dar cuenta.

—¿Está bien? —pregunta.

—¿Cómo?

—Mi hijo, ¿está bien?

La enfermera asiente, tiene un dedo en la pantallita de la bomba de perfusión, murmura entre dientes, repite un número, lo comprueba con la gráfica, vuelve a repetir el número. Luego revisa el brazo donde está la vía y se va.

Es entonces cuando Jacob carraspea. «¡Ay Dios!», piensa

Whitney.

Su marido está en la silla que hay al fondo de la habitación.

No lo ha oído entrar. ¿Cuándo ha entrado? ¿Qué habrá visto?

Sujeta a la barandilla de la cama de Xavier, clava la vista en el suelo. Le arde la cara. Él la habría detenido, piensa. No habría consentido que hiciera lo que ha estado a punto de hacer.

Pero a veces le parece que la pone a prueba. Para ver hasta dónde está dispuesta a llegar antes de que llegue él a vigilarla, a rescatarla, a recordarle cómo tiene que comportarse.

—Deberías irte un rato a casa —dice Jacob—. Tienes que dormir. Y ver a los mellizos, te echan de menos, a ti y a Zags. Ya me quedo yo.

Whitney dice que no con la cabeza, sin apartar la vista de su hijo. No piensa dejarlo. No la van a obligar a que se vaya. Agarra la barandilla de la cama. No dejará que nadie la mueva de allí.

Unos minutos más tarde, oye el roce de los vaqueros de Jacob, que descruza las piernas y se levanta. No dice nada cuando sale de la habitación. Tampoco le ha traído nada de comer.

¿De verdad ha hecho lo que cree que acaba de hacer? Se mira la mano. A lo mejor no lo ha hecho. A lo mejor es que está cansada y tiene alucinaciones. No sabe quién era esa mujer.

Piensa en los mensajes. En las preguntas repetitivas de las autoridades, en lo cerca que está de perderlo todo.

Busca la palanca y baja la barra lateral de la cama. Mueve apenas un centímetro el cuerpo de su hijo. Primero las caderas, luego muy despacio el torso, hasta que le levanta con mimo la cabeza. Y entonces se arrodilla en la cama y se echa a su lado. Se queda mirándole la cara, pasa el brazo por encima de su pecho, debajo del entramado de tubos y cables, y apoya la mejilla temblorosa contra la de su hijo. Le da igual que esté permitido o no. Le da igual si está rompiendo un protocolo de seguridad. Se quedará ahí con su hijo tumbada en esa cama hasta que alguien se lleve a uno de los dos.

Imagina que están sentados en el suelo del cuarto de

Xavier, mientras él le cuenta todo lo que sabe de ajedrez. Ella tiene las piernas cruzadas, igual que él, y le pregunta cosas. Toma notas para que él se sienta importante. Dibuja un cartel en un folio de la impresora que dice: «¡NO MOLESTAR! ¡CLASE MAGISTRAL EN CURSO!», y lo pega en la puerta del cuarto de su hijo. Se pasan así una hora, juntos en el suelo, y por primera vez ella presta atención al más mínimo detalle. Cómo abre los ojos cuando piensa. Los gestos que ha adoptado de su profesor, la forma de asentir, de elogiarla como hace un adulto. Las palabras nuevas que emplea. Cómo se aparta con cuidado el flequillo de los ojos, igual que una cortina.

Y entonces recuerda lo que sintió en una ocasión muy concreta, un instante de un día por otra parte muy poco reseñable. Xavier tenía cinco meses. Ella estaba cansada. Se echó en el suelo del cuarto del bebé, en una alfombra de lana gruesa, con la vista puesta en la esfera reluciente de cristal esmerilado en el centro del techo, mientras el sacaleches la succionaba y la leche caía en una bolsa fina de plástico que sellarían y guardarían en el congelador después de poner la fecha. No lograba quitarse de la nariz el olor a vaselina. La amodorraba el zumbido del aparato que vibraba en una de sus manos. La luz del techo le pareció de repente la luz de la luna. Como si aquel cuarto fuera todo su mundo y no le bastara. Nada le bastaba, ni siquiera el bebé al que amaba, arrullado por el padre en la habitación de al lado Entonces lo pensó: siempre querré más.

Oye los aparatos. Sigue vivo. No lo ha matado. Jamás lo habría hecho. En ese estado difuso del despertar, la alivia no sentir nada la décima de segundo antes de que el recuerdo de lo que ha hecho aflore de nuevo. Quiere volver al estado de inconsciencia del sueño, pero la voz de Jacob tira de ella. Oye entonces que hay más gente. Huele a café y abre un ojo para ver si se cuela el sol a través de la persiana, si lleva todo el día durmiendo o solo unos minutos, pero la habitación anula todo sentido de los ritmos diarios.

—Con total seguridad, sí, pero por lo general esto avanza despacio.

—Descartamos la cirugía por ahora.

—Es un momento crítico.

Jacob les promete que la despertará. Les da las gracias por dejar que se salten las reglas por esta vez. Whitney oye que la enfermera detrás de ella cambia los viales, el clic de las llaves cuando ajusta el goteo. Huele el pegamento del esparadrapo, la estela que dejan las manos esterilizadas encima de su cabeza.

Nota el aliento de Jacob en la oreja ahora. Hubo algún movimiento. Dice que Xavier intentó abrir los ojos mientras ella dormía con él en la cama. Tiene que haberla sentido ahí a su lado. Ella arrima los labios a la cara de Xavier, lo besa y lo besa, hasta que su marido la sujeta por los hombros y la aparta, la aleja de su hijo.

## Capítulo 44
Whitney

Hace nueve años

Si le pidieran que señalase exactamente el colmo de sus ansias, eso sería cuando la penetran. La sumisión que encierra. Te tengo, estás dentro de mí, te me has rendido. Es algo animal, bien lo sabe. Los dientes de un depredador en el cuello de la presa.

Cuando sube en el ascensor del hotel, piensa en cómo llegar a ese punto lo antes posible, si pedirle que se siente en el borde de la cama, todo ojos, mientras ella prescinde de sentir las rudas yemas de sus dedos en la piel para que él le quite ritualmente la ropa. Nada en ese intercambio tiene interés para ella, aunque ellos crean que sí, que se están ganando lo que viene a continuación. Lo que la excita es la mera posibilidad: el darse a sí misma permiso.

Está de viaje de negocios en París. Es su última noche allí.

Ha guardado los anillos de boda en la caja fuerte.

Pone el teléfono boca abajo en la mesilla, lo ha dejado en silencio.

Hay ropa interior que guarda para esas ocasiones, así no mezcla los placeres.

El olor a las aceitunas del bar en su aliento, las servilletas del cóctel que guardan en el bolsillo del traje. Los calcetines, las ballenas del cuello de la camisa que en ocasiones dejan atrás y ella tira a la papelera cuando ya se han ido, antes de lavarse la cara para suavizar el rubor de sus mejillas, lavarse los dientes y volvérselos a lavar, y enjuagarse la boca luego con colutorio de menta. Borrón y cuenta nueva, le cuesta creer que sea tan fácil.

Solo que esta vez llaman a la puerta a las siete de la mañana, cuando se está aplicando al pezón el embudo del sacaleches. Le van a estallar las tetas.

Solo ha dormido cuatro horas.

Su marido. Su marido de improviso. Ha cogido el vuelo

nocturno a París, una sorpresa, el tipo de sorpresa que uno tarda semanas en urdir y conlleva preparativos a escondidas con la niñera. Llega con dos cafés para llevar en las manos.

Está hinchada, húmeda todavía entre las piernas, y él mete ahí la mano ya en la cama. Pensará que está así por él. Eso y el ardor en la cara, y cómo le late el corazón cuando arrima la cabeza a sus pechos.

Piden que les suban el desayuno a la habitación después y hablan de su único hijo. El niño al que no ha echado de menos hasta que no ha visto a su marido en el pasillo, a la puerta de la habitación de hotel. Ven vídeos de ese niño todavía desnudos, frotándose los pies. El primer chapuzón en la parte que no cubre de la piscina de la urbanización, la cara de repelús que pone la primera vez que prueba la acidez del puré de manzana. Cosas que importan más de lo que piensa cualquier progenitor.

Ella lo sigue con los ojos por el cuarto y, ahora que no se están tocando, se le viene encima en esos pocos segundos una oleada de pánico. Si el vuelo no hubiera sido el nocturno. Si hubiera aterrizado la noche anterior. Él llama a recepción para que se lleven el carrito del desayuno, ojea las revistas encima de la mesa al lado del teléfono.

—¿Qué es esto?

Hay una nota. En uno de esos blocs de papel que siempre tienen los hoteles.

Nadie le ha dejado nunca una nota. No se le había ocurrido mirar.

—¿A ver?

Hace lo imposible por mostrarse sorprendida. Divertida, incluso. Se sienta en la cama, recompone la figura cuando el armazón de su cuerpo se desintegra. Como si flotara por encima de ambos. Para observar desde otra parte, a distancia.

Él no la mira. Arranca la hoja de papel del pequeño bloc rectangular y se lo tira. Aterriza en la protuberancia que forman sus pies bajo las mantas.

No está escrito su nombre. Podría ser una nota que le han dejado a cualquiera.

Eres la hostia. ¿Podemos seguir en contacto?

Un número de teléfono y un nombre.

—Parece que el ocupante previo se lo pasó bien —suelta Whitney con una risa sarcástica—. Aunque, ¡joder!, esto puede meter a alguien en problemas. ¡Increíble! A lo mejor es una broma de la camarera.

—Pudiera ser. —Jacob coge una revista de la cadena hotelera. La deja otra vez en su sitio.

Debe de estar pensando que se ha podido dar el caso. Coge los vaqueros del suelo y los sacude, saca el cinturón de las trabillas. Está callado. No deshace la maleta. Por lo general le gusta deshacer la maleta.

Ella nota que están a punto de explotar. Tiene que intervenir.

—Estoy libre después de comer, solo tengo una reunión a las once y luego una comida de trabajo.

—Bien.

—Podemos dar un paseo, tomar una copa en alguna terraza por ahí y mirar a los parisinos.

—Claro.

Él revisa el teléfono. Llaman a la puerta, vienen a recoger el carrito. Ella se mete en la ducha, dobla el cuerpo en dos, apoya los codos en las rodillas.

La nota está en la mesilla, al lado de su teléfono, cuando sale envuelta en una toalla.

Solo entonces se le ocurre que su marido podría llamar a ese número.

Hay que deshacerse de ella, rápido.

Pero entonces comprende una cosa. Jacob ha dejado la nota ahí por algo. Convénceme de que no tengo razón, le dice a Whitney ese trozo de papel.

Se sienta al lado de su marido en la cama. Está leyendo algo en el teléfono, tiene un brazo detrás de la cabeza.

—¿Por qué has puesto la nota ahí? —le pregunta—. Me da mal rollo. Es como si una prostituta hubiera estado aquí justo antes que nosotros.

Arruga la cara, resopla, hace como que le quita hierro. Tira la nota hecha una bola al cesto de la papelera debajo del escritorio. Solo se puede salir de ahí de una forma, la de siempre. Abre la puerta del armario y suspira.

—¿Manga corta? ¿Qué tiempo hará hoy, lo sabes?

Él alza la vista, pero no contesta.

# Capítulo 45
Whitney

El hospital

La enfermera le pregunta si le gustaría ayudar.

Le pone una toallita húmeda en las manos y luego se las empuja hasta la palangana de agua tibia. Hay una pastilla de jabón. Debería saber qué sigue ahora, es su madre.

Pero tiene la mente en otra parte.

En sus dedos dentro de ella. Puede sentir cómo la acarician y es incapaz de apartar la mente de eso, ni siquiera con la enfermera delante, que le levanta el pijama a su hijo hasta dejarlo casi desnudo.

Su cálido aliento en una oreja. Ella le dice lo que tiene que decir, punto por punto, y él lo dice. Intenta no ponerse ahora como se pone cuando él lo hace. La enfermera le dice que haga espuma con la toallita y el jabón.

Le ha comprado a Jacob billetes de avión para que vaya a ferias de arte, a exposiciones, a sitios en los que tiene que estar varios días. De manera que parece un favor que le está haciendo a su marido. Él la ha abrazado por la espalda y le ha dicho que es la mejor esposa del mundo. Que valora mucho lo que hace por él. Prolonga un poco más ese abrazo y luego se va al aeropuerto.

La enfermera le levanta un brazo a su hijo y le dice a ella que se acerque. Escurre la toallita.

Cuando acaban, siempre limpia con los pañuelos de papel que guarda en el cobertizo del jardín, los que usan para sonarles los mocos a sus hijos. Sabe que no siempre logra limpiarlo todo, que a veces puede haber algo de semen en el suelo del cobertizo, o en el borde del estante, y que por la mañana Louisa y los niños entran ahí a recoger los camiones de juguete, la comba, el alargador de la manguera.

La enfermera le sujeta la mano ahora, le enseña lo que tiene que hacer, cómo limpiar el olor de la axila con tres suaves movimientos.

Piensa en él cuando Jacob la lleva al orgasmo en la cama de matrimonio, cuando Jacob susurra su nombre y le dice lo hermosa que es. Que la ama. Y ella también lo ama a él, lo ama tanto que lo que les ha hecho a todos puede que acabe matándola.

Tiene otra vez la mano en el agua tibia y la enfermera le vuelve a levantar el pijama a Xavier a la altura de la cintura, le dice a Whitney que haga más espuma.

A ella le pica la garganta. Sería capaz de vomitar en la palangana. No puede ladear la cabeza para ver de nuevo la cara de su hijo, así que le tiende a la enfermera la toallita empapada y oye el goteo del agua contra el suelo. La enfermera dice que no pasa nada, pero sí que pasa.

Hubo otros, mucho antes que este, poco después de que naciera Xavier. Otros dedos dentro de ella, otros susurros al oído. Momentos concretos que puede olvidar si se lo propone, como los rasgos de sus caras y la gama de colores en las habitaciones de los hoteles de lujo. Todo borrado. Nunca dio su apellido, no por miedo a que la buscaran después, sino porque era el apellido de Jacob y jamás se habría atrevido a decirlo.

Jacob no tenía nada que ver en eso, ni siquiera entonces.

Se trataba de la necesidad de sentirse fuera de él, alejada de todos ellos. De las responsabilidades, de las expectativas cargadas a sus espaldas durante décadas. Lejos de los tres hijos que no se le da bien criar. A los que siempre fallará, por mucho dinero que tenga y por mucho que se esfuerce.

Solo puede sobrevivir a todo ello, disfrutarlo incluso, cuando se entrega a esa pequeña libertad.

Aunque, claro, de libertad no tiene nada.

La enfermera le está hablando, dice que es milagrosa la resistencia de los niños, esos cuerpos jóvenes tan desafiantes. Le habla de la esperanza a la que tiene que aferrarse como madre. A su hijo le temblaron los párpados cuando se echó a su lado, puede que vuelva a pestañear si siente la presencia de su madre, serena y amorosa. Puede que hasta los abra, dice. A Whitney le entran ganas de meterle la toallita en la boca, quiere estar a solas con su hijo sin tener que oír más voces. Pero la enfermera le ha puesto ahora una mano en el hombro.

No le parece que haya sido imprudente como dicen que son los líos amorosos. Ella nunca es imprudente. Lo que ha hecho estos últimos nueve meses ha sido algo calculado. Tiene sus riesgos y su beneficio, y hay buena gente a la que miente, y buenas familias a las que amenaza, y eso es vergonzoso. Le da tanta vergüenza. Y aun así, siempre, en todo momento, le ha parecido que merecía la pena.

Pero entonces le empezaron a entrar cada vez más ganas. El deseo de que él la excitara se coló en su mente cuando no debía. Y luego se angustiaba si pasaba un solo día sin verlo de refilón, le recordaba que podía volver a sentir eso si quería. ¿Y se trataba en concreto de él? ¿O se reducía todo más bien a que no era el marido que la superaba en todo, la obligación incesante? Él no estaba fundido con ella como un metal pesado.

El placer se convirtió en hábito. La cosa se les fue de las manos, completamente fuera de control.

Ahora se da puñetazos en el corazón. Y revive en el recuerdo el miércoles por la noche.

La enfermera dice que le va a traer un vaso de agua, que se tiene que cuidar. Ser fuerte. Su familia la necesita. La lleva de nuevo a la silla al otro lado de la cama de Xavier. Pero Whitney no quiere notar en los labios el vaso de plástico. No quiere ser fuerte. Antes se sentía fuerte. Se sentía invencible, lleva décadas sintiendo que tiene la sartén por el mango. Y ahora ya ha entregado los mandos. Se rinde.

# Capítulo 46
Septiembre

El jardín de los Loverly

Ya solo quedan Aiden y Blair en la fiesta. Se han ido los del servicio de catering. Los mellizos están acostados. Blair ayuda a Whitney a despejar la isla de la cocina, envolver la comida sobrante que llevan un rato picoteando. No es normal que estén así, sin decirse nada.

Chloe y Xavier entran en la cocina, y el niño destapa la bandeja del postre, mete los dedos en la fruta, dispuesta con todo cuidado, busca una rodaja de piña. Chloe halla un hueco en brazos de Blair, pega la cara al pecho de su madre.

—Haz el favor de no tocar la comida, Xavier —dice Whitney.

—¿Quieres jugar al ajedrez con nosotros? —Xavier solo se dirige a Blair.

Whitney le aparta la mano de la fruta. Él gruñe, ella le dice que se calle con un siseo y le limpia los dedos con un paño de cocina. Aparta una copa de vino en precario equilibrio al borde de la encimera. El chico siempre está haciendo lo que su madre no quiere que haga y ella piensa que ojalá no viera esas cosas, ojalá fuera ajena a tanto incordio.

—Me encantaría jugar contigo, Xavi, pero se está haciendo tarde. —Blair le toca el pelo, ve la cara de desilusión que pone. Entonces le frota el hombro, busca sus ojos con la mirada y le sonríe hasta que él aviva la expresión.

Whitney los mira sin saber si Blair da un paso en falso alguna vez. Si chilla. Si grita.

—Da las buenas noches ya, Xavier. Sube a ducharte —dice, pero él no hace ni caso.

—¿Sabes que la partida de ajedrez más larga fue de 269 movimientos? O a lo mejor fueron 629. —Se lo cuenta a Blair, pero mira a Whitney antes de volver a hablar. Su madre pasa la fruta a una fuente más pequeña, no lo mira a los ojos—. Jugué una partida una vez con… 120 movimientos más o

menos. El monitor dijo que era la partida más larga que había presenciado.

—¡Anda, menuda partida! ¿Quieres venir a casa la semana que viene a darme otra clase?

Dice que sí con la cabeza, pasa los dedos por el azúcar glasé de las madalenas y se los chupa. No suele estar tan parlanchín. Whitney lo observa en silencio. Whitney quiere que Blair se vaya.

—¿Y sabías que el vuelo más largo de un avión de papel es de veintinueve segundos y dos décimas? Plegándolo como un Star Fighter. Yo he hecho uno. Tienes que doblarle la punta así… —Aprieta la nariz de Chloe entre el pulgar y el índice, y ella suelta una risita antes de apartarlo de un manotazo.

—Xavier, que te he dicho que subas.

—Anda, Chloe, dile por favor a papá que es hora de irnos. —Blair le da un beso a su hija, un cachete en el culo, y luego suelta un suspiro complacido. Como si no se respirara tensión alguna. Esta noche, tanto fingimiento hace que Whitney se sienta una boba, como si Blair le estuviera perdonando la vida.

—¿Hacemos como que no ha pasado nada? —pregunta.

Las palabras de Whitney la dejan de piedra. No sabe qué responder. ¿Acaso no se trata de eso, hoy por ti y mañana por mí? ¿De hacer la vista gorda? ¿De proteger el buen nombre de unas y otras? ¿Cómo te atreves a hacerme esto?, piensa Blair. ¿Cómo te atreves a humillarme? La deja atónita que Whitney sea capaz de sacar a colación la mirada de Aiden comiéndosela con los ojos. Nunca antes la había confrontado así, y se siente cada vez más incómoda. Vuelve la cabeza y mira hacia el jardín para ver si viene Aiden. Para asegurarse de que Chloe no las oye.

Pero entonces Whitney dice:

—Cómo le grité al pobre ahí arriba. Se me fue la pinza. Estuvo fatal, ¿a que sí?

Blair suelta una exhalación. O sea, que se refiere a los gritos. Whitney tiene los brazos cruzados encima del pecho ahora, como si viniera a admitir que no ha elegido el mejor vestido para una barbacoa de barrio, y Blair ve que por fin su amiga ha perdido fuerza. Blair cierra el grifo y escurre la

bayeta. Sabe que no están hablando de lo cruel que ha sido Whitney con su hijo. Sabe que están hablando de que todo el mundo la ha oído.

—Mira, no te comas la cabeza. La gente lo olvidará enseguida.

—No, no lo olvidarán.

—Xavi ya lo ha olvidado: hace un momento estaba de muy buen humor. —Sabe que le escocerá que señale lo alegre que está su hijo en presencia de Blair. Whitney se aprieta la frente con una mano.

Blair puede decir una y otra vez que los gritos en la habitación del niño no han sido para tanto, seguir hablando hasta que Whitney se convenza. Mentiras que puede que hagan que Whitney no se sienta tan mal. Pero piensa en los pechos perfectos de Whitney como un alarde, y en la factura del catering que ha pagado sin mirar cuánto era, en cómo la ha sacado a bailar sabiendo lo mucho que Blair odia bailar, y decide que no se lo va a poner nada fácil.

—Pero eso que les has dicho de Xavi a las madres del colegio… Después. Lo de que tiene muchos problemas y va a terapia. ¿Es cierto eso?

Whitney deja encima de la mesa la bandeja de dulces escogidos uno a uno. Hunde un poco la mandíbula inferior y Blair se arrepiente de haber sacado el tema. Primero la vergüenza del ataque de ira. Y luego que haya contado mentiras sobre su hijo.

—Tenía que decirles algo a esas mujeres, Blair. Ya me toman por una mamá de mierda.

—No es eso lo que piensan. Saben que tienes mucha tela que cortar. —Una pausa. Blair podría seguir dándole ánimos. Pero en vez de eso dice—: Solo quiero asegurarme de que todo va bien con el niño. Que no hay nada de él que te preocupe. ¿Lo está pasando mal con algo, está…?

—No fue más que una mentira piadosa. Xavier está bien y lo sabes.

Blair se pregunta mentalmente, por primera vez: ¿de verdad lo sé?, ¿sé que Xavier está bien?, ¿cree Whitney que está bien de verdad? Piensa en lo que tiene que haber sido saberse el blanco de esa explosión de ira. Con cuánta frecuencia ocurrirá. Lo dócil y feliz que se ve al crío cuando

va a jugar a casa de Blair, sin Whitney.

Whitney está a punto de decir algo cuando entran del jardín Jacob y Aiden.

—Una fiesta fantástica, Whit, muchas gracias. —Aiden le toca el hombro, la besa en la mejilla—. Tengo una botella de tequila de trescientos dólares reservada para ti, un regalo de un cliente. Lo tienes que probar. La traeré un día.

—Cuando quieras. —Pero Whitney busca algo que hacer, toquetea el plástico de envolver. No mira a Aiden. Chloe tira de su padre y lo aparta de ella, lo empuja hacia la puerta.

Whitney lanza una última mirada a Blair como diciendo: yo pensaba que estabas de mi parte. Pensaba que podía contar contigo para mejorar esto. Pero Blair no puede decirle que lo que a ella le preocupa no es el ataque de rabia, ni siquiera las mentiras sobre Xavier. Lo que no se quita de la cabeza es lo poco que a Whitney le costó mentir. Lo fácil que le resbalaron esas palabras por la lengua.

Blair sigue a su familia, que ya está saliendo de la cocina, cuando oye la voz de Whitney, bajito.

—Blair, una cosa más.

Whitney mira por encima del hombro la puerta de la calle, donde Aiden está hablando con Jacob y Chloe se ata las zapatillas. No pueden oírlas. Whitney baja las manos y se palpa las caderas, se muerde el labio, y esto pone más nerviosa a Blair. Luego abre la boca, quiere decir algo, algo que le serena la mirada, de manera que Blair deduce que ahora es ella la que le da pena a Whitney. Que Blair también tiene motivos para inquietarse. En ese mínimo silencio, Blair sabe que no puede permitirse oír lo que está a punto de salir de la boca de Whitney. Tiene el terrible presentimiento de que es algo relacionado con Aiden. La corta en seco antes de que diga palabra.

—Lo siento, Whit, pero me tengo que ir.

Whitney cierra la mandíbula. Blair espera una expresión de contrariedad en su cara, pero ve que es de alivio. Y el verla aliviada la preocupará más que cualquier otra cosa que recuerde de la fiesta en los días sucesivos. Antes de que Whitney vuelva a ocuparse del envoltorio de plástico, Blair ve que le mira los pantalones cortos de color verde oliva que lleva puestos, los bolsillos dados de sí, el bajo arrugado, y

cuando llega a casa los tira al cubo de la basura.

# Capítulo 47
## Blair

Blair está sentada en el banco del recibidor con la tarjeta de Chloe y la maqueta del avión de Xavier en las manos. Creyó que Whitney podría haber estado involucrada en lo que le pasó a Xavier, pero es su propia hija la que a lo mejor fue responsable. No sabe si será capaz de ir al hospital después de enterarse de lo que Chloe ha hecho. Ha encontrado en internet cosas que parecen inverosímiles: «¿Puede suicidarse un niño de diez años?». «Índice de suicidio en niños menores de doce años». Nota cada vez más presión en el cráneo, de la nuca a las sienes. Xavier es tan pequeño. Aunque ahora lo ve: había siempre como una sombra en él. Una tristeza. En parte, eso era lo que sobrepasaba a Whitney: las caras largas de su hijo, el verlo intranquilo. Y lleno de ansiedad.

—¿Estaba bien cuando la dejaste en el colegio?

Tiene a Aiden delante, que sujeta la chaqueta del traje con el índice. Llega tarde al trabajo.

—Parecía. Le mandaré un correo a su profesora, no estoy segura de cuánto sabe el colegio. —Esconde los dedos temblorosos en el regazo. No se atreve a repetir lo que le dijo Chloe en la tienda. Ha de tener la situación bajo control para que pase pronto. ¿Y si Xavier muere? No podrá soportar esa carga sobre los hombros los años venideros, con los chicos en el colegio, los profesores. Los padres. No podrá. Tiene que tomar la iniciativa antes de que alguien llegue a la conclusión de por qué ha pasado esto—. Me parece que voy a ir otra vez al hospital a ver a Whitney.

Ve que Aiden se agacha para coger los zapatos de vestir con una mueca. Espera a ver cómo reacciona al oír el nombre de Whitney, pero él no dice nada. Blair lleva una hora entera sin que se le pase por la cabeza la idea de que estén follando. No sabe si arrepentirse o no de haberle enseñado la llave.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice, calibrando las palabras.

Quiere darse tiempo a sí misma para recular. Pero es su familia. Su hija—. ¿No te parece raro que nadie hable de cómo se cayó Xavier? ¿De por qué estaba levantado al lado de la ventana a esas horas? ¿Si de verdad estaba solo?

Él suspira. Se ata los cordones.

—Pues no sé, no me he parado a pensarlo. Puede que en el hospital hicieran algunas preguntas y quedaran conformes con que fue un accidente doméstico. No sacamos nada con especulaciones, ¿o sí?

Blair abre la tarjeta y lee lo que ha escrito Chloe. «Te quiero, Xavier. Quiero que seamos amigos para siempre».

—Pero ¿si tuvieras que hacer conjeturas? ¿Un suponer?

Él apoya los antebrazos en las rodillas y deja la cabeza gacha. Asiente un poco mientras piensa.

—Lo que sugieres es que Whitney perdió los nervios con él.

Blair guarda silencio. Si Aiden tuviera un lío con Whitney, sería justo en este punto cuando querría disociarse de ella, del mundo de su amante abocado al caos. No podría fiarse de su discreción en semejante estado de crisis. El lío se tendría que acabar. A lo mejor a Aiden le ha rayado ver la llave. A lo mejor ha decidido ponerse en guardia. Y a lo mejor eso redunda en beneficio de su familia.

Blair quiere que siga hablando, que tire del hilo y puedan ir poco a poco construyendo algo parecido a la verdad. Les hace falta otra hipótesis que libere a Chloe de toda implicación. Una teoría que Blair abone, como el que no quiere la cosa y con cuidado, cuando alguien le pregunte. Seguro que la cascada de mensajes está a punto de empezar, así lo espera. Presiona a su marido un poco:

—A ver, los accidentes están a la orden del día. Pero la verdad es que no tiene mucho sentido. Y Jacob no estaba en casa, Louisa se habría ido temprano. Así que, si el chico despertó y no podía volver a dormirse…, si se lo estaba poniendo difícil a la madre, apretándole las clavijas, enfadándola, puede que ella… perdiera los nervios.

Blair podría hablarle del café derramado en el cuarto de Xavier, pero entonces tendría que contarle que había entrado en casa de los vecinos. Espera a ver si alcanza a intuir la reacción de Aiden, pero él no levanta la vista del suelo.

—Eso es mucho suponer.

Ella guarda silencio. Él se pone pensativo, como si barajara alguna idea. Y entonces:

—Imagino que tú la conoces mejor que nadie —dice. Piensa un poco más—. La verdad es que parece probable. Pero, si pasó algo en ese sentido aquella noche, Whitney no lo va a admitir delante de nadie, eso seguro. Mentirá para salir del atolladero.

Cuando lo oye hablar así, a Blair le laten las sienes, las nota cada vez más tensas. Cierra los ojos. Él tiene sus motivos para apoyar la teoría de su mujer, y ella lo sabe. Lo que ello implica le revuelve el estómago a Blair, pero es justo lo que hace falta. Algo que podrán dejar caer delante de Rebecca, concernidos. Y de las madres del colegio que quieran saber más. Los vecinos preguntones.

—¿Por qué dices eso?

—Mira, yo no quiero hablar mal de ella, y menos en este momento. Pero siempre nada y guarda la ropa, ¿no? ¿Por qué no iba a hacerlo ahora? —Aiden encoge los hombros—. Y, si Xavier no sale vivo, entonces… no habrá nadie que la señale.

—¡Aiden! —No le pega nada ser tan frío y malintencionado. Él que solía pensar que Whitney no rompería nunca un plato. Algo ha cambiado. Y, aunque a ella le conviene, la turba la deslealtad de ambos. Piensa en lo carente de vida que le pareció Xavier en la cama del hospital. La discapacidad a la que puede que se enfrente si vive.

—Lo siento. Ya sé que suena duro. Pero me has preguntado. Yo sería muy escéptico con lo que ella cuente. No digo más que eso. —Vuelve a inclinar el cuerpo y se ata el otro zapato. Recoge el maletín. Está a punto de salir por la puerta de casa cuando se da la vuelta—. ¿Seguro que es buena idea ir hoy al hospital? Ayer tuvo toda la pinta de ser un día duro para ti. Quédate en casa y procura desconectar de todo esto un poco.

Ella se lo ve en la cara. Ayer le metía prisa para que fuera corriendo a la vera de Whitney, pero ahora no quiere ni que se le acerque. Quiere que crea que Whitney es una mentirosa. Una mala persona. Aiden tiene un raro rubor en las mejillas. Le transpira la frente. Entra una corriente de aire fresco por la puerta y a Blair se le eriza el vello de los brazos. Sabe que tiene que volver a verla.

# Capítulo 48
Mara

Por cómo sonaban los neumáticos del coche de Blair contra el asfalto, Mara se pregunta si habrá malas noticias. Si es que va al hospital, le sorprenderá ver quién más está allí. Aunque, como casi todas las cosas que merece la pena saber ahora, nada es asunto suyo en teoría. Ni son las cosas de Mara sin duda asunto de esas mujeres.

Cruza las piernas a la altura de los tobillos y los brazos sobre el pecho. Hace fresco en el porche esa mañana, pero no le dan las fuerzas para vestirse, lavarse los dientes, comer. Lleva desde el día de ayer sin centrarse en nada. No sabe cuánto tiempo tardarán en percatarse de que su marido no está. No conocían a Albert más que a ella, pero, de haberlo conocido, habrían pensado como todo el mundo que era un hombre majo. Trabajador. Preguntaba siempre lo que había que preguntar en las conversaciones. Sesenta y dos años casados, dirían sin dar crédito. Repetían ese número una y otra vez, hacían por imaginar si se les habrá hecho eterno; a Mara le sorprendería que alguno de ellos llegara a saberlo por sí mismo.

Todos tenderán a pensar que la dejó con el corazón roto en el instante en que el suyo se paró en el suelo de la cocina.

La crueldad de Albert, como la procesión, iba por dentro.

La gente es rara vez lo que aparenta.

Pero a veces son los buenos los que hacen las peores cosas.

El día antes, sentada en el sofá del sótano, iba a doblar la última pila de ropa y oyó que Albert la llamaba desde la cocina.

—Dios santo, ¿es que no puede esperar ni unos minutos? —dijo para sí.

Le había dicho dos veces que bajaría a hacer la colada. No iba a subir todo el tramo de escaleras para ver qué quería, y

bajarlo después a seguir doblando ropa, y luego arriba otra vez con el cesto. Fuera lo que fuera, tendría que esperar.

Volvió a llamarla. Dos veces. Tres. Ella dejó de doblar, sostuvo la camiseta amarillenta de su marido entre las manos. Y luego oyó un golpe contra la mesa de la cocina, después el estrépito de la silla de patas metálicas, y entonces algo que se desplomaba contra el suelo.

A Mara le dio un vuelco el corazón. Se quedó sentada sin moverse y miró la pila de ropa de él. Llegó otro ruido, un gemido, un gruñido, y luego puede que la llamara por su nombre. Luego ya sí su nombre. Y quizá el murmullo de una plegaria. Desde donde se encontraba, imaginaba que veía la figura de Marcus, cerca de su antigua silla de la cocina en el rincón; Albert había dicho una y otra vez que ya no hacía falta esa silla en la mesa. Etérea, como el humo. Ladeó la cabeza en dirección al hueco de la escalera del sótano y se puso a escuchar.

Levantó la camiseta de su regazo y la dobló en dos. Y luego en cuatro. Oyó un golpeteo contra el suelo, puede que el pie de él. Con brazos temblorosos, había dejado la muda encima de la pila de ropa en precario equilibrio. Y luego cogió el mono azul marino de Albert. Pasó la mano por encima. Tragó saliva. Lo dobló. Una ambulancia. Tendría que llamar a una ambulancia. Doblaría una prenda más antes. No volvería a buscar la figura de Marcus, no dejaría que la mente le jugara tan malas pasadas.

Sostuvo en alto otra de las camisetas de Albert, con manchas en las axilas, con manchas en el cuello. Se le secó la boca, ya no podía tragar cuando dejó la mirada perdida en el canalé de algodón, tan deslustrado. Había pensado en tamaña posibilidad a lo largo de los años, en qué sentiría. Hasta se había hecho ilusiones. Dobló la camiseta. Cogió la siguiente. Y luego la siguiente. Y luego la siguiente.

—Ahora subo. Ahora mismo —susurró por fin cuando estuvo segura de que ya no se oían ruidos arriba. Cuando estuvo segura de que ya sería demasiado tarde. Le temblaban las piernas al ponerse en pie. Encajó el cesto en el hueco de la cadera y fue caminando despacio por el sótano hasta el pie de los escalones. Hubiera jurado que notó la presencia de Marcus allí abajo.

«No sé qué pasó, subí del sótano y me chocó verlo ahí tirado —fue la mentira que les contó a los de la ambulancia —. Padece del corazón».

Cuando le dieron un minuto a solas en la cocina para que se despidiera de él en la camilla, pegó los labios a su oreja, como hacía Marcus con ella antes de que Albert se llevara por delante los susurros de su hijo. Le dijo lo único que había querido decirle en décadas.

—Te odio por cómo lo trataste. Siempre recé por que fueras tú el que se había muerto.

# Capítulo 49
## Blair

Muestra el pase de visita en la ventanilla de recepción y va pasillo adelante hasta la habitación de Xavier. La misma enfermera que había de guardia el día anterior le dice que Jacob se acaba de ir: quería pasar un par de horas con los mellizos. Blair está más nerviosa que cuando venía en el coche, decidida a entender lo que realmente estaba sucediendo. El runrún que ha pasado por alto soberanamente le grita ahora a la cara, mientras que en el coche se ha sentido dueña de la situación por un instante. Había algo que sí sabía. Podía tener confianza en sí misma. La llave, cómo la trató Whitney el día anterior, que Aiden quisiera convencerla de que Whitney era una mentirosa.

Pero ahora, en cuanto mira la puerta de la habitación en el hospital, esa convicción se esfuma. No logra sacarse de la cabeza las palabras de Chloe. Siente sobre los hombros el peso de la culpa. Entra despacio, sin saber si Whitney le va a decir otra vez que se vaya. La encuentra en la misma silla, arropada con la sudadera que Blair le dejó ayer, sigue acariciándole la mano a Xavier con el pulgar. No alza la vista.

Hay más aparatos, más bolsas que le meten líquidos. De una gasa pegada al corazón salen dos tubitos blancos cuyos extremos le entran por un agujero en el cuello. Le han afeitado parte de la cabeza. Es como si no estuviera allí presente. Blair había olvidado la hinchazón de los párpados, el collarín que le sujeta el cuello, y se lleva las manos a los ojos para contener las lágrimas. Sentada en la silla al otro lado de la cama, alarga una mano buscando la del niño, caliente y flácida.

«A nadie le importaría si te murieses».

Si ya parece que esté muerto.

Blair nota que se le va la cabeza.

Xavier solo tiene diez años. Aunque aparentaba más. Y no

había sido el mismo de antes, no en ese curso. Se iba consumiendo, a la vez que su propia hija florecía. Él iba en retirada mientras Chloe se mezclaba con las otras chicas. A Blair le da cada vez más vergüenza. La estaba criando para que fuera amable y buena. Pero en algo ha fracasado como madre.

Acerca la boca a la oreja de Xavier.

—Chloe no quería decir lo que dijo —susurra—. Lo siente muchísimo.

Llama a la puerta la enfermera para decir que el cirujano pasará en breve. Blair, ya de pie, se limpia la cara con la mano. No es capaz de maquinar contra Whitney: no puede hacer que sea la mala en todo esto, cuando a lo mejor fue su propia hija la culpable. No es justo. Blair no es así.

Pero necesita que Whitney le dé una razón para dejar de pensar lo peor sobre ella y Aiden, para dejar de obsesionarse con la llave. Algo, lo que sea.

—¿He hecho algo mal? —pregunta. Le tiembla la voz—. ¿O tiene que ver con Chloe?

Por fin Whitney aparta los ojos de Xavier y fija la vista en la pared, detrás de Blair.

—Ahora mismo no puedo hablar de esto, Blair, te pedí que no…

—¿De lo que hizo Chloe en el recreo?

Whitney está como petrificada.

—Venga, Whit, nuestra amistad está por encima de esto. —Blair le toca el brazo. Quiere sacudirla y que despierte, pellizcarla hasta que hable, acabar con esta tensión ridícula entre ellas, pero Whitney aparta el brazo de un tirón.

—Blair, por favor… —Whitney parece irritada con ella. Dice que no con la cabeza. Cierra los ojos un instante, como le ha visto hacer de pura frustración con sus hijos. Vuelve a mirar a Xavier.

Blair se siente humillada. No tiene razón: su amistad no está por encima de nada. Ella a Whitney le importa bien poco.

Por eso debe de haber sido tan fácil traicionarla.

Lleva en el bolsillo de la cazadora la llave que encontró en el cajón. Una granada de mano, y ya ha tirado de la anilla de seguridad. La saca y la sostiene en alto a escasos centímetros

de la cara de Whitney.

—¿Por qué tienes tú esto? —pregunta Blair.

Whitney mira despacio el llavero de Aiden. Las iniciales. Otra vez deja de pestañear. Y entonces le da un vuelco la cara, como si acabara de caer en la cuenta. Por fin algo le aparta la mente del cepo que la atenaza. Solo entonces se da cuenta Blair de que ella también tendrá que dar explicaciones.

Whitney alza la vista.

—Eso mismo te podría preguntar yo a ti.

# Capítulo 50
## Rebecca

Han pasado tres horas desde que empezó a sangrar, y los calambres no han comenzado todavía, pero ya se ha tomado tres naproxenos. Quiere evaporarse hasta llegar a un sitio en el que no sienta nada. Está a punto de quedarse dormida, se ve a sí misma en la mesa de operaciones, abriéndose el vientre con un bisturí y dejando a la vista las entrañas: tira todos y cada uno de sus órganos reproductores a un carrito de metal, le da una patada y sale rodando por la sala de esterilización, los instrumentos chocan entre sí, las bateas metálicas golpean contra el suelo, revienta su útero como un globo de agua. El chapoteo la despierta.

Abre los ojos, ve la lámpara en la mesilla, el vaso de agua vacío, la agenda. Tres segundos, cuatro, y se acuerda. No quiere pasar por lo que la espera.

Ya no quedan más oportunidades después de esta. Está acabada. Se acabó por fin toda esperanza, y no puede soportar tanta injusticia. Se da la vuelta y entierra la cara en la almohada.

Baja a la cocina y la recorre de un lado a otro dando empellones a las cosas, las sillas, el cubo de la basura. Tira las llaves contra la pared de enfrente. Aguarda a que el dolor siente sus reales en la zona lumbar cuando nota que se va disipando el efecto de los analgésicos. Su cerebro reconoce lo que viene y el cuerpo se le tensa, ya está agotado. La saliva le colma el hueco debajo de la lengua y escupe, con la cabeza volcada sobre el fregadero.

Ben no ha escrito, no ha llamado. Son casi las doce del mediodía. Rebecca arruga la cara, arrepentida de haberle contado lo del embarazo. Cuatro horas y media antes de la cuenta. Da un puñetazo contra la puerta del armario.

Podría llegar a casa en cualquier momento y decir que ya la nota, la esperanza. La mejor oportunidad que han tenido

nunca. Que la perdona, que está agradecido de que ella no se haya rendido, que tenía razón al fin y al cabo: los milagros existen. Y ella caerá de rodillas.

Va a esperarlo a la ventana del salón, con las manos en las lumbares. Ve el revuelo de algo de color coral: la bata de algodón de Mara, meciéndose en la brisa. Está en los escalones. No se ha movido de ahí. Rebecca abre la puerta, pero Mara apenas vuelve la cara al hablar.

—Quería saber si estás bien —dice.

—Gracias. Pero ya te puedes ir a casa, de veras. Has dejado la puerta abierta. —Le parece que suena el teléfono dentro de la casa de Mara—. ¿Está Albert dentro? ¿Te están llamando a ti? —Pero es como si la vecina no la oyera—. Ben volverá pronto, de veras, estoy bien.

—Ben ha ido al hospital. Oí que se lo decía al taxista cuando se fue. —Señala la calle.

—¿Al hospital? —Rebecca piensa en la sala de urgencias a la que fueron la primera vez. No le cuadra que él sepa que está perdiendo el bebé. Ni por qué habría ido al hospital sin ella. Nada le cuadra.

—Al hospital en el que tú trabajas —dice Mara—. Donde está el niño de los vecinos. Y la madre.

Rebecca va desgranando esas explicaciones. Ben debe de haber pensado que la han llamado para hacerle alguna consulta. La estará buscando.

Pero es la forma que tiene Mara de decir «la madre». Cómo ha alzado las cejas. El modo en que se clava ahora el pulgar en la palma de la otra mano.

Mara la está mirando otra vez. Rebecca ve el sube y baja del pecho de la mujer, una larga y contundente exhalación.

Deja abierta la puerta, se da la vuelta y ve el portátil de Ben en la mesa de la cocina. Nunca ha hecho eso antes, invadir su privacidad. No ha tenido nunca motivos para hacerlo. Pero abre la pantalla y hace clic en el icono del correo electrónico. Escribe el nombre de Whitney en el buscador y le da a la tecla.

Whitney Loverly (Sin asunto) 2 de noviembre de 2018

Un correo electrónico, solo un correo electrónico. Imagina

lo que dirá: ¿podrías sacarnos la basura mientras estamos fuera?, ¿recogernos las cartas del buzón?

¡Oye! Gracias otra vez por el guante nuevo, le encanta. Tenías que haber dejado que te lo pagara. Si Rebecca está de guardia esta noche y te apetece un poco de compañía, pásate otra vez a tomar una copa. A propósito, quería comentarte si no sería mejor mandarnos mensajes de texto.

W.

# Capítulo 51
Blair

Hasta que no está en el aparcamiento del hospital, buscando como una loca las llaves del coche en el bolso, no se da cuenta de que ha olvidado darle a Xavier la tarjeta de Chloe y el avión. Chloe le preguntará en cuanto entre por la puerta. Y siempre queda una bien cuando deja un regalo. Pasa el dedo por las ajadas letras de American Airlines a un costado del avioncito amarillento. Debió de ser de Jacob cuando era niño. Lo dejará a la puerta de la habitación.

Mira desde el pasillo, sin entrar, para ver si ya ha llegado el cirujano. A quien ve es a Jacob, de espaldas a la puerta. No se han cruzado por poco.

Ve que roza la mejilla de su mujer con el dorso de la mano. Whitney se aparta un poco. Vuelve a intentarlo y esta vez ella no se mueve. Le cae el pelo sobre la cara y le empiezan a temblar los hombros. Está llorando: se habrá disgustado con la visita de Blair. Jacob desliza la mano hasta la nuca de su mujer y la acaricia con el pulgar, ella mueve despacio la cabeza hasta acercarla al pecho de él, como si sucumbiera por fin a alguna clase de alivio. Él desliza la mano por dentro del cuello de la camisa de Whitney. Y entonces se vuelve y mira hacia la puerta.

Blair se aparta rápidamente, pero antes de retirar la vista alcanza a ver que quien la pilla mirando es… Ben, ¡no Jacob! Él clava los ojos en el suelo, mueve deprisa los labios y quita la mano. Le está diciendo algo a Whitney con pocas palabras. Llenas de pánico. Whitney le da la espalda a él y a la puerta. Ben camina hasta el otro extremo de la habitación, donde sabe que Blair no puede verlo.

Blair deja el avión y la tarjeta en el suelo. No puede asimilar lo que ha visto, pero algo acaba de implicarlos a todos, y los segundos se suceden, van acumulando cada vez más sentido a medida que se aclara lo que está pasando.

Aprieta con fuerza el botón del ascensor y revive en la retina la forma en que Ben tocaba la cara de Whitney, su cuello. Le impacta más esa intimidad que las imágenes carnales con las que lleva semanas torturándose. Vuelve a apretar con fuerza el botón, por fin se abren las puertas del ascensor. Las repercusiones dan vueltas a tal velocidad dentro de su cabeza que no logra procesarlas. Esto les está pasando a Jacob y a Rebecca, no a ella. La llave no significa nada.

Aiden. Aiden, que tenía razón al advertirla sobre la clase de persona que es Whitney. Aiden, que no es perfecto, pero le perdona a Blair la forma que tiene de tratarlo una y otra vez, porque la quiere. Aiden, que en ningún momento ha dejado de estar ahí, al lado de su familia. Él no le haría eso. Puede que mire, puede que fantasee, pero no tocaría la cara de otra mujer con la ternura que acaba de ver. Él no se parece en nada a esos dos. A raíz de lo que acaba de presenciar, nunca ha estado más segura. Quiere doblarse en dos, tirarse al suelo y llorar de puro alivio.

Suena la campanita del ascensor. Nivel cuatro del aparcamiento.

Quiere estar bien lejos de lo que está pasando en esa habitación de hospital. Esa vergüenza. El pútrido sabor que le han dejado en la boca. Tendrán que fingir todos que ella jamás estuvo allí.

Sin embargo, cuando se mete en el coche no acaba de sacar fuerzas para arrancar. Evaporada ya la adrenalina, nota un ahogo en el pecho. Está temblando. Esconde la barbilla, aprieta todo lo que puede las manos contra las sienes, y cuando levanta la cabeza el ruido que sale de su interior es monstruoso. Solo se ha sentido capaz de gritar así una vez. Cuando apretó con fuerza para traer a Chloe al mundo. Deja que el grito colme el coche hasta que no resisten más los pulmones, se nota fuera de sí, partida en dos, convertida en lo único que nunca se ha permitido ser. Siente que le reverbera la voz mucho después de dejar de oírla.

Mira los coches vacíos que la rodean. Está agotada.

Todo el mundo piensa en sí mismo y nada más, por lo visto. ¿Cuándo ha tomado ella una decisión pensando solo en sí misma, solo porque se le antojara? ¿Ponerse ella antes que su familia? ¿Poner en peligro la felicidad de ellos para salvar la

suya? Jamás lo ha hecho, sin importarle el coste que haya tenido que pagar. Nunca ha sido tan egoísta, tan temeraria, tan cruel. Es madre. Es esposa. Es buena persona.

Da un manotazo en la ventanilla del coche. Le escuece la garganta.

Todavía la tiene. La solicitud del apartamento en una agencia inmobiliaria, aunque ya lo habrán alquilado. Un papel arrugado en el fondo del cajón de la cocina donde guarda los documentos inservibles. Llegó a pedir cita en el banco y luego fue a ver a un abogado experto en divorcios, uno de esos bufetes de franquicia que te ofrecen gratis veinte minutos de consulta. Tenía que saber qué se sentía. Y se da el capricho de sentirlo todos los días. Por ver qué pasa nada más.

Pero ¿qué es sin esta vida que tiene? Si no es esta madre, esta esposa, ¿quién es?

Se suena la nariz y entonces mira la hora. Hay que ir a la compra para la cena. Y hacen falta bolsas de papel para la basura del jardín porque pasan mañana a recogerla. No acaban estas obligaciones cotidianas. Hay días que lo único que tiene son obligaciones. Inhala hondo y se explota los carrillos hinchados con las manos. Endereza la espalda. Abrocha el cinturón. Y entonces por fin enciende el motor.

## Capítulo 52
Blair

Hace cuatro meses

—¿Qué día piensa mudarse, el 1 de marzo?

Se apresura a decir que no con la cabeza. No le gusta la pregunta, hay demasiada certeza en ella.

—Sin fecha fija. Soy flexible.

Pasa el dedo por la encimera de formica y luego abre el armario, con baldas forradas de papel floreado. Antes vivía allí una mujer mayor ella sola. Puede que muriese allí. Piensa que va a llenar el armario de cosas que solo le gusta comer a ella. ¿Qué tal si se deshiciese de la docena de latas caducadas y especias que no usa, cereales intactos y la bolsa de malvaviscos rancios?

Apoya la mano en el cristal de la ventana en la pieza central del apartamento, porque es lo que la gente hace. Para comprobar algo que tiene que ver con la pérdida de temperatura, no lo sabe a ciencia cierta. Hay una palanquita en el marco de la ventana que permite abrir una rendija de quince centímetros, y podría dejar que pasara aire fresco toda la noche si viviera sin Aiden. La habitación siempre tiene que estar caliente, según él.

La ducha incorpora una pequeña bañera. Una mampara de cristal esmerilado cubre uno de los costados, sobre un raíl que está negro y sucio. Pero el moho se puede limpiar. Se puede limpiar el espejo. Cambiar las luces, que parecen de motel.

Hay un armario con perchas que se han dejado en el baño. Piensa en los hijos adultos que habrán limpiado las cosas de la mayor. Desengancha una percha y la huele, espera hallar el olor de la muerte. La soledad. Un perfume floral. Pero nada.

Dispondría un orden nuevo para su ropa en ese armario, solo habría un cesto de ropa sucia debajo del lavabo, a la espera de ser colmado. A veces llevaría todo el día el mismo conjunto y nadie lo vería antes de volver a echarlo a lavar.

Va al dormitorio y parece que casi no cabe una cama de

matrimonio. Queda conforme con la posibilidad de que eso le sobre y le baste. Bueno, además la cama es muy pequeña. Bueno, tampoco es que hubiera sitio para nadie nuevo. Está sola, dolorosa y desesperadamente sola, y normalmente una madre con su familia no lo está. Con todo y con eso, en el apartamento, la soledad sería diferente. Algo que ella misma se impondría, mucho más sensato.

La segunda habitación tiene mejores vistas, y así se lo vendería a la hija inocente cuya vida estaría poniendo patas arriba. Casi se ve la costa desde allí. Alcanzarían casi a ver los veleros cuando hiciese bueno. Es casi como era nuestra familia antes, casi la vida que quería para ti, piensa. Y pensar en Chloe en esa habitación la pone sensiblera.

—¿Le cabría aquí el sofá? ¿Tiene uno de módulos? —La agente inmobiliaria deja las manos a la altura de los faldones de su chaqueta color verde oscuro, abarca el espacio dando una pequeña vuelta y clava los tacones de los botines en el suelo de parquet como si fueran estacas.

—No sé lo que tengo —dice Blair, y bien cierto es que no lo sabe.

Queda un poso de pena en la cara de la agente, como si hubiera estado muchas veces en esa situación así. Como si supiera exactamente por qué está allí, y que no habrá comisión, que esa mujer delante de ella que enrolla el folleto en una mano solo se está probando a sí misma. Es la actitud de Blair en medio del apartamento, su forma de moverse como una niña muerta de miedo entre la multitud, buscando al adulto que la dejó allí. Eso y el detalle de que no pregunte mucho por el precio del alquiler. Que no quiera regatear.

Cuando bajan en el ascensor, se quedan las dos calladas.

—Seguimos en contacto —dice Blair en un vestíbulo de lo más corriente.

—Claro.

Blair arranca para que el coche se caliente y espera a que le bajen las pulsaciones. Está hecha unas pascuas, se siente liberada y le zumba la cabeza como no recuerda que le haya zumbado antes. Podría ir hasta el banco y abrir su propia cuenta corriente. En la web de un abogado matrimonialista ha encontrado una aplicación para calcular cuánto tendría que pasarle Aiden al mes, y le llegaría. Por los pelos. Intenta

imaginarse a sí misma viviendo allí. Separándose, vendiendo la casa. Preocupada por el dinero. Trabajando un día detrás de otro, madre soltera. ¿Es la libertad? ¿Es la locura? Piensa en lo que dijo Whitney unos meses atrás, cuando estuvo en su casa tomando un vino. Lo de su madre. El billete de autobús que guardó años y años. La salida. No ha podido quitárselo de la cabeza. Quería saber qué se sentía teniendo esa posibilidad. Mira el folleto en sus manos.

Pero lo único que siente es que es una imbécil. Y un anhelo lacerante por las latas de conserva en el armario, por lo sucio que deja su marido el lavabo después de afeitarse, por notar debajo de los dedos de los pies la moqueta de la escalera que tanto odia. El ruido que hace Aiden cuando llega a casa. Chloe entre ellos dos en la cama. La rutina que conocen. Y esto es lo que pasa cuando se pone a fantasear con la separación: que siempre se echa para atrás. A la seguridad de su demediada vida.

Saca el teléfono del bolso y llama a su madre.

Lo intenta una vez. Y otra. Su madre ya casi no coge el móvil. Al menos, no cuando la llama Blair, rebosante de novedades sobre Chloe y Aiden y sus últimos ires y venires. Al fijo nunca la llama, por si su padre está en casa y lo coge él.

Está a punto de colgar cuando oye el carraspeo de su madre.

—Soy yo —dice Blair con la voz entrecortada. Traga saliva —. Hace mucho que no hablamos. Quería saber qué tal estabas.

Su madre le dice que no cuelgue, y Blair se la imagina cruzando la casa hasta el jardín, donde su padre no pueda oírla. Se lleva el auricular otra vez a la oreja y suspira.

—Creo que no hemos vuelto a hablar desde el día de Acción de Gracias —dice su madre, pero no es que lo crea, es que fue entonces. Blair mira el techo del coche y está a punto de decirle que también podía llamarla ella.

—Pues sí, la verdad es que he estado muy atareada. Y… un poco rara. —Se arrepiente nada más decirlo. Se encuentran cómodas la una con la otra solo a cierta distancia. Pero a veces no sabe si su madre le envidia la vida feliz que lleva sobre el papel. A lo mejor podrían rescatar algo de su relación

si la mujer entendiera que Blair se identifica con ella más de lo que cree.

—Ya —dice su madre—. Bueno, tú enseguida te estresas. ¿Va todo bien con Chloe?

Blair hace una pausa y luego le cuenta que está enfrascada en su primer proyecto para la clase de ciencias. Que ahora va a nadar con Aiden dos veces a la semana, está aprendiendo todos los estilos.

—Vale, pues me alegro de que todo vaya bien.

Blair espera a que su madre le pregunte por qué está rara. Pero ha cambiado de tema, habla de un billete de tren muy barato que ha conseguido para ir a ver a la tía de Blair a su nueva casa en el campo, donde el guarda limpia los cristales de fuera de las ventanas y planta las macetas de todas las casas en primavera.

Y después su madre dice que tiene que colgar. Blair sabe que no se le va a ocurrir nada más para rellenar los huecos en la conversación. Ninguna dice nada del padre.

Deja el teléfono en el asiento del copiloto y se queda mirando la deslucida entrada del edificio que acaba de visitar.

Cuando llega a casa, Aiden pregunta que dónde están las bolsas, y por una décima de segundo le parece que sabe dónde ha estado. Que está dispuesto a meter las cosas de Blair en esas bolsas y que los papeles del divorcio redactados por un abogado estarán en la mesa de la cocina en un sobre de color marrón. Que la casa ya no puede ser suya, ni de él, y que la familia que ha construido es algo ya del pasado.

—Las bolsas de la compra —aclara Aiden, aprovechando el silencio de Blair—. ¿No vienes de la tienda? —Se mete algo en la boca. Puede que anacardos. Los últimos que había. A la espera de que ella rellene el tarro, los vuelva a abastecer de todo aquello que necesitan.

Y, aunque esa noche se quedará dormida con la esperanza de encontrar el valor para cambiar quién es, una mujer más fuerte que su madre, en ese momento rodea los hombros de su marido y se convence de que todo irá bien. Que son etapas que van y vienen, y que pronto, una vez más, esta pasará. Con esta vida valdrá. Él se tensa, le da golpecitos en la espalda. Ya no se besan. Ella no recuerda qué se siente al besar.

—Se me olvidó el monedero —dice.

# Capítulo 53
Septiembre

El jardín de los Loverly

Whitney tiene las braguitas de encaje en los tobillos y echa el aliento en las palmas de las manos, que huelen a desconocidos, gente cuya mano ha estado estrechando toda la tarde. Rememora otra vez el momento en el que volvió a la fiesta hace quince minutos. Los ojos que la evitaban. La decepción en la cara de Jacob, cómo ha vuelto a fallarle a su marido. Whitney lucha contra la humillación, pero está ahí, la nota en la piel caliente, en la ira que le sigue retumbando en los oídos. Xavier que reculaba al verla. Ha terminado de hacer pis, pero no se puede mover, no puede salir de ahí. Apoya los codos en las rodillas y se agarra los mechones de pelo con las manos. Se le inundan los ojos de lágrimas, pero hay que velar por el maquillaje, todavía quedan muchas horas de fiesta y…

—Ay, mierda, perdón —dice alguien.

Whitney se tapa como puede. No tiene por costumbre echar el cerrojo del baño en su propia casa. Se limpia, recompone rápidamente la pintura de los ojos y confía en que la persona que la ha sorprendido meando se haya ido cuando abra la puerta. Pero sigue ahí. Es Ben.

—Lo siento, Whitney. Quería ahorrarme la vergüenza y volver a la fiesta, pero me pareció que… ¿Te encuentras bien?

Whitney se alisa el vestido a la altura de las caderas, le dice que no se preocupe con un chasquido de la lengua. Pues claro que está bien, divinamente, ¿se lo está pasando bien?, ¿quiere otra copa?, ¿ha probado ya las minihamburguesas? Se coloca las pulseras en las muñecas y hace lo posible por sonreír. Por fin, él se le acerca, disimula una sonrisita irónica.

—No te agobies por lo de antes, de veras —dice—. El conejito del mago se volvió un poco loco justo en ese momento. Todo el mundo estaba gritando por aquí abajo.

Whitney se tapa los ojos. Murmura: «Ay Dios», y luego una

disculpa, pero están los dos sonriendo. Se hacen a un lado, dejan que alguien más pase al baño. Entonces Whitney recuerda haberse percatado de cómo la miraba Ben esa misma tarde. Antes de ponerse a gritar a Xavier. Cuando él tenía la mano metida en el bolsillo de atrás del pantalón de Rebecca y le tocaba el culo.

—Me han dicho que entrenas a un equipo juvenil de *softball*. Xavier quiere apuntarse en el colegio en primavera, pero no es de temperamento muy atlético. —Alza las cejas al decirlo, intenta suavizar un poco el ademán. Lo nota nervioso cuando está a su lado. Eso le gusta a Whitney, le gusta tener algún efecto en él.

—Por mí encantado de pasar unos ratos con él antes de que haga más frío, tirándonos la bola. Podemos trabajar su técnica y lo preparamos para las pruebas.

—Sería un detalle por tu parte. Jacob no es mucho de deportes, pero no le digas que yo he dicho eso. —Y luego, porque cree que tiene que decirlo—: Es buen chico. Lo de antes, ahí arriba, ha sido solo… cosa mía.

Le resulta más fácil sincerarse con Ben que con las mamás del jardín. Él dice que no con la cabeza, murmura cuatro palabras sobre hacerse cargo, olvidarse de ello. Se miran a los ojos, directamente a los ojos, y ella espera hasta que se convierta en una mirada incómoda.

Piensa en lo que le dijo Mara de Xavier la primavera anterior. Había dejado un ramo de lilas a la puerta de su casa. Puede que para recordarles que seguía allí. Whitney se pasó por el porche de Mara al día siguiente para darle las gracias.

«Y, a propósito, si Xavi se pone muy pesado, siempre pegado a vuestra valla, no tenéis más que decírmelo».

Mara chasqueó la lengua, le quitó importancia de un manotazo. Y luego, cuando Whitney ya se iba: «Tu hijo me recuerda a un niño que conocí una vez. Tiene algo en los ojos…».

Lo dejó ahí, como si ya hubiera dicho demasiado. No alzó la vista de las caléndulas, volvió un poco el tiesto de cerámica para que le diera más el sol.

Whitney piensa en eso ahora, mientras habla de Xavier con Ben. Los ojos de Ben le resultan conocidos, se parecen a los de su hijo. ¿Era tristeza a lo que se refería Mara? ¿Es eso lo que

vio Mara en los ojos de Xavier?

—¿Seguro que estás bien? —Ben le pone una mano en el hombro.

—Ahora me siento mejor, después de saber lo del conejo.

Vuelven a sonreír, él mirando al suelo, ella, al rizo juvenil que le hace el pelo a Ben a la altura del cuello. Ninguno da el primer paso para irse de allí. Ninguno dice: bueno, mejor será volver ahí fuera. Gracias por venir. Gracias a ti por invitarme.

—Te acepto ese ofrecimiento de ayudar a Xavier a lanzar la pelota. —Mira al jardín, donde Rebecca le pide un vaso de agua al camarero, donde Jacob le da propina al mago.

—Encantado, si metes una cerveza fría en el lote.

—Puede que algo más fuerte. Pero sí. Me apunto.

El lento asentir de ambas cabezas. Las sonrisas contenidas. Luego el rubor en las mejillas de él, los labios que se abren. Como si quisiera decirle algo más.

Mucho más tarde, la conversación con Ben a la puerta del baño todavía la acompaña. La sigue teniendo presente esa noche, echada en la cama, despierta, mientras brilla la pantalla de Jacob en el regazo de su marido, a su lado. Y también cuando se ducha a la mañana siguiente, con ocho horas de reuniones seguidas por delante. Y esa tarde en la cocina, al volver del trabajo, mientras escucha las pataditas que da Xavier por debajo de la mesa, una y otra vez, entre sonoros sorbos de helado derretido, y siente que esa vida le oprime la espina dorsal centímetro a centímetro. Hasta que da un palmetazo encima de la mesa y la ira se apodera de ella otra vez.

# Capítulo 54
## Rebecca

Cierra el ordenador portátil de Ben de un golpetazo.

Por fin se pone su cerebro a funcionar. «Otra vez», dice Whitney en el mensaje. Ben nunca ha hablado de ir a casa de los Loverly a tomar algo. Por la noche. De hecho, no ha mencionado nunca a los Loverly. No eran más que los vecinos de enfrente. Mira la inicial con la que ha firmado el correo: «W». Tiene algo de muy íntimo. Demasiadas confianzas para una mujer que él casi no conoce.

Mira los pies que recorren la tarima de roble como si no fueran suyos. Vuelve a la puerta que ha dejado abierta y llama a Mara por su nombre. Ella sabía lo de su embarazo. Y lo de los otros también. Y la estaba esperando fuera para decírselo.

Mara sigue sentada en el último escalón, a la puerta de Rebecca. No se vuelve cuando la llama.

—Te he dicho que tuve un hijo, y que murió. —Mara hace una pausa—. Pero lo que no te dije es que yo podía haberlo evitado. Fui la culpable. Y lo pienso todos los días.

Rebecca se agacha a su lado y le toca el hombro.

—No, si estoy bien, no hace falta que me consueles. Fue hace mucho tiempo. —Aun así, Mara pone su mano encima de la de Rebecca y se la frota—. A qué venirte a ti con mis problemas en un momento como este. Solo quería decirte que, por muy mal que pinten las cosas ahora, hallarás los arrestos para seguir, de la manera más inesperada. Algo caerá del cielo y acabará justo a tus pies, cuando más falta te haga —dice, y señala sus propias zapatillas desgastadas, en el último escalón—. Pero has de esperar, tener paciencia.

Le da unos golpecitos a Rebecca en la mano y se tambalea al ponerse de pie. Rebecca la ayuda a enderezarse. Quiere darle las gracias, tener una palabra amable con ella, pero Mara no querrá ni oír hablar de eso. Ya ha dejado atrás las

escaleras y desanda el camino cruzando la calle. Rebecca entra despacio en el salón y se queda mirando el ordenador portátil.

Le da náuseas la pesadez que nota en la pelvis y le sube por la espalda. Retuerce el cuerpo para zafarse, pero ya lo tiene encima. Corre al baño, se tapa la boca para contener el vómito y las contracciones la atenazan. De rodillas en las baldosas, vuelca la cabeza sobre el asiento frío del retrete. Boquea para recobrar el aliento en el espacio que va de la duda a la certeza, pero la acidez le llena la boca y se rinde al fin.

# Capítulo 55
## Blair

Después de dejar en casa la compra para la cena y las bolsas de basura orgánica, se arrodilla en el césped del jardín de entrada y arranca las raíces rebeldes y espinosas de la mala hierba, echándose en cara que no las haya visto antes. Whitney liada con el marido de Rebecca, ¡habrase visto el egoísmo! Le cuesta admitir lo mucho que quería a su vecina. Lo mucho que envidiaba la vida que llevaba. Inquieta pensar que una amistad como la suya caiga tan pronto en saco roto. Cuánto duele un final así, y, con todo, qué baladí. Qué poco le va a cambiar la vida a Blair sin Whitney, nada que ver con el vuelco que habría dado todo de haber perdido su matrimonio.

Eso sí, perder a Whitney es como más cercano a la piel. Más personal. Como una muerte. Su amistad era el único espacio en el que ofrecían las dos la mejor versión de sí mismas, y ahora Whitney ha robado ese espacio y lo que contenía. Aunque no ha sido ella sola la que lo ha destruido. Blair arranca nomeolvides a puñados. Whitney, ¿por qué nos haces esto? La reconcomerá por dentro perderla. Whitney, sin embargo, tiene otros problemas con los que lidiar, piensa Blair mientras llena las bolsas de mala hierba y traga saliva. Para Whitney ella apenas será algo del pasado, y su relación será olvidada con los restos del naufragio.

Y tal vez sea lo mejor, teniendo en cuenta lo que sabe Blair. Recuerda entonces la llave que todavía tiene en el bolsillo. La explicación que nadie le ha dado.

Consulta el reloj. Ya casi es hora de ir a recoger a Chloe al colegio. Mira por encima del hombro y ve que, en la casa de enfrente, Jacob ha abierto las cortinas de los ventanales en la fachada principal. Hace de visera con la mano para esquivar el sol y lo ve moverse en la cocina, puede que esté preparando algo de comer para llevarle a Whitney al hospital.

Ella ya habrá mandado a Ben a casa, aunque no parece que haya llegado aún.

Sabe que debería quedarse ahí quieta, con las rodillas clavadas en la tierra. No debería ni acercarse a casa de los Loverly.

Pero nota cómo le crece por dentro una audacia que no había conocido antes.

Piensa en cómo roza Jacob con los dedos la cintura de Whitney cuando ella pasa a su lado. El énfasis que le da al nombre de Whitney cuando habla de ella, como si pronunciara el nombre de alguien de sangre real. Whitney no se merece nada de todo eso. Y Blair se lo puede arrebatar de un plumazo, con una sola conversación. La balanza de la relación nunca se había inclinado a su favor tanto antes. Jamás había sentido semejante poder.

Ahora que está en el jardín, la ocasión la pintan calva. Se quita los guantes dedo a dedo y se halla a sí misma recorriendo el camino de entrada, aupada a un par de piernas que se diría no le van a responder.

Él abre la puerta y la abraza. Ella le huele el aroma a sándalo en el cuello, deja que sus dedos bajen por el brazo de él mientras se aparta.

A Blair le resuena su propia voz dentro de la cabeza cuando habla. Dice que lo siente, que no se acaba de creer lo que está pasando. Pregunta qué tal está Xavier esa mañana, cómo andan las cosas en el hospital, como si ella no hubiera pasado ya por allí. Jacob le cuenta lo del pestañeo, los leves y delicados movimientos que se aprecian. Que podría ser buena señal, o falsas esperanzas. Que lo van a operar. Que acaba de volver de visitarlo con Thea y Sebastian, pero que enseguida se pondrá de nuevo en camino. Él lleva sin dormir desde que lo llamaron. Whitney se niega a comer.

Pero Blair solo acierta a pensar en lo que le va a decir a continuación:

Tengo que contarte algo, sé que no es el mejor momento pero…

Lo hago solo porque te respeto, me parece que deberías saber…

Espero que me perdones, Jacob, pero no sería justo ocultarte que…

Así de sencillo. Como el que se tira a un lago de aguas frías. Tú tírate y no lo pienses, es lo que le diría a Chloe. Cuenta hasta tres y salta, ya está. Demuéstrales que no tienes miedo.

Blair abre la boca, lo interrumpe, dice su nombre con una voz que no parece la suya.

—Jacob, tengo que… hay algo que…

Él le vuelve a poner la mano en el hombro. La agarra fuerte. Ella piensa en cómo ha profanado su intimidad, en que se ha llevado a la nariz sus calzoncillos.

—Ya lo sé. Tenemos que hablar —dice él. Se pone rojo—. Yo no quería tener que hablar de esto contigo. Lo siento. Me parece que la policía ha quedado conforme, pero puede que la gente te pregunte cosas. Y habrá rumores. Y nos hará falta contar contigo, ya sabes… ponerlo todo en su sitio.

Blair empieza a asentir porque él quiere que entienda lo que ha de decir sin la necesidad de pronunciar las palabras. Pero ella no sabe a qué se refiere, no del todo. No parece cómodo con la situación. ¿Es que la policía sigue husmeando? ¿Ha confesado Whitney algo? ¿Han visto la taza rota, el café derramado por toda la habitación de Xavier? O, lo que es peor, ¿han hablado con el colegio, se han enterado del incidente con Chloe? Se enterarán: es solo cuestión de tiempo, a no ser que algún rumor más hiriente le tome a ese la delantera.

Él le sigue apretando el hombro.

Ella murmura que, claro, ni que decir tiene. Ahí está para ayudarlos. Hace lo posible por sonreír. Él se inclina para volver a abrazarla y ella nota que le pasa la mano suavemente por la espalda, encima del cierre del sujetador. Recuerda cuando se tocaba en la cama de él. Revive una vez más la imagen de la mano de Ben acariciándole el cuello a Whitney en la habitación del hospital.

—¿Qué tal le ha caído la noticia a Chloe?

Ella se aparta para verle la cara. ¿Ha dado un énfasis especial al nombre de su hija? ¿Se lo está imaginando ella?

—Chloe está bien… a ver, desolada, claro. Dejé a la puerta de la habitación en el hospital una tarjeta que le ha escrito a Xavier. Esta mañana.

—Ah —dice él. Se lo ve confundido, y ella se da cuenta de que antes le ha dado a entender que no ha ido al hospital hoy

—. No te habré visto por poco.

—Imagino —dice ella, y luego encoge los hombros, aunque parece que ha reaccionado por los pelos.

—Es buena chica. Su mejor amiga. —Jacob asiente al decirlo, aunque pone cara seria. Demasiado seria. Todavía está rojo.

Ella nota que él le puede leer el pensamiento y quiere salir airosa de la situación. Echa de menos el valor que la llevó allí; lo que se siente ahora es amenazada. ¿Será eso, una amenaza? ¿Sabrá Jacob cómo ha tratado Chloe a su hijo?

La invade el alivio de no haber abierto la boca justo ahora. Lo que sabe de Whitney y Ben puede tener más valor si no dice nada por el momento. En caso de que se vea obligada a defender a su familia del rumor ajeno.

Cruza la calle despacio en dirección a su casa, va asimilando lo que Jacob acaba de hacer. Duda de si estará enterado de algo más. Del error garrafal que ha cometido su mujer. Es posible que, a su manera, él sea tan débil como Blair. Nota que Mara la mira y no le quita los ojos de encima hasta que llega a la puerta de su casa, pese a que Jacob la está llamando por su nombre y atraviesa deprisa el jardín para saludarla.

Blair saca el teléfono del bolsillo, abre el chat de las mamás del colegio y empieza a escribir un mensaje.

No sé si os habréis enterado ya. Ha habido un accidente en casa de los Loverly.

Mira el mensaje. Y entonces borra la última frase. Vuelve a escribir.

Ha pasado algo con Whitney y su hijo. Os contaré cuando sepa más. Estamos todos destrozados, sobre todo Chloe.

Le da a enviar y vuelve con la mala hierba.

## Capítulo 56
Whitney

El hospital

Se queda hecha un flan hasta que vuelve Jacob, quien se le acerca por detrás y pone su mejilla al lado de la de Whitney, donde la ha tocado Ben. A saber si su marido es capaz de oler a Ben en la habitación, como lo sigue oliendo ella. Aprieta los ojos con fuerza y espera a que él se percate de que algo es distinto, haga un comentario inocente que crezca y crezca en su cabeza hasta que le quede claro el alcance de lo que su mujer ha hecho. Espera que le quite las manos de la cara y diga por fin: «Mírame. Tienes que ser sincera conmigo».

Pero lo que hace es ponerse a hablar con Xavier como si pudiera oírlo. Y a lo mejor puede. Le habla con ternura, parece la voz de un sueño. Le pone en la mano el avioncito de juguete. Le dice lo mucho que lo extrañan Thea y Sebastian. Que quieren correr con él entre los chorros del aspersor cuando vuelva a casa. Pero son palabras que hieren. La esperanza hace daño y Whitney sabe que los dos lo notan.

Él se vuelve ahora para mirarla. ¿A quién se cree que tiene por mujer? ¿De qué la cree capaz? Whitney quiere decirle que jamás se habría atrevido a cortarle el oxígeno a su hijo. Que solo quería saber qué se sentía. Qué se sentía casi haciéndolo. Como el que se asoma al borde de un precipicio. Arrima los dedos de los pies al vacío. Mira para abajo.

Pero él le dice que ha vuelto a ver al cirujano. Han decidido seguir adelante con el procedimiento mañana. Es la palabra que emplea: «procedimiento». Como algo que hay que recortar un poco, apretar, poner a punto. Aunque no, le quitarán huesos del cráneo. Pedazos enteros de él. Arrancados. Han reservado el quirófano para primera hora de la mañana. Tienen que firmar varias páginas de consentimiento.

Ella no quiere oír más. No es capaz de pensar en el cerebro de su hijo completamente expuesto. La cuchilla afilada de un

instrumento de cirugía. Lo que su hijo es, todo ello, está ahí: sus pensamientos, sus sentimientos, su personalidad. Ese cerebro es lo que él es, eso que ella con tantas ganas quería cambiar. Lo que realmente quiere es enfrentarse a ellos, apartar sus manazas del cuerpo de su hijo, quiere que lo dejen tranquilo. Si ha de morir, que no sea en sus manos, pinchado con un bisturí, deshecho.

O quizá cometan un error. Se les vaya un poco la mano. Algo que cercene la memoria de Xavier. Y entonces ella saldrá impune de todo. Lo que ha hecho, todo. Quién ha sido.

Apenas dura una milésima de segundo ese pensamiento. Pero es abominable.

Jacob la saca de su trance, le dice que no puede seguir durmiendo tan poco. Él quiere estar a su lado, sufrir con ella, sentir algo el uno por el otro. Ella piensa en todo lo que él no sabe. Antes no parecían mentiras. Parecían decisiones privadas, opciones que ella tenía derecho a elegir porque satisfacían una necesidad interior, una que Jacob no tiene. Con esta vida le valía a él; se le daba bien esta vida. Pero a ella no, y quería más. Quería notar que otros ojos le recorrían el cuerpo. La excitación que la reafirmaba: tú no eres como otras madres. Otras madres esto no lo pueden hacer.

Asumió la responsabilidad de asegurarse de que él nunca se enterara. Todo el cuidado que ponía, las reglas que se había impuesto a sí misma, eran como la serie de precauciones que alguien repasa antes de hacerse a la mar con un velero; sí, el barco podía volcar, siempre cabía esa posibilidad si cambiaba el viento de repente, aunque posiblemente no zozobrara si una sabía qué estaba haciendo.

Después, todas las veces, había sido mejor madre. ¿Lo había notado su familia en ocasiones? ¿Que había días que disfrutaba más de ellos? Porque, si eso era lo que le hacía falta, esa cosita solo, ¿podrían perdonarla entonces?

Pero ahora.

Abrazados en la habitación de su hijo en el hospital, tocándose sus frentes, con los dedos de él metidos en el pelo de ella, todo ese deseo voraz parece atroz.

—Lo vamos a superar, Whit. Pero nos hacemos falta el uno al otro. Nos hacemos falta.

Él no hace más que decir eso. Una y otra vez. Como si lo

supiera todo e intentara convencerlos a los dos. La agarra fuerte de la cabeza. Y luego deja caer la mano por su cuello. Ella traga saliva.

Se le pasa por la mente. Que podría estrangularla. Que a lo mejor sabe que es lo que se merece. Él deja ahí la mano, escarba despacio dentro de ella con los dedos. Ella aguanta una tos. Nota que él empieza a llorar.

# Capítulo 57
Mara

El teléfono no para de sonar, el berrido agudo reverbera por toda la casa, con tonos cada vez más irritantes. Lleva todo el día del porche a la cocina, sin saber cuánto tiempo va a poder evitar lo que se avecina. El cuerpo de su marido. Las llamadas a Lisboa. Son casi las tres de la madrugada. Casi ha pasado un día entero desde que murió Albert.

No acierta a hacer nada que sea racional. A lo mejor no tenía que haber metido las narices en los asuntos de los vecinos, sobre todo ahora, teniendo en cuenta que es Xavier.

Sabe muy bien lo que se siente.

Cuando consolaba a Rebecca diciéndole que hallaría la esperanza de la forma más inesperada, se acordó de que todavía tenía que ir a echar un vistazo al jardín de atrás. Barrer los arbustos para ver qué encontraba. Jacob se había pasado un poco antes. Vio cómo le sudaba la frente y que estaba hecho polvo.

—¿Oyó usted algo? —le preguntó—. ¿El miércoles por la noche?

—¿Que si oí algo? ¿Algo como qué?

—No sé —dijo él. Miró la ventana de la cocina de Mara, ladeó la cabeza como si quisiera ver dentro de la casa, buscar a Albert—. ¿Tal vez su marido? ¿Es posible que estuviera despierto sobre la medianoche? ¿Le puede preguntar?

—Estábamos dormidos los dos —dijo ella. Y ya está.

Mara ya tenía demasiado a sus espaldas.

Vio a Blair llenar de malas hierbas dos bolsas de basura una hora antes más o menos. Las arrancaba de la tierra una a una, como si fueran cables de un motor viejo que se niega a ponerse en marcha. De vez en cuando paraba y se quedaba mirando la tierra, con los codos apoyados en las rodillas.

Mara podía haberse acercado y tener con Blair también una conversación de esas que te abren los ojos. Llevarle un

puñado de tulipanes de su jardín y preguntarle con toda amabilidad si tenía unos minutos.

Pero ya había metido bastante baza por hoy.

Por Rebecca, eso sí, tenía debilidad. No le parecía bien que se fueran todos de rositas a expensas de la dignidad de Rebecca. Merecía saber la verdad. Era la única que, cuando veía a Mara, veía a la mujer que había más allá de la edad reflejada en su cara, alguien que no se diferenciaba mucho del resto de ellas. Si no fuera por Rebecca, ya habría desaparecido de la calle Harlow, del todo. Imagina que Rebecca será la primera vecina en darse cuenta de la ausencia de Albert. Se parará un día en el porche a charlar con ella, señalará el interior de la casa y dirá: «Por cierto, ¿qué tal está él? ¿Es que se ha ausentado por un tiempo de la ciudad?». Quizá lo diga la semana que viene, o el próximo mes.

Puede que hubiera sido mejor quedarse sentada en el porche los meses que hiciera falta hasta ver cómo reventaba todo. Sin necesidad de inmiscuirse en la vida de esas mujeres. Sea como sea, los anuncios de las agencias inmobiliarias volverán a salpicar la calle muy pronto.

Entra en casa y apoya la espalda contra la puerta. Habría sido imposible prepararse para esto: saber qué se siente al ser la que queda de los dos. La única con algún recuerdo de quiénes fueron los dos juntos, los tres. La única que queda para pensar en Marcus todos los días. Que conoce el peso de su hijo en el regazo. Pesado y real. Cuando ella ya no esté, él tampoco estará, y es la única razón por la que siente alivio al abrir los ojos cada mañana y ver el yeso en el techo del dormitorio.

Él tenía dieciséis años, a mediados de los setenta, cuando Mara compró por fin dos billetes de avión. Volvería a intentarlo. Llevaba años ahorrando todos los meses un poquito de la paga que le daba Albert, escatimando en la cesta de la compra y mintiendo sobre averías de cosas que había que reparar, cuando en realidad se quedaba con el dinero de los técnicos. Le dijo a Albert que su tía había pagado el avión. Él no lo puso en duda, lo creyera o no. No hacía falta decidir si los acompañaría en el viaje: ella sabía que se quedaría en casa.

Marcus ya tenía una balda llena de libros sobre aviones por aquel entonces. Una guía de pilotaje que encontraron en una tienda de segunda mano, un manual de aeronáutica, y *Palanca y timón: una explicación del arte de volar*. Mara quería que su hijo sintiera por fin lo que era estar dentro de un avión. Quería que salieran por una vez de la calle Harlow. Y del lastre paralizante de Albert.

Soñaba otra vez despierta con ver cómo Marcus absorbía los detalles del aeropuerto, los aviones que rodaban despacio por las pistas de la terminal, la tripulación de punta en blanco que se dirigía a toda prisa a la puerta de embarque, los controles de la cabina por encima de la cabeza de los pilotos antes del despegue. Quería ver cómo se le iluminaba la cara y deleitarse con la felicidad que lo traspasaría de parte a parte. No parecía que hubiera gran cosa que lo ilusionara en sus años adolescentes, pero así eran los chicos de su edad. El viaje sería diferente.

Lo mantuvo en secreto hasta la noche antes del vuelo, cuando le enseñó los billetes. Se quedó mirando la cartulina entre las manos. Ella le zangoloteó los hombros.

—¡Lo vamos a hacer! Por fin lo vamos a hacer. Nada menos que siete horas en el aire. Nos quedaremos dos semanas con mi familia. —Señaló los números de asiento—. 22A y 22B. Te he conseguido uno de ventanilla.

Su hijo se mordió las mejillas por dentro y dejó los billetes en la mesa.

—Marcus. Esto cuesta mucho dinero. Te encantan los aviones. Te encantará ir de viaje, te lo prometo. Es lo que hacen las familias como la nuestra. Vuelan de vuelta al sitio del que salieron, van a ver a sus primos y sus abuelos. Tenemos que ir, hace mucho que teníamos que haber ido. No lo pongas difícil, por favor.

Se arrepintió del filo que tenían sus palabras. Debía atemperarse. Pensaban los dos en lo que pasó la última vez que prepararon ese viaje. Cómo cambió todo después de eso. Aunque no le estaba pidiendo demasiado a su hijo. Y en su fuero interno sentía que se debía a sí misma por una vez la ilusión de hacer algo que ella quisiera, no los demás. Llevaba casi diecisiete años sin ver a la familia. Quería que los suyos conocieran a su hijo. Y la familia de Albert también, por

mucho que él no hubiera querido tener nada que ver con sus planes. Le advirtió que no era buena idea hacer ese viaje, que a Marcus no le haría bien cambiar de aires, un sitio nuevo, casas llenas de extraños, el caos del aeropuerto. Como si tuviera la más mínima idea de qué le venía bien a su hijo.

Le dio un beso de buenas noches a Marcus y acabó de hacer las maletas en el piso de arriba.

Por la mañana, el chico se puso la ropa que le había dejado preparada y desayunó mientras ella volvía a comprobar que tenían los pasaportes y releía el itinerario del viaje. Albert se había ido a trabajar más pronto que otras veces.

—¿Te hace ilusión montar en avión, Marcus? —Su hijo no la miraba. Pero asintió—. ¡Qué bien! Yo estoy deseando. Vamos, en marcha. Te va a encantar.

Le dio un beso en la cabeza y demoró ahí los labios, en esa parte de su pelo castaño. En ese momento se permitió creer que podían los dos sentirse como dos nuevas personas.

En el aeropuerto, Marcus asimilaba todo un poco a cámara lenta. Se sentaron justo al lado de la puerta de embarque y esperaron a que los llamaran. Mara le sujetaba las rodillas para que no le temblaran las piernas. La ansiedad de su hijo era inevitable. Se calmaría en cuanto ocuparan sus asientos. Cuando llamaron a los de su fila, fue tirando de él por el puente de embarque. Con él la paciencia siempre le salía sola; era algo necesario en su vida juntos. Pero ahora le costaba, la tensión del viaje le pasaba factura a Mara: la pesada bolsa colgada al hombro, la cola de gente que formaban, el jaleo de documentos sujetos en una mano y que trataba de que no se le cayeran. Quería que su hijo disfrutara de aquello. Ella misma quería disfrutarlo.

—Venga, Marcus, date prisa. —Una pareja joven que pasaba a su lado le dio un golpe en el codo, y los billetes, los pasaportes y su monedero acabaron desparramados por el suelo. Marcus se quedó mirando cómo lo recogía a gatas mientras crecía la cola detrás de ellos—. Marcus, ¡ayúdame, por Dios! No te quedes ahí de pie.

Cuando se levantó, tenía la cara roja de vergüenza. Una pasajera los rodeó y soltó un chasquido de la lengua, y a Mara le dieron ganas de mandarla a la mierda. Metió todo de golpe

en la bolsa y se atusó el flequillo, que se le había pegado a la frente.

—Escúchame —le dijo a Marcus con un hilo de voz, mientras le sujetaba la barbilla con el pulgar y el índice—. Espabila, camina más rápido y compórtate como el jovencito que eres por una vez en tu vida. Estoy harta.

Le dio un empujón a la cabeza antes de soltársela. Nunca lo había dicho antes, que estaba harta. Pero vaya si lo estaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas de camino a la puerta del avión, sin volverse para mirarlo. Recompuso la figura justo a tiempo para recibir el saludo sonriente de la azafata que les daba la bienvenida a bordo.

Fue justo antes del despegue cuando le notó la respiración entrecortada, mientras miraba la pista por la ventanilla. Se retorcía, incómodo. Ella le había cogido la mano, acariciaba sus nudillos. Se sentía mal por haber perdido antes la paciencia, quería que los dos empezaran de nuevo.

—Tú cierra los ojos y ponte a contar —le dijo—. Se te pasará.

El avión retumbaba con estruendo al rodar por la pista. Mara oyó el clic metálico en el asiento de su hijo, pero se dio cuenta demasiado tarde de que se estaba desabrochando el cinturón. Notó el olor de su axila cuando levantó el brazo por encima de ella para agarrar el reposacabezas del pasajero que iba al lado del pasillo. Quería saltar por encima de ella, salir del avión. Lo empujó para que volviera a sentarse y se le echó encima, quiso retenerlo ahí con todo el cuerpo. Ya era tan alto como ella, y tenía fuerza. Mara notaba la camisa mojada de él contra la cara. Le retumbaban los latidos de su corazón en la cabeza; su jadeo pegado a la oreja. Le susurró.

—No pasa nada, Marcus, tú siéntate quietecito y respira. No pasa nada. Mucha gente se pone nerviosa en un vuelo. Es completamente normal. —El hombre de al lado se volvió para apartarse de ellos. Encendió un cigarrillo y le dio un meneo a la página del periódico. A Mara le ardía la cara de vergüenza.

Marcus se tocó el pecho, el punto que le dolía cuando le entraba ansiedad.

—Ya lo sé. —Ella lo tranquilizaba—. Te sentirás mejor enseguida. Mira… —Señaló por la ventanilla la capa de blanco algodón deshilachado que atravesaban en su ascenso.

Tuvo de repente la sensación de que ya lo había visto antes. Y cayó en la cuenta de cuándo: el sueño que había tenido en el embarazo. Su vientre forrado de nubes por dentro, igual que las que veían ahora. La paz con la que su hijo flotaba dentro de ella. La calma.

Lo soltó y se reclinó en el asiento. Cerró los ojos. El ruido de fondo del avión era un bálsamo para los dos. A Marcus se le pasaría. Ya habían dejado atrás lo más estresante. Tendrían al alcance de la vista la profunda costa verde de Lisboa en su descenso, y eso le gustaría. A ver si les traían pronto el café y Marcus pedía un zumo de tomate.

Y entonces sintió los puñetazos de su hijo en el estómago. Se le cortó la respiración.

Trató de recuperar el aliento mientras lo veía ponerse rígido en el asiento para agarrarse a ella. Intentaba decirle algo. Con la otra mano apretaba fuerte el cuello de la camisa, y tenía en la cara una mueca de dolor. Estaba en plena agonía. El corazón. Mara abrió desesperada la boca y por fin recuperó el resuello.

—¡Mi hijo! ¡Ayúdenme, por favor! ¡Algo le pasa!

Lo sacaron, lo tumbaron en el suelo del pasillo y desapareció de su vista. Mara saltó por encima de los asientos, gritó su nombre, iba apartando cuerpos a su paso. Alguien la agarró por detrás y la llevó a rastras a la cola del avión sin que dejara de patalear. Se golpeó la cabeza con una esquina del carrito de la comida. La sujetaron contra la salida de emergencia, las manos a la espalda, la cara contra el metal frío de la puerta. Quiso sacudirse de encima el zumbido de los altavoces que le taladraba los oídos, gritar más alto para que Marcus la oyera, pero la mano de alguien le apretó más fuerte el cráneo.

Cuando aterrizaron en Houston, la llevaron a un hospital a darle puntos y la sedaron. Pasó allí toda la noche. Tardó más de dos días en ver el cuerpo de Marcus. Hablaron de un ataque al corazón, dijeron que todo había sido muy rápido. Puede que sufriera alguna cardiopatía previa, y el estrés empeoró las cosas. Ella se negó a que le hicieran la autopsia: no tenían que confirmarle nada, daba igual. Sabía que lo había matado al obligarlo a subir al avión. De haber hecho

caso a Albert, estaría vivo.

Lo llamó a casa para decírselo la mañana después de que muriera. Él sollozaba. A ella le pareció que era un llanto cruel, no merecido, pero siempre supo que lo había querido, aun debajo de tanta crueldad. Mara colgó el teléfono cuando él seguía en pleno llanto.

Salió de la morgue, fue al hotel y se sentó en la bañera vacía con un cuchillo de carne en la mano, robado en la cafetería en la que se pasó dos horas mirando el plato de comida. Estuvo largo y tendido pensando lo que ella creía que eran verdades inamovibles. Existía el cielo, existía el infierno. Y existiría la promesa que se hizo entonces, la garantía de que, si seguía viva, podría verlo cuando cerrara los ojos. Podría enterrar la nariz en su olor impregnado en la funda de la almohada de casa. Podía dormir con sus aviones de juguete en la mano. Y desayunar mirando la silla vacía, sabedora de la importancia que para ella había tenido su hijo.

El sol de la tarde tardará todavía otra hora en desaparecer detrás de la tercera planta de la casa de los Loverly. Mara cruza la calle, el camino de entrada, y se agacha para dejar un avión de papel a su puerta.

# Capítulo 58
## Rebecca

Whitney da un respingo cuando la mano fría de Rebecca le toca el antebrazo. Acerca la boca a la oreja de Whitney.

—¿Ha estado aquí mi marido?

Whitney no contesta.

Rebecca le dice que salga con ella fuera de la habitación. El hecho de que la obedezca viene a confirmar que sí, que ha estado allí. Sí, hay algo entre ellos. La adrenalina amortigua el dolor de lumbares. Nota el peso de la compresa que lleva entre las piernas.

Abre la puerta de un pequeño cuarto más adelante en el pasillo. Whitney duda.

—Siéntate. Necesito que te sientes.

Así lo hace Whitney. Rebecca da unos pasitos a su alrededor. La ha metido en ese cuarto, pero no tiene nada planeado. Quería que Ben estuviera ahí, quería saber cómo era verlos juntos.

—¿Cómo pudiste dejar que te consolara? ¿Que te cogiera la mano?

—Rebecca, ahora mismo no puedo pasar por esto. Necesito…

—¡No! —La corta en seco. Mira para otro lado y a Whitney le entran temblores. Está perdiendo a su hijo, pero Rebecca no tiene nada. Se le encoge el corazón. No puede formular las preguntas que debería estar haciéndole.

Hace por recomponer el relato de lo sucedido, mas nada encaja. No hay margen para el malentendido ni explicación distinta. «Ya no eres tú misma», le ha dicho Ben esa mañana. Ella, es ella. Las pérdidas la han cambiado, sí. La obsesión la ha consumido por dentro, sí. Pero lo que él quería decir con eso era que ya no era la que él quería que fuese. Ya no era suficiente para él. Estaban rotos por dentro, pero el proceso de destrucción no lo habían vivido juntos.

La puerta del cuartito está abierta y Jacob asoma la cabeza. Le dice a Whitney que ha vuelto, que le ha traído una muda de ropa. Y entonces ve la cara de pánico que tiene su mujer. Mete un pie dentro.

—¿Qué está pasando aquí, te encuentras bien?

Whitney se pega tanto a Rebecca que a esta le llega su olor avinagrado, concentrado en los sobacos. Esta es la mujer que acaricia Ben. Aprieta la carne de esta mujer contra la suya. A Rebecca le entran ganas de alargar la mano y tocarla también, imaginar qué siente Ben. Su sudadera. Las puntas en perfecto estado de su pelo. Quiere retorcerle el diamante que lleva en la oreja. Hay sentimientos, tiene que haber sentimientos, pero no acaba de hacerse a la idea de que su marido pueda amar a nadie más. A esta persona. Le dan náuseas. Aparta la cara del aliento de Whitney, que le susurra al oído a Rebecca:

—Por favor, no me hagas esto. No le digas nada…

Whitney, con sus tres hijos. Pechos que han amamantado. Un cuello uterino que ha dado a luz.

—Whit —dice Jacob, impaciente—. ¿Me vas a decir qué está pasando aquí?

—Todo está bien, cariño. Vámonos. Tengo que estar con Xavi.

Whitney da un paso, pero no mira a su marido. Lo que hace es suplicar a Rebecca con los ojos. Jacob pone las manos en los hombros de Whitney, y entonces por fin se da la vuelta y mira a su marido. Él le frota los brazos con vigor, como si tratara de infundirle nueva vida.

Rebecca busca un punto de apoyo en el respaldo de una silla, el dolor le vuelve. Nota la vibración del teléfono en el bolsillo y sabe que es Ben.

—Whit —dice Jacob—, adelántate tú. Le quiero preguntar a Rebecca por la cirugía, y sé que no quieres oír estas cosas.

Whitney y Rebecca se miran. A Whitney le crece el temor en los ojos, pero tiene que andarse con cuidado. Así que asiente y sale del cuarto. Jacob la sigue con la mirada hasta que está seguro de que no puede oírle.

—Sé que estás en una posición comprometida y que tienes un deber ético como médica. Solo te pido que nos digas si surge algo que aclare lo que pasó. ¿Vale? Que nos mantengas

informados, solo eso. Como ya dije, esa noche Whitney no pudo haber hecho nada malo, te lo puedo asegurar. —Hace una pausa. Traga saliva. Parece más desesperado que el día anterior, con más ganas de que lo crean.

—¿Qué crees que pasó entonces, Jacob? Era tarde. El niño debería haber estado durmiendo.

Él se queda estupefacto ante ese interrogatorio, Rebecca ve cómo aprieta las mandíbulas.

—Tenéis todo el rato la luz encendida a las tres de la mañana. Whitney sufre de insomnio, ¿no? ¿Toma algo para dormir? ¿Se atiza unas pastillitas mientras bebe todas las noches? Esa combinación le puede joder a uno el estado de ánimo. Y el buen juicio. ¿Sabe la policía que estaba tomando vino el miércoles por la noche? Dejó el vaso vacío en la puerta del jardín. Allí sigue todavía. —Rebecca casi no se reconoce a sí misma. Pero continúa, con voz más acerada—. Sabes la suerte que tienes de ser blanco y tener un poco de dinero, ¿verdad que sí? Y de que esos trabajadores sociales tan duchos en su trabajo no te metan caña. Lo de la negligencia ni siquiera se les pasa por la cabeza cuando os ven a los dos.

Jacob la mira a los ojos.

—¿Por qué nos haces esto?

Pero entonces aparece otra vez Whitney en el vano de la puerta. Rebecca guarda silencio.

—Jacob, ¿por qué tardas tanto? Deberías venir conmigo. —Le tiembla la voz—. Por favor.

Rebecca los ve salir del cuarto. Y luego se pone en cuclillas en el suelo para serenarse. Tiene que pensar. Le vibra el teléfono otra vez. Y luego otra.

El útero la acribilla cuando va en dirección opuesta a Jacob y Whitney, pasillo adelante hasta el control de enfermería. El dolor se le enrosca en la espalda y ella hace lo que puede para no torcer el gesto. Pide al cielo que la sangre no le empape los pantalones. Que nadie note las gotas de sudor en su frente, donde le nace el pelo.

Podría ir a ver a la trabajadora social ahora mismo. Reconocer que le preocupa el comportamiento de la madre de Xavier, que le constan pasados episodios. Podría hacer que se aceleraran los acontecimientos.

Pero le dirán que por qué no dijo nada antes.

Ve por delante de ella a Leo, que lleva el carrito de las constantes.

Y entonces se acuerda de lo que le ha dicho la doctora Menlo a la puerta de los ascensores al llegar. La sedación está dejando de tener su efecto en Xavier y han decidido no darle más. Quieren ver qué tal le va sin ella. La doctora Menlo todavía no se lo ha dicho a los padres. No quiere darle a nadie falsas esperanzas: podría pasar de todo. Pero hay motivos para creer que puede haber luz al final del túnel.

«Que puede volver del coma», aclaró Rebecca, y se agarró al pasamanos en el pasillo. Sabe que la doctora Menlo no puede dar a entender nada con tanto detalle.

«Bueno, vamos a cruzar los dedos —dijo únicamente—. Tengo varios casos que atender arriba, pero bajaré dentro de una hora. Veremos qué pasa».

El momento que Whitney lleva esperando a la vera de Xavier. Un momento que acabaría con ella si se lo pierde.

Rebecca mira la hora en su reloj.

Aparta a Leo a un lado y le pide que le haga un favor.

—Necesito que les lleves un mensaje a los padres de Xavier. Ahora mismo. Están en la habitación.

Él mira al suelo mientras Rebecca habla, listo para seguir sus instrucciones.

Con una voz que resuena en sus oídos, le dice que la doctora Menlo ha insistido en que se tomen un respiro mientras bajan a Xavier a hacerle un escáner. Deberían irse a casa, deberían darse una ducha y reponer fuerzas para la cirugía de mañana, ver un rato a los mellizos. La doctora Menlo los llamará si hay algo urgente. Y entonces le dice a Leo que los acompañe hasta los ascensores. Que se asegure de que se van. Que es muy importante que así lo haga.

—Pero… —Leo parece turbado—. Tengo entendido que los intensivistas le van a retirar la sedación, ¿no querrán estar aquí cuando eso ocurra?

A Rebecca se le acelera el corazón. Hace lo posible por no alterar el rostro a pesar del dolor y dice que no con la cabeza.

—Está bien —alcanza a decir. Espera que Leo haga más preguntas, pero él asiente.

Y además le pide, como quien no quiere la cosa, que no

diga que lo ha enviado ella. No quiere que se ofendan por no pasar a verlos; está ahí para una reunión rápida y ya llega tarde. Se lleva la mano al reloj.

Nunca le ha dado a Leo motivos para cuestionar su integridad. Pero, por si acaso, se aleja antes de darle oportunidad de réplica. Va apoyándose en la barbilla para ir más derecha. Arruga las cejas y la frente. Ya no puede seguir poniendo buena cara.

Ben la está llamando otra vez.

Da con un baño y se arranca la compresa, que pesa ya como un balón de fútbol. Le ha subido la temperatura, se nota pegajosa y está empezando a temblar. Toma asiento en el retrete y busca una fotografía en el teléfono móvil. Es de Whitney. Se la sacó el primer día cuando la llevó a ver a Xavier, cuando se sentó enfrente de ella al otro lado de la cama y sintió, en cierto sentido, que había una conexión entre ellas. Por eso le contó lo de los embarazos. Por eso había ido al jardín de su casa la noche anterior. Algo dentro de ella había sabido que tenía que haber más.

Limpia las manchas de sangre del interior de sus muslos y pone una compresa nueva en las braguitas. Ingresará en el ala del hospital enfrente. Responderá a sus preguntas. Cinco embarazos. Ningún niño. Anotará el número de su madre por si hay que avisar a alguien en caso de emergencia. Mirará el reloj en la pared hasta que la llamen por su nombre, se echará en una camilla detrás de una fina cortina azul, llevará las rodillas al pecho y se mecerá, presa del dolor, y, ya sin esperanza ni rezos, hará lo único que puede hacer. Esperar.

# Capítulo 59
Blair

Aiden y Chloe están otra vez jugando al ahorcado en la mesa de la cocina. La salsa de los espaguetis cuece a fuego lento en el fogón. Blair está sentada enfrente de ellos, con el portátil abierto, buscando información una vez más. Causas de suicidio entre los niños. Suicidios que se cuentan por error como accidentes. Noticias de niños de primaria cuyos compañeros los maltratan hasta la muerte.

Le entra otro ataque de pánico.

Chloe suelta un chillido de triunfo. Aiden frota los nudillos en la cabeza de su hija. Ha llegado más temprano del trabajo para estar en familia. Una partida más, suplica ella, y él accede. La niña dibuja la horca.

Los ojos de Aiden y Blair se encuentran y él le sostiene la mirada. Ella nota que se enternece con su marido a raíz de los últimos acontecimientos. Así tiene que ser. Poco a poco ve en él, por una vez en la vida, lo único seguro. Ya no quiere tratarlo como un problema. Tiene que curarse del rencor al que se ha hecho tan adicta.

Esa misma noche se arrimará a él en la cama y le dirá que lo siente. Que no tenía que haber creído que le era infiel, lo dirá con total convicción. Que quiere que estén mejor. Lo abrazará debajo de las mantas, esperará a que se le ponga dura mientras se la sostiene en la mano.

Él se burlará de ella, le quitará importancia como se la quita a todo lo demás, y luego la atraerá para sí y le mordisqueará el labio, con restos de pasta dentífrica todavía, la besará en el hombro, y luego en los pechos, que ella querrá taparse, y tendrán relaciones sexuales por primera vez en mucho tiempo. Ella le dirá que baje con la boca hasta su sexo. Sentirá el alivio de no tener jamás que dejar que otro hombre la toque donde él la toca.

Blair oye las puertas de un coche. Cierra el portátil y va

hasta la ventana del jardín delantero. Jacob sujeta a Whitney, la lleva despacio hasta la puerta de su casa. Blair siente una punzada de dolor por haberla perdido; el corazón va a remolque de la mente consciente y puede que siempre vaya a ir así. Pero ya nada será igual entre ellas. Para cobrar ánimo, toma aire de golpe. Le mandó un mensaje a Rebecca para que la pusiera al día sobre Xavier, pero todavía no ha respondido, y no es normal. Ve cómo Whitney se queda un poco atrás, deja que Jacob abra la puerta con la llave y vuelva a tenderle la mano para que se apoye. Se quedan así, inmóviles, y entonces él la mete dentro de casa.

Blair piensa en la traición que bulle debajo de esa ternura. El matrimonio digno de admiración que Whitney casi ha llevado a pique de manera tan estúpida. ¿Y por qué? ¿Por un poco más de atención? Blair debería haberse dado cuenta de que Whitney tenía mucho peligro. Eso hace que se sienta más traicionada. Por cómo le mintió su amiga casi sin pestañear. Por envidiar tanto ese amor.

Echa la cortina.

Las madres del grupo de WhatsApp mandan cada vez más mensajes. Hacen preguntas, apoyadas en vagas muestras de conmiseración, quieren saber si Blair tiene más detalles. Cómo lo está llevando Whitney. Si habrá algún tipo de investigación rutinaria, dada la naturaleza del «incidente» y que está implicado un niño. Suponen ciertas cosas, a juzgar por el tono que emplean. Como Blair esperaba. Ciertas cosas sobre Whitney. Van con pies de plomo, son mensajes redactados por buitres. Por ahora ninguna ha mencionado lo que pasó con Chloe, a Blair por lo menos no. Pero nota que la curiosidad va en aumento, y eso la pone nerviosa. Decide que apagará el teléfono antes de irse a dormir. No sabe todavía cómo responderá mañana a esos mensajes.

Vuelve a la mesa de la cocina y se agacha para besar a Aiden en la mejilla. Pasa la mano por la larga coleta de Chloe. Una ráfaga del perfume de Whitney: se lleva la muñeca a la nariz. Va al fregadero, abre el grifo del agua caliente, echa un chorrito de líquido de lavavajillas con aroma de limón y hace una mueca al notar las púas de raíz del cepillo. Ha estado esa tarde en casa de los Loverly, después de irse Jacob. Por última vez.

Todo le pareció distinto a Blair cuando entró. Frío y carente de vida. En el mueble del baño, se echó el perfume de Whitney una vez y luego otra. Vio que no estaban los anillos de boda en el joyero.

Subió con cuidado las escaleras hasta la habitación de Xavier. Nadie había tocado nada desde que estuvo el día anterior: el café se había secado en el suelo y la ventana seguía abierta, hacía fresco en la habitación. Se frotó los brazos a la altura de los hombros y asomó la cabeza para ver el jardín, pero todo parecía igual que siempre. Vio a Mara en el jardín de al lado. Pasaba la mano por las matas de hortensias, como si buscara algo en concreto.

El garabato de tinta negra en la pared de Xavier. Blair pasó los dedos por encima y vio que había algo escrito debajo que el chico habría querido tapar. Entrecerró los ojos, intentó unir todas las letras, y entonces dio un paso atrás, hasta que pudo ver lo que ponía.

Las palabras la dejaron sin aliento.

YA NO QUIERO SER TU HIJO

Chloe y Aiden echan una partida de desempate al ahorcado. Blair dice que bajará enseguida para poner a cocer la pasta y sube a la habitación de matrimonio. Ha ido esa tarde a casa de los Loverly buscando la convicción que le hacía falta. Da gracias por la vida que tiene. Por la niña que le sigue dando la mano. Por el marido que la ayudó a construir esa vida, con quien tuvo esa preciosa hija que están criando juntos, que todavía quiere meterse entre sus padres en la cama por las noches, enroscar las piernas con las suyas debajo de las mantas. Porque puede desaparecer todo en un instante, si no tiene cuidado. Si baja la guardia.

El matrimonio no va sobre el amor, va sobre lo que eliges. Y ella ha elegido a esta persona, y esta vida. Andar ahora anhelando algo que no puede identificar, algo que nunca encontrará, le parece que no es más que ingratitud. Un ansia egoísta. Ya no puede vivir así.

Saca el llavero del bolsillo y lo deja dentro de la bolsa del gimnasio de Aiden. No es más que una llave que se pierde y se encuentra. Y luego abre el cajón de la cómoda y saca el

resto de envoltorio. Lo lleva al cuarto de baño, le parece patético ahora, nada más que un pedacito de plástico en la mano. Lo tira a la taza del váter y ve cómo flota. Y luego, muy despacio, el triangulito se va hundiendo, como la vela de un barco que zozobra. Apoya un dedo en el botón para tirar de la cadena. Tiene una vida buena, bendita sea su vida. Dejará de convencerse de lo contrario.

# Capítulo 60
Mara

Mira el avión que ha dejado en el porche de la casa de los Loverly y piensa cómo estará Xavier. Si seguirá vivo. Le tocaría menos el asunto si no hubiera estado despierta hasta tarde el miércoles por la noche, sin poder dormir por los ronquidos de Albert, de no haber oído los ruidos en el jardín de los Loverly. Lo que hizo fue cerrar la ventana de un golpetazo y dormir en el sótano, en la cama de Marcus.

Quién iba a saber que sería la última noche en la vida de Albert.

Xavier solía echarle una mano con el jardín el verano anterior. Todos los jueves, muy de mañana, asomaba la cabeza por encima de la valla y preguntaba si la podía ayudar, aunque resulta que no le gustaba mancharse las manos. Le compró unos guantes infantiles de jardinería y le contó que a su hijo tampoco le gustaba llenarse las uñas de tierra. Nunca antes había hablado de su hijo.

Una mañana al final del verano, sin venir a cuento, Xavier volvió a preguntar por él. Mara le contó que se había ido hacía mucho tiempo.

—¿Ido adónde?

—Murió —dijo Mara—. Murió en un vuelo.

Xavier se quedó pensativo y pasó los dedos por las alas del avión de juguete que ella le había regalado hacía unos meses, el que tanto le gustaba a Marcus. Le recordaba mucho a su hijo. Notó que quería saber más. ¿Cómo en un vuelo? ¿En un vuelo adónde? Pero debió de pensar que no había que hacer demasiadas preguntas sobre un chico muerto.

La primera vez que Mara encontró los aviones de papel fue al jueves siguiente por la mañana, la primera semana de colegio, cuando Xavier ya no podía ir a ver cómo cuidaba el jardín. Ese día había sido duro para Mara, pues no dejaba de hacerse la pregunta más dura que existe… y si, y si, y si. Y

allí estaba el avión, a sus mismos pies cuando bajó la vista al suelo.

Después de aquello, Mara daba una vuelta por el jardín todos los jueves, recogía los aviones de papel de dondequiera que hubieran caído. A veces se incrustaban en las ramas de los arbustos, otras aterrizaban cerca de la valla de atrás o aparecían entre la hierba con el hocico torcido y el papel mojado de rocío. Nunca se lo dijo a Albert, por temor a que les contara algo a los Loverly.

Un día le preguntó a Xavier si los aviones eran suyos. Al principio puso cara de preocupación, sabía que lo castigarían por estar levantado tan tarde y ya no podría seguir con la ventana abierta, lanzando aviones al jardín de la pareja de ancianos.

Le juró que no eran suyos, que no sabía de qué le hablaba. Ella dijo entre dientes que daba igual, y lo vio esconder una sonrisilla de satisfacción. A lo mejor es que quería que creyera, por un feliz y absurdo momento, que podían haber caído del cielo.

Ahora sonríe cuando lo piensa.

Hace mucho que no se toma una copa como Dios manda. Saca un vaso del armario y luego la botella de ron de la vitrina del salón, y baja al sótano.

Va a echar de menos esos aviones de papel.

# Capítulo 61
## Whitney

Jacob apaga el motor en el camino de entrada y se quedan los dos sentados dentro del coche.

Ha sido él quien ha querido que salieran del hospital, ha insistido mucho. Ella sabe del alivio que ha sentido al oír que la doctora Menlo les mandaba salir de la habitación por primera vez en dos días.

Quieren que se duche. Que duerma y coma. Que vea los últimos destellos de luz en el cielo. A Whitney ya no le queda nada dentro.

A lo mejor creen que su presencia allí ya no es necesaria.

Puede que la doctora sepa algo.

Ella no quería irse, pero era mejor hacer caso, salir del hospital, donde Rebecca podía cambiar de opinión en cualquier momento. Donde Ben podía volver a encontrarla. Contuvo el aliento casi todo el rato que Rebecca estuvo sola con Jacob en aquel cuarto. Se dejó caer por la pared del pasillo y acabó sentada en el suelo frío de resina, viendo los pies que pasaban delante de ella. Poniéndose en lo peor.

No sabe por qué Rebecca les ha perdonado la vida.

Blair no lo habría hecho.

La virtuosa, inmaculada Blair. Whitney llegó a aspirar a ser así: el tipo de madre que podría aprender a emular. Tenía que haber sabido que era inútil intentarlo. Por mucho que Blair se esmerase, siempre hacía que a Whitney le diese vergüenza ver lo mala madre que era. Nadie la juzgaría con mayor severidad si supiera lo que había sucedido el miércoles por la noche. Apenas se atrevió a respirar cuando Blair estuvo a su lado en la habitación del hospital. Su sola presencia sepultaba a Whitney debajo de toneladas de culpa.

«Ya arreglo yo esta mierda —le dijo Whitney a Ben con un hilo de voz cuando vieron que Blair los había sorprendido juntos—. Tú tranquilízate y sal de la habitación antes de que

vuelva Jacob». Pero no tenía ni idea de cómo arreglarlo. La paralizaba la vergüenza. Había perdido para siempre a Blair, lo supo en ese instante. Los iba perdiendo a todos. Uno a uno. Tenía que pensar.

No sabía cómo se había hecho Blair con la llave. Ni si sabía algo más.

Un mes antes, Whitney estaba aparcando en el camino de entrada a su casa cuando vio que un Honda rojo se detenía en la puerta de Blair. Se dio cuenta por el espejo retrovisor de lo rápido que había parado el otro coche, como si se le hubiera calado a la conductora. Salió dando un portazo una mujer rubia con vaqueros ceñidos y una camiseta que dejaba ver el ombligo. Puede que tuviera treinta años, Whitney no estaba segura. La mujer se quedó mirando la casa de Blair. Whitney la miró por el espejo retrovisor y le dio mala espina. No le gustó nada. No parecía una mujer que Blair conociera.

Whitney salió rápido del coche y fue hasta la mujer, que ya enfilaba la entrada de la casa de Blair. Se dirigió a ella en voz lo más baja posible, para que no la oyera Blair desde dentro.

—¡Oiga, oiga! ¿Puedo ayudarla en algo? —La mujer se volvió y Whitney pudo comprobar que estaba nerviosa. Como si estuviera a punto de hacer algo que le daba miedo. Whitney se le acercó. Vio que tenía los ojos inyectados en sangre; las mejillas, rojas—. Le preguntaba si puedo ayudarla.

—He venido a devolverle algo al capullo que vive ahí.

Whitney lo supo entonces.

—¿Se refiere usted a Aiden?

La mujer torció la mandíbula. Estaba pensando. Estaba pensando cuánto podía contar y se le tensaron los músculos del brazo. Tenía un cuerpo firme y le brillaba la piel. Metió la mano en el bolso y sacó unas gafas de sol, luego escarbó buscando algo más. Pero Whitney reconoció la montura en el acto. La forma cuadrada que tenían, las aguas de color melocotón en el carey. Había estado en la barbacoa de septiembre. Era la novia de aquel compañero de facultad de Jacob.

Entonces recordó que había oído a Aiden hablar con esa mujer en la fiesta mientras Blair estaba dentro recogiendo. El descaro con el que Aiden flirteaba, la forma que tenía ella de

dejar la mano en su brazo un poco más de la cuenta. Recordó que él le decía dónde trabajaba en el centro. Que muchas veces se tomaba una copa después del trabajo en el pub que había en los bajos de la torre de oficinas. A Whitney no le había gustado nada aquello. Estuvo a punto de decirle algo a Blair al acabar la velada, en la cocina, cuando salían Aiden y Chloe. Oye, no quiero disgustarte, no quiero preocuparte. Pero yo, en tu lugar, querría saberlo.

Pero no lo hizo. Porque era Blair. Y Blair no habría querido saberlo. Por ello supo esa tarde lo importante que era Blair en su vida. No podía poner en peligro la amistad que tenían y plantarle a Blair una bomba en las manos que ella jamás habría querido.

La mujer sacó una bolsita de satén rosa del bolso y dejó caer en la palma de la mano una llave con las iniciales de Aiden en el llavero. Whitney volvió la vista a la ventana principal de Blair para asegurarse de que su amiga no estaba mirando por entre las cortinas. No veía el coche de Aiden por ninguna parte. Tenía que echar a aquella mujer de allí antes de que Blair las viera y abriese la puerta.

—Deme eso. Ya se lo devuelvo yo —dijo Whitney. La mujer miró la palma de la mano de Whitney—. La llave. Démela. Y luego váyase.

La rubia se quedó de una pieza. Luego volvió a clavar los ojos en la casa. Metió otra vez la llave en el saquito. Whitney le vio en la cara que había ensayado la escena, lo que en teoría iba a pasar, la imaginada venganza que llevaba semanas planeando. La poco atractiva esposa abría la puerta, y ella veía que la cara de amabilidad se transformaba en una de pánico.

—No le conviene hacerlo. Créame. Le aseguro que se arrepentiría. —La mujer volvió a mirar la mano de Whitney durante lo que pareció un minuto entero. Y entonces dejó caer la bolsita y la llave en la palma extendida. Frunció los labios. Puede que todavía estuviera dudando, pero Whitney ya se había metido el llavero en el bolsillo de la chaqueta—. Váyase. Y ni se le ocurra venir por aquí en la puta vida.

Mientras se alejaba el coche, Whitney vio que Mara lo seguía con la mirada desde el porche. Se miraron, y entonces Whitney entró en casa con el corazón dando brincos. Le llegó

el olor del curri de lentejas de Louisa, los chillidos de sus tres hijos jugando al escondite con ella en la planta de arriba. Fue derecha a la cocina y levantó la tapa de la cazuela para ver qué quedaba; ya habían cenado. Escarbó con la cuchara en las sobras, convencida de que había obrado bien. ¿Sospechaba algo Blair? ¿Llevaría tiempo amargándose por esto? Le daban ganas de ir en ese instante a su casa y abrazarla. Whitney no quería ser depositaria de semejante información, pero allí la tenía, y su amiga quedaría humillada si supiera que estaba al tanto. Blair querría tratar el tema en privado si alguna vez se enteraba. Así que Whitney no pensaba decir nada. Igual que en la barbacoa de septiembre, tendría la dignidad de fingir que no había visto nada.

Y luego estaba el otro asunto que complicaba las cosas. La hipocresía de sentir preocupación por Blair y asco por Aiden.

Siguió escarbando con la cuchara. Pensando.

Le llegó el ruido de los pasos de Jacob, que bajaba las escaleras. Y luego sintió sus labios.

—Oye, ¿te puedo preguntar algo? —le dijo a su marido—. La novia esa de Jamie, la que vino a la barbacoa. ¿La sigue viendo?

—Rompieron hace un tiempo. Por lo visto no estaba hecha para las relaciones largas. —Se separó de ella, abrió la nevera, buscó una botella de agua con gas—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, creo que la vi el otro día en el ascensor del trabajo.

Él asintió. Pero guardó silencio.

—Me parece que tiene un Honda rojo. —Whitney siguió insistiendo—. ¿Lo has visto alguna vez por aquí?

Jacob alzó las cejas. Se encogió de hombros. Dijo que no con la cabeza. Podría haberle preguntado cómo sabía qué coche tenía. Que qué iba a hacer esa mujer por allí. Pero entonces se volvió para salir de la cocina y ella supo que había algo que no le estaba contando. ¿A lo mejor sabía lo de Aiden? Whitney no dijo nada más; ya había llevado las cosas demasiado lejos. No quería que esas palabras —«un lío»— flotaran en el ambiente.

Sabía que estaban rodeados de metralla, una amenaza subterránea en sus hogares, entre unos y otros mientras

dormían. Esos fragmentos fatídicos —el zumbido cuando se aproxima, el peso cuando cae— eran lo más revelador. Y desasosegante. La vida podía explotar en cualquier momento.

No, no diría nada de esto, ni a Jacob ni a Blair.

Ojos que no ven, corazón que no siente. Corazón que una protege.

De esta manera sí podía pensar en ello entonces. Podía llevarlo todo dentro, en compartimentos, como la cena que les ponían a sus tres hijitos, tan tiquismiquis, la comida en el plato que nunca les dejaban tocar.

# Capítulo 62
Rebecca

Ben es la primera persona que ve cuando entra en las urgencias de maternidad, al otro lado de la calle del hospital infantil. Se levanta de la silla que ocupa en la sala de espera. Rebecca le ve la incertidumbre, cómo alza las cejas, la relajación de la mandíbula que viene a proclamar su inocencia. Como si no tuviera nada por lo que pedir perdón, solo por dejarla sola en la cocina cuando debería haberse quedado con ella. Cuando tenía que haber puesto las manos en la esfera que formaba su bebé y decir que los quería a los dos.

Va al mostrador de admisión y escarba en el bolso para dar con la tarjeta de identificación. Cuando ha respondido a los trámites de rigor en la ventanilla de plexiglás —«Aborto espontáneo. Sí, estoy segura. No, todavía no estoy de veinte semanas. Ni tengo alergia a nada»—, se tumba en la primera fila de asientos libres que ve. Ya no puede mantener los ojos abiertos. Toma aire en pleno pico de dolor y luego lo echa con un hilo de aliento entre los dientes. Eso la alivia un instante, pero sabe que es efímero, empieza a notar la presión entre las piernas, y la luz roja indica que el baño, a apenas cuatro metros de allí, está ocupado.

—Mara me ha dicho que estarías aquí —dice Ben. Nota su peso en el asiento de al lado. Nota su mano en el tobillo—. No tenía que haberme ido así. Lo siento mucho.

Le vuelve el dolor. Suelta el aire por la nariz y le retumba en la boca con un dilatado zumbido.

—Me fui porque me entró miedo, y estaba conmocionado. Pero supe que también quería este bebé en cuanto me lo dijiste.

Rebecca solo acierta a soltar una risotada. Es el delirio. Menea las piernas, busca alivio en una postura diferente. Como el que mece a un bebé para aliviarle el llanto, ese

mismo bebé dentro de cuatro meses. Sigue con los ojos cerrados. Aguza el oído para ver si oye el clic de la puerta del baño. Tiene la sensación de que le están rajando el bajo vientre. Sabe que tendría que ir a triaje, decirle a la enfermera que necesita una cama, pero le da igual ahora mismo dónde pase, le da igual si tiene que ponerse en cuclillas allí mismo y los siete ocupantes de la sala de espera tienen que darse la vuelta para no ver lo que le sale de dentro.

Había una pregunta entre el papeleo de la clínica de reproducción asistida que tuvieron que rellenar los dos el año pasado. ¿Por qué es importante para usted tener hijos biológicos? Él se volvió para preguntarle a ella. «¿Tú cómo has contestado a esta?». Ella encogió los hombros, también llevaba un rato mirando esa pregunta sin saber qué decir, pensando que era injusto que ellos tuvieran que formular una respuesta a la que millones de padres no hace falta que respondan. ¿Para ver cómo se fundían sus rasgos faciales? ¿Porque es algo natural que en teoría quieren los humanos en edad reproductiva? Nunca habían hablado de por qué querían tener un hijo, solo de si querían tenerlo. Él puso una raya en la casilla, una forma de protesta. Ella miró el formulario de él y luego puso lo mismo en el suyo.

No quiere que le explique por qué tiene un lío con otra. Ya sabía que su presencia tenía sobre él un efecto claustrofóbico. Que se había distanciado sin dar un ruido del futuro que tenían los dos juntos, un descoserse puntada a puntada, mientras hacía lo que estaba en su mano por convencerla a ella de todo lo contrario. Sabía también que no dormía por las noches lamentándose, como un niño enfurruñado porque se le niega lo único que anhela. Lo único que cree que se le debe. Y, aunque tampoco Whitney fuera a dárselo, a Rebecca no le cabe ninguna duda de que estar con ella haría más llevadero su destino de hombre sin hijos. Rebecca le amargó la existencia; Whitney hacía de edulcorante. Lo ayudaba a soportar la vida con Rebecca.

O a lo mejor era solo algo animal. La atracción por una mujer cuyos órganos reproductivos sí funcionaban. La madre que él se puede follar.

Su quejido se hace más intenso. Un dolor sin medida le deja

toda la espalda machacada. Nota unas manos encima, manos que no son las de Ben. Le ponen un tensiómetro en el brazo. El peso entre las piernas se convierte ahora en una amenaza, como una bolsa de papel mojado que está a punto de rajarse, y ya sabe lo que viene después.

—Se acabó —le dice a Ben—. No pienso hacerlo más.

Él se arrodilla a su lado y le aprieta una mano, apoya su frente en la suya.

—No hay por qué renunciar a tener un bebé —le dice Ben con ternura—. No hay que perder la esperanza. Yo no tenía razón. Pasemos esto y volvamos a la clínica de reproducción…

—¡Me refería a que se acabó contigo! ¡No pienso hacerlo más contigo!

Ella ve que él se azora. Mira a la enfermera, que vuelve con una bolsa de agua caliente y le dice a Rebecca que tendrán una cama libre dentro de unos minutos.

—Estás enfadada y con mucho dolor, vamos a llevarte a…

—Empezaste a follártela en noviembre —dice Rebecca—, cuando me dijiste que ya no querías seguir intentando tener un hijo. Eso fue lo que cambió, ¿a que sí?

Ben toma asiento otra vez. Se le van los ojos a su vientre.

—No tienes ni idea de lo mucho que te quiero, de lo mucho que querría…

—Vete a casa y recoge tus cosas. Déjame el coche y tu juego de llaves.

Rebecca cierra otra vez los ojos con fuerza. Él guarda silencio. Ella se da la vuelta en el banco, apoyada a cuatro patas. La enfermera le masajea las cervicales. Dice que la sujetará cuando se levante y que le pondrán la vía enseguida. Venga. La ayuda a ponerse derecha y la lleva a donde están las camas.

Y entonces Rebecca nota que le viene lo que tanto ha echado en falta, el reverbero de la fuerza en su interior. Como si pudiera meter la mano dentro de sí y sacar al bebé dormido en la palma tibia. Como si fuera madre.

# Capítulo 63
## Whitney

Jacob le da la mano y la lleva hasta la puerta, allí se agacha para coger algo del suelo.

Un avión de papel hecho con una hoja de bloc. Hay algo escrito en el pliegue del centro con nítida caligrafía.

> ¿Que cómo me encuentro? Pues no estoy mal para ser una anciana.
>
> Te estaré esperando.
>
> Tu amiga, Mara

Whitney se acerca a la casa de Mara, espera verla allí con Albert como todas las tardes. Pero no hay nadie. Y están todas las luces apagadas.

Va al camino de entrada y mira por las ventanas de la cocina, hasta ver el jardín de atrás. Le choca lo vacío que está todo.

Rodea la fachada de su propia casa hasta llegar a las ventanas de atrás y ve la hierba.

Se proyectan las imágenes otra vez en su cabeza.

El golpe sordo de su cráneo contra el suelo.

Le entran ganas de volver corriendo al coche otra vez, ponerse al volante, salir volando de la calle Harlow, atravesar la ciudad, volver con él. Saltarse todos los semáforos en rojo. Subir a su habitación librando los escalones de tres en tres, que le ardan los muslos por el esfuerzo.

Dentro de casa, Jacob la lleva a la escalera y la ayuda a sentarse en el último escalón. Pone sus cosas una a una en la encimera de la cocina, la bolsa de lona de ella, el reloj de pulsera de él, sus llaves. El avión de papel. Lo hace con aplomo y cierto método. Se vacía los bolsillos.

—Anda, es verdad. Se me olvidó que te había llevado esto al hospital. —Abre la mano. Sus anillos de boda. Ella se los

queda mirando—. El miércoles por la noche no los tenías puestos.

No es una pregunta. Ni pregunta por qué. A Whitney se le acelera el corazón. Él sirve dos vasos de agua muy despacio. Alza uno para que lo coja ella y ven los dos cómo tiembla la mano que adelanta Whitney.

—Mira —dice Jacob—. He estado pensando. Eso que me dijo Louisa por teléfono ayer. Lo disgustado que estaba Xavier el miércoles después de que Chloe lo tratara mal en el colegio. ¿Recuerdas que te he estado hablando de eso?

Whitney se acuerda, aunque no lo reconoce. «¿Tiene que ver con Chloe?», le preguntó Blair en el hospital. Y claro que tenía que ver, en cierto sentido; Chloe, la hija ideal para la madre perfecta. Nadie en la familia de Whitney podría estar nunca a la altura de ambas.

—Creo que habría que decirles algo a los de trabajo social —sigue diciendo Jacob—. O a quien pregunte. Que llevaba una mala racha en el colegio, y entonces llega su mejor amiga y le viene a decir que lo que tiene que hacer es matarse. Delante de todo el mundo.

Whitney inspira fuerte por la nariz. Matarse. ¿Por qué pronuncia esas palabras delante de ella? Piensa en lo que escribió Xavier en la pared de su habitación. En las cosas que ella le ha dicho a Xavier. Con las que lo ha amenazado.

—Jacob, ¿tú no has subido todavía a su cuarto?, ¿desde entonces?

—No puedo entrar ahí.

Lo ve echarse más agua en el vaso, dejar un hilillo en el grifo, casi un goteo, como si tuvieran que tener cuidado ahora con cada uno de sus movimientos. Cada cosa que dicen.

—¿Por qué no me has preguntado a mí, Jacob?

—¿Preguntarte qué?

—¡PREGUNTARME QUÉ PASÓ, JODER! —A Whitney se le cae el vaso al suelo y crece un charco entre ellos. Se pone en pie meneando la cabeza y rompe a llorar—. No me has preguntado porque no te fías de que no haya tenido nada que ver. No crees que no sería capaz de hacerle daño, por mucho que quieras creerlo. Te da miedo la verdad, siempre te ha dado pánico. Y entonces, ¿qué tenemos? ¿Un accidente doméstico en plena noche que nadie se va a creer? ¿Un

suicidio que le endilgamos a una niña cuya madre es una puta mártir? Hay otras mujeres a las que no les caigo bien, Jacob, no creen que merezca la pena protegerme. Piensan que he sido demasiado egoísta. Que me he perdido demasiadas cosas. ¡He permitido que oyeran cómo le gritaba! —lo dice con la respiración entrecortada, cae sobre ella toda la vergüenza de aquella tarde de septiembre. Se limpia la nariz con el dorso de la mano—. No soy como ellas, ¿es que no lo entiendes?

Jacob le pone las manos en las caderas. Sin apartar la vista del agua que le moja las puntas de los zapatos.

—¿Me estabas observando antes en la habitación del hospital? ¿Poniéndome a prueba?

Él arruga el entrecejo. Dice que no con la cabeza.

—¿De qué estás hablando?

Se miran el uno al otro. Desafiándose. ¿Con qué está dispuesto a vivir cada uno de ellos?

Él es el primero que aparta la vista.

Y ella sabe que la conversación ha acabado, porque la alternativa, la verdad de lo que Whitney ha hecho y lo que él piensa realmente, les duele demasiado a los dos.

—Te voy a preparar un baño —dice él.

Whitney espera a que él esté en el último escalón de la escalera para tumbarse en el primero.

Los puede sacar de esta casa, lejos de esta calle, fuera de esta ciudad, y volver a empezar. Pedirá una excedencia en la empresa, dará un paso a un lado por un tiempo. Hallará la manera de estar conforme consigo misma después de lo que les ha hecho a todos. Lo que ha estado a punto de destruir.

Pero Jacob tiene razón. Le hace falta un plan. Porque, si Xavier despierta, a lo mejor recuerda lo que pasó el miércoles por la noche. Y ella no los puede perder. No puede dejar que esta vida explote.

Se tapa la cara con las manos para ocultar el llanto. No debería haber dejado a Xavier. Debería haber insistido en seguir a su lado. ¿Qué pasará si, en ese mismo instante, percibe que ella lo ha dejado? Necesita que él la vea allí. Se imagina el corro de caras desconocidas volcadas sobre él, o que se arranca el catéter del pene con sus manitas, le da un tirón al esparadrapo que le oprime la piel y a la vía del brazo. Correrán las enfermeras a sujetarlo. Todo el tumulto en la

habitación de su hijo se le viene encima de golpe, es algo visceral.

Oye que Jacob cierra el grifo en la planta de arriba, y se limpia la nariz con la manga. Tomará un baño a toda prisa y se cambiará de ropa. Y luego volverá con Xavier. Le llega el cosquilleo de unas arcadas no sabe de dónde, y piensa en lo vacío que ha tenido el estómago, no ha habido más remedio que pasar abstinencia sentada al lado de su hijo. Pero le vienen otra vez las náuseas y ahora son más fuertes.

Le recuerda a algo: los embarazos. Mete el pulgar debajo de la camisa para tocarse el pezón izquierdo, junto a su acelerado corazón, y solo entonces percibe esa sensación inconfundible. Ha perdido la noción del tiempo estos días, así que es imposible calcular las semanas, los meses que han transcurrido desde la última vez que sangró. Las veces que ha dejado que se corrieran todos dentro de ella. Lo sabe. Y saberlo la pasma.

Se da cuenta entonces de que está vibrando el teléfono de Jacob en la encimera de la cocina mientras ella intenta asimilar qué ha dejado que ocurra. Cesa el zumbido. El hospital, podría ser del hospital. Dijeron que llamarían si había algo urgente. Y entonces suena el teléfono fijo en la cocina, y el ruido la confunde, casi ni lo reconoce. Nunca la llama nadie a casa. Apenas puede mover las piernas cuando se dirige al aparato, pero llega hasta allí y lo coge.

Es la doctora Menlo.

Oye que Jacob baja a toda prisa las escaleras. Ella le da la espalda, corre por la cocina y sale al jardín trasero, aprieta el teléfono en una mano para que él no se lo quite, para ser la única que oiga las palabras.

—¿Ha pasado algo? No puede ser. ¡Lo necesito! ¡Dígamelo de una vez!

Jacob le pide que no siga. La chista para que no hable más. Hace por quitarle el teléfono de la mano, pero ella lo empuja con todas sus fuerzas, se pega el auricular a la oreja.

Cae al césped.

Xavier está despierto. Y llora llamando a su madre.

# Miércoles, la noche de la caída

Planta de golpe la taza de café en la mesilla de su hijo mientras lee lo escrito en la pared. Casi no alcanza la luz que entra del pasillo para leerlo.

YA NO QUIERO SER TU HIJO.

Se le atragantan las palabras en la garganta. Los ojos se le llenan de lágrimas a toda velocidad y le parece que se ahoga. Nota que Xavier la está mirando, siente su miedo. Espera que ella explote. Los dos lo esperan.

Pero la ira ya no está ahí como estaba siempre antes. Se siente débil. Y vacía.

Su hijo la ha dejado exhausta estos diez años por lo mucho que ha exigido de ella y la ha necesitado. Y ahora él ha comprendido lo que ella ha sabido siempre, está escrito en la pared: ella nunca será suficiente para él.

—Dame tu cartera —le dice.

Él no se mueve. Ella abre de golpe el cajón de la mesilla, donde guarda la pequeña cartera de lona con el poco dinero que ha reunido de los cumpleaños y el ratoncito Pérez. La encuentra debajo de los calcetines y se la tira a la cara, acostado como está en la cama.

—Vas a pagar lo que cueste la pintura de la pared.

Xavier aparta despacio las mantas y se sienta. Saca billetes y monedas. Whitney extiende la mano. Pero la mira a los ojos; busca el fuego que arde en ellos. La mecha que lo prende. Tira el dinero a los pies de su madre y se vuelve a tumbar en la cama.

—¿No quieres ser mi hijo? —dice ella, y hace una pausa. Se pone a sí misma a prueba—. Pues entonces te dejo. Y no pienso volver. Ya no tienes madre.

Contiene el aliento, le retumban sus propias palabras en los oídos. La sorprende que le tiemble el mentón a su hijo, quien se da la vuelta y queda mirando a la ventana. Ella recoge el

dinero del suelo y sale del cuarto.

Se le va a salir el corazón del pecho. Apoya la espalda contra la puerta cerrada. Te dejo. Te dejo. Es la primera vez que dice algo así. Como reconocer que podría hacerlo. Que le queda esa opción.

Aunque la única diferencia entre ella y una madre que de verdad los deja, si es que hay diferencia, estriba en que Whitney ya sabe que dejarlos no alivia nada. No si su hijo sigue en este mundo y existe sin ella. Nunca dejará de estar envuelto en la conciencia de su madre, infiltrado en sus sueños, fuente inagotable de oprobio. A diferencia de eso, ella ha aprendido a estar ausente cuando está cerca. Tiene la capacidad de mirar a sus hijos y no verlos, ver cómo mueven los labios y decir que sí con la cabeza, estar en otra parte y estar allí. Es una ilusión óptica para ellos. Pero no los ha dejado nunca.

Debería decirle que no habla en serio, cree que debería volver a entrar en su cuarto para consolarlo antes de que se quede dormido. Está cansada de fallar a su hijo. Lo más cruel es que es ella quien lo ha hecho como es, cada parte de su entera y frustrada persona. Ella es la fuente de lo que lo perturba, la razón por la que se siente solo aunque esté con ella. Presiona con las manos las mejillas. No quiere llorar.

Pero siente un golpe muy fuerte en la puerta y algo estalla contra el suelo de tarima. Le llega a la nariz el aroma del café y luego nota húmedos los talones. Y justo ahí es cuando la rabia se apodera de ella otra vez.

Hora y media más tarde despierta con las páginas de la presentación desperdigadas por el pecho: no tenía intención de quedarse dormida. Nota una sensación extraña, cierta electricidad dentro de ella, como si el sueño le hubiera dado corriente. ¿Qué estaba soñando, casi en duermevela? Le llegan imágenes difíciles de ubicar en el espacio y el tiempo, lo arrastra por el césped tirándole de los pelos. Él grita, le pide por favor que pare, pero la consume por dentro de tal manera el subidón de ira, el impulso sexual que siente (¿ha llegado a meter la mano entre las piernas y tocarse mientras dormía?, ¿tan real le parecía el sueño?), que no puede soltarlo.

Se pasa la mano por los ojos y quiere que todo desaparezca. La pelea con Xavier. El sueño horrible. Mira la hora que reluce en el teléfono. Son las 10.45 de la noche.

Jacob sigue sin responder desde Londres, pero, leerlos, ha leído los seis mensajes.

La incomoda su silencio.

Debería cancelar la cita. Para curarse en salud. Todavía puede.

Pero entra en la ducha.

Después, se pone una bata de seda azul marino que le queda justo por encima de las rodillas. Aguza el oído para asegurarse de que los niños duermen en sus cuartos.

Se sirve algo menos de la mitad de un vaso de vino.

Fuera, en el jardín, perdura el tiempo húmedo, y pone cojines secos en los muebles del patio. Pasa varios titulares con el dedo en la pantalla del móvil, y está a punto de dar el primer sorbito al vino cuando nota unas manos que le tocan los hombros.

Siente primero su aliento en el cuello. Él baja la mano hasta tocarle un seno y le frota el pezón con el pulgar. A Whitney le gusta cuando renuncia a hablar antes, cuando viene derecho a ella. Apoya la cabeza en el respaldo del sillón y no quiere parar, pero tienen que meterse en el cobertizo. Ahí es donde lo hacen todas las veces, donde Whitney se agacha y apoya los codos en la balda de acero después de apartar con la mano los cubos de plástico y los camiones de juguete. Le dice muy bajito: vámonos a nuestro rincón, pero él la vuelve a empujar contra el respaldo, dice que se la quiere follar fuera esta noche. En el sillón caro de jardín con anchos brazos de mimbre.

—Nos puede ver alguien —le susurra. Pero mientras pronuncia esas palabras se humedece, siente su dedo dentro de ella.

Arquea la espalda, lo quiere más adentro. Se quita la bata. Ahora va a ponerse ella encima. Le saca la sudadera por la cabeza. Le baja los calzoncillos hasta que caen a la altura de sus tobillos. Se sienta en su polla, de espaldas, y él alarga las manos para tocar lo que se le antoje. Pasan rápido las nubes, vuelve la luz de la luna y quiere que él la vea. Le ordena que se arrodille delante de ella. Le gusta sentirse a la vista,

expuesta, en sazón. Se pierde en lo que viene después, desaparece dentro de sí misma.

No se da cuenta de que está haciendo ruido hasta que él le pone una mano en la boca y le parte la reverberación del placer como el que corta un cable. Cata su propio sabor en esa palma rugosa. Él le echa para atrás la cabeza y la luna se posa con un fulgor en sus párpados.

—¡Para ya, mamá!

Ella abre los ojos.

Y ve a Xavier asomado a la ventana de su cuarto. Los está mirando.

Ben la aparta de golpe de su erección y busca el cobijo de la fachada. Whitney palpa el suelo para encontrar la bata. Se derrama el vino, el vaso rueda por el hormigón.

—¿Qué hacemos? Joder. —Ben se abrocha el cinturón como puede.

—Cállate —dice Whitney con un hilo de voz. Ata el cordón de la bata. No puede alzar la vista. Nota que Xavier está ahí, asomado a la ventana abierta—. Tienes que irte ahora mismo de aquí.

Sale del campo visual de su hijo, se apoya en la puerta de cristal de la cocina y boquea para que le entre más aire en los pulmones. Xavier se lo contará a Jacob, se lo contará a todo el mundo. Al garete sus vidas por culpa de esto. ¿Qué coño hacía despierto?

—¡Mamá!

Quiere gritarle que se calle.

—¡BEN! —grita Xavier. Los está buscando con la vista. Ve que la sombra de su hijo se agiganta, asoma medio cuerpo fuera de la ventana.

Ella cierra los ojos con todas sus fuerzas. Piensa en cómo se ha abierto de piernas para que Ben la viera a la luz de la luna. En la ferocidad con que lo ha lamido, cómo se ha embadurnado la cara de semen con los dedos, las palabras soeces que ha dicho. No sabe cuánto tiempo habrá estado viéndolos Xavier.

—¡MAMÁ!

Grita enfadado ahora, o muerto de miedo, no está segura. Debería subir a toda prisa a su cuarto y consolarlo, abrazarlo y decirle que lo siente. Convencerlo de que lo que ha visto no

es lo que parece. Mas él sabrá. Esto bullirá separándolos el resto de sus vidas. Lleva desde que nació Xavier luchando contra la madre que en teoría tiene que ser y ve ahora que jamás iba a salir victoriosa en esa lucha.

—¡MAMÁ! ¡BEN!

Entra por la puerta de atrás para que no la vea, se apoya en la isla de la cocina y busca cómo salir del estado de pánico, pero no puede. Se le llena la boca de saliva y es posible que vaya a vomitar. Tiene que pensar qué hacer a continuación. Qué decir.

—MAMÁ, ¿sigues ahí? ¿Te has ido ya?

Cree que lo va a abandonar, tal y como dijo que haría. Su hijo la creyó. ¿Por qué tuvo que decir eso?

Se vuelve y ve su propio reflejo en la puerta de cristal.

Y es entonces cuando lo oye.

El leve golpe de su cuerpo contra el suelo.

Da un cauteloso paso hasta la puerta de cristal y la abre con mano temblorosa.

Parece muerto.

No queda en ella espacio alguno donde albergar el pánico, el miedo o cualquier otra sensación. Se arrodilla al pie de su cabeza en la hierba húmeda y mete la mano por debajo para palpar y ver si hay sangre. Pero no hay nada. Le rodea la cara con las manos y le levanta los párpados con un temblor en los pulgares. «Estoy aquí, mírame —suplica—, ¡abre los ojos y mírame!». Pero su hijo no se mueve. Lo atrae para sí. Quiere tenerlo otra vez dentro, el único sitio en el que estuvo a salvo de ella.

El olor a semen en las manos. La vulva hinchada.

La operadora le dice lo que tiene que hacer, Whitney pone el teléfono en altavoz y sigue sus indicaciones. Hace acopio de aire para llenarse los pulmones y luego sopla ese aire dentro de los de su hijo. La adrenalina la ayuda a concentrarse, a hacer exactamente lo que tiene que hacer, pero sabe que ese don del tiempo detenido es efímero. Es una carrera y llegará a su fin. Escucha atentamente a la mujer al otro lado de la línea, quiere hacerlo todo tal y como ella dice. Según la operadora, lo ha hecho muy bien y lo único que queda ahora es esperar, los de la ambulancia llegarán en unos minutos, irán derechos al jardín, donde ellos se encuentran.

Entonces ve el avión de papel al lado de Xavier, debía de tenerlo en la mano cuando cayó. Recuerda haberlo visto antes esa noche, en su cuarto.

Su cuarto.

Sube los escalones de dos en dos, como loca, se golpea contra las paredes. Al entrar, resbala en el café y busca a gatas el rotulador negro por el suelo. A base de rayajos, tapa las palabras que él escribió. Su hijo se ensañó al hacerlo. Es una labor frenética y no para de llorar, le arden los dedos, quiere volver con él y abrazarlo en la hierba. Se ha acabado el espacio de tiempo que le han dado libre de todo lastre y todo miedo. Ya casi lo ha tapado por completo. Seguirá respondiendo a las preguntas de la operadora, le dirá a Xavier que lo ama una y otra vez, y otra vez y otra, que jamás volverá a abandonarlo, pero primero tiene que tapar esas palabras.

El alarido de las sirenas. Suelta el rotulador. Baja corriendo para estar con él.

# Epílogo

Dos semanas más tarde

—¿Por qué has venido?

Las palabras de Jacob la detienen de golpe en la puerta de la habitación de Xavier en el hospital. Le parece que lo pregunta con tono acusatorio, pero se recuerda a sí misma que es solo paranoia suya. El sufrimiento que da la mentira.

—Me desperté temprano y pensé que podía relevarte. ¿Por qué no te vas a casa, ves a los mellizos un rato? —Mira a Xavier en la cama; lo han incorporado y está echando una partida a un juego en el iPad. Todavía no ha hablado. Esto puede pasar, volver a la casilla de salida puede llevar su tiempo, incluso en el mejor de los casos, como es el suyo, cuando acompaña el resultado de las pruebas. Todos gravitan a su alrededor, fingen que ese nuevo estado de cosas es normal, tolerable, pasan el tiempo viendo películas en el armatoste de televisión adosado a la pared o hablan alrededor de él, de él y de lo que harán juntos otra vez en familia en cuanto le den el alta. Es para levantarle el ánimo a Xavier, claro, pero Whitney también lo desea: el bienestar. La garantía.

Jacob mete sus pocas cosas en la bolsa de deporte que ha traído para pasar la noche, dobla la sábana y llama desde el teléfono fijo para decir que ya pueden traerle el desayuno a Xavier. Luego se cuelga la bolsa al hombro.

—¿Estás segura? —pregunta.

Whitney ha evitado quedarse a solas con Xavier en el hospital desde que volvió en sí. Jacob se queda con él todas las noches, duerme en la cama plegable que hay en la habitación, mientras que ella está despierta en su cama de matrimonio en casa, con Thea y Sebastian, uno a cada lado. Jacob se ausenta solo un rato cuando vienen Whitney y los mellizos.

Ya nadie habla de lo que sucedió esa noche: todos lo han

dejado pasar. Las preguntas repetitivas, las conversaciones en voz baja que Whitney oía al otro lado de la puerta.

Y ella también debería dejarlo pasar.

Pero es que no puede vivir así, entumecida por el miedo a lo que pueda salir a la luz cuando el niño empiece a hablar.

Tiene que quedarse a solas con él.

Jacob no acaba de decidir si debe irse. Ella se planta delante de él con las manos en la cintura, lo mira tan fijamente como él mira a su hijo. Vuelve la paranoia.

—¿Pasa algo? —Whitney traga saliva nada más decirlo.

Jacob le toca un pie a Xavier por debajo de la manta. Después se acerca a ella despacio, le pone la mano con ternura entre los omóplatos, la besa levemente en la mejilla.

—Nada en absoluto —dice. Ojalá su marido no note cómo se le acelera el corazón—. Llámame si te hago falta. Te quiero.

Whitney sale al pasillo y lo ve coger el ascensor. Y enseguida vuelve a la habitación de Xavier, tras cambiar el letrero de la puerta para que ponga «NO MOLESTAR».

Su hijo ha dejado el iPad encima de la cama y ahora mira la pizarra blanca que tiene en la pared de enfrente, donde les han pedido que anoten cualquier reacción y lleven el seguimiento de posibles cambios cognitivos para que la enfermera los pase a su hoja clínica. Temblores. Tartamudeos. Confusión.

Se sienta a su lado en la cama y le coge la mano. Le da un tironcito, jugando, intenta arrancarle una sonrisa. Repite la operación, pone su frente encima de la de él. Le gustaría decirle que ahora es distinta, que está de verdad allí con él. De verdad lo está escuchando. Lo ve.

—Me puedes contar lo que sea, ¿vale?

No sabe a ciencia cierta si eso es lo que se siente, si es lo que lleva todo el tiempo perdiéndose. ¿Es este el anhelo que nunca conoció, este estar desesperada por que su hijo la quiera como solo la puede querer su hijo? ¿Estas ansias de tragárselo hasta lo más profundo del alma, de existir solo por y para él? Soy tuya, le quiere decir. Yo soy capaz de olvidar la que fui, ¿puedes tú?

Se aparta un poco y le acaricia las mejillas, tan hinchadas por culpa de los corticoides que sería casi irreconocible para

quien no fuera su madre. Lo llaman cara de luna. La luz de la luna. Su desnudez, iluminada.

—Lo que sea —repite en voz baja—. Será nuestro secreto. Incluso si es sobre la noche aquella. Lo que pasó. —No quiere que le note el temblor en la voz. Quiere que se sienta seguro con ella, por una vez en la vida. A saber si eso ha pasado alguna vez. No quiere presionarlo mucho. Pero entonces, en voz muy baja—: Incluso si es algo de lo que no estás seguro… algo que te tiene confundido. Puede ser nuestro secreto y nada más. ¿Comprendes? No hay que decirles que has hablado. No hasta que estés preparado.

Vuelve a acariciarlo. Él no aparta los ojos de la pizarra blanca.

Y entonces dice que sí con la cabeza.

—¿Me lo puedes contar? —Whitney mira la puerta cerrada y luego la mano de él, apretada entre las suyas. Su hijo quiere decirle algo. Ha estado esperando hasta que se han quedado solos. Ella lo sabe—. Cuéntamelo. —Le gustaría meter la mano dentro de él y sacárselo, tener sus palabras allí mismo, entre los dedos. Moldear lo que sea que él tiene que decir hasta darle la forma que ella necesita que tenga—. Por favor.

Él le acaricia los nudillos con el pulgar. El gesto es tan tierno, tan recíproco, a Whitney se le llenan los ojos de lágrimas de puro alivio.

—Vale —dice Xavier.

Ella suspira al oír su voz. Tenía razón, su hijo quería estar a solas con ella, solo con ella. Se miran el uno al otro y entonces él coge aire, mira las manos de los dos entrelazadas. Ella contiene la respiración. Él se muerde los labios secos. Caen dos lagrimones por el borde de sus mejillas hinchadas. Se limpia la nariz con el dorso de la otra mano.

—¿Qué va a pasar? —pregunta, y vuelve a recorrer los nudillos de su madre con el pulgar, de una vez.

Ella le rodea la abultada cara con las manos, se le traspasa el corazón de quererlo tanto. De las ganas que tiene de hacerlo todo mejor. Dice que no con la cabeza, que no sabe a qué se refiere.

—Contigo —dice él—. Cuando les cuente todo.

# Agradecimientos

Gracias a la maravillosa Madeleine Milburn y al equipo de su agencia, que no tienen parangón. Estoy agradecida de haber contado con el apoyo de Esmé Carter, Hannah Ladds, Liv Maidment, Giles Milburn, Valentina Paulmichl, Georgina Simmonds, Liane-Louise Smith y Rachel Yeoh.

Gracias a Pamela Dorman, Maxine Hitchcock y Nicole Winstanley por su paciencia, consideración y cuidado mientras escribía esta novela. Es un gusto y un privilegio trabajar con vosotros, y os estoy tremendamente agradecida por apoyar mi escritura.

A los extraordinarios equipos editoriales que sacaron a la luz *El instinto* y ahora *El rumor* con tal cuidado y entusiasmo, gracias por lo que hacéis. Sobre todo a Brian Tart y al equipo de Pamela Dorman Books y Viking: Diandra Alvarado, LeBria Casher, Tricia Conley, Andy Dudley, Tess Espinoza, Matt Giarratano, Rebecca Marsh, Randee Marullo, Nick Michal, Marie Michels, Lauren Monaco, Patrick Nolan, Jeramie Orton, Lindsay Prevette, Jason Ramirez, Andrea Schulz, Kate Stark, Mary Stone y Claire Vaccaro. A Louise Moore y al equipo de Michael Joseph: Clare Bowen, Jen Breslin, Riana Dixon, Helen Eka, Christina Ellicott, Laura Garrod, Sophie Marston, Kelly Mason, Sriya Varadharajan, Lauren Wakefield y Madeleine Woodfield. Y a Kristin Cochrane y al equipo de Penguin Canada: Beth Cockeram, Dan French, Charidy Johnston, Beth Lockley, Bonnie Maitland, Alanna McMullen y Meredith Pal.

Gracias al doctor Lennox Huang de SickKids, a la doctora Kim Aikins del Starship Children's Hospital y al doctor Sony Sierra de TRIO Fertility, que con generosidad cedieron su tiempo y experiencia para documentar partes de esta novela relacionadas con los cuidados médicos y la fertilidad. (He de dejar constancia de que me he tomado pequeñas libertades

por mor de la narración y los personajes, por lo que no todo es fiel reflejo de sus conocimientos: ¡perdónenme!).

A los que leyeron el manuscrito, Beth Lockley, Ashley Thomson, Robin Kotisa, Karma Brown y la doctora Kristine Laderoute, por aplicar su lente de psicólogos, ¡gracias! Y a Carley Fortune, Nita Pronovost y Harriet Alida Lye, gracias por ser un grupo tan maravilloso de escritoras amigas.

Mi compañera escritora Ashley Bennion Tait ha leído más bocetos de mi obra de los que nadie debería estar obligado a leer. Me ha sido de gran utilidad su talento, y también su amistad. Publicará su primera novela, *Twenty-Seven Minutes*, de Ashley Tate, en enero de 2023, y espero que todos se compren un ejemplar; es buenísima, como ella.

Mis preciadas amigas me han apoyado como escritora con gran cariño y perseverancia: por favor, sabed lo mucho que os quiero a todas. Gracias en especial a mi muy querida Jenny Leroux, porque sobran razones.

Gracias a los lectores, libreros, bibliotecarios y autores que han apoyado *El instinto* estos últimos cinco años, y a todos aquellos de vosotros que habéis mandado un mensaje, escrito una reseña o colgado una entrada en las redes. Lo valoro mucho.

Mi mayor privilegio es tener la familia que tengo. Gracias a mis amantísimos y excepcionales padres, Mark y Cathy Audrain, a mis hermanas, Sara y Samantha, y a Alex, Brendan y Brayden. Gracias a la familia Fizzell y a la familia Aikin por vuestro cariño y apoyo. Y gracias a nuestra devota niñera, Jackelyne Napilan.

Por último, a MJF, por todo, siempre. Y a Oscar y a Waverly, por mimar mi vida de escritora con tanta paciencia y por ser fuente inagotable y maravillosa de inspiración. Os quiero.

Título original: *The Whispers*
Primera edición: febrero de 2024

© 2023, Ashley Audrain Creative Inc.
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Carlos Jiménez Arribas, por la traducción

Primera edición publicada en Estados Unidos por Pamela Dorman Books/Viking
Publicado de manera simultánea en formato tapa dura en Gran Bretaña por Michael Joseph, un sello de Penguin Random House, Londres

Imagen de la cubierta: © Marcus Schäfer / Trunk Archive

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright.
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

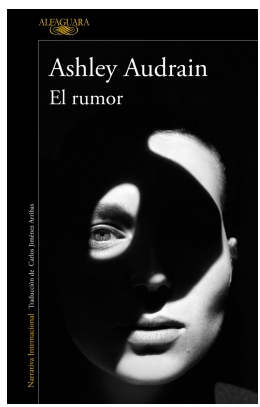
ISBN: 9788420476704

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES

Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

**Tras *El instinto*, bestseller internacional y «boom editorial» (*El País*), la reina del suspense psicológico vuelve con un thriller que «no se olvida fácilmente» (*Publishers Weekly*).**




El verano se acerca a su fin y Whitney y Jacob han organizado una barbacoa para sus vecinos, a la que asisten Blair, la mejor amiga de Whitney, con su marido e hija; y Rebecca y Ben, una pareja sin hijos. Mientras la anfitriona se divide entre su trabajo, la necesidad de atender a sus invitados y su incontrolable hijo Xavier, la anciana Mara, que ha preferido no asistir al evento, observa la fiesta desde su jardín, buscando los pequeños aviones de papel que Xavier le lanza desde su ventana por las noches. Cuando la madre pierde los nervios con el niño, todos optan por no darle importancia, una decisión que tendrán que revisar cuando, una madrugada meses más tarde, el pequeño caiga misteriosamente desde su ventana.

Mientras Xavier lucha por su vida, las mujeres de la calle Harlow se enfrentan a un dilema: continuar como si nada hubiera pasado o hacer caso por fin al rumor de su intuición, que destapará secretos que ninguna quería afrontar.

Ashley Audrain vuelve con una exploración de la amistad

femenina, la envidia, los deseos potenciados y acallados por la maternidad y la inexorabilidad de la propia intuición en un thriller estremecedor de lectura urgente.

**Ashley Audrain** (1982) ha sido directora de Comunicación de Penguin Books Canadá. Antes, trabajó también como relaciones públicas. Vive en Toronto, con su marido y dos hijos pequeños. *El instinto* es su primera novela.

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

# Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

# Índice

El rumor

Septiembre
Nueve meses más tarde
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Miércoles, la noche de la caída
Epílogo
Agradecimientos

Créditos
Sobre este libro
Sobre Ashley Audrain